

#MALOS



MISMO JUEGO, NUEVAS REGLAS

LUIS ÁVILA

UN
FENÓMENO
wattpad

 Planeta

Índice de contenido

Portadilla

0

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

47

48

49

50

51

52

53

54

55

56

57

58

59

60

61

62

63

64

65

66

67

68

69

70

71

72

73

74

75

76

77

78

79

80

81

82

83

84

85

86

87

88

89

90

91

92

93

94

95

96

97

98

99

Agradecimientos

#Malos

#MALOS



**MISMO JUEGO,
NUEVAS REGLAS**

LUIS ÁVILA

Ávila, Luis

Malos 2 : mismo juego, nuevas reglas / Luis Ávila. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2017.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-5811-6

1. Narrativa Juvenil. I. Título.

CDD 863.9283

© 2017, Luis Ávila

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C. sobre una idea de Luis Ávila

Todos los derechos reservados

© 2017, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2017

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-5811-6

0

Las madres tienen un don particular para inventar modos de castigarte. ¿A qué desalmado monstruo se le ocurre impedirte ir a tu propio baile de graduación? No es que sea muy devota de las fiestas, pero mis penitencias ya vienen de hace tiempo: para ser exactos, desde hace semanas atrás, cuando organicé una fiesta en casa mientras mi madre estaba con su novio. Desde entonces, me prohibió salir a ninguna parte, me quitó el celular, Internet y apenas pude ver a un único amigo que ella pensaba era mi novio. ¡Carl! Claro, le podría haber dado una oportunidad si él no hubiese elegido a Jacob...

No es que me gustase, siempre lo consideré de mis mejores amigos. El problema es que ni siquiera tuve oportunidad de preguntarme si yo era atractiva para él. Bueno, mi ojo es perfecto: todos los chicos en los que me he fijado resultaron ser gays o mujeriegos.

Excepto Charlie.

Él me aprecia y me valora realmente. Quiere estar conmigo, me lo ha dicho millones de veces, pero no dejo de verlo como un amigo.

El problema en todo esto es... Theo. Caí por él. Hice cosas que nunca imaginé que sería capaz de hacer: los recuerdos son tan frescos... como si el tiempo nunca hubiera transcurrido.

No poder verlo durante estas semanas de castigo ha sido sumamente doloroso, sobre todo porque mi encierro coincidió con las vacaciones de Navidad y Año Nuevo, con lo que ni siquiera pude cruzármelo en la escuela.

A partir de ahora todo será diferente.

Es enero. Llegó la vuelta a clases, los inviernos más crudos se han ido, los meses transcurrirán hasta que en un tiempo llegue el acto de graduación, arroje mi bonete al aire y todo habrá concluido.

No puedo pensar en el baile pero sí en algo mucho más importante que, tras mi distanciamiento de Theo, logra recomponer mi autoestima: la beca.

Estudiaré en la IVU, la mejor universidad del país; estaré lejos de mamá y la pesadilla de vivir bajo el mismo techo se habrá terminado.

Solo queda enfrentar los exámenes finales, la fama que me hice de una «nerd borracha a la que le hacen lavajes de estómago por organizar la fiesta

más loca» y volver a verlo a... Él.

Ha sido demasiado tiempo. Aún nos debemos una conversación. Algo que nos ponga en camino a ambos.

¿Querrá verme? Un sexto sentido me hace intuir que a partir de ahora nada será lo mismo.

1

BIENVENIDO AL GLORIOUS CHAT

Lottie: Quiero morir T.T

Charlie: ¿Pasa algo?

Charlie Walk ha añadido a Tracy Smith

Charlie: ¡Es hora, chicos! ¡Tracy ya está aquí!

Zach: Es nuestra muajajaja

Glory: Bienvenida 😊

Mike: ¡Bienvenida, Smith!

Riley: Bienvenida eres túu-tuu-tuu

Lottie: ¡¡¡Me siento muy mal!!!

Tracy: Jaja. ¡Hola, chicos! Gracias por recibirme ♥

Tracy: ¿Qué ocurre, Lot?

Charlie: Un placer que estés de nuestro lado.

Lottie: Charlie, te amo.

Lottie: Ay amigui. No sabes los dolores de cabeza que tengo, me están matando...

Brandon: ¡Hola, Tracy! ¡Eres bienvenida! Qué tal si tú y yo... (◡‿◡)

Tracy: Gracias n.n Claro, dime.

Charlie: ¿Qué demonios?

Charlie: ¿Irán a la fiesta de esta noche?

Lottie: Dije que te amo... </3

Zach: Uhhhhh

Brandon: Rt ô _ ô

Mike: Rt x 2

Glory: ¡x 3!

Riley: Chicos, son malvados, eh.

Riley: x 4 (perdón)

Charlie: Disculpa, no lo había notado en verdad... ¡Yo igual!

Lottie ha abandonado el grupo

Glory: ¿Qué le sucede?

Tracy: ¿Fue mi culpa? ¡Lo siento tanto!

Zach: Descuida, siempre lo hace...

Riley: Muero xD

Zach: Muere x 2

Charlie: ☹️

Mike: Yo iré a la fiesta UwUr

Glory: Yo.

Zach: Me sumo.

Riley: ¿Nadie piensa en las clases?

Brandon: Será memorable :B

Riley: ¿Las clases?

Brandon: La fiesta...

Tracy: Mamá no me deja pero de todos modos iré.

Tracy: ¿Quién es Glory?

Newt: ¡Hola a todos! 😊

Usted se ha desconectado

2

TRACY

Con que Lottie ha abandonado el grupo, eh... Suelto una carcajada al leerlo y el celular casi se me cae sobre la nariz en medio de la sacudida que me provoca. Me doy la vuelta y quedo boca abajo en la cama.

—Oh, «amigui» —murmuro tal como ella me suele llamar—. Me alegraste el día.

Mi sonrisa es tan macabra que me asusto a mí misma de lo que estoy pensando, pero lo cierto es que me tiene harta esa actitud acusadora y hormonal.

Que estemos tan cerca de terminar la escuela me hace pensar que no queda

nada para perder. Soy Glorious.

Miro la piel en mi antebrazo y empiezo a sentir la típica opresión en el pecho que me indica la locura que estoy a punto de cometer.

Ya di el sí. Pacté en la fiesta de este sábado tatuarme el triángulo recto.

Dudo que estos bandos vuelvan a traerme problemas en la universidad así que no tiene por qué preocuparme el hecho de decorar mi piel con ese bonito símbolo.

Tú querías el invertido.

He aquí la voz de mi conciencia señalando que seguirá conmigo este año. Creí que se iría con diciembre, pero no fue así... Lo sé, mi querida Tracy-Conciencia-Smith, pero no todo se tiene en la vida.

¿Y cuándo te resignaste?

Cuando descubrí que Theo está loco, al igual que todo su bando.

Lo amas.

Debo aprender a sobrevivir sin él.

Ni tú lo crees.

Tampoco pedí tu opinión. Ahora puedes irte y dejarme dormir en paz. Mañana me espera un nuevo, largo e interesante día.

Lunes

Conocí a Charlie en una fiesta clandestina. Su actual novia, Charlotte, era mi mejor amiga y prácticamente me obligó a meterme en el grupo de los Glorious, donde hay peligrosos psicópatas llenos de tatuajes y músculos intimidantes. Desde entonces, perdí mi dignidad. Pero estoy dispuesta a recobrarla.

Todos los que forman parte de este bando llevan el tatuaje de un triángulo hacia arriba en el antebrazo y el dibujo del animal que los representa.

Hace tiempo habría elegido un gatito. Ahora prefiero una perra.

El clan que se contrapone a los Glorious es el de los Bad Boys: un montón de adolescentes que están mal de la cabeza y asesinan gente, consumen drogas y buscan robarte la virginidad, tatuarte y convertirte en una de ellos.

Tú te enamoraste de su líder.

¿Regresaste? Cuando quieras puedo darte vacaciones.

No, gracias, cariño. Disfruto mi trabajo.

Lo admito. Amé a Theo. Mi corazón palpita fuerte y mis ojos se enrojecen al pensar en él y en nuestro pasado, pero él me humilló, no se atrevió a

amarme; la verdad es que no quiere aferrarse sentimentalmente a nadie y yo no seré la persona que vaya a salvarlo.

Está enfermo. Necesita ayuda. Pero dudo que los asesinos como él puedan recuperarse alguna vez...

El despertador suena a las 5.59 a.m. Las chicas malas no se despiertan tan temprano así que lo apago, pero de inmediato creo otra alarma a las 6.05 a.m.

Oh, sí. Se siente tan bien poder dormir un poco más. No puedo creer que haya desperdiciado casi dieciocho años de mi vida con tanta puntualidad y...

—Tracy.

¿Qué demonios?

La voz viene desde el otro lado de la cama.

Tengo la piel de gallina y trago saliva mientras trato de divisar en la habitación algún elemento que me sirva de arma contra el invitado indeseado que no me deja dormir.

—Tracy, mírame.

¡Oh, por Dios!

¡Es él!

—¡Tachas! —grito y me giro esperando encontrar a mi amigo, que ha desaparecido hace tiempo.

Pero al dar la vuelta me encuentro con un manojito de cabellos verdes y una sonrisa con dientes bien afilados.

—Audrey... —murmuro.

—Te enseñaré a ser una perra mala.

Levanta las manos y clava sus largas uñas en mi cuello.

El despertador brama y me salva de una pesadilla que casi me mata.

—Gracias —le digo al aparato y lo desactivo—. Prometo nunca más retrasar la hora y ser fiel cada mañana a tus llamados.

Salgo de la cama, me coloco las esponjosas pantuflas color turquesa de siempre y camino hasta el baño. Me miro en el espejo y me encuentro con mis ojos verdes (demasiado pequeños a causa del cansancio) rodeados de dos medialunas moradas en los párpados inferiores y mi pelo negro enmarañado como la melena de un león moreno. Quisiera tener las ganas y el tiempo suficientes para poder peinarlo. Aunque además de mi aspecto desarreglado, también hay recuerdos. Voces. Gritos. Llantos. Que me recuerdan la persona que soy. Esto es lo que debe pasar con las chicas como yo.

Así se convierte una niña buena en una desalmada arpía sin sentimientos.

Es que no existen las chicas buenas... Una vez que no lo puedes soportar

más, el dolor mismo te vuelve inmune a más dolor.

3

TRACY

El poeta desliza sus dedos por las páginas del libro que sostiene y se relame mientras se excita leyendo la oscura novela en la que da rienda suelta a sus más culposos placeres. Las delicadas facciones de su rostro demuestran el deleite que le provocan las letras en su campo visual.

Está bien, es solo un chico leyendo en el ómnibus, pero estoy enamorada, ¿okay?

Quizás en sus horas libres se dedica a escribir poesía; quisiera que se quitara los auriculares y se fijara en mí. Quiero ser la musa de los ojos azules clavados en el libro que sostiene.

Estoy a solo dos asientos atrás del suyo, elaborando métodos alternativos para llamar su atención, mientras me pregunto qué tan obvio sería pasar a su lado y dejar caer mi cartera a sus pies.

Quizá me la robe. Mejor no...

Vuelvo de mi ensimismamiento cuando el bus se detiene en la puerta de la escuela y todos los alumnos se agolpan para bajar.

El dios griego con auriculares y el libro se pone de pie, se quita el dispositivo de los oídos y saluda con una sonrisa de oreja a oreja a una joven que es compañera de Haley, dos años menor que yo.

«Oh, por Dios», pienso con mucha culpa. «Acabo de fijarme en un niño de dieciséis años».

Saber que estoy a punto de enfrentar mi último semestre escolar me hace sentir la persona más vieja en la faz de la Tierra, pero a la vez me siento muy pequeña al imaginar que pronto seré de primero al entrar en la universidad.

—¿Tracy?

Mi pie derecho toca el suelo y el izquierdo abandona el último escalón una vez que desciendo.

Carl se aparece frente a mí en medio de la multitud de estudiantes que se pasean delante de mis ojos.

—¡Hey! —le digo recordando que traigo su computadora portátil en mi mochila.

Una ligera sensación de angustia se apodera de mi pecho al recordar el video que guarda ahí. El lobo y la serpiente han sido la causa de mis peores pesadillas en las últimas semanas.

Me acerco a donde se encuentra de pie y, para sorpresa de todos, me estrecha en un reconfortante abrazo.

Su perfume a colonia y gomina para el cabello impregna mis fosas nasales. Recuerdo que la última vez que lo vi se marchó poco a gusto con mi pregunta respecto a su sexualidad. Qué tonta soy, es que no me había dado cuenta de que, en verdad, Carl es un chico muy serio y responsable. Jamás asumiría ni consigo mismo una orientación sexual... diferente; mucho menos frente a mí. Espero en algún momento generar la confianza suficiente como para que me confiese lo suyo con Jacob. Es el único amigo fiel que me queda después de Charlie y no me sentiría bien si perdiese su confianza.

—¡Qué bueno volver a verte! —asegura.

—Lo mismo digo —asiento devolviéndole una cálida sonrisa y me acomodo un mechón de cabello tras la oreja.

—¿Vas a la clase de Cálculo? —me pregunta.

—Sí. Es un fiasco enorme tener que empezar el año con esa asignatura.

—Lo bueno es que queda poco para terminar. ¿Me acompañas?

—Claro —asiento y me acomodo la mochila.

Mientras caminamos, le pido pasar por mi casillero para dejar la mochila y las cosas que no me harán falta durante la próxima hora. Aquí aprovecho para devolverle su portátil y él asegura que la extrañó mucho durante estas semanas, lo que me genera una duda que no soy capaz de contener:

—¿Por qué simplemente no la buscaste por mi casa?

Sus mejillas pálidas se ruborizan, los rulos en su cabello parecen electrizarse y se los acomoda una y otra vez.

—Eh... yo... sabes... estuve... viajé de vacaciones... eso.

—¿Viajaste por vacaciones?

—Sí. ¿Tú no?

—No —admito con algo de vergüenza. Si no regresó es porque mi torpeza y yo lo humillamos. Aunque no fue adrede.

—Cierto. El castigo.

Cierro la puerta de mi casillero y acomodo un cuaderno bajo el brazo junto a la novela que actualmente me encuentro leyendo. Cuando las clases se ponen

aburridas, es lo mejor que puedo hacer para no ver cómo un hombre parado frente a un montón de alumnos se dedica a dibujar números en la pizarra y a fingir que estamos entendiendo algo que nunca vamos a usar. Al menos, no los que queremos estudiar Literatura.

—¿Lista para la IVU? —me pregunta Carl.

Empezamos a caminar hacia el salón de clases y sus palabras me llenan de energía. Estoy preparadísima para darle mis primeras probaditas a la ansiada independencia (oh, sagrada sea).

—¡Muy lista! Creo que nunca estuve preparada en realidad para vivir bajo el mismo techo que mi madre.

Carl suelta una carcajada, a la que me sumo pese a la terrible verdad que acabo de confesar.

Lo inesperado es que nuestras sonrisas decaen al ver que, entre el montón de alumnos que caminan por el pasillo, un rostro en particular se abre paso entre la masa de entes insignificantes.

Su cabello ha crecido, lo tiene hacia un costado; los ojos de su particular gris son penetrantes incluso a la distancia. Se lleva por delante a la gente que interpone su hombro contra el suyo, lleva una chaqueta de cuero y, bajo esta, una remera blanca de tela muy fina que deja entrever las fauces de un lobo que mira amenazante a todo el que camina por delante.

Las chispas saltan cuando nuestras miradas se cruzan.

Vuelvo a sentirme un conejito acechado por un león furioso que muestra los caninos y está ávido de carne.

—¿Tracy? —me pregunta Carl.

Creo que está a punto de decirme algo como que seguirá de largo y me dejará a solas con este terrible demonio que en breve se cruzará con nosotros.

—No —murmuro logrando finalmente quitar mi mirada de él—. Sigamos. No voy a detenerme.

—Bien dicho —conviene.

Me muerdo el labio inferior tan fuerte que me lo lastimo. Siento un ligero sabor metalizado en la lengua y, segundos antes de chocar con su agraciada masa de músculos forrada en cuero, doblamos por el primer pasillo. Vuelve a mirarme pero quito los ojos y lo... Lo paso por alto. Así es que suelto el aire que estoy conteniendo para volver a respirar tranquila.

—Wow —murmuro buscando calma—. Al fin...

—Tracy...

—Aguarda, Carl —cierro los ojos y me masajeo las sienas mientras siento

el pulso a mil.

—Pero, Tracy...

—Ahora no, Carl. Necesito... Necesito un momento.

—No entiendes que...

Mi amigo se llama a silencio y unas manos fuertes se cierran en mi brazo apresándome con un frenético control, muy al borde de hacerme daño.

—Ni pienses que me vas a ignorar.

Abro los ojos y desciendo al infierno cuando distingo el olor a menta y tabaco antes siquiera de levantar la mirada.

4

THEO

Quince días atrás no contestó.

Diez días atrás su madre me amenazó.

Cinco días atrás enloquecí.

Cuatro días atrás la busqué.

Tres días atrás no la encontré.

Dos días atrás me embriagué.

Un día atrás las horas transcurrieron como años.

Hoy mi vida pasa entre segundos dolorosos que eternizan la agonía por cada instante que sigo deambulando por los pasillos del instituto y no veo el maldito momento en que aparezca.

Me paso la mano por el cabello y me pregunto cuándo fue la última vez que me lo corté. Realmente no lo recuerdo.

—Buen día —me saluda el tipo encargado de la limpieza.

Le respondo solo con un gesto y me muerdo la lengua a la espera de que los pocos alumnos que van llegando sigan con prisa su camino porque limitan mi visión.

Ahí viene. Es *ella*. Sí, tiene que serlo... No. No es.

Dejo caer el peso de mi espalda sobre un casillero mientras me torturo con la posibilidad de que... Quizá, solo quizá, su madre no la dejará terminar la escuela y perderá la beca porque su jodido corazón de piedra es capaz de

quitarle cualquier cosa que haya logrado. No la deja crecer. No la deja cometer errores. No le permite hacer su camino. Es que sabe muy bien cómo son las cosas. Sabe que no le convengo a su hija...

De un momento para otro, el instituto se llena de caras conocidas y evado a todos los que llevan triángulos invertidos o rectos en el brazo. No me interesa nadie, mi conciencia está focalizada en un solo aspecto de la realidad, que es tratar de diferenciar cada maldito rostro que se cruza en mi camino para saber dónde está... Oh, mierda...

Hay un chico de rulos peinados hacia atrás con exceso de gomina. Lo reconozco porque de algún modo se vinculó a Jacob, lo cual no me importa demasiado. El problema es que a su lado viene *ella* y no me hace ninguna gracia. Está riendo. Mierda, mierda, mierda, ¡el muy imbécil la está haciendo reír!

«Deja de intentar seducir a mi ángel» pienso con la ira latiendo en las venas del cuello y tras las orejas. Me acomodo la chaqueta de cuero sintético y camino con prisa hacia ellos.

Voy a paso decidido, sin importarme demasiado los hombros de los imbéciles que me llevo por delante. Que se muevan, maldita sea, que no se metan en mi camino.

Las facciones de Tracy decaen al verme. Su amigo igual.

Oh, tórtolos, lamento tanto molestarlos pero mi ángel se va conmigo.

Intento reprimir una sonrisa llena de malicia al imaginar que Tracy no podrá escapar. Suelo tener ese efecto en ella.

Lo extraño acontece cuando ambos desvían la mirada de mí con marcada intención y cambian su camino por un pasillo lateral. ¡Qué demonios...! ¡No! ¡NO! ¡NO! ¡NO! Presiono los puños y sigo tras ellos. La mandíbula me duele tanto que la presiono mientras me acerco a los remilgados que se han quedado parados contra la puerta del salón de Música.

Es exquisito que Tracy ni se percate de lo cerca que estoy y termino por tomarla de sorpresa cuando mi mano se cierra en su brazo haciendo un esfuerzo descomunal para no dañarla.

—Ni pienses que me vas a ignorar —le aseguro.

Mi pequeña criatura parece herida, los labios le tiemblan y lentamente va levantando la mirada para encontrarse con la bestia furiosa que no tiene idea de cómo ponerse un freno a sí misma.

—Theo —mi nombre sale de su boca y el mundo entero se sacude dentro de mi cabeza al escucharla otra vez.

Al tenerla cerca.

«Demonios».

Es real... Está aquí... Ahora es la parte en que dirá que no ha podido vivir sin mí, que me ha extrañado con locura, que su madre es una zorra, que nada en el mundo tiene sentido si no estamos juntos.

Su carnoso labio inferior tiembla mientras sus ojos verdes pero oscuros como el azabache se clavan en los míos mientras suelta las palabras más importantes que nadie jamás podría decir...

... y las últimas que podía esperar:

—Quita tu mano de mí.

5

TRACY

¿Ese fue el sonido del corazón de Theo al romperse? ¿Creo haber escuchado el modo en que sus pedazos caían y se derramaban por el suelo? Hasta las facciones de su rostro se ensombrecen luego de que dejo escapar las palabras más hirientes que he sido capaz de decirle en lo que va de mi vida; que llegue de repente, me tome por un brazo y quiera obligarme a seguirlo de esa forma no conducirá a nada bueno.

—Bien —murmura por fin y poco a poco va aflojando la presión de los dedos.

Libero mi brazo y me muerdo la lengua para no soltarle un «gracias» o «lo siento».

—Chicos, en verdad, puedo irme y dejarlos solos —murmura Carl.

Oh, demonios, por una milésima de segundo me había olvidado de que él seguía ahí.

—Sería de gran ayuda —le dice Theo sin quitar sus ojos de los míos— que te largues de aquí.

—Él no se va a ningún lado —añado, desafiante.

—P... Por favor, Tracy. No tienes que hacerlo más difícil de lo que ya es.

—¿Difícil? Es mi amigo y se queda. ¿Qué quieres?

La frialdad en mi tono de voz me está haciendo temblar las cuerdas

vocales.

Vamos, chiquilla, sigue así, sigue.

—Hablar contigo —responde lo obvio.

—Estamos hablando, Theodore. Ahora dime qué quieres.

El hecho de soltarle su nombre completo nos aleja aún más. Es doloroso pero necesario. A él también lo invade la pena al escuchar que no lo llamo por el diminutivo de siempre.

—A solas, Tracy...

—En verdad, si te sientes más cómoda —añade Carl y caigo en la realidad de lo que sucede: él se ha puesto incómodo mientras lo obligo a quedarse en una escena que no merece presenciar.

Me vuelvo hacia él y le digo con la voz suave:

—¿Seguro que prefieres irte?

—Pue... Puedo esperarte en el salón de clases.

—Ajá —murmuro.

Dedico una sonrisa en su dirección, él hace lo mismo y se marcha.

Cuando vuelvo los ojos a los de Theo, veo que echan chispas, y los lleva tan entornados que parece que en cualquier momento van a salirse de sus órbitas. Puedo distinguir hasta las venas de su cuello marcándose tras los tatuajes.

—¿Qué... mierda... fue eso? —me pregunta.

La Tracy Tímida de mi interior se encoge y está a punto de soltar el llanto más desgarrador de su vida, aunque por suerte está la Tracy Valiente que le suelta una patada en las costillas y la manda al rincón mientras toma las riendas de mi cordura y habla por mí:

—No te interesa, Theodore. Dime qué quieres.

—Ya te dije... Hablar... Solo eso.

—Contigo no se puede.

—No si traes a un nuevo novio a la escuela.

—Es mi amigo.

Y es gay, pero ¿de qué vale la pena decirlo? Theo es y seguirá siendo el mismo idiota con la cabeza más cuadrada que un cubo mágico.

—Así empiezan —masculla.

—¿Qué empieza?

—Te digo que vayamos a dar una vuelta —su respiración se acelera dejando ver la peligrosa mezcla de prisa y desesperación—. Vamos p... Por... favor, tengo la motocicleta afuera, será un momento nada más.

¿Acaso Theo está suplicándome? Santo cielo, he creado un monstruo.

—No puedo —me cruzo de brazos.

—¿Por qué?

—Llegaré tarde a clases.

—No sería la primera vez —contraataca y las imágenes de los dos en la plaza central de Iconic me inunda el pensamiento; entonces la Tracy Sensible se pone de rodillas para rogar que acceda a los pedidos de Theodore...

... no por mucho. La versión Malvada noquea a la adversaria y la manda a dormir un rato más.

—Es el primer día de clases, Theodore Landon.

—No sería el primer día de clases que llego tarde.

—¡No lo haré y punto! ¡Es mi último primer día de clases!

—¿Y eso qué demonios tiene que ver?! ¡¿Cómo se supone que cambian las cosas?! ¡¿Por qué no quieres hacerlo?!

El elevado tono de voz hace que algunas miradas se giren hacia nosotros al pasar, aunque le pongo empeño a no incomodarme.

«¿Que por qué no quiero hacerlo? ¿Por qué no quiero ceder a tus encantos, maldito idiota? Es simple. No tengo la necesidad de caer de nuevo por ti. Eres la persona que me hizo vivir los momentos más horribles de mi vida cuando las cosas podrían haber sido todo lo contrario: hermosas».

La respuesta se disipa entre mis labios, con un tono de voz tan frágil como lo emplearía un niño herido:

—Me prometiste el paraíso y me diste el infierno. Ahora no esperes que vuelva a creer en ti.

Parece que una ola de fuego inunda su interior; la ira, la decepción, el horror, la desesperanza, todos sus demonios a la vez se alzan en cada una de sus venas y circulan junto al torrente sanguíneo que lo hace estallar.

—¿Qué?! —aúlla.

No contesto.

Un segundo... Dos. Tres.

—¡Maldita sea, Tracy! ¡Te perfeccionas para exasperarme!

—No... No te creas tan importante...

—¡¡¡Estás loca!!!

—Deja de grit...

—¡Sí, has enloquecido y me culpas a mí de toda la mierda que llevas dentro!

—No me habl... —empiezo con la voz tímida, encogiéndome cada vez más

ante sus gritos.

Pero de repente levanta los brazos en gesto de llevarse las manos a la cabeza y ocurre algo espantoso.

En verdad, todos mis sistemas de alarma interpretan su acto como si fuese a... a golpearme.

La sangre huye de mi rostro al distinguir su gesto desesperanzado en cuanto ve que me llevo las manos al rostro para evitar la paliza que se mantiene oculta en el silencio que aparece. Theo mira a todos lados y no sé si alguien piensa que me va a pegar pero es lo que él ha interpretado. Lo que he interpretado yo. Y lo que interpretaría cualquiera al pasar.

—Tracy... Yo...

Detiene sus brazos en alto y lentamente los deja caer.

Mi mirada se ensombrece de lágrimas, el labio me tiembla y la cabeza me empieza a martillar.

¡Es un jodido imbécil!, me recuerda la voz de mi conciencia. ¡Es un maldito que va a golpearlo! ¡Vete ahora mismo!

—No... —murmuro y doy un paso atrás.

—Tracy, yo no iba a...

Sí, idiota. Ibas a hacerlo.

—No, no, no, no, no, no.

Doy otro paso hacia atrás.

—Tracy, yo no iba a... Demonios, nunca tendría la intención de...

Pero si debería denunciarte, eres la peor escoria que puede existir.

—¡No! —el grito sale ahogado y las lágrimas me empapan las mejillas. No las puedo contener más.

Brotan como un río de dolor que deja cicatrices a su paso. Marcas espantosas que nunca van a desaparecer.

—Tracy, yo...

Tomo con fuerza mi mochila, sobrepaso su costado y salgo corriendo dejando a la bestia enfurecida con sus súplicas a mis espaldas.

—¡Por favor, Tracy!

Mientras me echo a andar caigo en la cuenta de que la campana sonó hace rato, no queda gente en los pasillos y los gritos que dejo atrás no son más que una súplica lejana que impregna con su eco cada centímetro que me alejo de él.

THEO

—Me prometiste el paraíso y me diste el infierno. Ahora no esperes que vuelva a creer en ti.

Sus labios carnosos se mueven de manera suave, sin inmutarse y con total legibilidad. El problema es que tardo demasiado en distanciarme de la boca del ángel para interpretar el veneno que acaba de soltar.

El efecto de la ponzoña se me clava en la sesera, liberando todo su efecto a cada célula de mi cuerpo. El modo en que sube el odio desde mi interior estalla contra mi cabeza, terminando por atorarse en mi boca con un montón de palabras.

—¿Qué?! —es todo lo que sale.

¡Yo no le prometí ningún paraíso, mierda! ¡Nunca le aseguré que podíamos tener una jodida relación como las de todo el mundo! No tiene idea de lo que es mi vida. No tiene idea de la persona que soy.

O quizá sí... Eso explica que se haya mantenido distanciada de mí todo este tiempo. Lo cual no justifica que piense que soy capaz de prometer semejante utopía. Entre nosotros, el único paraíso posible es uno en el que arden demonios en calderos de azufre. Y yo no la someteré a eso, los ángeles no deberían caer. Lo que me molesta aún más es que... siempre, siempre tenga que interpretar las cosas a su modo.

—¡Maldita sea, Tracy! ¡Te perfeccionas para exasperarme!

—No... No te creas tan importante...

—¡¡¡Estás loca!!!

—Deja de grit...

—¡Sí, has enloquecido y me culpas a mí de toda la mierda que llevas dentro!

—No me habl...

Antes de pensarlo dos veces, mis puños se alzan en el aire y se cierran en mi cabeza para tratar de detener la jaqueca que me está torturando.

Lo terrible llega en el instante en que nuestro alrededor se anula, el tiempo se detiene y las cosas transcurren con tanta agilidad que mi cabeza tarda en procesar la intensidad de las emociones.

Mi reciente gesto con los puños va cargado de tanta agresividad y fuerza que el mundo se rompe a pedazos cuando Tracy reacciona a mi gesto como... como si le fuese a...

—Tracy... Yo...

—No... —es todo lo que articula.

Está atónita. Ahora el color ha huido de sus mejillas y parece haber visto un fantasma. Qué digo, ¡ella es el fantasma!

—Tracy, yo no iba a... —¡Claro que no iba a pegarle! Sin embargo, la imagen de ella encogiéndose ante mí con sus pequeñas manos en alto me asalta nuevamente y es todo lo que mis ojos pueden ver—. Demonios, nunca tendría la intención de...

No que yo crea...

¿Por qué lo hizo? ¿Por qué reaccionó así? ¿En verdad pensó que iba a pegarle? No, diablos, no. Solo necesito explicarme, que me escuche nada más.

—¡No! —suelta en un sonido gutural y da un paso hacia atrás.

Felicidades, cabronazo, mira lo que lograste.

—Tracy, yo...

Vuelve a retroceder, encarnando el modo en que nos alejamos uno del otro cada vez más. Finalmente me pasa por un costado y sale corriendo como si yo fuese el monstruo más horrible que puede existir en la faz de la Tierra.

Se escapa.

No puede ser cierto.

Tu ángel está herido y se va con el corazón sangrando, me tortura la voz de mi cordura.

No fue mi culpa, mierda, no fui yo...

Me vuelvo para verla salir corriendo mientras suelto las últimas palabras que soy capaz de decir:

—¡Tracy, por favor!

Mi voz solo es un eco desgarrado, golpeando cada rincón de los solitarios pasillos en el piso de la escuela.

—¿Señorita Smith?

En el instante en que atravieso la puerta del salón, Carl se pone de pie en el lugar y todos dirigen la mirada en mi dirección, incluido el profesor, quien llama mi atención:

—¿Se encuentra bien?

No puedo articular palabra. Me siento incapaz de cualquier cosa, creo que a esto se le llama shock o trastorno por estrés agudo, lo que sea, me tiene estupefacta, aterrorizada y debo contener las emociones violentas que nacen dentro de mí.

—Tracy...

Ahora habla Carl.

—Está pálida, señorita Smith —añade el profesor.

Carl se hace a un lado entre los alumnos y llega adonde estoy yo. Noto que Riley, la novia de Zach, también se encuentra en esta clase, mirando con preocupación lo que sea que esté ocurriendo conmigo.

—Disculpe —dice mi amigo a la autoridad—, pero la acompañaré a lavarse la cara y a que coma algo. Quizá no ha desayunado.

—Es posible. Se la ve pálida —añade.

Acto seguido Carl me toma de un brazo y me saca del salón.

Luego de hablar con él, llorar en su hombro y hacer un esfuerzo descomunal por intentar sonreír, logro encaminar mi día de clase con el extraño temor de volver a cruzarme con Theo. Pero eso no sucede.

A la hora del almuerzo no está. Entre las clases, tampoco. A la salida, menos.

Carl y Haley no se apartan de mí. A la salida nos encaminamos a la parada del autobús y nos encontramos con una bonita camioneta que se detiene frente a nosotros.

La ventanilla espejada baja permitiendo que aparezca una encantadora sonrisa y unos conocidos ojos verdes.

—Tracy —me saluda con un gesto amigable que termina por arrancarme la primera sonrisa en horas.

—Charlie.

—¿Te llevo a casa? Es mi nuevo auto. Bonito, ¿verdad? —intenta impresionarme de una manera muy sutil, algo propio de él.

Quisiera aceptar su propuesta pero no puedo abandonar a los chicos que me han dado su apoyo durante todo el día.

—Yo... Yo... Estoy con mis amigos —le explico lo obvio—, pero muchas

gracias de todas maneras.

—Suban, los llevo a los tres.

Miro hacia atrás y Carl me dice:

—Hoy no vine en el auto así que sería un buen gesto si tu... amigo pudiera acercarnos.

La manera en que dice la palabra «amigo» revela que ambos recordamos cuando mamá me dejó en su casa y luego me escapé a Omega's para tener la cena más incómoda de mi vida.

—¿Y bien? —me recuerda Charlie, que sigue ahí—. ¿Qué deciden?

Al acercarnos a casa, el sol de este día ya se despide —afortunadamente— filtrando sus últimos rayos de luz.

Mi amigo se adentra en el vecindario donde pasé los últimos seis años de mi vida. Lo extraño llega cuando se distingue una luz azul fluorescente que se abre paso en nuestro camino. Acto seguido, me encuentro a mamá en la vereda de nuestra casa con la señora Walk, la madre de Charlie, y otro grupo de vecinos.

—¿Qué ha sucedido? —murmura mi acompañante.

¡Ojalá lo supiera!

Me reincorporo en el asiento para ver mejor de qué se trata. Oh, vamos, no puede ser cierto. ¿La policía está en casa?

Apenas el coche estaciona, me bajo a tropezones y corro hacia mi madre, quien se encuentra hablando con dos agentes de policía. Estos parecen recién salidos del interior de la casa, a juzgar por la puerta abierta de par en par.

—Revisamos todo —le dice uno de los sujetos a mamá.

Saber que este grupo de extraños ha hurgado entre mis cosas me hace sentir incómoda.

—¿Y bien? —pregunta mamá.

Llego hasta ella y su brazo se abre para contenerme de inmediato.

—No hay rastros de ningún extraño. Revisamos todo, de punta a punta — intenta apaciguar a todos el agente.

—Estoy segura de que vi a ese sujeto saltar por la ventana —explica la señora Walk. Una versión de Charlie con treinta años más, algunas arrugas, cabello largo y veinte centímetros menos que su hijo.

—¿Mamá —pregunta Charlie a mi espalda—, a quién viste en casa de las vecinas?

—Juro que vi a un criminal salir desde esa ventana y saltar al patio externo. Podría haberse roto un hueso de no haber sido por el césped alto, que

amortiguó la caída. Luego desapareció y escuché el motor de una motocicleta alejarse.

El corazón me sube a la garganta cuando la madre de mi amigo levanta su dedo índice y lo dirige en dirección a mi cuarto.

—Esa habitación es la que revisamos especialmente, señora —dice el policía—. Pero le repito que no hay nadie. Está limpia.

Claro que no hay nadie, idiota, si el ladrón ya se fue.

No obstante, un sexto sentido me da el indicio de que creo saber lo que sucedió aquí.

—¿Qué aspecto tenía el «criminal»? —le pregunto venciendo el temblor en mis cuerdas vocales.

—No lo sé... Tatuajes, pantalones y chaqueta de cuero. Se había tapado la cara con un pañuelo y escalaba con mucha habilidad.

Trago saliva y todos mis sentidos encienden sus alertas.

Me suelto en un santiamén del brazo de mamá y corro hasta el interior de la casa llevando la descripción que mencionó la señora Walk en mis oídos.

«Tatuajes». «Un pañuelo». «El sonido de una motocicleta». «Gran habilidad para escalar»... O para escapar... No sería la primera vez que lo hace.

Subo las escaleras y me meto en mi cuarto. Están todas las ventanas y las puertas del armario abiertas de par en par. En verdad, revisaron si un sujeto estaría aquí para sorprendernos con el cuchillo entre los dientes. En el escritorio está lo que busco y ellos no encontraron... Distingo mi tablet digital y un papel pegado en la pantalla.

El corazón se me acelera al ver que está doblado por el medio, sin la mejor caligrafía, manchado de tinta y letras por todas partes.

La persona que estuvo aquí se encargó de dejarme el aviso (o advertencia). Sé de quién se trata apenas abro el papel y un ligero olor a tabaco y menta llega a mis fosas nasales. Trago saliva, trato de rearmar los pedazos de mi corazón desparramados y leo:

Hay un ángel llorando dentro de una oscura caverna.

Y un lobo acecha afuera.

El ángel no quiere salir porque le teme.

El lobo monta guardia, esperando por la fantástica criatura.

El ángel cree que el lobo le hará daño.

El lobo intenta protegerla pero no se anima a enfrentarla.

Y así, la cobardía de ambos los hizo vivir con miedo y distancia hasta que el

*hambre y la soledad los mató.
Tracy, no permitas que ninguna bestia intente hacerte daño. Ten presente que
a partir de ahora no volverás a ver al lobo.
Pero él estará siempre ahí.
Para ti.
Cuidando cada uno de tus pasos.
Hasta siempre.*

T.

El punto manchado al final de la firma me indica que el lobo dejó caer una lágrima antes de marcharse para no regresar jamás y liberar a su ángel...

8

TRACY

Sábado 9 de enero

El ardor de la tinta penetrando mi piel provoca que me salten lágrimas en los ojos; me muerdo el labio inferior mientras el tatuador dibuja el triángulo recto en mi antebrazo derecho.

Lottie está a mi izquierda y Charlie a mi derecha. Este último deja reposar una mano en mi hombro y habla para transmitirme tranquilidad:

—Está quedando perfecto, no te preocupes.

Durante un instante miro la piel torturada y logro divisar pequeñísimas gotas de sangre que me ponen el corazón a mil.

—Te dolería menos si dejaras de temblar —añade Lottie.

—Ya casi terminamos —asegura el sujeto con el arma disparadora de tinta perenne en la mano.

Cierro los ojos mientras termino de hacerme la marca que me alejará de por vida de todo lo que tanto quise pero nunca encontré.

Los ojos grises. Los labios definidos. La piel bronceada. Los brazos fuertes. El árbol en el tatuaje de su espalda. Las rosas y las espinas en su abdomen. Su mirada triste, su corazón enorme, sus manos firmes.

El lobo que desapareció de mi vida.

De a poco, todos los recuerdos se van manchando con la tinta más oscura que puede existir.

Martes 2 de febrero

Ca: Feliz cumpleaños n.n En unas horas me daré una vuelta por tu casa. Papá insiste en que te lleve un enorme presente de su parte jaja yo tengo otro para ti mucho más bonito aunque más humilde. Lo hice yo mismo, un amigo me enseñó a hacerlo... :D
:D √√

Lo: F.C.  √√

Za: ¡Feliz cumpleaños, remilgada! √√

Ch: Revisa tu correo electrónico 😊 √√

De: Charlie Walk

Para: Tracy Smith

Asunto: ¡Feliz cumpleaños a ti!

Enviado: Martes 2 de febrero 12:01 a.m.

Tarjeta de Felicidades:

¡Que este día tenga mucha alegría y pases una excelente jornada con todos los seres que te amamos!

P.D.: Estoy muy contento con que tú y Lottie por fin se hayan hecho el tatuaje. En una semana se cumplirá su primer mes como Glorious y nos gustaría que sigan aprendiendo sobre nuestra legión.

Somos un grupo bueno. No hay nada que debas temer. (En ese caso... Ya sería demasiado tarde jaja).

Atte,

Charlie Walk

Luego de cerrar el mensaje de Charlie, dejo que una sonrisa sin energías se marque en mis comisuras...

No hay nada más en mi cuenta de correo. Está vacía, como mis chats y cada una de las redes sociales donde pueda haber recibido algo más. Solo empiezan desde los primeros días de enero, cuando mamá me devolvió el celular... Un momento, algo está mal aquí.

Hacia atrás no hay nada, pese a que no recuerdo haber configurado el

vaciado automático de los mensajes. ¿O sí?

Podría jurar que no.

¿Acaso hubo algo que no debería ver?

Viernes 26 de febrero

Vamos, Tracy. Levántate.

No...

Podrás superarlo.

Son cincuenta y seis días.

¿Y? Entiende que no vale la pena que los cuentes. No volverá a aparecer. Deja de suspirar y levántate.

Mamá llega para golpear la puerta de mi habitación y grita desde el otro lado lo mismo que hace veinte minutos me insiste la voz de mi conciencia.

—¡Tracy, se te hará tarde para ir a la escuela!

Ya la escuchaste, vamos, hazlo.

Ignoro la vocecita incrustada en mis pensamientos y pongo todo mi esfuerzo en sentarme en la cama y arrastrar los pies hasta donde yacen mis pantuflas de conejito.

Cincuenta y seis.

Un calendario cuelga al reverso de la puerta de mi cuarto. Tomo un fibrón negro, miro el tatuaje en mi brazo y lo escondo con la manga del pijama por millonésima vez para que mi mamá no lo vea en cuanto baje a desayunar.

Ni tu dignidad.

¿Qué?

Para que tu dignidad no lo vea...

¿Con qué derecho me dices eso?

Escondes ese maldito tatuaje más de ti misma que del resto del mundo. ¿Eso te dice algo?

Calla.

Soy parte de ti, cariño.

Tacho finalmente la fecha de hoy en el calendario y la voz me falla al decir las palabras que tanto tiempo me esmeré en silenciar:

—¿Quién haría la estupidez de pedir un pase en el último semestre de clases? Solo él... Claro. Son cincuenta y seis días sin Theo y tengo la ligera sospecha de que serán muchos más.

Cada minuto que pasa, temo olvidarme algo nuevo de él. Quiero conservar

por siempre su olor, sus tatuajes, su mirada, su voz... Pero, de a poco, van perdiendo intensidad en mi memoria, dejando solo un vacío que ni toda la tinta del mundo podría llenar.

El sonido de mi celular me despabila y voy hacia él para leer un mensaje. Es Lottie. Quiere que vayamos juntas hoy a clases.

Estoy segura de que Charlie la volvió a dejar y no tardará en venir conmigo para confesarme por enésima vez su amor.

Tr: Claro, amigui. Te veo luego. √√

Tras darle la respuesta, miro mi desprolijo aspecto en el espejo y me acomodo el cabello hacia atrás. Me detengo para observar mis ojos llenos de dolor; sin embargo, hago mi mejor intento por componer una sonrisa.

Si te sientes mal, que no se note.

Era mucho más fácil cuando reír no implicaba sangrar.

9

TRACY

El regalo del padre de Carl para «la novia de su hijo» es un maravilloso juego de lencería erótica con encaje y seda. Al descubrirlo, suelto una carcajada. Mis mejillas se ponen de todos los colores, aunque él debe estar mordiéndose los carrillos para contener la risotada que le atraviesa la garganta.

—¿Esto... es... en serio?! —digo a mitad de las risas llenas de euforia.

—Vamos, no le encuentro mucha gracia en verdad. No sé a qué padre se le ocurriría ser tan sexista. Además de desubicado...

—Descuida. Lo revenderé en una tienda de usados o por Internet.

—Nadie te comprará eso si lo usas.

—No lo usaré, bobo —dejo que esta última palabra no pierda su tono enternecedor, algo que parece incomodarlo, y añado—: Ni siquiera le quitaré la etiqueta o el envoltorio.

—Ahhh.

Su mirada se ilumina, satisfecho por saber que no conservaré este pedazo diminuto de tela. Acto seguido parece recordar algo que lo tiene inquieto y se

quita la mochila del hombro para sacar un pequeño paquete de regalo que le cabe en la palma de la mano.

¿Qué es ahora? ¿Una tanga?

Suerte que decidió entregarme esto a la salida de la escuela.

—¿Recuerdas que te dije que uno de los regalos lo hice yo mismo? —me pregunta.

—Ajá.

Extiende su mano y me entrega el diminuto paquetito.

—Es más humilde, pero creo que su valor es mayor que cualquier sofisticado encaje.

Dejo escapar una risita y quito el envoltorio descubriendo así una hermosa pulsera con tachas.

7 de abril

Lo: ¿¿¿¿Te enteraste de quién es el cumpleaños hoy???? √√

Tr: ¿Tuyo? √√

Lo: ¡No! ¡Piensa! Es varón. √√

Tr: Ammm, ¿Charlie? Me muero, ¿¿¿ES SU CUMPLEAÑOS Y LO OLVIDÉ??! √√

Lo: En ese caso, no deberías recordarlo siquiera jaja. El punto es otro. Piensa. Es amigo tuyo. √√

Tr: Ammm, no sé. ¿Charlie? √√

Lo: ¡¡¡TE DIGO QUE NO!!!! √√

Tr: Jajaja, era broma. Déjame adivinar. ¿Carl? √√

Lo: Creo que tus neuronas finalmente involucionaron... ¡De tu amigo Theodore Landon! √√

Lo: ¿¿¿Hola??? √√

Lo: Ufff... √√

Tr: Aquí estoy. √√

Lo: ¿Y bien? Ni pienses ir a verlo y darle besitos. Los Glorious te matarán. √√

Tr: Incluida tú. √√

Lo: Supongo. √√

Tr: ¿Y cómo te enteraste? √√

Lo: Es mi amigo en Facebook. Cumple 19. √√

Tr: ¿¿¿Qué??? ¡Es más grande que nosotras! √√

Lo: Debe haber repetido un curso. ¿¿¿Te eliminó de sus amigos, acaso??? √√

Tr: Es otro tema... Me sorprende que haya ganado una beca de la IVU. Solo se entrega a los mejores promedios en toda la etapa escolar. √√

Lo: Hummm, ¿debió haber sido hace mucho? √√

Tr: Lo extraño. √√

Lo: ¿Qué dices? √√

Tr: Que es extraño. √√

Lo: Tu mensaje anterior no dice eso. √√

Tr: Se me confundieron los botones en el celular. Debo estudiar para el último examen, ¿tú cómo vas? √√

Lo: Calma, aquí la becada eres tú. Con aprobar me conformo. √√

Su último mensaje me roba una sonrisa.

Apago el celular para golpear nuevamente la puerta de casa de Charlie mientras mi amiga piensa que estoy ocupada con algoritmos y ecuaciones.

10

THEO

No pienso llenar una sola planilla más ni decir lo que veo en una jodida lámina o responder a cartas con colores como si fuese un maldito niño. Solo resta que el sujeto con bata blanca y cara de rata de laboratorio salga de su cueva llamada «consultorio médico» y me entregue el sobre que me habilite a vivir de una vez por todas. Debo llevar como una hora esperando.

Me tiene cansado toda la fila de sillas, esas malditas paredes color vómito y la placa que reza el nombre del cerebritito.

Saco mi celular para comprobar la hora. Cuando haya pasado sesenta y un minutos esperando, le tiraré abajo yo mismo la bonita placa y se la meteré por donde más le guste. Finalmente enciendo la pantalla y miro la hora.

Pasaron solo nueve minutos desde que llegué.

—¿Qué mierda?! —suelto en el momento justo en que la puerta se abre y sale una mujer de por lo menos ochenta años en compañía del doctor Morrison.

—Theodore —murmura al verme—. Pasa.

No tengo intenciones de estrecharle la mano. Solo me meto en su jodida cueva y tomo asiento.

—Veo que estás algo molesto —murmura.

—¿Tiene lo mío?

—Vaya, pensé que estabas progresando pero veo que me equivoqué.

Morrison toma asiento en su bonito y cruel sillón de cuero animal. Toma un sobre como si se tratase de una carta de amor y lo extiende en mi dirección mientras me mira como si fuese un experimento raro.

—¿Y? —le digo.

—Míralo por ti mismo.

Saco su jodido examen (que es mucho más que un simple análisis de sangre) y leo un montón de letras y símbolos extraños que en mi vida he tenido la intención de interpretar.

—¿Me puede decir... qué... dice esto?! —mascullo.

Finalmente suspira y lo suelta:

—Me temo que este mes no podremos darte el alta. El tratamiento deberá seguir hasta que las pruebas arrojen lo contrario.

11

TRACY

No venía a casa de Charlie desde Año Nuevo.

Todavía recuerdo cuando crucé la puerta que tengo frente a mí como si fuese mi casa y me precipité a los brazos de mi amigo para suplicarle que me metiera en su grupo. Y así olvidar de una vez por todas a Theo.

Algo que el tiempo se ha encargado de facilitarme arrancándolo de mi vida como si la Tierra misma se lo hubiese tragado... Y he progresado. Al menos, ya no cuento los días desde que se fue.

Esa escapada enloquecida por mi parte en la víspera de recibir el nuevo ciclo, le valió a mi madre la decisión de devolverme mi celular e Internet pero dejándome sin algo mucho más valioso para cualquiera (hasta para el friki más friki de todos los frikis se sentiría terrible): el baile de graduación.

Cada vez falta menos y puedo observar en los pasillos, en clases, en la cafetería, en todas partes, cómo las chicas hablan de sus vestidos, los rumores que nos sorprenderán, las apuestas sobre el rey y la reina, mientras yo me siento ajena a todo eso.

Lo peor es que no puedo evitar escuchar la vocecita en mi cabeza que me recuerda que me lo he buscado y lo tengo merecido, por mucho rencor que

sienta hacia mi madre. Claro, su inteligente y única hija se ganó una fabulosa beca que acababa de restregar en las narices de mis abuelos. Al instante siguiente su hija, ahora más loca que una cabra, huyó hasta la casa de al lado.

Tengo derecho a meterme en problemas.

Te pasa por haber sido siempre una mosca muerta. Ahora intentas rebelarte contra todo y todos.

No es así.

Sí lo es.

Muérete.

Gracias.

—Hey.

Alguien mira por la rendija de la puerta, le quita el seguro y abre.

Unos ojos verdes como el musgo y la sonrisa más blanca y luminosa que he conocido me reciben.

—Charlie —lo saludo.

—Ven, pasa.

Cuando me meto en la casa, un escalofrío recorre mi cuerpo.

—¿Seguro que estás solo? —le suelto sin evitar algunos... pensamientos.

—Sí, adelante. ¿Prefieres aquí —señala la sala— o en mi habitación?

—Estoy bien.

—En mi cuarto tengo un escritorio grande y la computadora para consultar en red nuestras dud...

—No te hagas problema.

—En verdad, podríamos ir y...

—Aquí está bien, gracias.

Se genera un incómodo silencio y sus mejillas se sonrojan. Estoy segura de que también debo tener los colores de un tomate.

—Iré por café. Puedes dejar tus cosas sobre el sofá junto a la biblioteca.

—Gracias.

Me quito la mochila que me cuelga de un hombro y la dejo donde mi amigo señaló anteriormente. Saco mis cuadernos para que podamos empezar a estudiar mientras me invade la incógnita de qué pensaría mamá de saber que he vuelto a lo del vecino tatuado que me lleva a casa sin que ella me haya atrapado. Todavía.

—¿Tomas el café amargo o dulce?

—Dulce, por favor.

—¿Con leche? —aparece con una bandeja que parece lista para llevarle el

desayuno a su amada en la cama.

—Está bien solo, gracias.

Al medio del juego de living hay una mesita de vidrio donde mi amigo deja reposar la bandeja con café, lindos pocillos blancos de porcelana y magdalenas que se ven deliciosas. Todavía recuerdo cuando vine por primera vez con mamá para recibirlos el día de su mudanza.

—¿Tu madre tampoco está?

—No, Tracy... Nadie. Y no volverán hasta dentro de doce horas por lo menos.

—Ah.

—¿Por qué?

—¿Qué cosa?

—¿Qué te preocupa? —me dice y sirve en las pequeñas tazas.

—Yo... Nada.

Sí. Te preocupa la existencia de Neo.

No lo he vuelto a ver desde aquella vez en que él, Amanda y un grupo de desconocidos me embriagaron y me quisieron romper los huesos con una barra de hierro. O violarme con ella, quién sabe.

Exceptuando las veces que desde lejos me los he cruzado en la escuela he intentado evitarlos a toda costa. A veces me pregunto si eso ocurrió de verdad o si fue todo un delirio por parte de eso que me dieron de beber mientras jugábamos Verdad o Consecuencia... Bueno, estas dudas precisamente son las que me hicieron no tomar acciones legales ni contarle nada a nadie.

Tengo miedo.

Son peligrosos.

Mejor no meterme donde no me llaman... Aunque la tentación siempre esté presente.

—Se ven deliciosas —murmuro y tomo una magdalena.

Mmm, debo admitir que parecemos dos damas inglesas a la hora del té.

—Sí. Las hice yo.

—¿En serio?!

—No —contesta y suelta una carcajada—. Son obra maestra del talento culinario de mamá.

—Vaya.

En efecto, el sabor es tan delicioso como el aspecto. Coloco un cuaderno sobre mi falda y busco la parte donde yacen los algoritmos que practicamos en clase.

Me acomodo un mechón de cabello tras la oreja; la mirada de Charlie me pesa desde el sillón del costado.

—¿O... ocurre algo? —le pregunto, incómoda por el modo en que se ha quedado embobado conmigo.

—¡Oh! ¡Nada! Solo... Trataba de ver qué tenías ahí.

—El material de estudio —*O sea, ¿no es obvio?*

—Ah, bien. ¿Me... permites?

Soy tan inteligente que me senté en el sofá de dos cuerpos. Ahora, él quiere sentarse a mi lado para ver los ejercicios y... Después de todo, estamos aquí para estudiar. Solo quiere leer mi cuaderno desde cerca, ¿no?

—Claro —le suelto.

Charlie toma asiento a mi lado y se encima contra mi cuerpo, al tiempo que parece leer lo que tengo escrito. Preferiría que hubiera distancia... Idea que desaparece ante un ligero olor dulzón a perfume amaderado que me invade las fosas nasales. ¿Quién se perfuma así para recibir a su compañera de estudio?

—Espera —se interpone con una mano sobre mi cuaderno; este me presiona los muslos y un ligero cosquilleo estalla en mi abdomen—. No pases la hoja.

La barba de su cuello y mejillas rozan las mías.

Empiezo a hiperventilar, señal de que ya llegué a mi límite.

Pienso decirle algo que sutilmente logre distanciarlo, sin embargo, mi intento falla, como cada aspecto de mi vida.

—Lamento mucho tu ruptura con Lottie.

—Descuida, es la quinta en lo que va del año.

Se aparta unos centímetros y agradezco el momento en que deja de rozarme la piel. Lo malo es que esta vez sus ojos están clavados en los míos, sus labios se ven deliciosos y el perfume que lleva puesto me embriaga.

Es tan magnífico que podría tener a la chica que quisiera a sus pies.

—Menos... mal que no... no me siento... incómoda —le suelto y me da la risa tonta.

—¿Y por qué deberías estarlo? —se acerca y su nariz ya roza la mía.

Los centímetros que nos separan son el campo peligroso que suele deshacer vínculos que parecen indestructibles.

—Eres mi compañero de estudio.

—¿Y Tracy? ¿Qué más soy para ti?

—Tú... Yo...

—¿Sí?

—Que los dos... Tú me...
—Dilo, Tracy. Por favor.
—Charlie...
—Tracy...
—Siempre serás mi mejor amigo.

12

TRACY

—Charlie, ¿te sientes bien?

Parece ser que un torbellino arrasó dentro de él y le hizo perder todos los colores.

—Sí... Sí —retrocede un poco, dándome espacio para respirar, aunque empiezo a extrañar su perfume varonil.

—Te pusiste como un papel.

No es para menos. Le diste justo en la friendzone.

—Des... descuida —articula—. Estoy bien. ¿Y si empezamos de una vez?

—Bueno. Pero deberás ponerle mucho azúcar a tu café. No quiero que te dé un síncope a mitad de una horrible ecuación.

Al salir, me duele la cabeza y pienso en el grito que pondría Lottie en el cielo al saber que su (ahora) ex novio y su (ahora) ex mejor amiga han compartido una exhaustiva jornada a solas para... estudiar. Claro, algo que ella y él no podrían haber hecho a solas en caso de estar juntos.

Distingo que mi casa sigue cerrada, es decir que mamá aún no llega, por lo tanto, tomo la decisión de ir hasta el súper y comprar algunos víveres. Sobre todo toallas higiénicas; últimamente me siento un poco hormonal y mi humor va a estallar cuando me baje la regla.

Ando un par de cuadras disfrutando el atardecer, reconfortada en mi abrigo, pensando en el momento en que mamá se case.

Aún no han decidido del todo la fecha pero ya están muy ocupados con los preparativos. Lo único seguro es que la boda se realizará luego de que yo haya entrado en la universidad; nadie quiere imaginarse lo que significaría dejarme

la casa sola otra vez.

Aunque confíe en mí misma, no lo hago en cierto grupo de personas cuya existencia me aterra.

Llego finalmente al lugar de mi objetivo y los «*pip*» de las cajas registradoras me llaman la atención apenas traspongo la puerta.

Tomo un canasto y voy derecho a las estanterías de higiene. Encuentro el champú que uso y el de mamá. Meto uno de cada clase en el cesto, algunos jabones aromatizados, crema para humectar el cuerpo, maquinitas de afeitar (que por algún motivo me ponen muy incómoda y las saco de su lugar como si las estuviese robando), hasta que doy con el sector más bendito de todo este mercado: las toallas higiénicas.

Paso por los tampones y, a decir verdad, más de una vez he pensado en llevar una caja, sin embargo, prefiero empezar a usarlos una vez que haya perdido la virginidad. De momento prefiero seguir usando mis amigas absorbentes. ¿Con alas o sin alas? Esa es la cuestión.

Opto por las primeras y, al darme la vuelta, un rostro conocido me sorprende y ahogo un grito ante la sorpresa.

—¿Tracy Smith?!

—¡Oh!

La madre de Theo se aparece con su hija menor, Paris, quien se suelta de su mano para saltar a mis piernas y darme el abrazo más entusiasta que he recibido alguna vez por parte de un niño.

—¡Deiciiii! —exclama como si fuese la última vez que nos fuéramos a ver. Bueno... quién sabe.

—Pequeña —murmuro y con mi mano libre le acaricio el cabello. Me pongo en cuclillas, dejo el canasto en el suelo y correspondo a su abrazo.

—Me gudta tu pelo —dice.

—Es el champú —respondo—. Te recomiendo que uses uno con aroma a vainilla o florales. Los adoro.

—Gdacias.

¿Es un niño agradeciendo? Si hasta me recuerda a mí. De pequeña agradecía y pedía perdón por todo.

—Te preguntaría qué haces por aquí pero creo que es obvio —indica la mujer.

Hago un pequeño esfuerzo por recordar su nombre y la palabra viene a mi mente de un segundo a otro: Margot.

—Yo... Ehh... Sí —le digo algo sonrojada e instintivamente intento

esconder el cesto haciéndolo a un lado.

Me distancio finalmente de la niña, mientras me sostiene una mano.

—Te preguntarás qué hago yo en este sitio —añade ella.

De hecho... Sí. Convengamos que es una señora de edad, aunque no crítico. Hay quienes siguen fértiles incluso hasta los cincuenta o más.

—Deisy, ¿vienes con nosodras?

—Paris te vio desde más atrás e insistió en venir a verte.

—Claro —convengo.

Luego Margot se dirige a la niña para pedirle:

—Princesa, ¿por qué no vas a elegirte un postre de las heladeras? Te esperaremos en la primera caja registradora.

—Síiiiiii.

Paris estalla de alegría y luego vuelve a mí:

—Enseguida de regreso.

—Por supuesto, ve.

En cuanto ella se marcha, me siento incómoda ante la presencia de Margot, ya que la última vez que nos vimos me advirtió que tuviese cuidado con su hijo...

Lo peor es que no supe responder de manera acertada. Fui advertida y aun así terminé en el suelo de mi cuarto deshecha en lágrimas y con el corazón en pedazos.

—Ya habla mucho mejor —le digo a la señora respecto de su hija. Me pregunto a qué edad la habrá tenido.

—Sí, hemos estado trabajando con una psicóloga y un par de fonoaudiólogos. Ha tenido sus progresos.

Es pequeña pero cualquier niño a su edad ya hablaría correctamente (o un poco mejor). Casi con seguridad, ya debe haber empezado o está cerca de iniciar la escolaridad.

—Tracy, ¿eres creyente?

Su pregunta me toma por sorpresa y empezamos a caminar entre las estanterías hasta la caja donde le indicó a su hija que estaríamos.

—Ehh... No lo sé. ¿Por qué lo pregunta?

—Descuida. No te pondré en el aprieto de una discusión existencial. Yo sí creo en Dios. Pero de joven no lo hacía, era sumamente agnóstica, todo lo relacionado con lo existencial, la trascendencia no me resultaba...

Vaya, ¿me soltará un sermón para que cambie de religión?

—Hasta que un día necesité algo en qué confiar. En que pudiese creer —

prosigue—. Mi vida estaba hecha pedazos, no tenía a dónde ir, mis medios económicos apenas alcanzaban para darle de comer a Theo y ni hablar en pensar en una ayuda psicológica. Así que empecé a ir a la iglesia.

—Oh...

—Lo sé. Ni yo misma lo podía creer.

—¿Y qué... qué fue lo que le hizo decidirse por eso?

Margot agacha la mirada y me muerdo la lengua por haber sido tan estúpida de meterme donde no debía.

En ese momento aparece Paris con un montón de postres.

—Creo que devaré estos.

—Elige uno, hija.

—Emmm, ¡todos!

—No, cariño. Elige uno solo y ve a dejar los otros donde los sacaste. Vamos, haz tu elección y que lo demás no importe.

La niña finalmente se va refunfuñando. Contra mi deseo de que la charla termine, ella responde:

—Mi hijo mayor falleció hace tiempo. Pero una parte de mí aguarda el momento de encontrarme con él nuevamente...

—¿Por qué?

Diablos, ¿no puedes simplemente mantener la boca cerrada?

Quiero saber a qué viene todo esto.

Tú lo que quieres es otra cosa.

Calla.

Parece que Margot va a quebrar en llanto, no obstante se la ve mucho más fuerte como para romper a llorar en cualquier parte. Esperamos a pagar y lo suelta:

—Necesito su perdón —*Oh, mierda*—. Mi hijo se fue por mi culpa. Porque no lo pude proteger. Desde entonces no vivo en paz conmigo misma...

—Lo siento mucho —admito.

—No podría soportar que le ocurra algo así a otro hijo mío.

—¿Por qué lo dice?

Vamos, bocona.

—Porque ahora mismo estoy perdiendo a mi hijo.

—Ay...

—Theo está internado, Tracy. Lo estoy perdiendo. Necesita tu ayuda.

Te lo advertí, presumida.

TRACY

Hacerme una idea de lo mal que lo debe estar pasando me rompe el corazón y me hace sentir una persona sumamente egoísta.

Intentaré ayudarlo pero no prometo milagros.

¿Estás segura de eso?

No...

¿Y por qué le prometiste a su madre que sacarás tu faceta de Santa Smith para recuperar a su hijo? ¿Te recuerdo tus palabras? «No se preocupe, Margot, yo lo ayudaré a su hijo» y bla bla bla. ¿En serio?

Deja de torturarme. Lo hago más por la pequeña Paris que por él.

¿Y tú qué tienes que ver con esa niña?

No quiero que su hermano crezca en una institución psiquiátrica.

Por último, recuerdo lo que le dijo la señora a su hija mientras optaba por un postre y me dejó inundar por sus palabras: «Haz tu elección y que lo demás no importe».

—Esto no es un hospital mental sino una clínica de rehabilitación neurológica con internaciones ambulatorias.

Por la manera en que la enfermera me recibe luego del guardia de Seguridad no me resulta un sitio muy acogedor. Sus ojos negros cansados y las facciones por el suelo me generan rechazo al instante y trato de disculparme... Antes de que la atención de todo el mundo se fije en un montón de gritos que se desatan en el interior de la clínica.

Por afuera parece un lugar paradisíaco para venir de vacaciones: un hermoso parque delantero con grandes arboledas, y una fachada color turquesa con columnas verdes.

Estamos en una oficina de recepción; la mujer ya no se preocupa tanto por recibirme al escuchar el caos del exterior. Se pone de pie y me señala que me quede en la habitación...

... lo que es algo imposible al escuchar el grito desgarrador de la voz más hermosa que pueda llegar a mis oídos.

Todo mi mundo destrozado empieza a rearmarse de a poco.

—¡¿QUÉ DEMONIOS HACE *ELLA* AQUÍ?!

—¡THEODORE, DEJA DE HACER ESO!

—¡NI MIERDA!

El ruido de los cristales al romperse me llega a los oídos. Me atraviesan como el horror de los pensamientos que se generan en mi interior.

—Necesito salir a ver qué ocurre —le pido a la enfermera.

—No puedes. La cafetería es un área restringida, exclusiva para los pacientes.

—Pero no entiende... A él es a quien busco —le digo, segura de que reconocería la voz de Theo a kilómetros de distancia.

—¡QUE SE VAYA! —aúlla y también me da el indicio de unos gimoteos por su parte.

Demonios, está llorando.

Mi vida...

Al final tenía sentimientos.

Está enfermo pero vino a este lugar a buscar ayuda y yo lo estoy estropeando todo.

Buena deducción. Vas mejorando, eh.

—¿Qué tiene? —le pregunto a la enfermera—. Theodore Landon es quien se ha descompensado, ¿verdad? ¿Por qué está aquí? ¿Qué tiene?

—Consumió cocaína hasta dañarse el lóbulo frontal. Está en rehabilitación para controlar su adicción y las conductas agresivas.

—Theodore Landon —lo enfrenta Ophelia.

Sí, ese es el nombre de la profesional que me atendió antes.

«No va a hacerme daño. Créame», le aseguré para convencerla y quisiera yo misma creer mis palabras.

—Está... está ahí... Está ahí en esa maldita oficina con usted —se sobrepone Theo como un niño con miedo. Me pego al borde de la puerta sin poder soportarlo más—. La vi entrar —añade.

—Tienes que calmarte.

—Ella tiene que irse, demonios, no puede verme así. Tiene que irse.

—Antes deberíamos tranquilizarte. Ninguno de los que estamos aquí queremos que cometas una locura.

—Yo no estaría tan seguro de eso...

¿Qué está ocurriendo ahí afuera?

TRACY

Hay un niño llorando. En su voz se oye la desesperación, el miedo. Su vida no tiene rumbo. Hay un niño que golpea las puertas de esa caverna donde está obligado a vivir. Es una personita a la que la vida le ha resultado demasiado cruel, demasiado dura, que lo cruzó con episodios indeseables.

«Consumió cocaína».

Tuvo que crecer antes de tiempo. No conoció el amor sino un mundo de dolor y hostilidad.

«Está en rehabilitación para controlar su adicción...»

Cada vez que sonrío, sus ojos lloran.

«... y las conductas agresivas».

Cada vez que grita, es para calmar las voces de su cabeza. Por eso, son sus silencios los que en verdad me asustan. Son la señal de que puede haberse dado por vencido. Son la señal de haberles permitido a sus demonios internos ganar la batalla.

—The... Theo...

Mi voz no es más que un murmullo quebrado.

Me llevo las manos a la boca, impactada por la imagen que se cruza delante de mí.

Está ahí, con la remera desgarrada, los tatuajes le brillan en la piel con toda su magnificencia: el rosal, las espinas, el comienzo de la frase «¿de qué lado estás?» bajo su ombligo en letras chinas. Pero con sangre en todas partes.

Sus puños están cerrados con fuerza, goteando charcos de sangre y con cortes profundos en ambos brazos.

Tras él distingo una ventana hecha añicos que se presenta como respuesta a mi pregunta de qué diablos hizo. No esperaba que mi presencia fuese a ocasionar esto, ¿en verdad pensó en matarse o solo lo hizo en un arranque de ira? Es posible que la primera en verdad solo haya resultado consecuencia de la segunda.

—No... —es lo único que alcanzo a distinguir de su voz herida.

Me ve, sus puños se aflojan y caen algunos vidrios de sus manos. La expresión de su rostro lo muestra tan herido y tan demacrado que me da miedo.

Los huesos en su clavícula me causan impresión, al igual que sus costillas, y los pómulos se ven más grandes de lo que recordaba. Está muy delgado. Aun así no deja de ser hermoso... No es más que un niño herido pidiendo auxilio a gritos, que calla los miedos que lo consumen y prefiere articular gritos y crear problemas a enfrentar los traumas que lo persiguen desde el comienzo de su vida.

—No tendrías que estar aquí —murmura. Y está llorando.

Se arrima un puño al rostro para quitarse algunas lágrimas, aunque no hace más que esparcir sangre en sus mejillas y nariz.

—Sí, Theo —me armo de valor para poder hacerle frente. Mi voz tiembla aunque pongo mi mayor esfuerzo en que no se note—. ¿No pensabas comentarme tus problemas? ¿Mejor es callarlos?

—No, mierda, no...

—Shhh, calma. Nadie va a hacerte daño.

En realidad, él es la persona más peligrosa para sí mismo justo ahora.

—Necesitas que te curen esas heridas —le afirmo—, luego me iré si quieres, pero primero tienes que dejar que los médicos controlen la sangre...

—¿Vale la pena? —pregunta como un niño de cinco años que quiere saber por qué el sol se esconde.

—Sí que vale la pena. Viniste aquí para mejorar, ¿no? —Silencio. Lo tomo como un «sí» y prosigo—: Bien, ahora deja que cuiden de ti.

—Pero... No... No te vayas.

Su pedido es una chispa que enciende algo dentro de mí que en mucho tiempo había permanecido apagado. Es mi amor, mi devoción por este muchacho que me enloquece, que entenece cada terminación nerviosa de mi cuerpo y me hace sentir con un motivo muy valioso para vivir. Es solo una persona que ha sufrido mucho; la maldad de su interior está solo dirigida a sí mismo.

—No me iré —le aseguro—. Puedes tener seguridad de eso.

Doy unos pasos hacia adelante y Theo se deja caer de rodillas. Debe estar agotado, sin fuerzas. A punto de un desmayo... Que no tarda en llegar.

Corro hacia él pero unas manos firmes y pesadas me detienen. Otros dos paramédicos corren en su dirección antes de que su rostro impacte con el suelo, y se lo llevan.

De pronto el mundo alza toda su crueldad para envolverme y me inmoviliza.

—¿Por qué se lo llevan?! ¿Por qué no me dejan ir con él?! —exijo con

lágrimas.

Los ojos me arden, siento hinchadas las mejillas, la garganta me duele y la voz me sale en una súplica desesperada.

—Calma, muchacha. Él va a estar bien, lo van a ayudar.

No lo entiende.

Ella no lo entiende. Ni ninguna otra persona dentro de este maldito centro médico lo podrá entender jamás.

Theo le hace daño a su propio ser. Paga con el cuerpo años de dolor, de sufrimiento que no deja lugar al amor. Ni siquiera a la estima por sí mismo.

¿Es que alguna vez lo podré recuperar?

¿Cómo recuperar lo que nunca se perdió y siquiera existió?

Le dejé un mensaje a mamá para pedirle permiso para quedarme a dormir en casa de Carl. Es una suerte que él me cubra en este tipo de situaciones; se comprometió a hablar con mi madre para confirmar mi mentira piadosa.

Me afirmo en la puerta y una conversación llega a mis oídos cansados:

—No puede quedarse. No es horario de visita y si se despierta la matará.

—No lo hará. A ella no.

Reconozco esta última voz. Es la enfermera que me recibió. La vi juntar sus cosas para irse a su casa, de seguro algún otro sujeto del equipo del hospital la detuvo.

—¡Es un paciente ambulatorio! Además, ¿está atado o con chaleco de fuerza? —le pregunta el desconocido.

—Sabes, Sawyer, que eso no es legal ya. Además, para eso estás a su cargo. Si despierta e intenta hacerle daño a la muchacha lo sedas y el problema estará resuelto.

—Pero...

—Tiene autorización del director de la clínica para quedarse. Es mayor de edad y sabe lo que hace —Oh, bendita conciencia de esta mujer, gracias por estar a mi favor.

—Si le intenta hacer algo, no estaré para resolverlo.

—Hasta mañana, Sawyer. Límitate a hacer tu trabajo, de eso depende la renovación de tu contrato.

La silla se me hace muy incómoda y, por mucho que intente dormir, siento que mi cabeza pierde el equilibrio haciendo que despierte asustada. Miro a Theo, quien sigue durmiendo, y pienso en cuánto tiempo durará el efecto de los sedantes o cuánto daño puede haberle causado la sangre perdida. Me resulta inquietante incluso que no le hayan hecho una transfusión.

Un pensamiento me cruza en la cabeza y miro por la pequeña rendija de la puerta hacia el exterior de la habitación: el tal Sawyer es un médico residente seguramente; en lugar de hacer guardia, duerme en un cómodo sillón tras un escritorio.

Niego con la cabeza y me acerco al costado de la cama donde permanece Theo.

Tiene suero conectado a las venas, sus manos vendadas están cruzadas en su pecho y parece un ángel buscando paz mientras descansa.

La cama no parece muy grande pero no resisto la tentación.

Me acomodo a su lado y dejo reposar mi cabeza en su pecho.

Es el lugar más cómodo del mundo para poder dormir... Entonces, recuerdo la advertencia que me hizo una vez. Me juró que nunca dormiría con nadie porque le parecía «demasiado íntimo». ¿Qué pasaría si despertara y descubriese que estoy abusando de su estado de inconsciencia? Después de todo, tampoco es que pueda quejarse. Lo estoy cuidando y, a juzgar por el desinterés que muestran en esta institución, dudo que le hayan hecho saber a Margot sobre su descompensación. El único motivo por el que pueden haberla llamado es para que deposite más dinero con tal de retenerlo esta noche en las instalaciones.

El idiota que está ahí afuera no hace su trabajo; seré yo quien permanezca al lado de Theo.

Sabes que es un desagradecido y te cortará la yugular si despierta y te ve durmiendo a su lado.

¿Tienes un interruptor para apagarte si necesito dormir?

Eres siempre tan dulce conmigo.

Ignoro las advertencias de mi conciencia y acerco mis labios a los de Theo. No ha perdido su característico olor a menta y tabaco. Este se mezcla con un ligero olor a sudor y alcohol que usaron para curarlo, al igual que agua oxigenada para limpiarle la sangre.

Su cabello hacia atrás le da un aspecto más vulnerable. En el último tiempo le ha crecido en ondas rebeldes que le dan un aire atractivo y de un encanto varonil muy particular.

—Me pregunto si alguna vez podré arrancarte de mí —susurro sobre sus labios.

Las palabras me recuerdan a un poema que leímos en clase de francés. Las traducciones oficiales de Lord Byron fueron tan encantadoras que no hicieron más que enamorarme más de mi decisión de estudiar Literatura en la

universidad.

«Tantas y tantas veces me arrepentiré de ti», reza una de sus obras.

Me muerdo el labio inferior y no lo resisto más. Dejo reposar en su boca un beso casto pero con profundos sentimientos.

Lo extraño.

Lo necesito.

Esto es lo que he añorado tanto tiempo...

Sin despegar mis labios de los suyos, murmuro las palabras más peligrosas de mi vida:

—*Je t'aime, mon amour* —«Te amo, amor mío».

Acto seguido, me permito descansar en su pecho y cierro los ojos fundiendo mis sueños en los suyos...

... y aquí vamos de nuevo, corazón enfermo.

15

THEO

—Cariño, cúbrete los oídos...

—Mami, no...

—Tú hazme caso. ¿Recuerdas el cuento del lobo y el ángel?

—Sí, pero...

Un golpe.

—¡¡¡Abre la jodida puerta!!!

Dos golpes.

—Shhh, no llores, mi vida.

Tres golpes.

—Haz silencio.

La madera ya empieza a ceder, se está rompiendo a pedazos. La van a tirar abajo.

—¿Dónde está Austin? —le pregunto.

—Escondido —me susurra mientras las patadas siguen—. Obedece, cariño, y cierra los ojos; cúbrete los oídos y recita en voz muy muy bajita el cuento.

—¿Podemos escondernos con Austin? —le pregunto lleno de esperanzas. No me iré por mi cuenta, no la dejaré sola.

—No hay tiempo, cariño... Además, tu hermano es grande y sabe lo que hace.

Solo son dos años más.

—Pero, mami, yo ya soy grande...

La puerta se convierte en un montón de astillas que caen dejando una enorme abertura. En eso un hombre con guantes de goma negra mete la mano y busca la perilla para quitar el seguro.

—Haz lo que te he pedido, por favor.

No hay muchas otras soluciones que puedan venir a mi cabeza excepto la idea de que un superhéroe de mis historietas sea una salvación posible.

Me arrincono tras el sofá, me abrazo las rodillas y cierro los ojos con fuerza.

Un par de cuerpos pesados ingresan a la casa. Mi corazón empieza a palpar con fuerza y me quedo sin aire. Trato de ni siquiera respirar fuerte para que no me vean... Entonces pienso en que ojalá viviésemos en una casa más grande, con más recovecos para escondernos.

—¿Dónde está?! —le gritan a mi madre. Escucho el ruido de armas, cadenas, pasos, además de un asqueroso olor a sudor y sangre.

—Aquí no —dice mamá y el otro la detiene.

—Esta pocilga es la casa ideal para una rata como tu marido. Dime dónde está si no quieres que te vuele los sesos.

¿Papá? Lo buscan a él.

—No tengo idea de dónde... pudo haber ido.

—No me obligues a tener que dejarte una bala entre los ojos. Tienes cinco segundos para decirme dónde mierda se ha ido.

¡Oh, no!

—Uno...

Trago saliva y finalmente decido seguir los consejos que mamá me señaló.

Pego los párpados con fuerza, me cubro los oídos y traigo a mi mente una oscura caverna en medio de la nada...

La roca es fría, hay hiedra y lodo bajo mis pies, no hay luz eléctrica aunque la luna y las estrellas pueden señalarme el camino que busco en la entrada de la cueva.

—¡... dos!

Trato de volver a mis pensamientos cuando creo escuchar un llanto que me

conmueve.

El ángel.

Hago el intento de acercarme para ofrecerle ayuda, sin embargo, escucho un gruñido que proviene desde afuera.

La bestia.

Me decido por conocer al lobo; salgo de la cueva y miro por doquier. Tras un árbol finalmente aparece el animal con sus grandes fauces, los ojos brillan infernales a la luz de la luna y se lo ve mucho más intimidante que en el cuento de mamá.

—¡¡¡Tres...!!! ¡¡¡Habla ahora, maldita sea!!!

El lobo abre su hocico y puedo ver unos filosos colmillos que le otorgan un aspecto nada amigable.

—¡No!

El grito viene de mis espaldas.

Doy media vuelta en busca de encontrar al ángel, sin embargo, abro los ojos y tengo de frente el rostro de un horrible sujeto con barba, tatuajes, cicatrices y un olor repugnante.

—Mira lo que tenemos aquí —murmura.

—¡No! —vuelve a gritar mamá—. ¡No le hagan nada!

El otro que la tiene amedrentada vuelve a gritar:

—¡¡¡Tienes dos malditos segundos para decirme dónde se ha ido!!!

Y de pronto, todo sucede demasiado rápido...

Mi hermano sale de la habitación de mis padres. Lleva un cuchillo de cocina empuñado y corre hasta el sujeto que sostiene el rifle. Aunque este se da la vuelta y un chorro de sangre mancha la pared y el televisor antes de que el cuerpo de Austin caiga sin vida al suelo.

Abro los ojos.

Tengo la boca seca, me cuesta respirar y un extraño ardor me atraviesa en horribles punzadas el cuerpo entero.

Quiero moverme, gritar, darle un puñetazo a la mesa de luz pero nada de eso ocurre.

Me siento inmovilizado.

El mundo es una masa viscosa, como un sueño dentro de otro sueño.

Delante de mí tengo unas paredes tan verdes como el moho, hay cables conectados a mis venas y un suero a mi derecha. Pero un costado de mi cuerpo se siente más pesado, más cálido, es una sensación distinta a cualquiera que me haya permitido experimentar antes.

Creo que es parte del sueño o, si es la realidad, no entiendo por qué no puedo mover ninguna de mis extremidades.

Miro a un costado y el fresco perfume me llega antes de constatar que se trata de *ella*.

Tracy está acurrucada en mi pecho, durmiendo plácidamente.

Se la ve tan hermosa que me siento en deuda con mi propio sueño.

Entonces caigo en la cuenta de que el verdadero ángel... está conmigo.

Es un sueño, Theo.

Pero si se la ve tan... ¡Arggg, mi cabeza me está matando!

Duérmete y sigue soñando.

Pero ella está aquí y no... no debería. Esto es un terrible error, la peor equivocación de su parte. ¡Debería irse!

Descuida, no estará cuando despiertes.

—Hola.

Asombroso...

—¿Cómo te sientes?

Si en verdad supieras la persona que soy, no te habrías quedado.

Quizá lo sabe y por eso lo hizo.

TRACY

—Hola.

Sus ojos se abren alrededor de las 6 a.m. Por suerte me desperté quince minutos antes, me lavé la cara y me quedé a un lado de la cama, en una silla, viéndolo dormir.

No me hubiese gustado ver su reacción al saber que dormimos juntos.

—¿Cómo te sientes? —le pregunto dedicándole mi mejor sonrisa.

Apenas sus párpados se despegan, lo que me obliga a preguntarme si eso en verdad no fue un reflejo o si realmente Theo está aquí, conmigo.

—Bueno... —murmuro—. Si no quieres hablar, ya sé cuál es mi lugar.

Me pongo de pie para buscar mi cartera y un liviano abrigo que dejé colgados en el perchero.

El parpadea y por un instante me quedo inmóvil.

—Descuida. Llamaré a tu madre para que venga.

Si no quiere hablar conmigo, lo entiendo. Después de todo, era mucho mejor cuando dormía.

Me cuelgo la cartera al hombro, tomo mi abrigo y antes de decidirme, su voz me alcanza:

—¿Por... qué?

Trago saliva y añade:

—¿Por... qué te... quedas... te?

Me doy la vuelta, arrojo mis cosas a un costado y me coloco de rodillas a un lado de la cama. Nuestras miradas se encuentran a la misma altura.

Sus ojos grises piden clemencia. Piden perdón.

—Porque me lo pediste —le respondo—. Además, quería hacerlo.

Mi mirada se dirige también a la fina y rosada línea de sus labios. Se los ve tan tentadores, adornados por una barba incipiente que lo hace parecer más grande. Recuerdo cuando se hacía llamar «el *Daddy*» y yo reía con esa expresión.

—Gra... cias. Supongo —su voz se va apagando.

—¿Quieres que llame a alguien para que te traiga el desayuno?

—Necesito tenerte... cerca —su voz de a poco se va aclarando.

Aunque, en el modo menos audible, habría sido capaz de reconocer sus últimas palabras.

Mi respiración da un vuelco y percibo el modo en que de a poco me empiezo a agitar. A él se lo ve impasible, decidido. Quizá esto se deba al efecto de los sedantes.

—Lo estoy —le aseguro—. Estaré para ti si lo necesitas.

Me siento en falta al pensar que lo ignoré y lo evadí de la manera más cruel la última vez que nos encontramos en la escuela.

—Ayúdame, por favor... Necesito tu auxilio.

Hay algo detrás de sus palabras que deja entrever un halo de luz entre tanta oscuridad. Ya no intenta destruirse a sí mismo. El odio que siente hacia su propia persona, que me hizo detestarme a mí, que hizo tanto daño, está cediendo lugar a algo de amor propio. Me pregunto cuánto tuve yo que ver en eso. Pero algo me obliga a plantearme cuán herida saldré a cambio de brindarle el auxilio que me pide.

—Bien —murmuro—, pero ¿de qué modo podría ayudarte, Theo? ¿Qué me pides a cambio? Si estamos cerca nos destruimos, si nos alejamos morimos de a poco. ¿Cuál es tu plan para que ahora las cosas sean diferentes?

—Tengo... Tengo una idea en mente.

—¿Sí?

—Sí. Para... que las cosas puedan ir mejor... entre nosotros.

Me acerco a él. A su rostro. A sus labios. A sus ojos, que imploran en los míos.

—Dime lo que necesitas saber —le pido.

—Quiero... proponerte algo.

Mi respiración se precipita aún más y debo hacer un esfuerzo descomunal para no temblar.

La ansiedad me está matando.

—¿Qué... quieres, Theo?

Solo tres palabras.

Solo tres palabras y mi nombre bastan para que mi mundo cambie por completo.

—Intentemos ser amigos, Tracy.

16

BIENVENIDA AL GLORIOUS GIRLS CHAT

Glory: Felicidades, chicas, por su graduación 😊

Glory: ¡Las vamos a extrañar en la escuela!

Riley: Gracias, eres un amor ♥

Lottie: Ok.

Tracy: Awwwwwwww estoy tan emocionada. Nunca creí que llegaría este día, me siento tan, tan... ¿Por cierto, quién eres, Glory?

Lottie: Pues Glory... Dah.

Glory: Me llamo Hilary y soy de primero. Un gusto 😊

Tracy: Ooooh ¡Hilary, disculpa! No sabía que eras tú.

Glory: Descuida.

Riley: Tan chica y con un poder de decisión tan fuerte.

Farah: Es verdad. Las extrañaremos muchísimo.

Glory: Ya las estoy echando de menos.

Farah: ¿A qué universidad entraron?

Glory: Tracy entró a la IVU.

Lottie: Todos ya sabemos lo de la beca. Es una neeeeeerd.

Glory: ?

Farah: ? x 2

Lottie: Era broma. Yo me tomaré un año sabático. Estoy algo agotada de tanto estudio...

Riley: Pero si reprobaste todos los exámenes finales...

Lottie: No es cierto.

Tracy: Claro que no es cierto. Aprobaste las clases de Educación Física xD

Lottie: Gracias, gordita.

Riley: Uuuuh. Muero Ô.Ô

Glory: En el Club de Lectura dicen que ni siquiera leíste los capítulos semanales.

Riley: JAJAJAJA VUELVO A MORIR.

Farah: Rt xDD

Tracy: x 3

Tracy: Lo siento, Lot. Sabes que solo son bromas.

Tracy: ¿Lot?

Enviar mensaje privado

Tr: Lo siento, amigui. √

Tr: ¿Hola? √

Tr: OH, MIERDA, ME BLOQUEASTE √

Usted se ha desconectado

TRACY

Llegamos al mes de julio. Se terminaron los exámenes finales, el baile y el acto de graduación ya están cerca. Lo que me desespera en verdad es que, mientras más intento olvidar que no podré ir al baile, más me aterra la idea de que estaré en boca de todos por no asistir.

Carl me comentó semanas atrás que tampoco se siente muy animado con la idea.

La escuela ha perdido todo rastro de Jacob y mi amigo ha movido cielo y tierra con tal de encontrarlo. Buscó en expedientes, contactó directivos, intentó encontrar a la familia de Tachas, puso la denuncia en la Policía, sin embargo... Aún no obtenemos resultados concluyentes.

Lo he acompañado en su búsqueda y lo he empujado a no bajar los brazos y a seguir adelante aunque, por dentro, hay una voz que me sugiere proponerle que desista. Jacob no va a aparecer... Pese a lo mucho que me duele tener que asumirlo.

Por otra parte, mi vida ha cambiado mucho respecto a las revelaciones

acerca de Theo.

Enterarme de que hace tiempo consume cocaína fue uno de los golpes más inesperados de mi vida.

Siempre me prometí que no me enamoraría de alguien drogadicto.

Siempre me prometí que no me enamoraría de alguien alcohólico.

Siempre me prometí que no me enamoraría de... un golpeador.

Una hace planes, formula cuidadosamente lo que quiere para su vida, mide con cuidado lo que le conviene... hasta que llega el *serial killer* del amor para amenazarte con su hacha y dejarte en claro que él es quien gobierna tu vida y cambiará cada aspecto de ti si lo considera necesario.

Theo jura que hace casi diez meses no consume. A decir verdad, eso fue después de haberme conocido.

No quiero que pierda los estribos por suposiciones mías.

Contactó a la clínica para tratar el control de su ira. Llegó por *motu proprio* y se internó como paciente ambulatorio. Va medio día, cada semana, cada mes, y vuelve a casa solo para descansar en la noche.

Luego de su intento de suicidio debió quedarse ahí algunas noches. La doctora a su cargo asegura que, si yo no hubiera estado en ese momento, Theo se habría entregado a la muerte. Su capacidad para expresar en palabras lo que le ocurre es tan escasa que, de haber tenido que cortarse la yugular para que alguien lo entendiera, lo habría hecho sin pensarlo dos veces.

Theodore asegura que él jamás haría «esa estupidez de querer llamar la atención teniendo que matarse». Porque él «no le teme a la muerte. Que esa mierda llegue cuando quiera llegar, ahí estaré para hacerle frente».

Su madre me agradeció infinitamente lo que hice por su hijo; ella asegura que la noche del intento de suicidio habría tenido otro desenlace si yo no hubiera estado allí.

Cuando un paciente llega a este sitio, asegura la doctora Bliss, debe hacerse estudios médicos para encontrar una posible causa neurológica, tóxica, tumoral o infecciosa a su afección. La explicación de un profesional parece chino básico pero cuando se la razona un poco más tiene sentido: si no hay una causa médica, se buscan causas psicológicas a la ira.

Theo tenía de las dos.

Y una tercera también...

Tóxica: al llegar se le hizo una rinoscopía que arrojó el resultado de daños importantes en el tabique por consumo de crack, cocaína refinada y cócteles peligrosos.

Médica: el consumo de la droga no fue extenso sino intenso. Y el daño a nivel cerebral afectó directamente la zona del cerebro que permite el control de los impulsos. Además de que hallaron, mediante estudios de neuroimagen, cierta inmadurez fisiológica en su lóbulo frontal.

Psicológica: los traumas en la historia vital de Theo podrían ser la causa de las dos anteriores aunque continúan siendo un misterio.

Hace años, un grupo peligroso de Bad Boys entró a su vieja casa buscando al padre de Theo y no lo encontraron. Margot no sabía dónde estaba, pero ellos pensaban que sí y que solo intentaba cubrirlo. La amenazaron con dispararle, sin embargo, Austin, el hijo mayor, trató de defenderla y en consecuencia recibió un fogonazo que lo mató en el acto.

«No me lo perdono, Tracy», asegura la madre. «Mi hijo murió por mi culpa...».

En realidad lo que el pequeño hizo fue salvar a Paris. Porque en ese entonces la madre de Theo estaba embarazada de la niña.

«Yo creo que el traumático embarazo que atravesé es la causa directa de los problemas fonológicos en el habla de mi nena», asegura y, la verdad, tiene sentido.

Lo cierto es que, luego de eso, intervino la justicia y les quitaron a ambos padres la patria potestad de Theo. Podría haber sucedido lo mismo con Paris si esta ya hubiera nacido en aquel entonces.

Él tuvo que crecer en un orfanato, donde se defendía a los golpes de los niños malos, hasta que descubrió a un grupo de chicos con los mismos problemas que él y pertenecientes al mismo linaje familiar.

«Neo, Audrey y Dominic fueron el refugio que me ayudó a crecer», afirma Theo. «Pese a que ahora sea capaz de ver que son unos imbéciles, aprecio la función que en algún momento cumplieron en mi vida».

De manera extraña, tiempo después, los padres de los cuatro chicos se aliaron a otro grupo y cobraron una fortuna. Theo dice que no necesita saber de dónde proviene ese dinero. Yo tengo mis hipótesis. Margot, mientras tanto, ha tramitado el divorcio de Henry Landon y ahora es feliz con Ian.

Quisiera tener un romance lindo que no involucre clínicas de rehabilitación ni tatuajes en el antebrazo, sin embargo, esta soy yo.

Mi vida como Glorious también me ha ayudado en mis descubrimientos sobre la familia Landon y los Bad Boys en general. De ahí que mis hipótesis sobre el dinero que recayó sobre los padres de los adolescentes que viven en la Bad House involucren negocios con drogas, prostitución y ni quiero

imaginar cuánto más. Por otro lado, mis días junto al triángulo recto implican también la ardua tarea de tener que esconder el pequeño tatuaje de la vista de mi madre.

Hasta el momento, el invierno me ha facilitado la chance de ocultarlo y el real problema recaerá ahora: con el verano, el calor y las remeras de mangas cortas. Demonios, tendré que controlarlo todavía más...

Cambiando un poco de tema, sucedió algo muy bueno: hace exactamente quince días, *Rosas para Jude* fue actualizada.

Llevaba meses sin tener noticias de la novela y ya quedan solo dos capítulos para que concluya. Estoy muy ansiosa por eso y, a la vez, algo confundida por el hecho de que los autores en red no tengan en cuenta al millar de lectores que seguimos sus historias.

Está bien que su vida privada también sea importante pero, vamos, ¿es mucho pedir tres capítulos por día de quince mil palabras cada uno?

Tantas dudas y una certeza... Nunca me cansaré de leer los comentarios y de escribir en el último párrafo de cada capítulo de RPJ el mismo pedido desesperado: «¡¡¡Síguela, por favor!!!».

Es que la historia de amor y fantasía me ayuda a escapar de tanto dolor y desgracias en la realidad: de mi amor herido, de la historia de mi familia, del baile al que no iré, del bando al que me duele pertenecer, de una madre controladora, de un padre ausente, de un futuro incierto y angustioso.

Contra aquellos que preguntan «¿Por qué lees eso? Es poco realista», yo respondo: «Porque precisamente leo en busca de una evasión».

17

TRACY

Agosto

Estamos a pocas semanas de que inicie el primer semestre de mi año universitario. Hoy, el día comienza de modo diferente... El reloj de mi celular suena y me llena el alma deslizar las manos por las frazadas, respirar la brisa fresca matutina que llega desde la ventana abierta, sentirme acompañada por

mi escritorio, mis libros, mis muebles... Por última vez.

Este día será muy diferente a los demás. Y es que, a partir de unas horas, llegará mi ansiada independencia. Es la última vez que despertaré en esta casa como si fuera mía.

Apenas tomo el celular y apago el reloj despertador, el aparato vuelve a vibrar y cuando ya estoy decidida a quitarle la batería para que deje de sonar una y otra vez, distingo en la pantalla que en verdad no se ha repetido la alarma. Sino que me ha llegado un mensaje.

Un séptimo mensaje en realidad. Dos de texto y cinco al chat.

Todos de Carl.

Ca: Hola, Tracy, sé que son las tres de la madrugada pero tienes que enterarte de algo. √√

Ca: Mmm, creo que duermes así que te cuento para cuando despiertes. Verás... √√

Ca: Anoche estuve con algo de nostalgia por nuestra graduación y busqué el anuario escolar de mis padres. ¿Sabías que se graduaron aquí, en Iconic? Resulta que además iban a la misma escuela que nosotros. Esto me puso todavía más nostálgico pero mientras pasaba firmas de viejos compañeros y fotos, algo llamó mi atención. √√

Ca: Pocas veces he visto a tu madre pero creo haberla reconocido en la foto grupal. Se llama Roxan Smith, ¿verdad? Bueno, lo sé ya que le pregunté a mamá si conocía a la mujer que le señalé en la imagen y me dio ese nombre. Justo el apellido coincide con el tuyo. √√

Ca: Resulta que Roxan tiene un tatuaje en el antebrazo... En verdad, creo que deberías venir a ver esto porque es muy inquietante. No... No sé cómo decirlo pero... se trata de un triángulo. √√

Ca: Tracy, despierta, por favor. ¿O no quieres que te moleste más? √√

Ca: En verdad, me gustaría que veas esto antes de irte. ¿Estás despierta, ya? ¿Holaaaaaaaaaaaa? √√

Me deja sorprendida pero luego recuerdo algo y empiezo a escribirle que no se preocupe, hay un error en todo eso. Mamá no tiene un tatuaje en su antebrazo, es una marca que le quedó luego de...

... quitarse un tatuaje.

Oh, ¡mierda!...

Mamá sabe que desayunaré con Carl y, por primera vez en mucho tiempo, no le estoy mintiendo. Hace calor desde temprano, sin embargo, salgo con mangas largas, que doblo hacia arriba, luego de pedirle el auto para ir a casa de mi amigo.

Conduzco con el corazón en un puño recordando la horrible marca.

¿Un triángulo? ¿Así que de eso se trataba? Quizás eso explica por qué

siempre que le preguntaba por su viejo tatuaje me respondía que era una chiquilinada, una tontería. A veces era una flor, otras un símbolo de la paz o un corazón.

¿Mamá y los padres de Carl se graduaron en la misma escuela? ¿También ocurrió con los padres de Theo, Audrey, Amanda, Dominic, Charlie, Zach, Neo, Brandon, Mike, Riley y todas las personas a quienes he conocido este último año?

Una vez que entro al vecindario, busco la casa de mi amigo y en mis oídos solo resuena el anuncio de mamá: «¿Por qué no viene él a desayunar? Recuerda que debes estar en la IVU a las diez».

No, Roxan Smith, no. Él no puede venir a casa, esta vez no. Por cierto, ¿y si mejor me cuentas cuál es tu problema con todos los chicos tatuados? ¿Por qué mejor no me dices qué pasó para que te quitaras tu propia marca? Yo creo que más que un signo de «madurez» de tu parte se trataba en realidad de algo más. Quisiera conocer cuál es tu postura respecto a los triángulos, ¿sabes? Especialmente los que pueden ir rectos o invertidos. Porque los escalenos, isósceles y equiláteros quedaron solo para las matemáticas. Ahora, dime, mamá, ¿qué demonios escondes de tu pasado? Tu tatuaje, la marca y... quién sabe qué más, ¿están vinculados?

Bueno, la verdad solo han sido pensamientos que pasaron por mi cabeza de camino a lo de Carl, pero no me he animado a decírselo cara a cara.

Ni me animaría.

Estaciono el coche y salgo de un salto. Cierro la puerta, le pongo el seguro y voy hasta la puerta de la casa. Llamo al timbre y pasados unos segundos lo vuelvo a hacer y lo vuelvo a hacer y lo vuelvo a hacer, hasta que la puerta se abre y el padre de mi amigo me recibe.

Es un hombre calvo, de piel tostada, mide más de un metro noventa, tiene los hombros anchos, aunque su barriga no le hace justicia. Mucho menos su mirada que me devora ni la sonrisa de pervertido que pone al verme:

—Pero si es la hermosa novia de mi hijo. Pasa, por favor. Adelante.

Trago saliva y él se hace a un lado.

—Ho... Hola —murmuro.

Entro por el pequeño recoveco que me deja en el umbral para ingresar y puedo sentir que intenta rozar su bulto con mi cadera. Hijo de una gran...

—¡Hola, Tracy!

—Carl.

Está al pie de las escaleras y suelto el aire que estoy conteniendo.

Mi amigo está en pijama aún y me señala que suba.

—Tienes condones en la caja de zapatos que guardo bajo mi cama —le señala su repugnante padre desde la puerta.

—Gra... cías, papá —le responde Carl y nos metemos en su cuarto.

—¿Cómo lo soportas? —le pregunto.

—Ni yo lo sé. Creo que tantos años ya me han permitido acostumbrarme...

Me siento en su cama y un enorme cuaderno de tapas duras, color azul y letras plateadas llama mi atención.

«ICONIC» reza la portada junto al año de graduación al que pertenece.

—Ese es —señala mi amigo.

Tomo el anuario y distingo un lazo verde señalando casi al final del manojito de hojas encuadernadas. De manera instintiva voy hacia donde está destacado y trago saliva infinidad de veces al ver una vieja fotografía del baile de graduación de esa promoción. Hay un montón de caras sonrientes, chicos en traje y chicas con llamativos vestidos y peinados de una vieja época.

—¿Aquí... está? —le pregunto a mi amigo.

—Ajá —murmura.

Busco entre todas las personas hasta que una figura llama mi atención en una esquina. Se trata de una mujer con vestido verde, elegante, hasta los pies. Solo tiene un bretel, con los hombros al descubierto. Miro su brazo y... es cierto.

—Oh, demonios —murmuro y el corazón se me atora en la garganta.

—Presta atención a la foto, Tracy —me dice Carl, quien me sostiene a la vez con un brazo—. Es tu madre. Y mira su abdomen: eres tú...

—¿Yo...? No puede...

—Sí, puede ser. Tu madre estaba embarazada de ti en su graduación.

En su antebrazo izquierdo hay un triángulo invertido y su mano derecha se aferra a la de otro hombre.

Mi papá.

TRACY

Dejo que mis manos toquen la fotografía mientras mil tambores golpean mi pecho desde adentro. Miro al hombre en la imagen y trago saliva intentando liberar el nudo en mi garganta.

El hombre tiene pelo negro, ondulado, parece ser una persona que se preocupa poco por su aspecto; se lo ve medio regordete, desarreglado, pero de buen genio. Al menos eso dice su enorme sonrisa y su mano en el vientre de mi mamá.

—Tracy... —murmura Carl, quien me acaricia la espalda para darme ánimos. Quizá se ha dado cuenta de que me he quedado helada—. Debo admitir que se parecen.

Intento sonreír y lo miro a los ojos. Mi amigo me devuelve otra sonrisa con un enorme brillo que me deja sin habla.

—No puedes negar que ambos tienen las mismas facciones.

Suelto una carcajada cargada de nerviosismo y tensión, lo que no hace más que incrementar la angustia.

Vuelvo a la foto y me detengo en el rostro del... desconocido.

—¿Por qué, Carl? —le pregunto con la voz ahogada.

—¿Qué necesitas saber?

Miro hacia abajo y mi campo se nubla de lágrimas. Demonios, conozco esta sensación... Conozco el ardor en la garganta, el calor en mis mejillas, el dolor en mi pecho, la mirada borrosa. Conozco el dolor de primera mano.

—Necesito... saber sobre él. Sobre mí. ¿Por qué nos abandonó? ¿Por qué *me* abandonó? —digo y mi voz se quiebra en la última palabra.

En ese instante me termino de derrumbar, ya que recuerdo las veces que mamá me cambió la ropa, me hizo el desayuno, me enseñó a andar en bicicleta, me llevó de la mano a mi primer día de clases, me hizo callar cuando de pequeña me metía en conversaciones de adultos. Recuerdo cada momento en que mamá me puso límites cuando abusaba de la confianza de mis abuelos, cada momento que invirtió en lavarme los dientes, en enseñarme

cuentas para la escuela, en arrojarme antes de dormir, en contarme historias sobre dragones y princesas... Y todo lo hizo ella sola. Con ayuda de mis abuelos, ya que ¿dónde hubiéramos ido a parar sin ellos? Ay, no lo puedo creer; intento hacerme la idea y no termino de entender...

—Shh... —murmura Carl mientras acuna mi rostro contra su pecho—. Lloro todo lo que tengas que llorar, querida.

—Lo... Lo peor es que no entiendo por qué lloro. Se lo veía tan feliz, tan contento con mi madre, ¿por qué se tuvo que ir?

—Quizá, no lo sé. Tu... padre debe haber tenido sus motivos. ¿Nunca se lo preguntaste a tu madre?

Me aparto de mi amigo y me seco las lágrimas con el puño de la manga.

—Sí, pero su respuesta siempre fue la misma.

—¿Cuál?

—Que no estaba contento con el embarazo.

—¿Te parece?

—¿Qué ocurre?

Acto seguido toma el anuario y me lo acerca.

—Yo no diría que se lo ve molesto —asegura—. Al contrario.

—Es solo una foto —me escudo y rechazo su ofrecimiento.

—No deberías subestimarla. Las fotografías dicen mucho. Solo hay que aprender a leerlas.

Sus palabras me dejan pensando. Entonces no soy capaz de prever el momento en que corta la página del anuario y casi pongo el grito en el cielo antes de que me cubra la boca.

—Deberías tener esto —asegura—. En verdad. No me pertenece.

—A tu familia...

—Mis padres tienen otra de estas fotos.

—¿Hay... más de ese baile de graduación?

—Hummm, no lo creo. Pero de hallarlas, serás la primera en recibirlas.

Suspiro y lo miro a los ojos, tras esos lentes enormes que lo hacen parecer cinco años menor.

—Gracias, amigo. El día que alguien te ame, será una persona afortunada. Y si tú la amas, será mayor fortuna aún.

Abre la boca para detenerme pero finalmente no dice nada.

Nos quedamos en silencio. A veces es bueno entender lo que las palabras callan.

—¿Cuál es la necesidad de ir tan abrigada a la universidad?

Mamá ni siquiera me mira al decir esto pero debe tener la idea dándole vueltas de hace un largo rato mientras conduce. Miro por la ventanilla y me limito a echarle un vistazo de reojo, sintiéndome a la vez con una ligera sensación de traición al formularme la idea de cuánto es lo que no me ha contado sobre la historia de mi vida.

Todos tenemos derecho a nuestra identidad.

—No siento el calor.

—Apagaré el aire acondicionado si quieres.

—Solo son unas mangas largas, mamá. No es necesario que apagues nada.

—No, no, quizá te estés enfermando —lo apaga.

—¡Que estoy bien! —lo enciendo.

—¿Cuál es la necesidad de estar a la defensiva? Ya casi eres una adulta...

—Lo soy.

—No.

¿Por qué? ¿Porque un adulto conoce realmente quién es y, sobre todo, de dónde viene?

—¿Cuál es tu motivo para decir que no soy adulta, mamá? Tengo dieciocho años, me gané una beca para mi independencia y merezco un poco de respeto de tu parte. ¿No te parece?

—Si te vas a poner así por unas mangas largas...

—Unas malditas mangas largas que tú pusiste en discusión.

—No uses ese vocabulario conmigo —uf...

—¿Dónde está? —le suelto.

—¿Quién?

Ambas nos quedamos en silencio.

La pienso millones de veces antes de que el recuerdo de haber visto la foto de papá vuelva a asaltarme. Tengo que mordirme la lengua para no preguntarle cuál es el verdadero paradero del hombre con el que me concibió.

Se pare con dolor, se respira con dolor, se crece con dolor. También se mata a un padre con dolor, ¿verdad?

Ella no mató a tu padre.

Sí. Con la palabra y el pensamiento.

Él es quien no quiso verte.

Pero ella se adaptó sin más a esa decisión.

—¿Dónde está quién, Tracy?

—...

—¿Ah?

—Mi... —empiezo— universidad. Dónde está mi universidad.

—Vaya. Creo que harás buenas migas con la vida universitaria.

—¿Temes que te decepcione?

Parece pensarlo un momento y luego vuelve su mirada a mí por un instante.

La sostiene unos segundos para volverla al camino:

—No me decepcionas y no es para menos, claro. Eres mi hija.

El enorme portón del campus universitario se abre mientras el auto entra y mis pensamientos solo se orientan a querer una cosa...

... un padre se preocupa por que un hijo no lo decepcione pero ¿y si se preocupasen más por no decepcionarnos ellos a nosotros?

19

THEO

Th: ¿Nerviosa? √√

Tr: ¡Hola! 😊 Mucho 😞 √√

Th: Calma... Todo estará bien. Ya verás. √√

Tr: Gracias. Todo el mundo me lo repite y no entiendo por qué pero no hace efecto. √√

Th: Bueno pero yo no soy todo el mundo así que aplaca esos nervios y trata de conciliar el sueño. √√

Tr: ¿Ya me echas? jaja... Disculpa. √√

Th: Nada de eso. Tuve un día agotador. Desde que me dieron el alta no hago más que volver a esa clínica una vez por día y ya me pone mal. Además... No, no importa. √√

Tr: ¿¿¿ADEMÁS??? √√

Th: Descuida. Buenas noches. √√

Tr: 😞 √√

Tr: Buenas noches... √√

Th: Aguarda. √√

Tr: Dime. √√

Th: ¿Qué hay entre tú y Carlos? √√

Tr: ¿Quién? √√

Th: Ese con el que sales del Club de Lectura. √√

Tr: ¡Ahhhh! ¡¡Es Carl! Y nada, somos amigos. √√

Th: Como nosotros. √√

Tr: Algo así pero sin un... pasado, digamos. √√

Th: ¿Un pasado? √√

Tr: Nada, creo que también prefiero descansar. No quiero volver a discutir por chat.
√√

Th: ¿Por qué no me dijiste que ustedes tienen un «pasado»? √√

Tr: Dije exactamente lo contrario. No quiero pelear. Hasta pronto. √√

Tr: Y gracias por recordar que mañana empieza mi vida en el campus. √√

Th: Aguarda. √√

Th: Desde la semana que viene iré y √

Th: Oh, mierda, ¡¡¡AGUARDAPOR FAVOR!!! √

Th: Ok. Si eso es lo que quieres. √

—Hace muchos años, en un pueblo lleno de gente buena, calles tranquilas y niños que jugaban en las veredas, un grupo de señores malos llegó para perturbar la paz.

—¿Muy malos?

—Sí. Malvados. Nunca nadie conoció personas más crueles.

Mami tiene lágrimas en los ojos; habla fuerte para que no escuche los gritos que hay más allá de la enorme puerta de hierro que nos separa del mundo.

—¿Y qué hicieron con la gente buena? —le pregunto.

—Las personas del pueblo empezaron a desaparecer. Uno a uno. Las madres no dejaban a los niños salir cuando el sol se escondía y, cada noche, gritos desgarradores provenían desde el bosque.

—¿Por qué esos señores eran tan malos?

Vuelven los ruidos y ambos nos quedamos en silencio. Ella empieza a temblar y por primera vez me siento el más fuerte de los dos.

Debo protegerla de esos hombres que detuvieron el coche fuera de nuestra casa.

—Shhh —le digo con un dedo sobre mis labios.

Sus ojos desorbitados me hacen temer por mi hermanita, que está creciendo dentro de ella. Ya queda muy poco para que nazca y me asusta mucho la idea de que le pase lo que a mi hermano mayor.

La última vez que estos hombres malos entraron a la casa, las cosas se pusieron muy feas; estaban muy enojados y una buena parte de esa noche horrible se me olvidó.

—No... te... nuevas... —murmura mamá.

Trago saliva y escucho los pasos afuera.

Sería un enorme problema que hicieran a un lado el mueble de biblioteca y descubrieran la entrada al escondite más seguro de la casa.

Afuera se oye que rompen cosas, abren puertas, dicen groserías y, entre medio de tanto alboroto, los pasos de unos pies muy pesados se acercan más y más.

Vuelvo la mirada a mami, que está sentada en el suelo, para decirle que se quede tranquila, que estaremos bien. Pero en cuanto intento abrir la boca, el ruido del mueble cayendo al suelo me asusta y la puerta de hierro comienza a recibir duros golpes desde afuera.

—¡Theo! —exclama mamá procurando no levantar demasiado la voz.

Voy hacia ella y me acuna en sus brazos con el fuerte deseo de que la puerta resista. Hasta que un nuevo golpe impacta contra el hierro... Mamá ahoga un grito y yo doy un salto.

—Estás hirviendo de fiebre.

Abro los ojos con una sacudida tormentosa para distinguir que estoy en la cama, con el cuero cabelludo impregnado en sudor y las sábanas enredadas entre mis puños.

Miro hacia un costado esperando encontrar una persona de confianza que pueda contener mis ganas de arrancarme cada hueso del cuerpo.

¿Trac...?

No... Mi repugnancia se incrementa al encontrarme con una mata de cabello verde que rodea un rostro tan difuso como el recuerdo de que anoche me embriagué y me acosté con ella.

Otra vez.

Ahora, en cambio, sucedió algo detestable que ni yo pensé que aceptaría jamás. Si los médicos se enteran, van a devolverme a la jodida clínica, además de si *ella* se entera... Le prometí que nunca dormiría con nadie. ¿Lo hice con *ella* o fue en verdad un sueño?

Cuánto desearía que esto lo fuera. Que solo resultara ser una pesadilla más, demonios.

Tenía razón. Tracy tenía razón. Soy un maldito enfermo. Los demonios de mi cabeza no tienen cura mientras permanezca lejos de ella.

Intento cerrar los ojos y me incorporo de costado, aunque la luz de mi celular se enciende:

Tr: Buenos días. Me siento nerviosa, ¿puedes volver a calmarme? :c √√

TRACY

Me muerdo la lengua para no soltar un grito al descubrir que Theo lee el mensaje pero no contesta. Miro a mi alrededor y el enorme campus, los edificios, las banderas de fraternidades, los universitarios haciendo ejercicio, el cielo azul no hacen más que volverme presa de la ansiedad.

El pánico es como una bomba dentro de mí que detona y se expande en cada parte de mi cuerpo.

Tengo la intención de escribirle a Charlie pero mi respeto hacia él no me lo permite... Jamás me perdonaré el haberme marchado y no decirle que lo haría. Él, en cambio, me avisó cuando se mudó a la ciudad donde comenzaría su nueva etapa de estudios. Simplemente, mi necesidad de castigo hace que no merezca su amistad, su compañía; no puedo abandonarlo sin más. Mejor, le avisaré en el debido momento que estoy a un puñado de horas de nuestro vecindario.

Miro de nuevo el celular. Nada. Maldito seas, Theo.

Deja de humillarte y concéntrate en lo importante.

Pero...

Pero nada.

La Tracy Malvada noquea a la Sensible enviándola a dormir un rato. La última levanta una mano para objetar una palabra más aunque la otra aparece con el lanzallamas para terminar lo que empezó.

—Hija, creo que este lugar es parecido al paraíso mismo.

Mi madre estaciona el coche frente a un bonito edificio de ladrillos. Tiene plantas de ligustrina en el frente, puertas y ventanales enormes, árboles con copas inmensas aunque bien podados.

Debo admitir que tiene buen aspecto, sin embargo, creo no poder hacerlo.

Esto es demasiado para mí, creo que no estoy preparada para la magnitud de esta etapa en mi vida, soy demasiado joven aún, necesito pensarlo un tiempo más. El estudio y las exigencias colapsarán conmigo y me harán mucho daño...

—¿Cómo te sientes?

La pregunta de mamá me toma por sorpresa y caigo en la cuenta de que

estoy estrujando mi mochila con los puños y una gota de sudor frío cae por mi espalda.

—¿Qué? —le pregunto.

Ella pone su mano sobre mi antebrazo, justo donde tengo el tatuaje del triángulo recto. Demonios, suerte que llevo la maldita remera.

—Entiendo que te sientas nerviosa. Yo estaba igual en mi primer día —vuelve la Señora Sermones...

—Mamá, estoy... bien.

—Es probable. Pero también lo es que los primeros días sean realmente difíciles. Quién sabe, las próximas semanas, meses o todo el primer año. La clave está en ir acostumbrándose.

No respondo.

—Bueno, hija. Es hora de que esta leona entregue a su cachorrito.

Sus palabras me dejan pensando. Acto seguido se baja y hago lo mismo. Va hacia el baúl y saca la valija con mis pertenencias. Le doy una mano para dejarla finalmente reposar en el suelo, quitar la manija y llevarla a rastras con la ayuda de las rueditas.

—Que tus éxitos sean más grandes que tus expectativas —dice finalmente mamá.

Se genera un silencio incómodo entre ambas, mientras sentimos todas nuestras discusiones a flor de piel. Es hora de dejar atrás toda una vida.

Creo que ella está pensando en lo mismo debido a que la pregunta queda flotando en el aire: ¿esta es la parte en que nos abrazamos? Ay, Dios, es demasiado vergonzoso.

La tensión se incrementa cuando, finalmente, coloca su mano en mi hombro y le da un pequeñito apretón. Luego lo quita y, cubriendo un posible llanto con una sonrisa, me da la espalda, sube al auto y enciende el motor.

Quedo de pie a orillas de la calle que ingresa al campus viendo cómo la leona deja a su cachorro a la intemperie.

Suspiro.

Dejo que el aire me limpie los pulmones y que se lleve consigo las ganas de romper en llanto.

Santo cielo, no puedo hacerlo.

Vamos, Tracy Smith. Es hora de que crezcas.

No puedo. No, no puedo hacerlo.

Sí puedes.

Trato de que las voces de mi interior hagan silencio y me enfrento a los

escalones que dan ingreso a la residencia. Hago un esfuerzo descomunal para subir la valija con rueditas.

En ese instante alguien sale y se queda de pie.

El peso de su mirada cae sobre mí como una dolorosa opresión a la que no puedo ignorar. Cuando me giro para encontrarme con el extraño chismoso, impacta conmigo la imagen de un chico que nunca en mi vida pensé encontrar.

Metro noventa, hombros y bíceps anchos. El pelo rapado, con un mechón de flequillo que cae rebelde sobre su mirada. Sus ojos negros y la piel bronceada son un detalle interesante bajo... la tinta.

Los tatuajes cubren, al parecer, cada centímetro de su piel visible exceptuando el rostro.

Un aro se cierra en la aleta derecha de su nariz, al igual que otro en su oreja izquierda y un expansor negro en la opuesta.

Viste una sudadera color gris y pantalones negros de *jogging*. Alrededor de la capucha se ven un par de auriculares; este chico está por salir a correr.

La incógnita se me presenta ante la incómoda situación de que el estúpido se queda mirándome. Y yo, para peor, me quedo fija en sus ojos como el carbón.

—Ho... Hola —le digo.

Los segundos transcurren y su gesto permanece inmutable. No me devuelve el saludo y me siento tan avergonzada que mis ojos no hacen más que descender hasta el enorme tatuaje en flor que empieza en su cuello y termina en los costados de su cuero cabelludo.

El muy irrespetuoso finalmente me ignora y sigue su camino; así empieza su recorrido escuchando música y haciendo *footing*.

—Oh —murmuro—. Vaya bienvenida.

Termino por subir la valija y antes de cruzar la puerta que da ingreso a mi nueva vida, mi libido exige volver a mirar al dios griego que me crucé hace unos momentos.

Me giro sobre un hombro y lo distingo a pocos metros, de espaldas.

Lo sorprendente es que él también se gira...

... y me muestra el dedo medio.

—Ahí tienes la nómina de las asignaturas en las que puedes inscribirte.

—¿Y por qué se menciona la misma en algunos casos, por docentes distintos? —le pregunto a la secretaria morena que mastica chicle de manera repugnante.

—Porque si te llevas mal con uno, puedes ir con otro.

Una joven pelirroja que viste de negro, lleva cadenas y tiene los labios pintados de rojo intenso es la que habla:

—¿Hay catedráticos que estén buenos?

Otra de las secretarias, más vieja y regordeta, se acerca a la muchacha que hizo el comentario. Parece que va a darle una buena reprimenda... Sin embargo, abre los labios gruesos y acota:

—Fíjate en las clases del profesor Evans. El muy desgraciado está para comérselo.

Me quedo boquiabierta (babeando de imaginarme por poco a ese profe).

—Imagínate a un hombre de cuarenta, muy bien conservado, que te dicte clases sobre Literatura erótica —añade la morena.

—Aquí dice «Literatura del Renacimiento».

—Es lo mismo. Tú inscríbete en esa y luego te planteas las demás asignaturas. Solo con que cumplas el cupo de primer año es suficiente.

—Bien.

—Ay...

—¿Y tú? —me pregunta la pelirroja.

—¿Yo... qué?

—¿Vienes con el profesor Evans?

—Yo... —empiezo—, preferiría...

—¿Las mujeres? Oh, disculpa. No sabía.

—¡No! Digo que preferiría conocer toda la nómina primero.

—Ah, descuida. ¿Cómo te llamas?

—Tracy. ¿Y tú?

—¿Tracy cuánto?

—Smith...

Me sorprende que anote algo en la lista. Luego me la pasa y antes de irse añade:

—De nada.

Mi nombre está en Literatura del Renacimiento y, a decir verdad, tengo un poco de interés en conocer a este docente por el que se babea las ciento treinta inscritas en su cátedra.

TRACY

«¿Habitación 118-A?». Demonios, cada umbral que cruzo parece un hotel. Deambulo entre los pasillos con la valija a rastras, a la cacería de mi refugio en los próximos cuatro años de mi vida (por lo menos). Tendré tiempo de sobra para salir a conocer la nueva ciudad.

Algunos rostros chismosos reparan en mí al verme buscar el número señalado y me sorprenden las ojeras enormes, expresiones agotadas y hombros caídos de muchos. Otros, en cambio, son gestos radiantes: risueños, borrachos y burlones.

El conteo ya se acerca al 118. Cada número tiene su habitación A, B y C. 112-A. 112-B. 112-C. 113-A...

Quedan por lo menos diez puertas. Me pregunto quién será mi compañera de cuarto.

Se supone que este sector de la residencia es para chicas, no obstante, algunos varones salen despreocupados desde los cuartos. Ay, Dios, me pregunto cuántos bebés se cocinan al año en estas residencias.

Mi corazón se acelera al ver la entrada número 117-C.

Es la siguiente.

Las Tracys de mi interior dejan de amenazarse una a la otra para hacer una tregua por los próximos minutos. Necesitaré de todas para afrontar lo que nos depara.

Me sostengo con fuerza de mi mochila a la vez que mis *yoes* interiores se abrazan y empiezan a lloriquear.

«Bien... Es hora».

Observo que la llave esté en su posición correcta, la inserto en la cerradura, aunque no es necesario quitarle el seguro porque no lo tiene. Giro la manija e ingreso.

Lo primero que impacta en mi visión son las paredes pintadas de color rosa pálido. Hay una cama cercana a la puerta, correctamente arreglada, y un ventilador de pared en un costado. La cama tiene cubrecama lila, almohada blanca y una lamparita portátil en el cabezal. ¡Siempre quise una de esas! Casi puedo sentir mis libros vibrar de alegría dentro de mi valija.

Paralela a la que debe ser mi cama, se encuentra otra idéntica aunque desordenada, solo con dos mesitas de luz entre ambas. Frente a la cama antagónica se encuentra alguien que distingo de espaldas ya que parece estar

haciendo lugar en el guardarropa.

Tiene pantalones verdes muy sueltos, remera negra, pelo corto teñido de naranja y castaño. ¿Qué diablos? Es un...

—¡Hola! —saludo.

¿Es un varón?!

Nadie me dijo que las habitaciones serían compartidas. ¡Que un rayo me parta ahora mismo! ¿Cómo voy a cambiarme de ropa? Tendré que salir ya vestida una vez fuera de la ducha... Por cierto, no visualizo ningún baño en este cuarto... ¿A quién le pediré toallas higiénicas cuando esté con la regla o calmantes para el dolor de ovarios?

—¡Hola! —le insisto. No pienso tolerar que otra vez un maleducado estudiante no me devuelva el saludo—. ¿Cómo estás? Disculpa, no quería molestarte —el individuo sigue ocupado en las prendas del armario.

Tendré que hacerlo por las malas, así que dejo la valija y mi mochila contra el borde de la cama. Avanzo hacia mi compañero de cuarto y estiro mi mano:

—Mi nombre es Tracy y seré tu invasora hasta que me gradúe. Por cierto, ¡no sabía que las habitaciones fuesen mixtas!

En cuanto termino de pronunciar la última palabra, mi colega se detiene. Es como si se hubiera paralizado. Acto seguido, arroja las prendas que tiene en la mano contra las paredes internas del mueble y se gira muy lentamente. No... puede... ser...

—Hola, compañera Tracy —dice al fin—. Te agradecería el cumplido pero no me cayó en gracia, ¿sabes?

Alza los puños y hace crujir sus nudillos.

Es una chica.

22

TRACY

Mi instinto de supervivencia sugiere que me aleje. Retrocedo algunos pasos y le dedico mi sonrisa más incómoda a la extraña chica que tengo en frente:

—En verdad, lo siento muchísimo, no quería ofenderte. Lo siento.

Su gesto permanece inmutable durante largo rato. De pronto, su expresión se suaviza y extiende su mano.

—Soy Phoebe.

Me llama un poco la atención pero correspondo a su gesto para estrecharle la mano. Estoy algo sorprendida de que una persona con un aspecto tan rudo lleve un nombre que sugiere dulzura y ternura.

Solamente no la cagues. ¿De acuerdo?

Mientras me estrecha la mano, su fuerza se incrementa y me deja en claro ciertos puntos:

—Escúchame, compañera Tracy. En el mundo solo hay dos clases de personas: las que están para ti cuando las necesitas y las que no lo están. Y, te sugiero, me tengas entre las primeras para que tengamos una convivencia en paz. ¿Entendido?

—S... sí —aseguro sacudiendo la cabeza con mucha obediencia y rogando que me suelte.

—Perfecto —acota y libera mi mano por fin.

¿Qué clase de chica saluda de ese modo y con una fuerza tan... brutal?

Vuelvo hasta mi cama en busca de la valija. Phoebe se hace a un lado y me muestra el armario:

—No te mostraré el campus porque no soy de las personas que les dicen a otras lo que deben descubrir y lo que no.

—¿No?

—Quizás. Solo ten en cuenta que el setenta por ciento del armario es para mí, el veinte por ciento es para ti y el diez por ciento es para Cochinillo.

—¿Cochinillo?

—Mi hámster —me acerco y distingo una jaula con una pequeña criaturita que mordisquea un trozo de vegetal delante de su rueda—. Nadie puede saber que está con nosotras, ¿okay?

—O... Okay.

—Perfecto. ¿Tienes fuego?

—No fumo, disculpa.

—Excelente porque en esta habitación nadie fuma. Detesto el humo del tabaco.

—¿En serio?

—No. Pero a Cochinillo le hace mal.

—Oh.

—Intento dejar de fumar por él —me cuenta mientras abro mi valija y el interior sobresale desde los bordes. Voy quitando mis cosas y doblándolas lo más pequeño que puedo teniendo en cuenta el diminuto espacio que hay para mí. Mi compañera de cuarto sigue explicándome las reglas de juego—. Antes no había hierba que no me hubiese fumado hasta que este hámster llegó a mi vida. Un día casi muere asfixiado en la habitación de mi antigua casa.

—Pobre bicho...

—¿«Bicho»? Cuidado, eh. No te dirijas a él de ese modo. Aprende a medir tus palabras —advierte con un dedo en alto.

—Eh... Está bien. Disculpa.

—Llevas disculpándote unas cien veces en cinco minutos. ¿Tienes problemas?

—¿Qué clase de problemas?

—Olvidalo. Deberías dejar de comportarte como cachorro herido si quieres sobrevivir a la universidad. Esto es una carrera de hienas, el que se queda en el camino es porque no supo atacar mejor. Ya sea en las asignaturas o a la cantidad de imbéciles que buscarán entorpecerte la vida.

—Vaya —me quedo algo atónita sosteniendo un suéter de ositos que me traje para usar como pijama. Entonces la lamparita en mi cabeza se enciende y miro a Phoebe, que ahora ojea unos cuadernos—. No sé actuar de otro modo. La gente suele traicionarme.

—¿Te traicionan o te haces traicionar?

Buen punto.

—Nu... Nunca lo había pensado así —asimilo.

—Deberías.

Se hace un silencio durante unos segundos.

Phoebe termina con sus deberes aparentemente académicos y saca un pequeño maletín desde debajo de su cama. Parece extraer una zanahoria que deja en el platito de comida de Cochinillo.

—¿Cómo haces? —pregunto.

—¿Qué?

—No sé... Tu... manera de imponerte, de ejercer respeto en alguien.

—Deberías aprender a ser una perra mala.

—¡Eso! ¡Exactamente eso es lo que intento hacer desde hace un tiempo! A veces lo he logrado —pienso en mi distanciamiento de Lottie y el hecho de que ya no me pese haberla perdido como mejor amiga. De pronto aparece en mi mente la imagen de Theo y me veo en la obligación de añadir—. Otras

no...

—¿Quieres que te dé algo así como «lecciones para ser una perra»?

—Si lo quieres llamar así...

Phoebe se cruza de brazos y se queda mirándome. Quién sabe la idea macabra que se le está cruzando en este momento.

Me pongo los auriculares.

Le doy *play* a mi playlist y guardo el celular en mi chaqueta. Apenas salgo a la parte trasera del campus, me dirijo hasta los edificios.

Atravieso algunos sectores: «Administración», «Comisiones estudiantiles», «Residencia 7-B». En cuanto llego a la facultad de Ciencias de la Salud, me quedo de pie en la puerta y recuerdo con el corazón en un puño el día en que Theo me explicó su decisión de estudiar en la Escuela de Medicina de la IVU. Pienso que compartiremos algunas clases pero no me parece suficiente.

Nunca pensé que fuera a tomar semejante decisión: tiene todas las aptitudes para estudiar Literatura... Es su vocación, al igual que la mía. ¿Por qué debe hacer todo más difícil de lo que ya es?

Tomo mi celular y reviso el chat en busca de algún mensaje nuevo de él. Ha leído mi último pedido de auxilio y no respondió. Su última conexión es de hace quince minutos y no hay nada.

Guardo el aparato mientras escucho una triste canción de rock que inunda todo mi mundo, al tiempo que las palabras de Phoebe resuenan en mis oídos: «Para ser una perra debes tener en cuenta la Regla Número 1: Si te enamoras, que no se note».

Enviarle otro mensaje a Theo sería precisamente ir en la dirección contraria. ¿Tan difícil es ajustarse a las normas y no volver a deshacerme como gelatina en el fuego?

Si esta vez quiero recomponerme, debería olvidarme de él de una vez por todas o seguir con una estúpida amistad cuyo único objetivo es volverme aún más pendiente de lo que él hace o deja de hacer.

Me muerdo el labio inferior y sigo mi camino...

... hasta que llego a un edificio que tiene un enorme cartel colgado en las ventanas.

«Regla Número 2», me advirtió Phoebe. «Mantente alejada de los idiotas».

«¿Quiénes son los idiotas?», fue mi ingenua pregunta. La respuesta podría haber sido tan amplia, sin embargo, ella la hizo muy sencilla: «Dentro de la IVU, idiota es todo aquel que se acerque a los Delta».

Las alarmas de mi cabeza y mi pecho empiezan a sonar, a sacudirse, a

hacerme hiperventilar en cuanto veo el enorme cartel que tengo delante:



Los triángulos invertidos me dejan en claro que no cabe duda de con qué me estoy enfrentando: el infierno de mi pasado se perfila hacia mi futuro.

23

TRACY

Th: Espero te haya ido bien en tu primer día. √√

¿Solo eso? ¿Nada más? ¿Ni un «Perdón por no haber contestado antes»? ¿Ni una excusa por no haberlo hecho? ¡¡¡Al menos que me mienta!!!

Respiro en busca de la capacidad de tranquilizarme, convoco todos los mantras y «ommmsss» que mi mente almacena para relajarme, sin embargo, no da resultado.

Estoy sola en la habitación con una porción de pizza en la cama. Me pregunto si a Phoebe le molestará verme comiendo aquí; por lo menos mamá siempre se fastidiaba cuando lo hacía.

Tr: Estuvo bien, gracias. ¿Qué tal tú? √√

Th: En orden, digamos. ¿Cuáles fueron las asignaturas que elegiste? √√

Tr: De momento solo una y creo que lo hice por error, pero en fin. Algo de Literatura del Renacimiento.

Th: Oh, mierda. √√

Tr: ¿Qué? √√

Th: Nada. √√

Tr: Dime. √√

Th: Bueno... √√

Tr: ? √√

Th: Escuché rumores de que ese profesor se acuesta con las alumnas. √√

Tr: Vaya... √√

Si consideramos lo sucedido más temprano, más de una debe haberse rendido a sus encantos.

Mientras le escribo otro mensaje a Theo, escucho unos ruiditos que provienen del armario. Al principio me asusto pero luego recuerdo a Cochinillo.

Dejo la caja de pizza a un costado, me pongo de pie y voy hacia el guardarropa. El hámster necesita luz, no puede estar a oscuras.

Miro donde mi cama y distingo la lamparita portátil. No... No puedo sacrificarla...

Cuando abro las puertas y encuentro la ropa a un costado, distingo al pequeño animalito blanco y marrón claro arriba de su rueda.

—¿Qué pasa, hombrecito? —le pregunto agachándome un poco para estar a su altura—. ¿Tienes hambre?

El hámster empieza a girar en la rueda; la luz lo pone enérgico. He visto a Phoebe colocarlo en el alféizar de la ventana pero en cuanto el sol se ha escondido ella guardó a su mascota y desapareció de la residencia.

—¿Te gusta la luz en la noche? —vuelvo a preguntar.

El hámster sigue en su rueda y me incorporo. Voy hacia mi cama y con mucha pena quito la lámpara portátil, la coloco en mi veinte por ciento de espacio (no quiero pensar lo que ocurriría si ocupo el espacio de mi compañera de cuarto) y le dejo la luz a Cochinillo para que tenga algo de calor, al menos, hasta que decida dormirse. O decida hacerlo yo.

Me siento a los pies de la cama de Phoebe y miro al pequeño dar vueltas mientras mi celular enciende la luz de la pantalla indicando que tengo un mensaje. Pienso en Theo y me muerdo el labio. Voy en busca del dispositivo y regreso a mi lugar frente al hámster.

Lo que más me sorprende no es que Theo no haya respondido sino que es Charlie quien me ha escrito:

Ch: ¿Por qué no me contestaste en todo el día? √√

Una opresión en mi garganta me dificulta la tarea de respirar a buen ritmo.

Abro la ventana de chat y lo encuentro en línea. Empiezo a escribirle que lo siento, que he estado ocupada, aunque finalmente lo borro y cierro el programa.

—Ay, pequeño... —murmuro en dirección a Cochinillo—, serás mi compañía más honesta en los próximos años. Mamá nunca me dejó tener una mascota; aunque seas de Phoebe te querré como si fueras de mi familia. ¿Sabes?

El animalito deja de andar en su rueda y camina hasta que se queda mirándome. Su hocico ovalado y los ojos pequeños me resultan muy tiernos.

Cruzo dos dedos entre las rejas de su jaula y le acaricio el lomo con algo de temor de que pueda mordirme; él solo cierra los ojitos y se deja acariciar.

—Al fin las cosas parecían ir bien con Theo —le cuento a mi amigo diminuto—... ¿Crees que debería darle una oportunidad a Charlie? Antes, por tratar de intentarlo con Charlie arruiné todo con Theo, lo que me hizo pasar los peores momentos de mi vida. Me tatué y más de una vez dudé acerca de si hice lo correcto o no... Estoy enamorada de mi amigo y mi otro amigo está enamorado de mí. ¿Cómo corresponder a eso sin que nadie salga lastimado?

Cochinillo abre los ojitos y observa el suelo de la jaula.

—¿Tienes algo para decir? —le pregunto con el fuerte deseo de que las mascotas hablen.

Yo sí.

Tú no.

Ese insecto no va a decirte nada, loca.

El asunto es que yo ya sé lo que tienes para decirme y no lo quiero oír.

¿Ah, sí? Me has ofendido. Cuando te acuestes seré una vocecita molesta que no hará silencio en toda la noche para impedirte que descanses. Hasta pronto.

Deseo que mi conciencia haga silencio para permitirme conciliar el sueño en un rato...

Aguardo a que Cochinillo diga algo, aunque nada sucede y no hago más que seguir contándole mi situación:

—No quiero perder mi amistad con Charlie, pero tampoco estoy preparada para hablar con él y decirle que estoy viviendo a kilómetros de distancia. Las cosas con Theo aparentan ir mejor; una parte de mí no desea perder la esperanza de que en algún momento sucederá algo que nos vuelva a acercar. Yo... —suspiro y mis ojos arden al igual que mis mejillas— daría lo que fuese con tal de regresar el tiempo atrás y no echar todo a perder con Theodore por culpa de mis estúpidos sentimientos.

Me distraigo al ver que el celular a mi costado está vibrando.

Me convengo de que no es un mensaje al caer en la cuenta de que no para de sonar y obviamente es una llamada. Me preparo para colgarle a Charlie, pero la inscripción de «Número desconocido» me hace cambiar de idea.

—¿Quién crees que sea, Cochinillo? —lo pienso unos momentos y finalmente atiendo. *Plip*—. ¿Hola?

El ruido de una respiración agitada me sorprende al otro lado.
Finalmente las palabras salen como cuchillas:
—¿Por qué lo hiciste, Tracy?

24

TRACY

—Charlie...

—¿Cómo puedes pronunciar mi nombre sin que la culpa atraviese la palabra?

—Yo... quisiera explicarlo.

—¿Explicarme qué? ¿Que te fuiste sin despedirte? ¿Que estuve a tu lado todos estos meses acompañándote como un buen amigo y de repente desapareces de ese modo? ¿Por qué no me contestaste los mensajes? ¿Por qué no me diste lugar a decir adiós?

—Estaba asustada.

—Oh, gracias. Realmente me devuelves el ánimo.

—De nada, no sabes cuánto me alegra escucharte decir eso...

—¡Dios santo, Tracy! ¡Estoy siendo sarcástico, no te hablaba en serio!

—Yo... ¡también! —¿*En verdad?*

—Ayer estuve todo el día con una preocupación enorme. Te escribí, te llamé, te envié mensajes y, lo que es peor, no hubo nadie en tu casa en todo el día. No podía acudir a nadie para saber qué demonios había sucedido contigo. ¿Es que no entiendes mi preocupación?

—Entonces, ¿cómo lo supiste?

—No podía pegar un ojo y, a la madrugada, escuché el auto de tu madre llegar a tu casa. Estuve pegado a la ventana durante horas a la espera de que aparecieras, y nada.

—Oh, Charlie, lo siento tanto...

—Deja de disculparte, hazme el favor. Al percatarme de la llegada de tu madre, me puse los primeros *shorts* que encontré y salí de casa para interceptarla. La pobre casi se lleva un susto de muerte al verme aparecer casi desnudo, pero necesitaba saber qué fue de ti. ¿Y quieres saber qué me dijo en

cuanto le pregunté qué demonios había sucedido contigo?

—Supongo, no lo sé.

—Me dijo: «Tracy empezó su educación en una universidad de nivel así que no vuelvas a molestarla, sanguijuela con tatuajes».

—¡No es cierto! Solo serán dos semanas de adaptación a la vida en el campus. Recién en septiembre comienzo con el semestre.

—Me importa tres cuernos cuándo empiezas tu fabuloso semestre, te cuento que también iré a una universidad y no será tan buena como la tuya pero...

—Charlie, lamento que mi madre te haya insultado pero no puedes tratarme de ese modo. No te he hecho nada.

—Precisamente de eso se trata... No hiciste nada.

—Aunque no te guste que me disculpe, necesito hacerlo. En verdad, Charlie. Perdona, estaba asustada y no quería decepcionarte por tener que irme.

—Lo que me decepciona es que no me dijiste que te irías. ¿Desde cuándo lo sabías? ¿Desde cuándo tenías fecha y no pudiste siquiera dejarme un mensaje?

—A veces, ocultar verdades también es mentir. Espero puedas comprenderme en algún momento.

Silencio.

Dos segundos.

Tres.

Cuatro.

—Tracy...

—¿Sí?

—¿Puedes prometerme una cosa?

Mi corazón se acelera.

—No me siento en condiciones de hacer promesas, Charlie, pero dime.

Puedo escuchar su suspiro antes de que lo suelte:

—¿Me llamarás si necesitas algo? Lo que sea a la hora que sea.

—Yo...

—Por favor.

Ahora me toca suspirar a mí.

—Está bien —acepto por fin—. Serás el primero en saber si algo me ocurre, para al menos compensar mi error antes de marcharme de Iconic casi a hurtadillas.

—Y... ¿necesitas que vaya ahora mismo? En verdad, si así lo quieres, si te

sientes sola, si necesitas un abrazo, lo que sea, puedo ayudarte. Estaré ahí cuanto antes, solo... solo necesitas pedirlo.

—Charlie...

—Le pediré el auto a mi madre y le llenaré el tanque. Tengo dinero guardado de algunas peleas de boxeo en las que participé hace poco. Podría llevarte a cenar.

—Charlie, me parece que...

—¿Hay alguna buena pizzería cerca de la IVU?

—No, Charlie.

—¿No qué?

—No vengas. Hoy no. Sería agradable verte pero sigo siendo tu amiga y confía en mí, en que si me niego a que vengas lo hago para ayudarte.

Y cuelgo.

Mis pies descalzos sobre la arena.

Puedo sentir cómo se escurre con toda su frescura gracias a la brisa nocturna que baña el muelle. Camino en dirección contraria al agua que circunda mis espaldas, disfrutando el grato regocijo que me producen la frescura y el aroma de la brisa marina.

Lo malo: detengo mi paso al ver que, a unos metros, se alza el enorme bosque con toda su magnificencia. Se lo ve peligroso, oscuro y tentador.

Solo un loco ve belleza donde hay temor.

Tentada por el peligro, me acerco a este sitio como si fuera un imán, ya que algo diviso entre los árboles que logra capturar mi entera atención.

Tras un árbol, un muchacho sin camisa, solo con jeans rasgados y descalzo, aguarda por mí. Parece un lobo, su mirada me lo dice.

Su cabello desprolijo cae hacia un costado en ondas que apenas le llegan al cuello tatuado y le otorgan un aspecto salvaje de enorme atractivo.

—¿Qué quieres? —murmuro.

Él me sostiene la mirada pero luego la quita, da media vuelta y se mete en la espesura de los árboles.

Mi corazón quiere seguirlo pero mi mente opina distinto. Sé que es peligroso meterme ahí, sé que su aspecto no es algo que otorgue seguridad, sin embargo estoy segura de una cosa y es que *debo* ir con él.

Camino en busca de lo que me quiere mostrar hasta dejar atrás la arena y de a poco me adentro en el bosque. El cambio en la textura del suelo impacta en mis pies al dejar de sentir las piedritas para pasar a la hierba, el barro y las

raíces que sobresalen del suelo.

—¿Dónde estás? —le pregunto al extraño muchacho.

Entonces dos gemas cristalinas de distinto color se iluminan a unos metros y luego se apagan.

«Ahí».

Con que a eso juegas, eh.

Sigo mi camino corriendo ramas y esquivando espinas silvestres.

—¿Por qué te marchas? —insisto—. ¿Qué quieres?

Esta vez no tengo respuesta y es lo que más me asusta.

¿Para qué me busca si su objetivo es mi perdición?

—¡No me parece gracioso! ¿Dónde te has metido? ¡¿Para qué me traes aquí?!

Miro hacia atrás y camino en busca del regreso. Ando hasta el cansancio y termino cayendo en la cuenta de que, mientras más intento salir, más me adentro en el bosque.

—¿Dónde estás?! —le grito con desesperación.

En ese instante escucho un aleteo que proviene desde la copa de un árbol. Levanto la mirada para ver un cuervo que se asienta en una rama y me observa.

—Shhh...

—¿Qué diabl...?! ¡Oh!

Alguien me intercepta por detrás: con un brazo me inmoviliza y con el otro me obliga a hacer silencio cubriéndome la boca y dificultándome incluso respirar.

—Tracy, no deberías estar aquí.

¿Lo reconozco? Eso creo...

Me asusta pero, en cierto modo, también me gusta su tacto. Casi puedo distinguir sus pectorales desnudos contra mi espalda.

—Necesito que mires el suelo.

Sigo lo que me dictan sus órdenes; quiero saber de quién se trata. Aunque una parte de mí cree ya haberlo adivinado.

Algo me humedece los pies y no es el lodo. Bajo la mirada e intento retroceder.

Mi corazón da un vuelco al distinguir que se trata de un charco de sangre que cae colina abajo. Me agito y el sujeto me suelta por fin.

Cuando me giro solo puedo ver en su cuello un enorme tatuaje en flor.

Hasta hace unos momentos juraría que Theo estaba aquí...

THEO

—¿Quién era?

—Nadie —le contesto y arrojo el celular sobre la mesa de luz a mi lado.

—No me digas que no fue nadie. Lo leí.

—¿Y?

Tomo asiento en un costado de la cama y me percibo a mí mismo culpable ante el hecho de saber que Tracy me necesita, me pide calma y, en cambio, provoco caos. Lejos de poder responder de una manera correcta, solo la arruino una y otra vez.

Me duele la cabeza; tanteo bajo la cama y encuentro mi bóxer. Me lo pongo y dejo atrás los gritos de Audrey:

—¿Otra vez con eso, Theodore?! ¡¿Es que al fin terminaste de enloquecer?! ¡Cuántas veces tenemos que advertirte que esa chica es peligrosa! ¡Está con el bando enemigo!

—¡Yaaaaaaaaaaa! ¡Déjate de estupideces!

La miro con repugnancia mientras se cubre los pechos desde la cama como si luego de la noche que pasamos ahora nos desconociéramos. En cierto modo, tampoco tengo muchas ganas de verla desnuda; estando sobrio, pese a las jaquecas, puedo pensar con más claridad.

Mierda, no iré hoy a la maldita clínica. Ni mañana. Ojalá los exámenes rutinarios de la semana próxima ya no presenten alcohol en sangre, pero, demonios, intento recordar y no puedo hacerme una idea de cuánto he bebido en realidad.

Busco mis pantalones y, mientras me los pongo, Audrey me toma por la muñeca:

—¿Adónde crees que vas?

—Lejos.

—Pero, ¡Theo! Oh, vaya... Te irás a consolar a la remilgada, ¿verdad? Te irás a esconder bajo la falda de ese gato herido que te tiene comiendo de su mano. Realmente no sabes lo que haces.

—¿Tú sí? ¿Tú sabes lo que debo hacer y lo que no?

—Quieres que te asesinen, ¿verdad?

—Ya, calla —le insisto y me suelto de su mano.

Entonces clava sus ojos en mí, al tiempo que busco mi camisa antes de marcharme de esa jodida habitación de una vez.

—Entonces —insiste—, quieres que la asesinen a ella. Eso me consuela.

Las palabras se me clavan en la sesera y la miro con repugnancia:

—¿Qué?

—Como oíste. ¿No te acuerdas de lo que ocurrió con Stefano?

—¿Y eso qué mierda tiene que ver?

—Se metió con una Glorious. En cuanto los jefes se enteraron asesinaron a ambas familias; a ellos los secuestraron, los torturaron y jamás volvieron a ser los mismos...

—¿Y eso qué demonios tiene que ver? ¿Puedes dejar de decir estupideces?

—Mataron a Kylie, la Glorious vinculada al Bad Boy.

—¿Y? Si estás insinuando que me acuesto con Tracy Smith estás muy equivocada, además ella no tiene nada que ver con los Glorious. Solo es amiga de algunos de ellos.

—Oh, lamento romper tus ilusiones, Theo.

Voy hasta la puerta deseando con todas mis fuerzas dejar atrás su tortuosa voz. Pero no es sino hasta que giro el picaporte cuando su declaración se inserta en mi cabeza abriéndome un agujero y rasgándome el alma por completo:

—Santa Smith se volvió una Glorious. Está tatuada.

—¡¡¡BASTA!!!

—¡¡¡UNA MIERDA!!! ¡¿QUÉ LE HICIERON?!

—¡¡¡PERO DEJA DE GOLPEARLO!!! ¡¡¡LO VAS A MATAR!!!

La imagen se cruza por momentos frente a mis narices. Veo sangre que salta a montones y mancha los mosaicos del suelo de la cocina; el rostro de Neo se estampa con algunos dientes menos.

—¡¡¡NO, THEO!!!

El grito de Amanda me alcanza y no son suficientes los brazos de Cedric y Dominic para detenerme. Me libero de ellos arrojando un par de puñetazos y sé que acabo de noquear a alguno de ellos porque la rotura de un tabique me llega como una hermosa melodía a los oídos.

—¡¡¡AHHH!!! —gritan Audrey y Dominic a la vez. La primera por la impresión y el segundo por el dolor. Vaya, le asesté al que peor me cae, hace tiempo que quería hacer eso.

—¡¡¡DEBERÍAS ESTAR MATÁNDOLOS A ELLOS, NO A NOSOTROS!!! —me dice Cedric.

—¡HABLA, MALDITO! ¡¿QUÉ LE HICISTE?!

Lo tomo por el cuello de la chaqueta y clavo mis ojos en los suyos, rojos, amoratados, negros, en todos los matices que una herida puede manifestarse. Le llevará un tiempo recomponer esa cara desfigurada.

—The... Theo... eres... mi herman... —empieza y lo sacudo escupiéndole las palabras que jamás pensé decir:

—¡Tú no eres mi jodido hermano! ¡Ninguno de ustedes lo es!

—¡Vas a matarlo! —se mete Amanda—. ¡Si quieres saber qué pasó, yo te lo diré pero déjalo en paz antes de que termines con él!

—¡¿Tú se lo dijiste?! —le grita Dominic a Audrey mientras puedo sentir cómo se retuerce a mis espaldas producto del dolor.

—¡Yo... solo...! ¡Intenté hacerlo entrar en razón!

—¡¡¡ERES UNA ESTÚPIDA, AUDREY!!! —le suelta Cedric.

—¡¿CON QUE UNA BARRETA DE HIERRO, EH?! —le grito a Neo buscando desfigurarlo aún más con las sacudidas que le provoco.

—¡¡¡Ella quiso destruir Bad Boys!!! —interviene Amanda y me detengo. ¿Cómo es posible que pueda hacer tal cosa?—. Te persuadió para que actuaras en nuestra contra. A ti y a Jacob.

—¿Tachas? —murmuro hipnótico por las revelaciones.

—¡Sí! —prosigue—. ¡Recibimos órdenes de los jefes de torturarla para que se aparte de ustedes! Pero resultó demasiado tarde. Un operativo policial entró a la casa, ella se pasó al bando enemigo al poco tiempo y recibió su protección.

Tracy...

—Si no, podríamos haber completado la orden original —prosigue Amanda—. No fue iniciativa de la Bad House, ¿entiende!

O sea que... ¿Tracy se salvó? Como dijo, se pasó en el momento justo, pero las palabras no logran hacerme entender todos los detalles. Es demasiado impacto, demasiada información que procesar en tan poco tiempo.

¿Cómo es posible que... que se haya tatuado? ¿Cuándo fue? ¿Cómo no me di cuenta? Y fingía ser mi *amiga*... No lo puedo creer. No voy a convencerme hasta no verle el maldito triángulo con la punta hacia arriba.

—¿Dónde está Tachas? —les pregunto a todos. Suelto a Neo, quien cae sobre las baldosas y me pongo de pie para enfrentarlos a todos y a cada uno—. Díganme dónde demonios está o esto se pondrá feo.

Me detengo en Amanda especialmente. Ella fue partícipe de todo ese maldito plan. Nunca le pegaría a una mujer, pero el daño que ha causado me hace querer vomitar.

—Ninguno lo sabe. Es un misterio y estoy siendo ciento por ciento sincera —confiesa—. Tu padre lo culpó de todo y convenció a los jefes para que ningún castigo recayera sobre ti.

En ese instante, un dedo me golpea el hombro izquierdo y me giro...

... encontrándome con los ojos enfurecidos de Cedric y su puño, que me derriba en un segundo.

26

THEO

De pie, en la estación de servicio, aguardo mientras un hombre carga combustible a la motocicleta.

El clima está fresco pero me gusta. Las noches de agosto son el punto justo entre el calor abrasador que se va con el día y los crudos inviernos que se avecinan.

Me apoyo contra un pilar mirando el cielo limpio de nubes y aprecio el brillo de las estrellas, buscando un poco de cordura, de calma en mi interior....

De calma.

Calma.

¡Oh, mierda!

«Me siento nerviosa, ¿puedes volver a calmarme?».

¡El mensaje de Tracy! Que nunca respondí.

Me propino millones de insultos a mí mismo mientras me apresuro a buscar mi celular en el chaleco de jean con las mangas cortadas que llevo puesto y busco entre movimientos bruscos el chat que debería haber respondido horas atrás.

Hasta que Audrey arruinó todo.

Tú eres el imbécil que lo arruina todo. Para empezar, por haberte acostado con ella.

Oh, por favor, te lo ruego, no empieces.

¿Que yo no empiece? ¿Qué harás? ¿Mandarme a dormir con unos cuantos vasos de whisky, como hiciste anoche? Espero no tener que recordarte lo que ocurrió luego de que te emborrachaste.

—Aquí tiene su ticket —me despierta de mi ensimismamiento el sujeto de mameluco azul que acaba de llenar el tanque.

—Ehh... claro... Ahora —le digo sin dejar de teclear en mi celular un maldito mensaje de respuesta.

—Aquí tiene su ticket —insiste el muy rompepelotas.

—¡Que ya va, mierda! —me quejo y guardo el celular. Busco algunos dólares en los bolsillos y se los paso sin esperar el vuelto.

—Debe pagar adentro —contesta y le guardo los billetes en un bolsillo del mameluco.

—Págalo tú y quédate con el cambio.

Sin recibir el papel, pongo en marcha la motocicleta y me marchó como quien huye de una persecución.

«Espero te haya ido bien en tu primer día», tecleo y le doy a *Enviar*. Ojalá no sea demasiado tarde para que acepte mi respuesta.

Estoy en la puerta de la casa de mi padre, listo para lo que me aguarda...

Las luces del interior se distinguen apagadas, solo unos faroles dan algo de luminosidad al exterior, cuya función es presumir el lindo ladrillo, las lindas plantas y el lindo color de la enorme casa. Me cago en todos estos lujos.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta papá con suma extrañeza.

—Vaya, linda manera de darle la bienvenida a tu hijo —le suelto.

Lo bueno es que él atendió la puerta y no la *Barbie* de treinta que tiene de novia, debe ser mi día de suerte...

—Siempre eres bienvenido a casa, lo sabes. Es tu casa también.

—¿Puedo pasar?

Me sorprende que no se mueva de inmediato sino con una condición antes:

—¿Vienes puesto?

—¿Qué?

—Que si estás... drogado. O si bebiste antes de venir.

—¿Qué demonios...?

—Solo quiero que no armes una escena en casa. Desconozco cuál es el motivo que te trae esta noche, pero me sorprende que lo hagas y, por cómo te

veo ahora mismo, no deseo que un arranque de ira de tu parte eche a perder este día.

Antes de indignarme, caigo en la cuenta de que está al corriente de lo sucedido conmigo, de la internación y de los motivos. Hace tiempo que no lo veo pero una chispa en mi interior genera el estúpido pensamiento (pero lo genera al fin) de que, si bien nos vemos dos veces al año (con suerte), es alguien que está informado de los desastres que suceden en mi vida. Y por este motivo es que decido bajar la guardia y usar un tono en un matiz apenas un poco más sensato:

—Solo necesito hacerte unas preguntas.

Finalmente suspira y me veo en la obligación de añadir:

—Y no armaré ninguna escena de mier...

Cierro la boca antes de echarlo a perder todo y mi padre se hace a un lado.

Por lo visto, duermen. Papá está despeinado, lleva una camisa y jeans azul claro. Son las pantuflas marrones las que me indican que recién se levanta de la cama.

—¿Quieres un café? —me ofrece y señala un sofá.

Me niego:

—Solo será un momento. Ya me marcho, no le seguiré robando preciosos minutos a tu linda noche familiar.

—Theo —me reprende.

—Ya, ya. Solo dime una cosa, papá.

—Suelta.

—¿Por qué me mentiste?

—¿En qué? —se cruza de brazos y llevo mis manos a la cintura, mirando a sus ojos de modo desafiante.

—Jacob. ¿Me dirás de una maldita vez qué ocurrió con él?

De inmediato su gesto cambia. Casi puedo ver la cantidad de preguntas, insultos, excusas que se le deben estar pasando por la cabeza y se le atorán en la mandíbula apretada.

—Habla, papá. Los imbéciles de mis compañeros ya me dieron los indicios que necesito.

—¿Para qué se supone que necesitas saber eso, Theodore?

—Es mi amigo. Me protegió y... compartimos algunos ideales —*Ambos desean destruir a los Bad Boys desde adentro.*

Gracias, genio.

Puaj.

—Le debo la vida a ese idiota —añado.

—Theo... No creo que estés preparado para una respuesta sincera a lo que preguntas. Y los ideales de ese muchacho solo son ir en contra de su sangre, del clan al que pertenecen tanto tú como él.

—Que tú hayas sido un cobarde y hayas elegido a ese maldito grupo antes que a tu familia no es mi problema, padre neglig...

—¡Mide bien... —avanza unos pasos hasta quedar muy cerca de mí con un dedo en alto en modo de advertencia— lo que vas a decir!

Durante milésimas de segundo puedo sentir nuestras inspiraciones y exhalaciones agitadas por el matiz que acaba de tomar la situación.

—¿Dónde está? —le insisto.

—Responderte a eso implicaría más respuestas que no necesitas saber.

—¿Por qué?

—Porque, aunque seas mi hijo, debo admitir que eres un imbécil, Theodore. Toda la vida voy a protegerte incluso de ti mismo.

Sus palabras me hacen enfurecer y me aparto yendo de golpe contra la puerta por la que entré (algo que nunca debería haber hecho).

—¿Adónde irás? —me alcanza su voz a mis espaldas mientras atravieso el umbral.

—No te incumbe.

—Detente ahí, demonios, y dime adónde irás o llamaré a la policía. Te meterán en la clínica y no volverás a ver la luz del sol.

Un segundo.

Dos.

Cada uno con los latidos de mi corazón resuenan en mis sienes. Presiono los puños con fuerza, y trato de que mi parte razonable se imponga a mis ganas de romperle la nariz y prenderle fuego a la maldita casa.

Cuenta hasta diez.

Una mierda.

Giro la cabeza hacia un costado y murmuro por encima de un hombro:

—Iré a la IVU.

—Tu universidad.

—Es a seis horas de aquí. Me internaré en una maldita residencia. Supongo que será preferible a cualquier clínica de mierda.

Avanzo un paso más, aunque vuelve a detenerme con su voz:

—Aguarda —¿y por qué diablos tengo que parar cada vez que lo pide?—. ¿Llevas todos los papeles que necesitas? ¿Equipaje? ¿Combustible en la

motocicleta?

—Sí —digo sin más—. Di... dime... solo una cosa... por favor —cierro los ojos tratando que estas últimas dos palabras no me duelan en la garganta.

—Theo...

—¿Está bien? Responde sí o no. ¿Jacob está bien?

Pasan unos segundos hasta que su voz rompe con lo más lúgubre de esta noche y arroja una pequeña chispa de esperanza para mi vida. Tachas es el único que podría darme el auxilio que necesito para desprenderme de mi condena:

—Hijo... Disfruta tu presente sin echar a perder tu futuro. No te acerques a ese muchacho... Él... él está bien. Buena suerte.

Y cierra la puerta.

27

TRACY

Un almohadazo me despierta y el bosque se desvanece.

—¿Nunca te quedas quieta a la hora de dormir?!

Phoebe se aparece en el límite de mi estado de vigilia.

—¿Qué...?

—Yaaaaa, calla. Me duele tanto la cabeza, como si un mamut me hubiera caminado encima —se queja.

Me acomodo en la cama y miro a mi alrededor hasta reubicarme: estoy en la habitación de la residencia estudiantil. Ningún lobo, ningún bosque, ningún charco de sangre.

—Es que... Tuve una pesadilla —me excuso.

—Y yo tengo terrores nocturnos, resaca y un grano en la frente, pero no por eso te impediré que sigas durmiendo como un tronco.

La miro y distingo que está tirada en su cama, vestida con ropa negra y cadenas en la cintura. Su pelo corto está despeinado y se masajea las sienes como si eso le permitiese calmar la jaqueca.

—¿Qué hora es? —le pregunto distinguiendo un ligero tono naranja a través de las cortinas bordó.

—Yo qué sé. Como las seis.

Vaya...

Estamos a martes.

He pasado mi primera noche como universitaria independizada. No puedo creerlo. Aunque el precio haya sido una pesadilla, puedo decir que he salido airosa de mi primera jornada en este sitio.

—¿Pue... —me interrumpo al percibir otro gemido de molestia por su parte, aunque prosigo— puedes decirme dónde quedan las duchas?

—¿Para mujeres o para hombres?

Su pregunta me sorprende y me sonroja. Sobre todo al imaginar que saber dónde quedan las duchas de hombres podría ser una excusa al estilo «Oh, solo pasaba por aquí, soy nueva, apenas conozco la residencia».

—Para mujeres —digo al fin.

—También las hay mixtas —añade.

—Prefiero las de mujeres —insisto.

—Mano izquierda, final del pasillo. Lleva una toalla porque vomité la de la residencia en cuanto entré a la habitación. ¿No te molesta, verdad?

¿QUEEEEEÉ HIZO?

—Ehh... No, claro que no —respondo algo intimidada por la idea de llevarle la contra y las consecuencias que podría implicar.

—Si serás tonta —añade corriendo las manos de su rostro y me mira—. No iba en serio, pero deberías haberme jurado venganza o algo as... ¡¿QUÉ DEMONIOS?! ¡¿ESOS SON GATITOS?!

Miro mi pijama y pese a la embriaguez que lleva encima y el olor agrio a licor que me llega a las fosas nasales, puede divisar que llevo puesto un pijama con gatitos de goma estampados en una suave tela de algodón color azul.

—Son... gatos salvajes —me excuso— y traen suerte.

—¡JA! Como digas, gata salvajísima.

Me muerdo un carrillo y busco una toalla entre las cosas que guardo aún en mi valija ya que mi espacio en el armario es diminuto.

Phoebe se sigue quejando de su jaqueca y sin detenerme a corroborar si en verdad ha vomitado la toalla que provee la universidad, salgo dejando atrás esa pocilga para señoritas.

Las paredes de los pasillos están pintadas de un lindo color crema que hace juego con las baldosas. Algunas puertas están entreabiertas y en otras se perciben mirones que buscan sacar algo interesante de los pasillos. En el

instante en que llego al final del corredor, me calma escuchar el sonido de un grifo, lo que es señal de que llegué al punto indicado.

Miro la puerta y la niña dibujada al frente es señal de que estoy en el lugar correcto. Aunque no coincide con la imagen que se me cruza apenas entro al cuarto de duchas.

Frente a uno de los lavatorios, un muchacho vestido solo con una toalla blanca se afeita frente a un espejo. Cada centímetro de su piel está tatuado y debo luchar conmigo misma para salir de inmediato.

Miro otra vez la puerta y la niña reafirma mi suposición: yo estoy en lo correcto, es el baño de mujeres. ¿Qué demonios hace ese chico aquí?

Vamos, no sería la primera vez que confundes a alguien por su sexo.

¡Pero se estaba afeitando!

Me sorprende que te sorprendas. En estos días, las hormonas y las operaciones de cambio de sexo pueden convertirte en lo que quieras ser.

Pero era un...

Entra ahí. Estás en tu lugar.

—Demonios —musito y me armo de valor para volver a las duchas.

Ahí sigue el muchacho frente al espejo, con espuma en el cuello, las mejillas y su mandíbula.

—Dis... disculpa —murmuro.

Vamos, no me quitaré la ropa aquí, frente a él. Tampoco me meteré a la ducha con el pijama porque lo mojaré y no deseo arruinarlo hasta encontrarme con una lavadora.

Lo miro con incomodidad pero no puedo dejar de hacerlo. En su espalda se ve un enorme tatuaje de un monstruo que observa con ojos tan negros como la noche.

—Ehh... yo... —empiezo y me quedo paralizada al ver su rostro en el espejo: lo primero que me llama la atención es el enorme tatuaje en flor de su cuello. Los aros en sus orejas, la tinta extendida en todo el cuerpo exceptuando el rostro son la pauta que me hace caer en la cuenta de lo difícil que es tener que enfrentarme a él.

Porque lo conozco.

Ya tuve un intercambio antes que me dejó enfurecida: es el chico al que le dije «Hola» cuando llegué a la IVU y me respondió con un *fuck you*.

—Ehh... Digo, estas son las duchas para damas —le señalo y mis piernas tiemblan. Oh, por favor.

—¿Y? —murmura.

Limpia la maquinita de afeitar y sigue quitando espuma de su rostro.

—Y... Tú... ¿Eres un chico? Porque en caso de serlo, deberías ducharte en el lugar que te corresponde.

—¿Y?

¿Será que recién amaneció que no hay nadie más en este sitio?

—Bueno... Y quisiera ducharme. Si no te molesta, deberías irte. ¡Oh!

Me tapo la boca luego de decirle lo último. El muchacho se termina de afeitar y deja la maquinita a un costado. Genial, está listo para matarme.

Abre nuevamente el grifo y se lava la cara. Espero impaciente a que se quite la toalla para secarse; sin embargo, hay otra colgada junto a cada uno de los lavatorios. Utiliza esta y se la cuelga a un hombro.

—No deberías hablarme así —su voz endurecida me pone la piel de gallina.

Acto seguido se gira, se cruza de brazos y se queda mirándome. No puedo quitar mis ojos de los suyos, negros como la tinta, aunque las Tracys de mi interior se pavonean intentando hacerme mirar más abajo.

—No debería... Ehh... Ya me voy —le digo y busco la puerta, aunque se interpone.

Quedamos a metro y medio de distancia, lo que no hace más que incrementar la tensión entre nosotros.

—¿No ibas a ducharte? —insiste mirándome de arriba abajo.

—Sí, pero... Podría ser en otro momento.

—Hazlo ahora.

Me quedo petrificada luego de acomodarme un mechón de cabello tras la oreja.

—¿Qué? —digo con un hilo de voz.

Él avanza unos pasos y me mira. El olor a jabón de almizcle inunda mis fosas nasales, al igual que las ganas de querer probar...

—Que te metas en una de esas duchas —afirma— y hagas lo que tengas que hacer.

—No... no podría, contigo de pie en la puerta...

—¿Quién dice que estaré en la puerta?

Gracias al cielo...

—Te estaré observando.

TRACY

Los segundos pasan como martilleos en mi cabeza.

—¿Qué esperas? —insiste—. ¿Quieres que te quite la ropa?

Mi estómago se debate entre un cosquilleo de repulsión y de deseo. Están en un límite tan difuso que no logro distinguir lo que pasa en mi interior.

—¡No...! —aseguro por fin.

—Lo dudaste —levanta una ceja, al igual que la comisura de los labios en gesto de suficiencia.

Vamos, Tracy. Patéale el trasero a ese idiota.

Trago saliva y le suelto:

—Solo me estaba debatiendo si darte un rodillazo en los huevos o cortarte el pene con la maquinita de afeitar.

Vamos, yo puedo con esto. Ya he pasado por situaciones similares antes, ahora la diferencia no es mayor.

Acto seguido mi interlocutor suelta una carcajada y retrocede un poco. Al fin puedo soltar el aire que estuve conteniendo.

—¡Vaya! —exclama—. No me esperaba eso.

Yo tampoco me esperaba encontrar a un dios griego semidesnudo en las duchas para chicas.

—Tienes algo... —murmura.

—Tú también —le aseguro y finalmente creo entender las reglas del juego—. También tienes algo que no me gusta.

—Gracias.

—Me caes mal.

El chico se queda mirándome y finalmente extiende su mano.

—Tú también me caes mal.

Exhibo una sonrisita. Acto seguido estrecho su mano llena de tatuajes y se presenta:

—Soy Stefano.

THEO

—La recepción de alumnos no comienza hasta las ocho.

—Oh, mierda. Quiero instalarme ahora. ¿Qué diferencia hay si es en una maldita hora y media?

—Que la encargada de esos asuntos es Helena y su horario de trabajo comienza a las ocho —insiste la incompetente/exasperante muchacha de recepción.

Se supone que todos deberían estar capacitados para hacer el mismo trabajo.

—Tiene que haber alguna alternativa, demonios. Te mostré toda la documentación, tengo una beca y ¿así es como respondes?

—Ya corroboré tu documentación y los becarios también son responsabilidad de Helena. Por favor, vuelve más tarde.

—¿Ah, sí? ¿Ah... sí? Perfecto —murmuro y me contengo para no darle un puñetazo al mostrador.

TRACY

—Yo...

Su nombre me trae recuerdos: Carl me contó la historia del extraño Bad Boy que abandonó el grupo para consumir su amor con una Glorious; como rompieron las normas, fueron capturados y obligados a desaparecer.

—¿Tú...? —se burla.

—Mejor vuelvo luego —insisto y me suelto de su mano.

Él interpone un hombro en mi paso y su pectoral derecho queda justo a la altura de mi rostro. ¿Sería muy imprudente la idea de morderle un pezo...?

Ni te atrevas a pensar en eso.

Es verdad, no sé qué me pasa.

Es el síndrome del chico malo. Te quedas embobada con el primero que te empieza a dar órdenes... ¿Te resulta familiar esa explicación?

No y no me interesa.

—¿Cómo te llamas? —me insiste.

—Tra... Tracy —le digo por fin.

—Mmmjjj. Debo irme, dúchate y no te preocupes. No te espiaré —lo miro a los ojos y me dedica un guiño—. No hoy.

Finalmente se va y quedo de pie, pensando en cuántas posibilidades tendré de volver a verlo y cuántos chicos habrá en el mundo con el nombre Stefano.

THEO

Mi mano se cierra sobre una botella de whisky y miro el precio, tentado aún más.

No, idiota.

¿Qué?

A ella no le gustaría que llegaras borracho en tu primer día.

Las probabilidades de que la vea hoy en la misma residencia en que me alojaré son de una en un millón.

Si llegas ebrio, no van a recibirte.

Trago saliva pensando en lo difícil que es esta batalla interna. Vamos, ¿a qué monstruo desalmado se le ocurre poner una licorería frente a una universidad? ¿Qué opinaría Austin, mi hermano, de una situación así?

No, Theo...

Sí, por favor. Lo necesito.

Los ángeles lloran si un demonio cae.

Los ángeles no son compatibles con los demonios.

Pero igual los comprenden y sufren por ellos.

—Oh, mierda —digo por fin y suelto la botella devolviéndola a su estante, para salir a toda prisa de la licorería con el fuerte deseo de que Tracy quiera verme.

¿Tengo alguna alternativa de superar esto?

Th: Estoy en la IVU. √√

Tr: ¡OHH!! ¡NO ES CIERTO! ¿En qué edificio vas a vivir? √√

Th: Me alojarán en una residencia. Es posible que luego entre a una fraternidad. √√

Tr: ¿Una fraternidad, dices? √√

Th: Sí, algo así... √√

Tr: Déjame adivinar. ¿La fraternidad se llama Go Delta o parecido? √√

Th: ¿Cómo lo sabes? √√

Tr: Ví un cartel en una residencia pero no importa... ¿Quieres que vaya a buscarte y te presente el campus? √√

Th: ¿Dónde estás? √√

TRACY

El camino pedregoso que conduce por los alrededores del campus es un lindo detalle que hace sobresalir el césped bañado por el sol veraniego. Una época que lentamente queda atrás, anunciando un otoño que acecha con prontitud. Ni el paraíso más hermoso se compara con este momento que llevaba tiempo... añorando.

Theo camina a mi lado, con las manos en los bolsillos, sus brazos tatuados brillan bajo la luz natural intensa, del mismo modo que sus dientes blancos al sonreír.

La manzana de Adán se mueve mientras sus palabras salen; el lobo me mira y me acompaña, la tinta se hace presente para inundar cada uno de mis pasos.

Se burla de algunas enfermeras de la clínica, me cuenta lo incompetente que es la recepcionista de la residencia y, por un instante, nace en mi interior un chispazo de energía al imaginarme que pueda alojarse en la que yo vivo actualmente.

—Te noto distraída —acota con el entrecejo fruncido.

Me cruzo de brazos e inspiro hondo.

—Puede que lo esté —respondo—. Es algo extraño tenerte aquí. Mira, ¡es extraño que ambos lo estemos!

—Es posible.

—¿Y por qué lo notaste?

—Tus respuestas son puros «ajá», «sí», «no», es como si hablase con Simsimi.

—En ese caso te acosaría.

—Encantado.

—Creo que no encuentro respuesta en mi base de datos para esa pregunta.

—No se trataba precisamente de una incógnita, pero tengo una a la cual seguro podrás responder con tu base de datos... ¿Te gustan más jóvenes que tú?

Suelto una carcajada y añado:

—¿En verdad debería responder a eso? ¡Hace rato que pasaste los dieciocho!

—Legalmente los he pasado pero mi cabeza porta el síndrome de Peter Pan. Además, no puedes acosarme.

—¿Por qué no?

—Somos amigos, ¿te olvidas?

Sus palabras me devuelven a mi lugar y resultan como una bofetada. Él repara en esto de inmediato, ya que noto su cambio de postura.

—Yo... no quería... Demonios, la persona imbécil más imbécil se queda chica en comparación conmigo.

Ni lo digas.

—Descuida —respondo.

Creo que ahora puedo asumirlo mejor: tiempo atrás, esas palabras hubieran tenido un efecto rotundamente distinto si consideramos mis declaraciones sentimentales.

Quedamos en silencio durante un incómodo instante que tiñe de sombras la belleza de un momento como este.

—Tracy —murmura—. Tracy, mírame por favor.

Así es que dejamos de caminar y mis ojos se clavan en los suyos. Llevaba tiempo ansiando esas maravillosas gemas grises como perlas valiosas.

—¿Sí?

No logro dejar quietas mis pupilas, que se dirigen del lobo en el tatuaje de su cuello a sus hermosos ojos entornados. Me detengo un instante para que las miradas no se pierdan y él habla:

—¿Crees que algún día...?

No escucho más.

Todos mis sentidos se nublan y la piel se me pone de gallina al ver que unos cuantos metros tras de Theo se divisa una sombra que me mira fijamente.

Los brazos amplios, los tatuajes en los brazos, la remera negra, los jeans rasgados, los puños presionados, la mandíbula cuadrada, el dibujo en flor abriéndose como el infierno mismo bajo su rostro...

Stefano me observa.

Nos observa.

—¿Tú crees?

—¿Ah?

Las palabras de Theo vuelven a entrar en mis sentidos y todo retorna a su lugar. En apariencia, al menos.

—Disculpa —murmuro—, me dis... distraje.

—¿Qué sucede?

Theo se vuelve hacia atrás y ambos miramos nuevamente en dirección al árbol donde antes se ocultaba Stefano. Ha desaparecido.

¿Cómo es posible...?

Vamos, ya estás alucinando, niña.

No empieces. ¡Juro que estaba ahí!

Sí, claro.

Tú también lo viste, no puedes negarlo.

Yo puedo ver lo que tus ojos ven. Si me pagasen por cada vez que deseo arrancarme de tu cabeza, sería multimillonaria, ¿no crees?

No, no lo creo en absoluto. ¡Amas torturarme!

—¿Qué había detrás? —me pregunta Theo.

—Yo... No... nada. Solo me distraje con ese... ese árbol. Se parece a uno que de pequeña teníamos en casa y me trajo algunos recuerdos —miento.

Miento mal, por supuesto.

—¿Qué clase de recuerdos?

—Creo que hay muchos árboles en mi memoria.

—No es excusa, estoy hablando solo desde que llegué a este sitio.

—Perdona por haberme distraído, Theodore, no puedes culparme por eso. ¿Podrías simplemente repetir lo que dijiste?

Su mirada se suaviza y se muerde el labio. Quisiera ser yo quien se lo muerda pero mi vínculo con él ya no lo permite.

De pronto siento que la naturaleza y el destino resultaron terriblemente injustos al haberlo hecho tan hermoso, tan magnífico, aunque con el corazón tan frío y una vida tan cruel.

—Iré a ver si ya puedo entrar a mi habitación en la residencia —responde.

Me armo de valor y lo detengo con una mano en su antebrazo.

Justo en el triángulo invertido...

... con mi mano tatuada en alto, dejando ver el vértice del símbolo prohibido que me condena.

Agacho la cabeza y la tinta impacta como cuchillas en mis ojos logrando que Theo imite mi movimiento.

—¿Qué hiciste, Tracy?

THEO

Quería evitarlo. Quería que no fuese más que una mentira de los malditos que viven en la Bad House. Quería que Audrey se equivocara. Que Amanda mintiera. Que Neo y Cedric fueran arrollados por mil caballos purasangre. Querría que el tiempo nos transportara a otro momento de nuestras vidas, cuando estábamos juntos y parecíamos invencibles.

TRACY

Sus manos se inclinan hasta la manga de mi remera. De a poco, el tatuaje se va descubriendo recordándonos que todo siempre puede ir peor.

THEO

Todas las palabras, todas las advertencias, todas las alarmas... eran ciertas.

Tracy es Glorious.

STEFANO

Hacen una linda pareja. Y me fascina interferir en los momentos más felices, sobre todo si se trata de dos personas que piensan que el amor, la comunicación, la felicidad es una mentira posible.

Sería una pena que se apareciera un terrible hijo de perra como yo para mover la tierra, abrir grietas y levantar el Infierno.

TRACY

—No creo que pueda.

—Tu nueva Yo no diría esas cosas.

—¿Mi nueva Yo?

—La perra mala que quieres ser. Apuesto a que en el pasado te llamaban Santa Tracy Smith de todos los Bienaventurados.

—Ehh... Para nada.

Phoebe levanta una ceja y se percata de inmediato de que he intentado engañarla. ¿Cómo lo sabe? Todavía siento el gusto amargo por cada vez que recuerdo las veces que en la preparatoria me decían «Santa Smith».

Si realmente quiero cambiar mi modo de ser, caminar a un nuevo destino, debería empezar por romper esos viejos preceptos. Darle un giro a mi pasado.

—¿Cuándo... cuándo es?

—Mañana a la noche.

—¿Los jueves hacen fiestas?

—De martes a domingo, en verdad.

—¿Eso significa que dejan los lunes para estudiar?

—¡Ja! No. De vez en cuando se necesita un descanso para la resaca. Qué me dices, ¿vamos a la fiesta?

Trago saliva y pienso en cuál será el motivo por el que la fraternidad de Go Delta arma un evento para darles la bienvenida a todos los nuevos que llegan cada semana de agosto a la IVU (antes del inicio de semestre en septiembre).

He oído sobre ritos de iniciación que se hacen para el ingreso a una fraternidad; me pregunto si se asemejarán a los que pueden darse para el ingreso a las residencias de los recién instalados... Como yo. Como Theo.

Él también es un recién llegado.

Él entrará en esa fraternidad.

Lo que puede significar solo una cosa: estará ahí.

—Bien —digo con apenas un poco de voz.

—No te oigo.

—¡Yo... iré!

Mi compañera de cuarto deja de acariciar a Cochinillo y emite una carcajada.

—Será divertido —asegura—. Cambiando de tema, ¿ya te has inscrito en las asignaturas? No te quedes sin cupo, eh.

Desde que Theo vio mi tatuaje, me siento insegura, angustiada, completamente desamparada.

Me aparté de mis viejos amigos o, al menos, de los que creía que lo eran.

Solo me gustaría reencontrarme con los chicos del Club de Lectura y, en parte, hasta extraño los mensajes de Charlie. En mis últimas semanas viviendo en Iconic Valley, las cosas habían adoptado un rumbo muy distinto: las lecciones de Charlie, Lottie y los Glorious para enseñarme a ser una de ellos me pulieron una coraza para devolverme la autoestima. Ahora, en cambio, estoy sola y la aparición de Theo está resquebrajando poco a poco ese caparazón de cristal que parecía forjado en hierro.

Su reacción al descubrir el triángulo recto en mi antebrazo solo fue un «¿Qué hiciste, Tracy?» para mi estúpida respuesta de «Lo siento tanto».

Lo peor de todo es que se fue y, hasta el momento, no he vuelto a saber de él. Incluso debo luchar conmigo misma para dejar de escribirle cada hora y media las mismas palabras: Perdón, perdón, perdón.

No tienes que disculparte por eso.

Sí que debo, lo último que deseo en el mundo es herirlo más de lo que ya está.

Tú hiciste una elección. Él hizo la suya.

¿La de ser un Bad Boy? Pero si ya estaba condenado desde que nació.

No, idiota. La de alejarse de ti.

El campus de la IVU cuenta con un patio muy lindo con asientos y caminos de piedra que aportan sensación de bienestar. Puede que sea todo un intento de reflejar la gran mentira de que se está en el paraíso cuando en verdad todos nos hemos alejado de nuestras raíces para rendir devoción académica a dicha institución.

Sería mucho mejor que mi profesión estuviera en la sede de la IVU en Iconic Valley, mi ciudad natal. Así, las cosas serían mucho más sencillas. Mamá me mantendría, no habría sido necesario independizarme y podría ocupar mi beca para asuntos tales como ampliar la biblioteca de mi cuarto o ahorrar progresivamente para, en algún momento, tener mi propio auto.

El libro que llevo bajo el brazo me mira con ganas de ser devorado mientras estoy sentada en este lindo patio. Una vez que logro dejar de lado las voces de mi cabeza (esas que el mundo llama «pensamientos» en lugar de «alucinaciones»), abro el libro y me encuentro con la primera página. Me pregunto por qué Theo me regaló este clásico de Shakespeare: *Macbeth*. Posiblemente eligió al azar los ejemplares que se repetían en sus estanterías.

Siempre he tenido pendiente esta lectura, la obra es pequeña y mis ganas son muchas. Aunque las letras se ven obstruidas por una nube que provoca

sombras.

Levanto la mirada y descubro que la enorme sombra no proviene del cielo sino de mi par terrenal.

Primero descubro unas Converse sucias con los cordones desatados; luego unos pantalones raídos con el camuflado propio de los militares; le siguen unos brazos en cruz repletos de tatuajes que incluyen personajes animados, antiguas personalidades monárquicas, tribales y cruces invertidas.

Sigo explorando y la remera negra, ceñida al cuerpo, resalta los enormes pectorales antes de que mis ojos presten atención a los pétalos de una enorme flor gótica que cubre la amplitud de su cuello.

Su quijada cuadrada me deja pasmada, al igual que una atractiva barba incipiente que me espabila en el instante en que habla:

—No sabía que tenías novio.

Stefano me sostiene la mirada clavando sus ojos negros en los míos hasta el instante mismo en que toma asiento a mi lado. De pronto olvido todo lo que vine a hacer, me olvido de quién soy, el pecho me empieza a golpear con fuerza y mis piernas tiemblan. Solo debo contenerme, por favor, debo conservar la cordura.

—¿«Novio»? —pregunto.

—Ajá —coloca las palmas de sus manos en el asiento de concreto y mira al horizonte. Momento que aprovecho para también dirigir mis ojos a la nada, lo que me ayuda a pensar con firmeza.

—No tengo novio.

—Eso dicen todas. Apuesto a que luego me pedirás el Whatsapp y me dirás que eres virgen.

—¿Qué?!

—Era broma, no te alteres.

—Demonios.

—Aunque entre broma y broma...

—... la verdad se asoma, conozco el dicho, genio.

El sarcasmo en mi tono me hace tomar confianza de mí misma.

—Descuida que no tengo intenciones de pedirte el número —añado y simulo seguir leyendo el libro.

—De todos modos te lo iba a dar.

—¿Me lo ibas a dar?

—¿Quieres que te lo dé?

—No sé para qué lo querría.

—Tu mirada pide impacientemente que te dé...

—Oh, eres un imb...

—Que te dé mi número —completa.

Aunque pensándolo mejor, sería muy interesante que me lo dé. Al maldito número, claro. A continuación saca un fibrón de un bolsillo y me pide la mano. Tentada, le ofrezco lo que solicita y me arremanga justo hasta el punto donde queda al descubierto mi tatuaje. Espero a que diga algo, lo que sea, que me insulte, que me ame, que haga algo en respuesta al triángulo que me condena, sin embargo, simula ignorarlo y anota justo debajo del tatuaje.

Se te olvida que no todo el mundo se pone obsesivo como tú por cada vez que ve una figura geométrica.

—Ya —termina. Vuelve a ponerle el capuchón y se lo guarda—. Puedes escribirme; mañana por la noche en Go Delta darán una fiesta para recibir a los nuevos como tú.

—¿Me estás invitando a ir contigo?

—No. El objetivo es que tú me llames y me invites.

—¿Vives en esa fraternidad?

—¿Los Delta? No. Vivo en tu residencia.

—¿Y perteneces a una en especial?

—¡Ufff! Hago lo que se me antoja, no responderé a ninguna maldita fraternidad. Aunque entro y me muevo entre los Delta como si fuera mi casa.

—Vaya... ¿Y sabes a qué se debe ese nombre?

—La mayoría de las fraternidades del país se nominan con letras griegas. Tienes los Alfa, los Beta, los Kappa, los Omega.

—¡Son muchas!

—Somos como dios. El Alfa y el Omega, el principio y el fin. Lo dice la biblia.

Es la primera vez en mucho tiempo que pienso en mi fe. En Teología. En Teo... Theo... Dios.

¡Santo cielo!

Y ahora termino de entender su nombre.

—¿Cuánto sabes de religión? —le pregunto a Stefano.

—Me interesa y leo al respecto. ¿Qué quieres saber, eh?

—Ehh... ¿Tienes alguna idea de qué vínculo tiene con el nombre «Theo»?

—¿Así que así se llama tu novio?

—No es mi novio.

—Bueno, tu amigo.

—Tampoco es eso.

—¿Ex?

—¿No puedes simplemente responder?

—Tu respuesta a eso sería más poética que religiosa.

—¿Entonces...!?

—Theo viene de una palabra griega que comienza con una letra que representa la «th». Theo es dios.

Y dios es Alfa y es Omega.

¿Y quién es dios?

Dios lo es Todo.

Theo es Todo.

Es Alfa y es Omega.

No estaba tan errada al pensar que mi vida cambió al conocerlo y que significó a su vez mi perdición sin remedio.

Theo no será dios pero sí es mi principio y mi fin.

32

TRACY

Jueves

Phoebe no regresó en toda la noche.

Llevo desde las 5 a.m. leyendo *Macbeth* y ya van a ser las ocho. Me sorprende que Phoebe se pierda así; Cochinillo debe extrañarla.

—¿Tu mami te ha dejado comida? —le pregunto al animal dentro del armario abierto. Este no se inmuta.

Suspiro y dejo la obra a un costado pensando en Lady Macbeth, sintiéndome en parte identificada con ella: al pensar en qué podría unirnos, caigo en la cuenta de que la mujer percibe sus manos tan sucias por haber asesinado al rey que considera que jamás podrá limpiarse el alma.

Aunque me quite el tatuaje en el brazo, mi conciencia estará corrompida y la culpa por haberle hecho daño a Theo incrementará siempre, cada día...

—Tienes suerte de no tener novia —le señalo a Cochinillo mientras busco

una toalla—, de lo contrario, estarías sufriendo como todos los seres humanos en este planeta.

Nunca terminaré de acostumbrarme a los baños públicos.

Me pregunto si todas las chicas que acceden a este sitio (y al único chico que alguna vez vi aquí) sentirán el mismo pudor.

No deben ser vírgenes, en qué cabeza casta cabe la idea de desnudarte frente a los demás como si fuese lo más normal del mundo.

Eso es un asunto aparte. Hay miles de chicas que hacen deporte, comparten duchas y no tienen los mismos complejos que tú.

Depende de cómo lo veas. Tú siempre intentarás llevarme la contra así que no tiene mucho sentido discutirlo.

¿Y si mejor te sigues vistiendo y apresuras las cosas? No creo que quieras retrasar tu rutina.

Cuando parece que por fin coincidimos en algo con la voz de mi conciencia, empiezo a hacerme una idea de qué tan lejos está Go Delta del campus de la IVU.

No solo tiendo a desorientarme sino a caer en el peor lugar en el momento menos indicado. Como entrar a las duchas y encontrar al Dios Musculoso y Tatuado más sexi de todos los tiempos.

Y que te acose.

Lo sé, produce escalofríos de solo pensarlo.

Mientras espero que Phoebe baje, me invaden miles de recuerdos. Entre ellos, el más importante: aquel día en que acudí a mi primera fiesta. Fue en la Bad House y ahí conocí a Theo.

Sus ojos clavados en los míos mientras me limpiaba el refresco que me arrojó Neo despertó sentimientos que no debería tener. Es en vano, porque es inevitable. Desde entonces, alejarme de él se convirtió en un imposible que ninguno puede cumplir. O eso parece...

Llevamos poco tiempo sin hablar aunque, esta vez, me horroriza hacerme a la idea de que no quiera volver a verme.

Hice lo que no debía.

Me metí en un juego peligroso del que desconozco si podré salir algún día. Y no lo digo solo por mi tatuaje sino por todo lo que vivimos: la relación que alguna vez tuvimos pende de un hilo y hoy se limita a una amistad.

Mi nuevo vínculo con él no me permite besarlo. No me permite tocarlo. No nos permite volver al punto de partida que detonó los explosivos más

placenteros y riesgosos.

Un poco cansada de esperar a Phoebe (dónde rayos se ha metido, no entiendo por qué se demora tanto), me decido a darme una rápida escapada antes de ir a la fraternidad.

No sería bueno ir sola en caso de que mi compañera de habitación tomara la decisión de no acompañarme, aunque me despierta algunas incógnitas pensar en qué sucedería si decidiera escribirle a Stefano. Ya guardé su número y más de una vez me vi obligada a contener las ganas de escribirle. Y no lo hice porque... hay algo en él que me da miedo. Que es peligroso. Pero irremediablemente tentador.

—Disculpa...

—¿Sí?

La secretaria más anciana es la que mejor me cae. Espero tener suerte.

—No quiero darte trabajo justo antes de que debas irte pero... Quisiera hacerte una consulta.

—Oh, cielo, descuida. Dime.

Perfecto.

—Quisiera preguntarte si un alumno en particular está alojado en este campus y cuál es su habitación.

—Querida, no puedo...

—Es mi e... —¿*ex*?— hermano.

¡Arrrrgggg nooo!

—¿Perdona?

—Sí, es que hace tiempo no lo veo y me enteré de que cursará sus estudios en la Escuela de Medicina.

—Claro, descuida. ¿Cuál es el nombre del muchacho?

—Theodore Landon.

La mujer se acomoda los lentes, teclea en su computadora y hace algunas anotaciones en un cuadernito de mano que reposa a un costado. Cuando termina, arranca la hoja y me la pasa. Veo que es la residencia donde Theo se aloja, la localización en el campus de la IVU y el número de su habitación.

—Suerte —me dice.

Vaya que la necesitaré.

Antes de salir le pido que, si ve a una chica con cara de chico bajar sin prisa, le pida que me espere. Llegaré en un momento, después de todo, no debería demorarme. Solo se trata de hablar con él y ver si me deja explicarle

por qué me hice el tatuaje. Por qué me cambié al bando enemigo.

Estaba desesperada, confundida, aún las imágenes de aquel maldito video son causa de miles de pesadillas. El tiempo juntos no ha sido suficiente para conocerlo mejor y pedirle sus excusas.

Una vez que salgo de la residencia, me encamino al edificio señalado. Lo he visto antes en mis vueltas para conocer este enorme sitio donde vivo y viviré durante mucho tiempo. De repente siento que no estoy lo suficientemente atractiva como para ir a verlo: me aliso la falda y acomodo el cuello de mi blusa. Ojalá tuviera un escote prominente que permitiese ver más de lo que muestro, aunque no es algo en lo que haya estado pensando mientras me preparaba. En fin, se hace lo que se puede.

Una vez que cruzo la puerta del edificio me encuentro con que la recepción ya fue abandonada por sus encargados... Tampoco es que haya gente las veinticuatro horas para atender alumnos que en las noches llegan borrachos.

Las cualidades de esta residencia no distan mucho de las mías. Incluso me siento casi como en el mismo sitio mientras doy vueltas, me meto en pasillos extensos y llego a las habitaciones de los muchachos.

En esta ocasión las cosas se ven muy diferentes. Busco el número del cuarto de Theo yendo de puerta en puerta hasta dar con la que finalmente aguarda por mí.

Vamos, puedo hacer esto.

Has hecho cosas peores.

Lo sé.

Cuando estás desesperada cometes esta clase de locuras.

También... Lo sé.

Cuento hasta tres y alzo los puños para llamar a la puerta.

Lo sorprendente es que en el instante en que mis nudillos están por dar el primer golpecito, un reflejo me sorprende y la puerta se abre de par en par.

El alma se me cae a los pies al ver a una chica más alta que yo, más delgada, más linda, más nalgona, más atractiva en todo sentido.

—¿Disculpa? —pregunto.

Ella se queda mirándome y dice lo mismo:

—¿Disculpa?

—Oh —murmuro—, debo haberme confundido. Pensé que era el sector masculino.

—Lo es.

Vaya.

—¿Ah, sí? —murmuro—. Por casualidad, ¿Theodore Landon está alojado en esta habitación?

La chica me mira de arriba abajo y me siento infinitamente inferior. Soy tan pequeña ante sus enormes ojos azules que hasta una hormiga tendría más dignidad.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta.

—Tracy —respondo—. Tracy Smith, un gusto.

Ella mira hacia atrás y termina por salir, cerrando la puerta en silencio a sus espaldas.

—Yo soy Rebecca. La novia de Theo. Puedo saber ¿qué demonios haces en *su* habitación?

33

TRACY

—¿Bromeas?

—Para nada.

—Okay, es un imbécil.

La Tracy Sensible intenta atar cabos y darle una explicación a tantos recuerdos de los días más oscuros en mi pasado: si Theo nunca admitió sentir algo por mí, si no quería una relación estable, si él nunca sería «el novio de nadie», ¿por qué se aparece esta zorra de metro setenta y cinco en su cuarto diciendo ser la maldita relación de mi ex?

Bueno, mi ex que no es ex.

—¿Quién es un «imbécil»? —pregunta Señorita Afortunada.

Por lo visto, no le alcanza con ser zorra, también es chismosa.

—Tu novio. Por casualidad, ¿está ahora aquí? —le digo señalando la puerta a sus espaldas. O mejor dicho, la entrada a La Cueva del Terror.

La Tracy Malvada acaba de asestarle un puñetazo a la Sensible justo en la mandíbula y mientras intenta recuperarse, mi lado hostil ya se encuentra afilando cuchillos que arranquen testículos de manera muy dolorosa.

—Oh, sí, lo está... —responde—, pero durmiendo. El pobre ha quedado exhausto. Tuvimos un día muy intenso.

El infierno desata llamaradas que se alzan y me consumen desde adentro. Rebecca debe caer en la cuenta de que echo chispas por cada uno de mis poros ya que se aparta de la puerta y se aleja unos pasos de mí.

—Te conviene que no entres ahí —me amenaza con un dedo en alto y se sigue alejando— o llamaré a la policía y te denunciaré por acoso. Lo digo en serio —otro paso atrás—, deja en paz a mi novio.

Y se va.

Claro, estúpida. A tu novio. Ni siquiera sabes con quién te estás metiendo. Entonces la Tracy Sensible se arrastra hasta la Tracy Malvada logrando tomarla de un tobillo para implorarle un «no lo hagas». Justo en el instante en que mi mano se alza para girar el picaporte.

Tic.

Es posible que me arrepienta...

Toc.

... por no haber entrado y marcharme sin más.

Tic.

Pero el odio y la tristeza se debaten en mi pecho.

Toc.

Sin ser capaces de tomar una decisión concreta...

Tic.

... en caso de estar cara a cara con el idiota más grande de todos los tiempos.

Toc.

Para poder llegar lo antes posible y así marcharme con Phoebe a la maldita fiesta. No creo que se haya ido sin mí.

Pero la imagen de Theo se vuelve mucho más imponente en la medida en que mi fantasía se lo imagina revolcándose con Señorita Nalgona.

¿Realmente sería capaz de matarlo? ¿Podría cortarle las bolas y luego darme a la fuga?

Caigo en la cuenta de que de un instante a otro me encuentro planificando métodos de tortura para cortarle su aparato reproductor masculino. Pero que nunca podría llevar a cabo más allá de mis pensamientos.

«No... No quiero verlo», decido.

El nudo en mi garganta se incrementa en la medida en que bajo los escalones a tropezones y salgo corriendo de la residencia estudiantil.

Mi corazón late fuerte sin saber correctamente adónde demonios voy, hasta que mi cabeza se despeja apenas y quedo de pie, atónita, como si un baldazo

de agua fría me hubiera caído desde las estrellas.

Si el imbécil de Theo puede hacer de las tuyas, yo también puedo.

Si yo era su problema, él no será el mío.

Ya no.

Con las manos temblando, busco el celular y marco el número de Stefano.

34

TRACY

Es una suerte que no se haya marchado aún. Aunque es increíble que Phoebe sí.

—Ten.

Stefano me pasa un vaso de plástico rojo con un líquido amarillento.

—¿Qué es?

El olor a cebada me llega antes que su respuesta.

—Cerveza. Te hará bien.

Estamos en la puerta de la residencia. Cuando lo llamé, estaba a punto de marcharse.

Ahora mismo fuma un cigarro, de pie delante de mí y yo estoy sentada frente a él tratando de distraerme con cada uno de sus sensuales tatuajes.

—Gracias —doy un largo trago.

El mal sabor se vuelve tolerable apenas atraviesa mi garganta y se me instala la idea de querer ser una persona horrible con Theo. Esto no puede quedar así. No se la dejaré pasar tan fácil. Me siento tan llena de odio que el olor a alcohol y los enormes músculos de Stefano me ofrecen una combinación perfecta para esta noche.

—Vaya, no pensé que bebieras —comenta en el instante en que le devuelvo el vaso.

—Yo tampoco —admito.

—Tiene sentido. ¿Y a qué se debe tu estado de locura? —pregunta.

—No estoy loca.

Bueno, un poco sí.

—Vamos, llevas temblando desde que llegaste y no creo que tengas frío.

—Solo es eso. Un poco de frío.

—Te puedo calentar en mi cuarto.

—¿Qué?

—Lo que oíste. ¿Qué te parece mi idea?

—Yo... —mi labio inferior tiembla hasta que la tensión se desvanece en el instante en que suelta una carcajada y añade:

—¿En verdad crees todo lo que digo? Si fueras un poco más sensata, caerías en la cuenta de que no me fijaría nunca en una persona como tú. Aunque sería divertido.

—Idiota.

—No lo tomes a mal. Solo bromeaba. ¿Vamos?

Me ofrece su mano pero me niego y me pongo de pie por mis propios medios. Trato de acomodarme el cabello pensando en la explicación de que Phoebe se cruzó a Stefano y le preguntó por mí. Sin embargo, mi compañera de habitación decidió irse sin más (según lo que mi actual compañero nocturno me contó).

—¿Por qué eres así? —le pregunto.

Me abrazo los codos y caminamos por el camino de piedra.

—¿Ser cómo? Ni siquiera me conoces.

—¿Adónde vas? —le pregunto cambiando el tema de conversación de lo importante a lo urgente.

—A buscar mi coche.

—Tengo entendido que Go Delta no está lejos de aquí. Podríamos caminar en lugar de gastar recursos.

Touché! Ahora quién es el insensato, eh.

—¿Temes subir a mi auto?

—No. Pero temo a los planes retorcidos que puedas tener o adónde quieras llevarme.

—Vamos, no te violaré.

—Podrías vender mis órganos o prostituirme.

—Suenan interesantes, más aún con esas tetas enormes. ¿Cuánto crees que me darían?

Siempre logra encontrar ese punto de asombro al que tardaré demasiado en acostumbrarme.

—¿Una bofetada muy fuerte será suficiente? ¿Dónde está tu auto?

Obtengo una media sonrisa de su parte, que va impregnada de malicia, lo cual es seductor...

... No sin generarme una chispa de miedo.

El estacionamiento de la IVU queda tras el campus.

Nunca fui talentosa para reconocer la marca de los coches pero la inscripción de Volvo me hace ver que a Stefano le gustan los de alta gama.

Es un modelo muy moderno, negro, con vidrios polarizados, luces de neón y está impecable.

—Sube. Serás una buena compañera para esta noche —asegura.

Me meto en el Volvo y el aroma a nuevo me impregna las fosas nasales.

—Huele rico. Salió caro el juguete —comento.

—De hecho, no he pagado por él.

Pone en marcha el motor y cierro la puerta pensando que él podría hacerlo en un gesto de caballerosidad. En absoluto.

—¿Hijo de papis con dinero? —pregunto.

Aún no termino de entender de dónde logro sacar el tono con el que le hablo y creo que la respuesta llega al pensar en las posibilidades de ya estar acostumbrándome a tratar a individuos de este estilo. Me pregunto cuándo volverán a atraerme los frikis de cabello a un costado y suéteres tejidos por sus abuelitas tiernas.

—No tengo padres —responde y se me corta la respiración.

—Dis... culpa. Yo tampoco tengo papá.

O eso creía hasta hace unos meses, pero no vale la pena explayarme al respecto. No con él.

—No tengo padre ni madre ni nada parecido a una familia.

Oh, vamos. Ya escuché a Theo negar así a todos los de su sangre. No toleraré que otro niño mimado venga a hacerse el dolido con un destino que le ha dado cuanto quiso.

—Mmm, no creo que debas negar a los tuyos —murmuro.

—¿A qué te refieres?

—Solo que negar a la propia familia no es algo que resulte atractivo, seductor ni que genere compasión, ¿sabes? Enoja.

—¿De qué estás hablando? Toda mi familia fue asesinada hace un año.

Santa mier...

—Creo que la niña mimada es otra —contraataca.

—No sabía, en verdad, ni siquiera me hubiera imaginado...

—Descuida. No me conmueve hablar de ellos. Ya no.

—¿Qué les pasó? —digo a la espera de que me repita la historia que Carl

me contó tiempo atrás sobre Stefano y Kylie, los integrantes de bandos enemigos que cometieron un error y fueron condenados.

—¿Qué te hace pensar que te contaré la historia de mi vida?

—Solo trataba de ser amable.

—Me cae mal la gente que intenta ser amable. Tú me caes mal.

—También me caes mal y ya te lo he dicho.

—Vaya, tenemos mucho en común. ¿Quieres que te haga un bebé ahora mismo?

¿Quiero?

¡Por favor...!

Calla.

—¡No!

—Entonces no deberías seducirme.

—Nadie está intentando nada contigo, Mister Ego.

—Vaya que me la pones dura. No sigas porque ya hemos llegado.

Me quedo en silencio al caer en la cuenta de que el camino ha sido breve y a nuestro alrededor ya se alza la enorme casa con música a todo dar y coches por doquier. No hay vecinos. Esa es la parte más espeluznante.

—¿Bajamos?

—Baja tú —me dice y se toma la bragueta.

—Oh, no, demonios, ¿qué vas a hacer?

Él me observa y de inmediato corro la mirada a la ventanilla.

—Te dije que bajas, no es problema mío si te quedas —asegura.

—Pero por qué... —estoy segura de que tiene su miembro afuera.

Abro la puerta a la espera de que mi acto lo intimide, no obstante vuelve a su bragueta.

—Así es, Tracy. Sal de aquí porque debo acomodar lo que tú misma causaste.

Nace en mí la imperiosa necesidad de soltarle unos cuantos insultos pero cierro la puerta fantaseando con qué fue lo que hice y cuánto podría en verdad hacer. Una sonrisa se me escapa y me produce la sensación de que una noche intensa se acerca.

—¡¿Ya?! —le pregunto desde el exterior del Volvo—. ¿Cómo piensas bajar eso?

—¡¿Tú qué crees?! —

THEO

Aún no puedo creer que sea tan temprano y la fiesta recién comience. En la fraternidad de Go Delta hay muchos viejos conocidos que no veía desde que la diferencia etaria nos separó y se fueron graduando de a uno hasta llegar a este sitio. Suerte que de todas formas haya mantenido una relación cercana, de lo contrario sería una pena tener que pasar por sus pruebas y ser aceptado.

Es que este sitio está lleno de Bad Boys: es dirigido por el Triángulo Invertido, aunque no cualquiera de los nuestros logra entrar.

Excepto a las fiestas.

—No entiendo cuál es el objetivo de darles la bienvenida a tantos novatos si de todas formas luego los tratarán como la mierda —le comento a Rick.

Este es un colega de grupo a quien conocí de pequeño gracias a que ambos solíamos jugar en el cementerio del bosque.

Es extraño pero crecí en un mundo donde, a los nueve años, tu padre debe ir a trabajar en una tumba abandonada y rendir cuentas a sus jefes. Los Jefes.

—¿No lo captas, Theíto?

Sonríe y aún no me cabe en la cabeza que se haya hecho afilar los colmillos. A decir verdad, tiene su patético encanto si tenemos en cuenta la enorme cicatriz que le atraviesa la cara; una marca de por vida que le corre desde la frente, el párpado derecho, una ceja y la nariz hasta los labios y el final de la mandíbula.

—No me vengas con acertijos, idiota. ¿De qué se trata? —insisto.

Me arrojo a un sofá y Rick me pasa hierba para fumar. Huele tentador, he perdido a mi familia, a Tracy, y la clínica me dio un apresurado alta para venir a esta ciudad a estudiar.

Lo acepto.

—Nuestra vida siempre ha sido a base de acertijos, ¿no crees?

Dichas estas palabras, todo el mundo queda sepultado en el instante en que el humo de la marihuana entra a mi boca, a mi pecho y despierta en mi cerebro el horrible recuerdo de que necesito dejar de herir a quienes dicen amarme. Básicamente, es Paris quien inunda mis pensamientos e, irremediabilmente, mi madre y... Tracy.

Dejo que el humo escape formando una cortina seductora en mi rostro y me deshago del cigarrillo. Acto seguido busco los Marlboro del bolsillo de mi chaqueta de cuero.

—¿No fumas más?

—No, Rick. Esa cosa me produce arcadas, hace tiempo que no fumaba hierba.

—Bueno, ahora estás *light* —dice al verme sacar un cigarro y llevármelo a los dientes.

Lo enciendo y, luego de que sale el primer círculo de humo, insisto:

—Algo así. Pero sigues sin contestar mi primera pregunta.

—¿A cuántas chicas me he tirado?

—Vamos, imbécil.

—Theíto, te queda poca cordura. La fiesta es una trampa.

—¿Qué?

—Atraemos personas inocentes para meterlos en el bando. Veremos si de una vez las hermanitas Turner deciden sumarse al clan.

—Ya lo han hecho.

—Pero se han apartado.

—Audrey Turner —alias Pelos Verdes— vivía conmigo y un grupo más en la Bad House. De su hermana no he sabido hace ya más de un año... Por suerte.

Rick me da un empujón mientras le doy otra pitada al cigarro.

—Vamos, hermano —así es, otro idiota que piensa que soy su hermano—. No hay forma de que tu noviecita esté en dos lugares al mismo tiempo.

—Ex novia —lo corrijo—. Hace más de un año que esa loca dejó de perseguirme.

—¿Más de un año, dices?

—Así es. Quedó atrás junto con la horrible historia que me unía a ella.

—No sé, hermano...

—¿Por qué lo dudas? No deseo volver a verla.

—Es que Rebecca Turner estudia en la IVU.

TRACY

Stefano es tan intenso que llegar a su lado a la casa y que todo el mundo nos salude me hace sentir fantástica. ¿La gente nos verá como pareja? Al menos esa sería una manera de hacerme respetar dentro de este nuevo mundo.

La sala que da entrada a la fraternidad es gigante; si creía que la Bad House era grande y que sus fiestas eran de lo más caóticas, me equivocaba.

La gente está tan descontrolada que en parte me asusta. Pero no hay de qué preocuparme. Estoy con «el Daddy».

¡Insensible!

Casi puedo escuchar la voz de la Tracy Buena en mi cabeza al sentirse sumamente herida porque usé el apodo con el que Theo se hacía llamar. Descuida, Yo-Remilgada, ahora me hago respetar un poco más.

Un poco.

—Ven.

Stefano se abre paso entre un montón de chicas que lo toquetean pero la enorme masa de gente que se interpone entre ambos hace que por momentos me quede atrás. Me siento un animalito indefenso que se pierde en un océano enorme...

... Hasta que una mano me sostiene con fuerza antes de ahogarme.

Logra que la gente se mueva y finalmente lo alcanzo de nuevo.

—Estás helada —murmura Stefano.

El contacto de nuestras manos me deja paralizada. En parte por su cálido tacto, que me hace sentir la persona más afortunada del mundo.

—Toma.

Me pasa un vaso que esta vez lleva un líquido rojo.

—¿Qué es?

—Vodka Red Tonic.

¿Tónico rojo...? Bebo procurando no pensarlo dos veces y sin soltarme de su mano. Como si este gesto me contuviera del ardor que me consume desde la garganta hasta el estómago en la medida en que el fuego líquido me enciende por dentro.

Cuando termino con el trago, le devuelvo el vaso con la mitad del contenido aún y avanzamos hasta un bonito sofá color azul glaciár.

Que consigue dejarme realmente helada.

Theo está en él y, en el preciso instante en que se fija en mí, lo hace también en mi mano, que sostiene el chico más peligroso de toda la fiesta.

Diría que también es el más atractivo, pero sería demasiado injusta para ambas partes.

Lo cierto es que me regodeo en sus ojos, en su expresión que decae, en el cigarro de su mano que se apaga al impactar con el suelo.

«Sufre, imbécil. Sufre».

Ser cruel se siente bien cuando tienes ganas de vengarte.

Y de qué te vas a vengar si él está aquí, no con Chewbacca.

Rebecca.

Da igual. ¿De qué demonios vas a vengarte, querida?

Por haberse acostado con...

¿Piensas que se ha transportado en el espacio sin más?

No, pero ella dijo que recién terminaba de...

Sí, claro. Tú ex ahora hace magia y se acuesta con una loca en su residencia mientras está en esta fiesta a la vez. Sal de ese cuento de fantasía, chiquilla. Crece, crece.

¡Oh, no...!

Oh, sí. La zorra te ha mentado. Estaba metida en el cuarto de Theodore pero no se estaba montando en su verga. ¡Sal de este sitio ahora mismo!

A medida que la noche transcurre, el licor permite que la voz de mi conciencia se apague. Se silencie. Por lo menos hasta el instante en que me vuelva la cordura seguirá amordazada como tan bien suele hacerlo el alcohol.

No estoy del todo ebria pero ya no puedo retener los nombres de los pares de Stefano. Solo sé que una chica tiene el pelo azul, otro se parece a Brandon debido a que es más músculos que cerebro y finalmente otro muchacho me llama la atención porque tiene los pelos en punta como un cantante de punk. Bueno, son los pocos que mi cabeza ha logrado registrar.

Esta gente no hace juegos, son más aburridos. Solo fuman hierba, toman pastillas y me pasan tragos que me marean a medida que la noche avanza.

—Bebe —insiste Stefano pasándome un nuevo vaso.

—Nog... No ség.

—Bebe —insiste.

—No meg siegnto muy bie...

¿Que por qué no me he ido ya si no me siento bien? Sencillo: Theo está que arde, puedo ver las llamas y el humo salir de sus ojos a cada momento que pasa. Baila con varias chicas pero ya no me molesta, puede hacer lo que se le antoje.

Okay, en parte me vuelve loca pero hago un esfuerzo descomunal para que no me influya.

No me pierde de vista en ningún momento y mientras estoy bailando con Señor Cuerpo Tatuado Famoso, el estúpido de Theodore besa a una zorra que se restriega contra su cuerpo.

—Hey —murmura Stefano a mi oído—. ¿Qué ocurre?

—Na... nada... Yo...

Lo veo pero la lentitud de mi cerebro no logra procesar lo que está ocurriendo.

—¿Te quieres ir de la fiesta?

Quiero llorar.

—No... No lo s...

Los labios de Stefano se vuelven una línea delgada al relamérselos. Es todo lo que puedo ver una vez que aparto mis ojos del idiota de Theo besando a la chica. Yo sé cómo se juega a esta mierda.

—Tracy, ¿te sientes...?

No lo dejo continuar y lo único que hago es tomar a Stefano por la quijada y lo atraigo a mi boca, embriagándome con todo su sabor.

35

TRACY

Quizás es la locura de la noche. Quizás es su aliento embriagador que se mezcla con el mío. Lo cierto es que sus labios, su lengua, sus dientes, sus manos en mi rostro, las mías en su pecho, en sus pectorales firmes... se convierten en una peligrosa combinación que puede volverme propensa a la adicción más peligrosa.

Stefano.

Su manera de entrar en mi cuerpo, su manera de hacerme sentir extasiada con lo apasionado de su beso convierte la realidad en algo único que creo no haber vivido antes.

Posiblemente el alcohol esté haciendo del momento algo más intenso. Pero cuando cierro los ojos y finalmente creo estar al filo de olvidarme de la presencia de Theo... un grito me interrumpe. Me empujan hacia atrás y choco con otro par de chicas que me sostienen.

—¿Estás bien? —me preguntan. O eso creo.

Lo cierto es que trato de ubicar mi cabeza en tiempo y espacio hasta caer en la cuenta de que hay chicas gritando y un motón de personas forman en ronda gritando y soltando alaridos.

—No —murmuro—. No, no, no, no...

Me acerco trastabillando hasta abrirme paso en el círculo de estudiantes y alcanzo a distinguir dos cuerpos, tatuajes y sangre: Stefano y Theo están en medio de una pelea a puñetazo limpio.

—No te muevas.

—Ay... Mierda.

—Por... por favor, Theodore. Qué... quédate quieto.

Me cuesta hablar. Siento la lengua pastosa, el olor a vodka sigue quemándome en la garganta y el dolor de cabeza se instala para no irse.

—Por favor —le insisto.

Theo tiene un corte alrededor de la ceja y, de momento, limpiarle la herida con alcohol y utilizar gasas del botiquín de primeros auxilios de su habitación es todo cuanto puedo hacer.

—Ese idiota, debería haberlo asesinado —asegura.

Noto el modo en que las venas se le marcan en las sienes; realmente está dolorido, borracho e indignado.

—Lo dudo... —murmuro.

Corto un pedazo de gasa y lo pego con cinta en su frente.

—¿Por qué lo dices? —masculla entre dientes dejando ver la irritación.

Lo miro a sus ojos grises, que derraman ira. Incluso podrían llegarme los chispazos en caso de que estos fueran tangibles...

Debo admitir que extrañaba tenerlo a esta proximidad, aunque no quiero arruinar la situación (más de lo que ya está), así que me aparto de él buscando espacio y me quedo mirándolo a los ojos.

—Tienes suerte de que te hayan sacado a Stefano de encima antes de que te desfigure la cara —le suelto.

—Estás loca. Iba a matarlo.

—Lo tenías encima y un solo puñetazo en limpio te abrió la ceja —le recuerdo.

—Me tomó desprevenido.

—Tenía a un montón de tipos alrededor que podrían haberte convertido en polvo. Sin embargo le hicieron un bien a la fiesta y a ti mismo por haberlo...

—Haberlo, nada, demonios. El muy cobarde se hizo a un lado porque tenía miedo. ¡Dejó que lo aparten! Si no, la cosa hubiese terminado de la mejor manera.

—Theo... —lo observo tratando de hacerlo entrar en razón—. Eres una persona que sabe pelear muy bien pero debes reconocer que Stefano es mucho

más peligroso y estoy segura de que no dudaría si te tuviese que arrancar el hígado con los dedos.

—Que Stefano esto, que Stefano aquello, ¿tú qué mierda sabes sobre él?

Tomo asiento en la cama para quedar a su lado y lo enfrento:

—Cuando te dirijas a mí, olvida ese tono. ¿Puede ser?

Retrocede apenas hasta que se queda mirándome con expresión de horror.

Acto seguido levanta una ceja y continúa:

—¿Qué rayos pasó contigo?

—Estuve entrenando mi dignidad.

—Nada de eso.

—¿Qué?

—Que no hiciste nada más que pisotearte por haberte metido con ese montón de mier... Con ese imbécil.

—¿Y tú qué sabes sobre él?

—Quisiera saber cuánto te ha contado sobre sí mismo.

«Bueno, la verdad es que no me contó nada. Lo más interesante fue hacerme creer que se masturbaba en su auto mientras estaba afuera, pensando seguramente en que entraría y querría chuparle las partes, pero me contuve», podría contestarle, pero decido sintetizar:

—Es un buen chico.

—¡JA! Si lo fuese, no lo hubieras besado.

—No es cierto.

—Sí que lo es. De lo contrario, podrías haber besado a Carlos cuando me viste en la escuela.

—¡Se llama Carl!

Y de haberlo besado, habría pasado una vergüenza monumental porque no cabe duda de que me rechazaría solo por ser una chica... Además, porque es demasiado digno como para andar besando a cualquiera por ahí.

—¿Entonces por qué lo hiciste si no es porque te atraen los tipos que potencialmente puedan tratarte mal? —contraataca.

«Porque tú estabas mirando, Theo, y eso era excitante. Además de que besaste a una zorra».

—Porque tienes novia.

—¿Qué?!

¡¿Ah?! ¿Yo dije eso?

—¿Tracy, te has inyectado algo?

Es tarde para dar marcha atrás: lo dije y nada podrá salvarme.

—Me duele la cabeza, creo que me iré a mi habitación —la excusa es sincera y me viene como anillo al dedo. Me he recompuesto en relación a unos momentos atrás pero no es suficiente.

Hago el intento de levantarme, sin embargo Theo me toma de un brazo y vuelvo a sentarme.

—¿Por qué dices eso? —insiste—. Ya te he dicho que yo no... no tendría nunca novia. Al menos, no de aquí en más.

—Mientes.

—¿De dónde sacas eso, Tracy? Solo una vez en mi jodida vida tuve una jodida novia que ya no me interesa y a quien no veo hace más de un jodido año.

—¿Un año, dices?

—Sí.

—¿Y... puedo saber cómo se llama esa «ex novia»?

Se me atora la palabra en la garganta justo cuando quiero soltarle una buena vomitada al hacerme la idea de que Señorita Jirafa Nalgona ha estado en esta misma habitación.

—¿A qué se debe tu interés? Ya hablamos sobre esto...

—Dime que no se llama Rebecca. Dime que no se llama así, por favor.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Mierda!

La palabra sale antes de que pueda contenerla conscientemente. Theodore marca una media sonrisa y se acerca para mirarme desde una distancia tan cercana que su característico olor a tabaco y menta se vuelve inevitable.

—Soltaste una palabrota.

—Yo...

—Lo dijiste. Ya no puedes hacerme reclamos.

—Lo estás sacando de contexto.

—Ni siquiera creo saber lo que esa palabra significa. «Contexto». Pero supongamos que sí.

—Sí lo sabes, Theo. ¿Hasta cuándo seguirás intentando parecer un chico rudo y poco inteligente?

—Hasta que me digas cómo diablos conociste a Rebecca.

—Lo haré cuando me expliques por qué me dijiste que nunca tendrías novia cuando no era cierto.

—Esas ya son demasiadas condiciones, y esta vez tú estás sacando las cosas de contexto.

—Ves que sí sabes lo que significa la palabra.

Finalmente Theo se aparta y extiende su mano:

—Hagamos un trato —propone—. Tú te quedas a dormir y yo te daré todas las explicaciones que pidas, ¿estamos?

Sus palabras me dejan tan atolondrada que no puedo hilar dos ideas a la vez.

Quisiera que mis sentidos vuelvan a su lugar, no obstante el recuerdo de Stefano y su beso es tan fuerte que me hace dudar.

—¿Qué opinas? —pregunta—. Seré totalmente sincero pero esta noche te quedas a dormir conmigo. No vendrá tu madre para conservarte la castidad.

—¡Theo!

—¿Eso es un sí? Hoy estoy bueno así que te daré un plus: te dejaré que me quites la ropa.

36

TRACY

—Me quedaré —le aseguro.

Sus labios se curvan en señal de haber salido airoso de una batalla.

—No sin antes establecer mis condiciones —contraataco dejando en claro que en verdad puedo ser muy diferente a lo que alguna vez fui. Además, tampoco sería la primera vez que rompo con su estúpida regla de no dormir con nadie.

De pronto recuerdo a Phoebe: «Si te enamoras, que no se note».

Al menos lo intento...

—¿Cuáles?

—En primer lugar, no me quitaré la ropa y podré irme en el momento que lo desee.

—Esas ya son dos condiciones —aclara.

Tiene razón, pero mi trato con Stefano deja en claro en mi interior algunos puntos: no puedo meterme ahora con Theo así de fácil, es algo más complejo que el simple hecho de andar de chico en chico como una fulana cualquiera.

—Yo hablo, tú escuchas.

Las palabras salen de mi boca y es realmente darle el control a la Tracy Malvada, quien ha tomado las riendas del caballo y Tracy Sensible se encuentra frente a ella tomando nota de sus dos maestras, Phoebe y Mi Yo Hostil.

—Vaya —murmura Theo—. Seré una tumba.

—La segunda condición es que en verdad decido tomar ese plus pero no puedes tocarme un pelo, ¿estamos?

—Básicamente son cuatro reglas estúpidas, no dos condiciones simples.

—Nadie dijo que serían simples.

—Pero dijiste que serían dos.

—Lo tomas o lo dejas, Theo.

Me cruzo de brazos mirándolo a los ojos de modo desafiante. El parche en su ceja lo hace parecer un tanto vulnerable.

Acto seguido su respuesta llega con una acción simple: se arroja de espaldas a la cama y su chaqueta se sube dejando ver una remera blanca que transparenta algunos tatuajes y veo un poco de vello bajo su ombligo que, me imagino, concluye su recorrido en el pubis. Me encantaría comprobar mi teoría.

—Todo tuyo, nena.

Cuando el cinturón queda desprendido, mis manos toman el borde de su remera blanca y de a poco voy permitiendo que algunos tatuajes vean la luz: el enorme rosal que se extiende en su torso me refresca la memoria y ver cada una de sus espinas es tan característico de su personalidad que me da un poquito de miedo.

Marco en su cuerpo los límites que nunca quedaron grabados en su mente.

—¿Contendrás tus ganas de lamerme el abdomen o los pectorales?

Las palabras de Theo me divierten aunque decido no responder y prosigo en mi labor.

Acto seguido le quito la chaqueta y la remera. En el instante en que libero completamente al lobo, este clava sus ojos de tinta en los míos y me siento fascinada de volverme a encontrar con él.

Consciente de que debo continuar, regreso a sus pantalones, entonces empieza la parte que implica mayor dificultad...

Desprendo un botón, bajo el cierre y la tela roja de un bóxer de algodón asoma junto con una enorme erección que pide por favor ser liberada.

Theo me observa.

Me está desafiando.

Haz lo tuyo, exige mi conciencia. Y la peor parte es que no sé qué es exactamente «lo mío».

Sigo entonces las sugerencias de Tracy Sensible, quien levanta la mano en la clase de Tracy Malvada dentro de mi cabeza y sugiere que no caiga en la tentación de Theodore.

Bien dicho, querida.

Prosigo bajando el pantalón y él colabora en parte levantando la cintura.

Cuando llego a las zapatillas, me veo en la disyuntiva de cuán humillante sería tener que quitárselas aunque el cosquilleo en mi entrepierna pide a gritos ver y acariciar cada centímetro de la piel de este hombre.

—No tengo pie de atleta —bromea.

—Eso espero.

Le deshago los cordones y las Converse negras ceden. Le quedan puestos un par de calcetines blancos que le otorgan un aspecto bastante inocente; me excita la idea de dejarlo en ropa interior.

Me despojo de la idea de quitárselos y levanto la mirada... Así caigo en la cuenta de que estoy de rodillas a orillas de la cama mirando directamente la erección hacia un costado, que marca con detalle su miembro viril, dejando cierto lugar a mi imaginación.

—¿Hay una quinta regla dentro de tus condiciones que me permita quitarme incluso el bóxer? —pregunta Theo.

Me pongo de pie y dejo su ropa sobre una silla. Vuelvo entonces a su costado en la cama y busco la almohada, advirtiéndole que no voy a caer en la estúpida tentación de verle el miembro.

Recuerdo que he hecho algunas cosas más que verlo aunque no puedo ahora... Stefano permanece en mi cabeza y siento que no podría hacerle esto.

Lo besé, por Dios, ¡lo besé!

No ceder a los encantos de un chico malo ha sido el mayor desafío de mi vida.

Espero que no me odie por haberme ido con Theo, aunque es la única manera que en ese momento encontré de que no lo matara. Si con un solo puñetazo bien dado logró partírle la ceja, no quiero imaginarme lo que habría ocurrido de no haber detenido esa pelea.

—¿En qué piensas?

Theo se acomoda a mi lado en la cama y se queda mirándome.

Mis ojos están clavados en el techo y vuelvo a mí misma, al color blanco de la pintura, a la voz del chico que por primera vez en mi vida me hizo correr

los riesgos más importantes que pueda implicar la idea del amor. Y, a su vez, el primero de quien dudo.

—En las asignaturas. Mañana debo inscribirme.

—Las clases comienzan recién en dos semanas.

Doy la vuelta hasta quedar de frente; necesito mirarlo al hablar.

Su mirada es gris.

Theo sigue aquí conmigo.

—¿Por qué Medicina, Theo?

—¿Qué? No... No deberías...

—Respóndeme, por favor. Lo tuyo es la literatura, está claro. ¿Por qué, entonces, tuviste que inscribirte en algo que no te gusta?

—Tracy...

—Por favor. Dime algo que pueda convencerme.

—¿Y por qué necesitas que responda eso?

—Quiero... quiero saber si es por mí.

La voz se me quiebra, hecho que logra enternecer el gesto pero luego noto que no se siente cómodo por los sentimientos que lo interrumpen. No hace más que balbucear y poner excusas:

—Soy yo. Yo soy un maldito problema. Mi vida es un maldito problema, demonios.

—Si te hicieras cargo de tus actos y tus sentimientos, podrías tomar mejores decisiones —cierro la boca antes de parecer una madre dando una reprimenda o un gran ejemplo de vida.

—¡Eres...! ¡Eres parte de mi vida!

Bien, lo está logrando.

—Gra... Gracias —murmuro—, pero dijiste que dirías todo lo que necesitara saber y no lo estás cumpliendo.

—Tomo las peores decisiones y tienes razón, pero ruego que no me tortures. El tatuaje en tu brazo es un error del que te has arrepentido en más de una ocasión.

—Luego hablaremos de eso —prometo.

—Bien... Medicina siempre fue mi segunda opción. Siempre me resultó de interés la idea de salvarle la vida a alguien luego de... Mierda.

—¿De qué?

—Nada.

No insisto.

No quiero tener que confesarle que vi el video... No ahora.

—El tiempo ha servido para convencerme a mí mismo de que estudiar Medicina es lo indicado y no quiero dudar de eso, ¿estamos?

—¿Pero? —intuyo. Es evidente que necesita completar la idea.

—Pero podríamos compartir algunas asignaturas. Quisiera ser compañero tuyo, nena. Sería incapaz de alejarme completamente de ti.

Cuando abro los ojos, un rayo de luz se filtra por la ventana. Y no dura demasiado ya que alguien cierra las cortinas de inmediato.

Vaya linda manera de darme los buenos días, sin embargo, desde el primer minuto sé que algo no anda bien...

Miro hacia un costado e intento levantarme.

Hecho que no logro concretar porque mis pies descalzos y mis manos débiles se encuentran amarrados a los bordes de la cama.

—¿Qué pasa...? —murmuro—. ¿Theo? ¡¿Theo estás aquí?!

Miro hacia todas partes en busca de cualquier persona que pueda ayudarme. ¿Quién demonios sería tan enfermo como para hacerme esto?

Esta pregunta es respondida en el momento en que una caja de bailarina de ballet se abre a mi lado y comienza a sonar «Para Elisa».

Acto seguido miro hacia arriba y me encuentro con una melena de cabello verde...

—Audrey —murmuro.

Pero ella solo me mira. Y canta. Además, en su mano lleva un enorme cuchillo de cocina.

—Uno, dos, tres, Audrey espera por ti.

—Santo cielo, baja eso...

—Cuatro, cinco, seis, no podrás escapar.

—En verdad lo digo, no es gracioso, por lo que más quieras, Audrey...

—Siete, ocho, nueve, despierta o morirás.

El puñal se eleva.

Mis ojos se cierran.

Sus labios concluyen:

—Si llegas al diez, final feliz no tendrás.

Me sacudo en la cama y abro los ojos respirando de modo agitado. Al comienzo me cuesta ubicarme en tiempo/espacio: esto de dormir en tres camas diferentes en menos de una semana comienza a tener sus efectos negativos. Miro a un costado y caigo en la cuenta de que está amaneciendo, las cortinas

de la habitación se encuentran cerradas y no es la *peliverde* quien yace aquí...
... sino Theo, que me rodea con sus brazos firmes y duerme como un ángel.
—Prometiste seguir todas mis condiciones —murmuro.

Quedamos en que no me tocaría. Pero debí haberlo supuesto desde el comienzo: Theo siempre rompe las reglas y siempre lo hará. Sobre todo, las más injustas para el amor. Cierro los ojos y espero a que el sueño vuelva... Sin poder quitarme la horrible canción de mi cabeza.

«Final feliz no tendrás».

37

TRACY

Septiembre

Muchos consideran el comienzo del semestre universitario como el inicio, también, de una tortura medieval. Yo lo vivo con mucho entusiasmo. Sobre todo por las asignaturas en las que coincidimos con Theo. Lo terrible será cuando nuestra carrera esté avanzada y debamos separarnos cada vez más. Pero eso está por verse.

Me sorprende su cambio de actitud. Desde aquella noche en que cedí a sus encantos nuestro vínculo ha presentado variaciones que en buena parte me aterran.

Todavía recuerdo cuando discutimos esa noche en que le propuse que se quedara a dormir en casa y fue como si el infierno se hubiera alzado en la tierra para abrirse camino y hacer arder todo. Ahora es rotundamente distinto: se ha acercado a mí y permite que hablemos sin pelear.

Estoy segura de que el acercamiento de Theo se debe a mi relación con Stefano. En verdad no estoy siendo del todo sincera, es una «cercanía» de dos conocidos, nada más. Por mi parte, siento que realmente no lo conozco en absoluto, ya que no deja de sorprenderme.

Entre ellos dos la situación es aún más extraña porque da la impresión de que ya se conocen de antes y se niegan a aceptarlo. O no son claros conmigo cada vez que lo pregunto... No puedo estar cerca de uno si lo estoy del otro.

Stefano estudia lo mismo que yo aunque está un año más avanzado y no debe rehacer ningún curso. Para mi fortuna.

Y ya que estoy en el tema, debo señalar que un punto quedó abierto en mi cabeza, como un círculo sin cerrar o una figura inconclusa: la noche de la fiesta Phoebe le preguntó a Stefano por mí y él le dijo que me iría a otra parte. No sabía que a mi compañera de cuarto tampoco le gustaran las fiestas e iría a la primera conmigo, pero tampoco sabía que Stefano quisiera apartarla de mí para poder ir juntos. Y terminar borracha, drogada y manchada de sangre en mi primera visita a Go Delta.

—¿Evans?

—Sí, buen día.

—¡Buen día tendremos nosotras! Aún no puedo creer que hayamos encontrado cupo con Evans.

La chica se llama Juliette y es con quien compartiremos nuestra primera clase. La he visto antes en la residencia, para ser precisa en las duchas; su obsesión con la depilación completa fue nuestro primer tema de conversación. Y cuando digo depilación completa es COMPLETA (me da miedo de solo pensarlo...).

—En verdad, somos un noventa y cinco por ciento mujeres las de la clase —le cuento—. El otro cinco por ciento se trata de varones que han caído por casualidad y para completar su currículo.

—Son gays, Tracy.

—Yo no vine por Evans y tampoco soy gay.

La chica tiene unos ojos azules enormes, lentes color rosa, pelo muy rubio, es delgada y de altura un poco más baja que yo.

Antes de entrar a clase, una mano llega a mi espalda y el olor a almizcle, tabaco y vainilla llega antes que su voz. Sé de quién se trata...

—¿Qué piensas que haces?

Tomo aire y doy media vuelta.

—Entro a clase. ¿Tú qué haces, Stefano?

—No hice Literatura del Renacimiento el año anterior y algo me motivó a hacerla en esta ocasión.

—¿Tracy? —me llama Juliette a mis espaldas. Estoy segura de que también se ha quedado embobada con el dios musculoso y sexi que se me ha aparecido delante—. ¿Me presentas a tu amigo?

—¿Qué te motivó? —le pregunto evadiendo a mi compañera.

—No fue lo mismo que te motivó a ti.
—¿Qué me motivó a mí?
—El maldito profesor —contraataca. Y la presencia de la rubia se acentúa cada vez más.
—No es cierto —miento.
—Sí que lo es. Muy mal para una chica que tiene novio.
—¿QUÉ? ¡Theodore no es mi novio!
—Conque así se llama, eh.
—Ya lo sabías.
—Es probable. Al igual que tus ganas de hacerlo tanto con él como conmigo.
—Eso no me hace gracia.
—Entonces deja de negarlo.
—¡Tú deja de inventar cosas! Tu motivación y la mía son completamente distintas, Stefano.
—A ti te motiva *él*... Y tú me motivas a mí.

38

TRACY

—Pueden tener una cátedra en la universidad. O pueden dedicarse a la investigación de cualquier autor del arte renacentista.

Puede que eso sea: su voz es gruesa y varonil. Es un hombre que cuida lo que dice y sabe imponerse.

—Incluso no hacer nada de esto y volcarse al mercado editorial comercial para aprobar novelas de sadomasoquismo, ayuda individualista o muertos caminantes.

Dicho esto, los alumnos sueltan una carcajada y pienso que el humor también es una gran característica en él.

No coincido con el tono cargado de sarcasmo que han soltado sus palabras pero ahí lo dejo.

—Incluso trabajar para una red social que implique libros, en una plataforma virtual que los venda o en Facebook, para crear anuncios con

orientación al marketing. Lo cierto es que muchos aseguran que la literatura está acabada, pero no es así.

Bueno, el cuello abierto en su camisa y los vellos rubios asomando son un gran detalle.

—Tengo una mala noticia para aquellos que piensan que el mundo ya no necesita de nuestro arte, de nuestra labor e incluso me arriesgo a decir de nuestra ciencia.

Mmm, su barba y su pelo castaño claro con algunas canas asomando le dan su atractivo también.

—Y es que vivimos en la «era de la información». Manipulamos todos los datos en cuestión de segundos y esto gracias a Internet, a los noticiarios, a Netflix inclusive. Sin embargo, ¿quién se encarga de ordenar toda la data suelta que pueden encontrar?

—¡Nosotros! —aseguran muchos de los estudiantes a la vez, cargados de entusiasmo por su vocación.

—¿Y quiénes enseñan a leer a los docentes que se quedaron en el anticuado prototipo de «yo genio, tú nada»?

Silencio.

—Debían decir «nosotros» nuevamente.

Se oyen carcajadas.

El profesor Evans avanza unos pasos, aunque no estoy lo suficientemente cerca como para poder apreciarlo.

Es muy atractivo, tiene unos ojos color café que quisiera poder contemplar a menor distancia; decidí sentarme casi al final. Casi.

Porque solo hay una persona en el banco tras de mí y es Stefano, quien me recuerda su presencia con un mensaje a mi chat:

St: Tienes un hilo de baba colgando. √√

Suelto una risita e intento asegurarme de que el profe se encuentre lo suficientemente lejos o al menos que no se fije en mí antes de contestar:

Tr: No te proyectes en mí. √√

—A leer. Sí —continúa—. Porque piensan que el alumno ya no tiene deseo de aprender y esto es algo tan errado como mi ropa interior planchada.

St: Me sonrojas... √√

Tr: ¿En verdad? √√

St: No. Estás igual a todas las demás, mirándolo como si tuvieras un orgasmo con cada palabra. √√

Tr: Es agradable. √√

St: Puedo leer tus pensamientos con solo verte la postura y no creo que esa sea la palabra con la que puedas definirlo honestamente. √√

Tr: Mmm, no es mi tipo. √

—¿Señorita?

El corazón me sube a la garganta en el momento en que siento los ojos de toda la clase volverse a mí.

Ejem... ¿Yo soy la «señorita»?

Levanto la mirada de a poco y escondo el celular entre mis piernas. Los ojos de Evans tras sus lentes se clavan en mí pero me siento incapaz de corresponderle, por lo que me quedo con la vista fija en las mangas arremangadas de su camisa blanca con rayas finas color azul. Sostiene un fibrón del mismo color y este es el objeto que termina por acaparar toda mi visión sin hacerme sentir más incómoda.

—Se... señor Evans —murmuro.

Él se acerca. ¡Santo cielo!

—¿Tiene algo interesante ahí debajo?

—¿C... cómo dice?

—Parece que le gusta jugar y divertirse con algo que lleva en la falda.

Algunos estudiantes sueltan risitas pero noto a Juliette en primera fila que me observa con una enorme sensación de preocupación. O bien de celos, porque estoy segura de que más de una se muere por ser el centro de atención de este hombre que, sinceramente, dudo que sea mi tipo (en primer lugar, por la diferencia de edad, y ahora, porque soy el foco de su disgusto).

—Disculpe, señor. No volverá a suceder —le prometo.

—Ya no se encuentra en la preparatoria, señorita. Puede quedarse en mi clase o irse, es su decisión. Solo le pido que no me interrumpa, o bien me ceda su celular, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —murmuro con la cabeza gacha.

Extiende su mano y esto me asombra.

Levanto mi cabeza en gesto de «¿qué?»:

—Me da su celular o me da su mano y la acompaño a retirarse.

Muchas chicas emiten un «ooohhhh» al unísono. Estoy segura de que más de una desearía estar en mi lugar y, sin duda, yo les dejaría ocuparlo si los misterios de la metafísica revelaran cómo una podría desaparecer y aparecer

en otro cuerpo.

Estoy a punto de entregarle mi celular cuando percibo a Stefano levantarse tras de mí y acercarse al señor Evans.

—En realidad fue mi culpa —dice frente a todos y mi quijada está a punto de quebrarse producto de la sorpresa, a la vez que una pregunta se planta en mi sesera: ¿yo lo motivo a qué? ¿A esto?—. Le envié un mensaje y la distraje. Quien debería responder a su pregunta soy yo y no pienso entregarle mi celular. Mucho menos tomarlo de la mano cuando puedo retirarme por mis propios medios.

—¿Se va de mi clase?

—Me convenció por completo.

Acto seguido solo se escuchan las botas de cuero negro sobre el cerámico, mientras Stefano camina hasta la puerta y todos permanecen en absoluto silencio.

Evans lo detiene justo en el instante en que mi compañero está a punto de girar el picaporte para salir:

—Es usted muy honesto, señor...

—Guilty. Stefano Guilty.

—«Guilty». Solo por su aporte, podría darle una segunda oportunidad.

Stefano se queda mirándolo un instante y Evans se hace a un lado en gesto de indicarle que vuelva a su silla. Su interlocutor lo fulmina con la mirada y le da la espalda.

Abre la puerta y se va de un portazo.

Wow...

—Todo un héroe —murmura Evans.

El resto de la clase no sabe si reír o seguir en silencio, no obstante yo solo quisiera llorar a moco tendido.

El profesor vuelve al frente y me pregunta:

—¿Su novio siempre es así?

Ay, que no tengo novio, ¡por todos los santos!

—N... No, señor —mi voz sale tan aguda que podría romper un vidrio.

—Vayan a hablar conmigo a mi oficina después de clases.

El profesor se arremanga un poco más y retoma el punto donde había quedado en su explicación. Pero sus palabras quedan opacas junto con todo el entorno al descubrir... un triángulo recto tatuado en su piel.

Igual que el mío.

Estamos en el mismo bando.

THEO

El despertador de mi celular suena por quinta vez y ahora decido apagarlo en lugar de colocar una sexta alarma. Maldigo entre murmullos hasta encontrar un par de zapatillas, que llevo arrastrando hasta mi armario. Busco la ropa que debo ponerme y me pregunto si en mi primer día de clases de universidad debería llevar algo distinto a lo de siempre.

Es una idea a la que desisto luego de caer en la cuenta de que todas mis prendas no son más que remeras, musculosas, jeans y chaquetas de cuero sintético. Todo va del blanco al negro con una gama de colores demasiado escasa. Casi nula, en verdad.

Al demonio, solo saco unos pantalones negros y una remera color gris claro. No es de mis grandes preferencias pero sí es lo más cercano a la palabra «diferente». Arrojo esto a la cama, al igual que un bóxer negro; descuelgo una toalla y agradezco al destino (no es que crea en él) poder vivir solo en esta habitación de mala muerte. Me pregunto si papá ha tenido algo que ver en esto o es casualidad que en pleno inicio de semestre, con alumnos que buscan desesperadamente un lugar en la IVU, haya una cama vacía a un metro de la mía.

La IVU fue fundada por los Bad Boys por iniciativa de los jefes para brindar una educación de primerísimo nivel a sus hijos y los hijos de otros miembros, con el fin de que nuestro clan esté conformado por los mejores profesionales del país. Durante muchos años la mayor fuente de conocimiento se fue acumulando en esta institución y parecíamos ser un equipo invencible. Hablo en plural pese a que en ese momento faltaban una buena decena de años para que yo naciera.

Las cosas se pusieron interesantes y el plan de los jefes se vio infructuoso cuando un grupo de perdedores se separó de los Bad Boys y fundó Glorious para intentar «corregir» las atrocidades que llevaba a cabo el grupo del triángulo invertido.

Papá me contó esta historia en varias ocasiones, a decir verdad, cuando era pequeño, porque en mi adolescencia jamás le he permitido un sermón de aquellos. Nunca estaré de acuerdo con que se entrometiera con los dirigentes

del clan para incrementar las ganancias, calmar las emergencias y mejorar su calidad de vida. En verdad, nunca estaré de acuerdo en esto sobre todo porque el ascenso en los cargos no fue sino con un alto precio a pagar.

La vida de Austin.

Pienso en mi hermano y en Paris mientras abro el grifo del agua caliente. A veces siento que el vapor relajante de la ducha es un buen elemento para permitir que la cabeza de uno se calme un poco y los pensamientos devengan a montones como una masa inspiradora que no se encuentra el resto del día.

—Imbécil —murmuro mientras el agua me cae por la espalda y el rostro de papá vuelve a mi cabeza.

Fue gracias al grupo fundado bajo el triángulo recto que permitieron el ingreso a nuevos miembros en esta universidad, sin embargo, Bad Boys sigue teniendo una fuerte presencia en la institución... Y algo me hace sospechar que Go Delta está haciendo de las suyas con un importante papel.

El triángulo invertido se quedó con las carreras más «científicas y económicas», mientras que delegaron las artes, la política y las ciencias humanas a Glorious. Actualmente los centros están divididos y la central se encuentra en Iconic Valley, donde se profundizan las ciencias económicas y jurídicas. Literatura y la escuela de Medicina se alejaron un poco para dominar nuevos puntos, así como Derecho Civil e Ingeniería se fueron a la Costa Este: la IVUCE, donde mi padre estudió y se recibió, además de haber formado una estúpida familia nueva.

Los Bad Boys pensaban que tenían la guerra ganada y desde Glorious no desistieron en absoluto respecto a quedarse con otras orientaciones, como Literatura, Informática y Politología, despreciadas por los primeros; sin embargo, fue el peor error que cometieron. Los subestimaron sin tener en cuenta un dato muy importante: son las orientaciones que manipulan la información. No toda ella pero sí gran parte, y actualmente la disputa consiste en intentar bloquear la base de datos dirigida por los Bad Boys para que sean los Glorious quienes impongan la suya. Algo que no está muy lejos de ocurrir.

Go Delta parece ser una esperanza: está conformada por una combinación perfecta de matones que son la cara visible y protegen a unos pocos inteligentes que guardan grandes laboratorios y sistemas secretos. Algunos están en el campus, otros en los túneles y los últimos en el infierno... El bosque en Iconic Valley, custodiado por los jefes, bajo el cementerio abandonado.

Dicen que mientras más se sabe, más profundo se puede ir. Justo en esos

núcleos que nadie conoce.

Salgo con una toalla envuelta preguntándome por qué hago esto si nadie podrá entrar a mi cuarto. En teoría, solo yo tengo copia de la llave. Sin embargo, el primer día que estuve en la residencia me encontré con todas mis cosas revueltas, aunque no me faltaba nada. No es que sea un maestro del orden pero juraría que yo no fui quien hizo eso. Desde entonces no me ha vuelto a ocurrir.

La toalla es azul con inscripciones bordadas a un costado que rezan «ICONIC VALLEY UNIVERSITY» y el escudo de la institución que se divide en tres. Arriba un siervo bebe agua de algo que aparenta ser una fuente; en el medio, hay un triángulo invertido y el ojo de un lobo; por último, en la parte inferior, están las letras en dorado de la IVU con unas pequeñas espadas al centro.

No es que en una toalla se pueda ver esto bordado a la perfección pero sí aparece en un letrero enorme en el portón de la entrada que muchos pasan por alto. Solo unos pocos conocemos su significado.

El siervo significa la sabiduría y una vida de servidumbre. ¿Servir a quién? A la infernal figura geométrica del medio. ¿Para qué? Para proteger a quienes lo merecen. Y esa protección la simbolizan las espadas. ¿Dónde se forman dichos protectores? En la IVU. Y esto es lo único que ha podido sostenerse con el paso de los años; sin embargo, peligrará si Glorious logra tomar la base de datos. Desconozco si es para mejor o para peor, lo cierto es que sus enemigos no quedaríamos de brazos cruzados.

Salgo vestido y mi pelo se mantiene húmedo. Podría perder tiempo en secarlo pero toda mi vida desistí de hacerlo. Dicen que puedes enfermarte si no lo haces y yo digo... *bah*.

De algo todos vamos a morir y, si no me mató el montón de mierda que me metí alguna vez por la nariz, un poco de frío no va a lograrlo. Después de todo, son las últimas semanas de invierno.

Con la mochila cargada al hombro, camino por los pasillos hasta salir de la residencia y meterme al campus. El día está gris, con neblina baja y una ligera brisa fresca que me hiela las mejillas, pero lo ignoro. El edificio donde curso mi primera asignatura está cerca, a solo unos metros.

Este no demora en aparecer y tiene una fachada exactamente igual, de ladrillo vista y ventanas con rejas de hierro forjado a diestra y siniestra.

Espero que Neuroanatomofisiología no sea una asignatura más difícil que la pronunciación de su nombre.

Le pregunto al secretario de la entrada para confirmar mi inscripción y realizo el trámite correspondiente. No obstante, una duda me asalta:

—¿Me puede dar la lista de inscriptos en esta asignatura —y me lastima la garganta decir— por... favor?

—Ajá.

El sujeto teclea algunas cosas en su computadora y la hoja sale de la máquina impresora.

Me pasa tres planillas completas de nombres y no es sino al final de la segunda donde encuentro el inicio de la letra T. En los últimos renglones encuentro «Turner» y es el último nombre lo que me confirma que el primer día será una verdadera y real mierda.

Las dos palabras al final de la lista me restriegan en la cara que soy la sabandija más desgraciada que puede haber en cualquier escuela o universidad del mundo.

Rebecca Turner.

De la muerte y de los ex nadie se salva.

TRACY

Solo hay quince minutos entre el momento en que se da por finalizada la clase y el inicio de la siguiente. El problema es que no tengo idea de cómo localizar al idiota de Stefano. Dudo que quiera ir al despacho del señor Evans, pero no nos quedan demasiadas alternativas, él es la autoridad y nosotros, unos simples alumnos que recién comienzan la carrera.

—Demonios, contesta —maldigo entre dientes mientras tengo el celular pegado a mi oído.

—¿No da señales de vida? —pregunta una voz a mis espaldas.

No necesito girarme para saber que se trata de Juliette. Me acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja y me giro pero no la miro directamente, sino que pongo toda mi concentración a la espera de que atienda el maldito celular.

—¿Y?

—Nada —asimilo.

Solo tengo un *pi, pi, piiiiii*, en señal de que el idiota me cuelga.

—Está al tanto de las llamadas —repongo—, pero no quiere responder.

—¿Sabe que tienen que ir al despacho de Evans?

—No.

—Ve tú sola.

—¿Qué? ¡No! Ni loca, me echará la bronca a mí y luego tendré la asignatura en mi lista de frustraciones académicas.

—No lo vería de ese modo —asiente Juliette y comienza a caminar—. Sígueme. Sé dónde se encuentra su oficina.

—Vaya.

—No soy una perversa perseguidora sino que un día, de camino, encontré casualmente la puerta abierta con la placa a la vista y a él también. En fin, todo el mundo habla de él y quería saber cómo era. ¿No te ocurría lo mismo a ti?

—No —*Mentirosa*.

—De todas formas creo que tú no eres quien le ha caído mal.

—¿Por qué lo dices? —doblamos a la derecha y tomamos unas escaleras que nos conducen al tercer piso.

—Te invitó a su oficina.

—Para regañarme.

—Es probable. Pero con quien necesita hablar es con tu novio.

—¿Que... QUÉ? ¡¡¡STEFANO NO ES MI NOVIO!!! —*Por ahora.*

—Es lo que *tú* crees.

—No sé a qué te refieres con eso; no me metería con él ni por un millón de dólares.

—Concuerdo contigo... Aunque por un millón lo pensaría.

Su comentario arranca una risita de mi parte y llegamos a la puerta que da entrada al despacho de Evans: «Doctor en Letras e Investigador del Lenguaje». Ajá, no solo es increíblemente atractivo sino de intelecto poderoso.

—Yo que tú —repite mi compañera— no cedería a los encantos de ese chico.

—¿Stefano?

—Sí. Es lindo, aunque un tanto... extraño. No me da buena espina.

Quien diga que Stefano le inspira confianza estaría loco.

—Descuida —le aseguro—. Si me recomendas meterme con él, no estaríamos hablando en este instante. Pareces una buena persona.

—Tú también y por eso lo digo.

Acto seguido, toca la puerta del despacho y, antes de irse, formula una palabra con los labios que no alcanza a salir a viva voz... «Suerte».

Si bien no se trata de un despacho amplio, el señor Evans tiene una biblioteca enorme. Su escritorio es bonito y algunas pinturas caras se ven en las paredes. Una me llama la atención...

Se trata de una linda obra renacentista de una mujer desnuda sosteniendo una manta que le cubre un seno y la entrepierna. En la parte inferior de los brazos pueden verse algunas inscripciones pero no les doy mucha importancia debido a que mi interlocutor habla:

—Pensé que vendría en compañía de su... amigo.

Toma asiento y me señala hacer lo propio al otro lado del escritorio. Tiene una Notebook y un cuaderno con anotaciones, pero los cierra y coloca las manos sobre estos en espera de una respuesta por mi parte. Yo solo atino a negar con la cabeza.

Una vez que ya me encuentro cómoda en la silla, caigo en la cuenta de que estoy en el borde, con la columna rígida y la mirada muy enfocada (como suelo hacer cada vez que estoy nerviosa).

—Estuve revisando su expediente —afirma rompiendo con el silencio de apenas unos segundos— y la felicito por la beca. Poca gente la obtiene por... mérito.

—Gracias, señor. Me esforcé mucho para obtener buenas calificaciones.

—Eso no lo pongo en duda. Mucho menos teniendo un triángulo recto en el brazo.

Levanto la mirada y encuentro que me mira fijamente, ahora con los codos también apoyados sobre las cosas que lleva encima del escritorio.

—Sí, el tatuaje —insiste.

¡Santo cielo, que pare, que se detenga!

Las mangas dobladas de su camisa dejan al descubierto que lleva la misma marca. Acto seguido, extiende su brazo y me muestra su marca de tinta grabada para toda la vida en la piel.

Deja de temblar, me recuerda mi cabeza.

¡No puedo!

No va a hacerte nada; después de todo, están del mismo lado.

—Es un placer, para mí, tener una cabeza tan brillante en nuestro equipo, señorita Smith.

—No sé de qué equipo me habla, profesor.

Mis ojos van de los suyos a cualquier punto en el espacio que pueda distraerme. Necesito con carácter urgente que detenga esta tortura.

—El mismo al que tú perteneces —asevera. Y no duda ni por un instante en tutearme, estoy tan atrapada como un conejo entre leones—. Vamos, no puedes mentirme y decir que te hiciste el triángulo justo en punta y justo en ese lugar del cuerpo por un mero capricho o con un motivo estético. ¿O me equivoco?

—No estaría... entendiendo la pregunta.

El profesor suelta un suspiro y echa el cuerpo hacia atrás. Finalmente abre el cajón de su escritorio, saca una tarjeta y la lee. Acto seguido le da la vuelta y anota algo con un bolígrafo azul.

—Ten —me lo pasa—. Entiendo que niegues el bando al que perteneces, puede que seas nueva. ¿O me equivoco?

No contesto.

Él continúa:

—El miedo en los chicos que se han integrado recientemente es

característico. Y es posible que te hayan buscado y metido a esta institución porque eres valiosa.

—Nadie me metió, yo solicité...

—¿El ingreso a la IVU o el ingreso a Glorious?

Ambas.

Silencio.

Hasta que suena la alarma de su celular y el profesor lo apaga al tiempo que entro en razón: llegó el cambio de hora.

—No te haré las cosas más difíciles, Tracy Smith. Guarda bien esa tarjeta y llámame si te quieres unir al grupo de lectura e investigación.

—¿Eso me permitirá aprobar su asignatura? —rompo con el tácito acuerdo de que no abriría la boca.

Evans se pone de pie y hago lo mismo.

—No tiene nada que ver con Literatura renacentista. Al menos, no *ese* grupo.

—¿Y por qué me necesita allí?

Evans clava sus ojazos tentadores como el café en los míos, heridos y con miedo.

—Deja de subestimar tu intelecto —sostiene—. Te queremos con nosotros porque no somos muchos los Glorious en esta institución y necesitamos que cerebros como los tuyos no estén lejos.

—¿De qué es el grupo? —insisto y presiono con fuerza mis puños a los costados de mis caderas.

—De manipulación de datos.

—¿Qué podría hacer una... —camina hasta la puerta— simple estudiante de Literatura de primer año como yo?

—Precisamente por eso. Tienes mucho que aprender, aunque siempre hay algo para aportar. Además, estas oportunidades no se presentan todos los días. Me quedo en silencio tratando de procesar su pedido.

Camino tras él; gira el picaporte en la puerta pero se detiene y añade:

—Por cierto... No creo que sea buena idea que sigas cerca de ese chico.

—¿En qué sentido lo dice? —finalmente no puedo más y lo suelto—. ¿Acaso él es un...?

—¿Glorious? ¿Uno de los nuestros?

—No. Un Bad Boy.

Silencio.

Está pensando una respuesta que tarda en llegar.

Evans abre la puerta y me detiene justo contra el umbral para concluir:
—Stefano Guilty no es uno ni otro... Sino algo mucho peor.

41

THEO

Luego de entender que la anatomía y la fisiología son dos cosas completamente diferentes pero que no se contraponen, la profesora da por finalizada la clase. Quizá podría haber enfocado mejor mi atención si no hubiera sido por culpa de un par de ojos que tuve pegados en la nuca toda la clase y me hacían desear a cada minuto que la doctora que dicta la clase sentencie por fin:

—Nos vemos la próxima, chicos. Vayan leyendo el material de lectura obligatoria que enviamos a sus casillas de correo.

Cierro el cuaderno donde tomo anotaciones y me guardo el bolígrafo en el bolsillo. Cuando me pongo de pie y salgo del salón, una voz llega a mis espaldas y cada vez puedo convencerme más de que la paz en la Tierra es una utopía.

—¡Landon!

Durante un instante quiero ignorarla, continuar mi camino, no escuchar lo que tenga para decir, pero Rebecca me alcanza y si no corto esto desde ahora, que estamos comenzando el semestre, me hará las cosas más difíciles luego.

Me detengo a mitad del pasillo y no me molesto en girarme para encontrarme con ella. Acto seguido se adelanta unos pasos y queda frente a mí.

Se ve bellísima, con una blusa de escote amplio que resalta su busto; muy buenos recuerdos impactan en mi memoria.

Mierda, no. No puedo, no puedo.

—Turner.

—Recuerdas mi apellido, por lo visto.

—Las hermanas Turner son una leyenda en Bad Boys.

Ella levanta su mano y se acomoda el cabello. Las amplias mangas de su blusa no se ajustan a los brazos por lo que una cae y puedo ver el tatuaje del símbolo invertido.

—Gracias —se regodea—, pero no estoy aquí para recibir tus halagos. Tengo novio.

—Te felicito.

Su gesto muestra sorpresa y lo disfruto.

—Gracias otra vez... ¿Sabes? —se pasa la lengua por los labios, y ahora las manos se cierran en la carpeta que sostiene. A su vez, la levanta y hace que los senos se le presionen entre sí y muestren más de lo debido por encima del escote—. Últimamente me he acordado mucho de ti y vaya casualidad que terminamos estudiando lo mismo. ¡En la misma universidad!

—Sí, un milagro.

Se mueven, mierda, se mueven. Sus... enormes... tetas... se mueven y piden a gritos salir de ese escote. Suben y bajan en la medida que ella mueve la carpeta.

—Debo irme —intento evadirla.

—¿Tan rápido? Pero si apenas empezamos a hablar, no creo que aún me guardes rencores... ¿o sí?

—No.

—Me alegra mucho escuchar eso, Theo. No te haces una idea de lo mal que me sentí durante tantas semanas, meses, incluso todo este año que hemos estado separados.

—Yo no...

—En verdad, no te haces una idea de por todo lo que he pasado. Incluso enterarme de que estuviste con cuanta zorra se te cruzó en el camino.

—No fueron tantas —*Y no todas fueron zorras.*

—Una sola bastó para romper mi corazón.

—Pero lo superaste.

—Supong...

—Me alegro. Luego me pasas el número de tu terapeuta, adiós.

Intento pasarla por un costado pero antepone un hombro y ahora termino teniéndola más cerca de lo que es debido. El truco de evadir la tentación me resulta un fracaso ya que su busto ahora me termina rozando los pectorales y mi entrepierna empieza a sentir presión. De pronto pienso en la mala idea que se haría Tracy de encontrarnos así y...

Al diablo, no debo rendirle cuentas a ella. Que se quede con el imbécil de su nuevo novio o amigo o lo que se les antoje ser. Ya hice demasiado por advertirle que Guilty no es bueno para ella ni para nadie pero, claro, llevarme la contra y exponerse a cualquier peligro conforman su GRANDIOSA filosofía

de vida (nótese el sarcasmo, por supuesto).

—No me curé con ningún analista —asegura Rebecca mirándome a los ojos.

Trato de mantener mi gesto inmutable pese al hecho de que mi entropierna diga precisamente lo contrario.

—¿Y?

—Lo hice con chicos. Muchos chicos —vaya que me ha extrañado—. Estuve con algunos que me enseñaron cosas fantásticas, otros que no tanto, pero lo cierto es que nadie, absolutamente nadie, es como tú en la cama, mi Theo.

—Estuve con tu hermana, Rebecca. ¿Eso no te produce ganas de tomar distancia?

—Lo sé y no me ofende. Las cosas deben quedar en familia.

—Eso es asqueroso.

—Mientes. Ahora mismo debes estar teniendo fantasías con nosotras dos haciéndote cosas muy sucias...

Se muerde el labio inferior y me pregunto cómo demonios hace para leerme el pensamiento.

Me pongo muy tenso, al igual que el silencio que acompaña el instante. Excepto por sus labios carnosos, que se mueven de manera muy sensual al reponer:

—Deberíamos volver a intentarlo.

—N... no... lo creo. No quisiera tener problemas con tu novio.

—No es un mal chico. Y sabes que ese es el problema.

—¿Qué dices?

—A mí me gustan los hombres rudos —levanta una mano y deja caer sus uñas en mi abdomen—. Como tú, mi amor.

Las últimas dos palabras irrumpen en mi cabeza logrando el efecto de un chasquido, como un cristal rompiéndose.

Y me espabilo.

—¡No! —reacciono—. ¡No soy tu jodido amor!

Me hago a un lado y camino a paso decidido dejando su grito lleno de ira tras de mí:

—¡Deberías pensarlo! ¡No puedes dejarme aquí tirada, idiota! ¡Te arrepentirás!

Sus palabras suenan como amenazas y un montón de imbéciles se quedan mirando alrededor. Tengo ganas de volverme y preguntarle a cada uno de ellos

«¿Qué miras? Métete en tus asuntos». Sin embargo, la vergüenza no me lo permite.

Me llevó mucho tiempo librarme de Rebecca.

No quiero volver a *eso*...

No quiero volver a aspirar cocaína en sus caderas.

42

TRACY

Tras un día agotador pero entusiasta, encuentro la cama de mi habitación como un lugar paradisíaco. Me cepillo los dientes, el cabello, me quito el delineado de los ojos y me meto entre las sábanas suaves con perfume a jabón de ropa. Como de costumbre, Phoebe aún no viene a dormir, son apenas las once y ella no llega sino hasta después de medianoche. Me pregunto qué hará si es verdad que no le gustan las fiestas de las fraternidades.

¿Por qué decidió hacer una excepción a esa regla con la anterior de Go Delta? Aun así, luego cambió de opinión porque no la vi en toda la noche.

Retomando la realidad material, hace unos veinte minutos hablé con mamá por el celular, le conté todo sobre mi día, aunque cada vez tiendo a expresarme menos con ella. Quisiera comentarle de la extraña relación con el profesor. Quizás ella tendría mucho para aportar respecto a su tatuaje, porque no creo que sus edades disten demasiado... sin embargo no lo hago. De momento.

Hoy, al igual que cada semana, hablé con Carl, quien asegura que vendrá a verme algún fin de semana. Tiene algunos datos respecto de un posible paradero de Jacob, pero no son muy alentadores: la localización/objetivo del GPS marca un montón de tumbas a mitad de un cementerio.

«Lo encontraremos», le prometí. Tengo muchas ganas de verlo, de saber cómo está, pero nada de esto es suficiente. Quisiera poder creer en mis propias promesas.

Por ahora, mi cabeza está enfocada en una enorme preocupación, que no deja de debatirse en si pensar en Theo o en Stefano. Uno irremediablemente me remite al otro y me frustra demasiado no compartir más que un pequeño

manejo de clases con cualquiera de ellos.

Por un lado están el orgullo, las idioteces y el complejo estilo de vida de Theodore. No soporto que estar con él implique necesariamente sufrir sin remedio.

Entonces se aparece Stefano con sus enormes brazos musculosos y tatuados, al igual que cada centímetro visible de su cuello, extremidades y parte del cuero cabelludo. Con los aros en la nariz y algunos en la oreja. Con su enorme masa corporal, que supera el metro noventa e intimida a cualquiera (excepto a Evans).

Cierro los ojos intentando conciliar el sueño; el problema es que mi cabeza resulta una tímida viajera que no deja de divagar en las opciones que tengo respecto a mi compañero de clase y su terquedad. ¿Por qué no quiso hablar con el profesor? ¿Dónde fue luego de la primera clase? ¿Habrá asistido a las otras? ¿Es que todo esto fue mi culpa?

Trato de despejar mis incógnitas con una lista mental de opciones hasta quedarme dormida:

A. Es gay e intenta seducirme para aparentar su heterosexualidad frente a un montón de personas que no se interesan por él en un sentido honesto de la palabra.

B. Quizá no sea gay pero probablemente me esté usando por una apuesta... Aunque esto es más posible en mis novelas virtuales que en la realidad.

C. Es una chica vestida de chico e intenta seducirme. Quizá Phoebe esté en su misma situación y... Lo sé, debería dejar de leer tantas novelas malas.

D. Stefano simplemente es un chico rudo al que, al igual que Theo, la vida lo ha golpeado. Siguiendo su testimonio y el relato de Carl, si ambos son el mismo Stefano Guilty que se enamoró hace años de una Glorious, su novia desapareció, su familia murió y ahora no encuentra qué rumbo darle a su destino.

E. Es posible que realmente esté intentando establecer un vínculo conmigo y lo hace notar sin filtro alguno. Si ahora mismo yo tuviera que decirle «Te quiero» a alguien, estoy segura de que sería a Theo antes que a él pero lo cierto es que ni con uno ni con el otro me siento del todo convencida. Pero los deseo y este es el problema: ¿cuánto más a cuál de los dos?

La fotografía de papá me rompió el corazón.

¿Y si él no me rechazó como dice mamá? ¿Y si ella me escondió la verdad todo este tiempo? ¿Si él no murió o no me abandonó sin más? ¿Cómo es posible que una persona pueda engendrar un bebé y de pronto olvidarse de ese hijo?

Dejo el anuario sobre la cama y con lágrimas en las mejillas me acerco a la ventana de la residencia y miro hacia abajo.

—¡Hazlo! —me grita mamá.

—¡Salta! —coincide Lottie.

Las dos están abajo animándome a arrojarme. Hasta hace unos días juraría que el hierro forjado cubría todas las ventanas de las construcciones, pero ahora ya no es así.

—¡Puedes hacerlo, hija!

—¡Así es! —se le suma mi amiga—. ¡Arrójate de una maldita vez!

—¿Por qué?! —les grito y me hace arder la garganta.

Acto seguido vuelvo en busca del anuario de los padres de Carl. Arranco la página donde aparece mamá embarazada con ese hombre a su lado, abrazándola. Aparentemente, son muy felices... Con un triángulo invertido y una bebé de por medio.

—¿Qué tienes para decirme de esto?! —le grito a mamá—. ¿Por qué me mentiste?! ¿Dónde está mi papá?!

Mamá parece sorprenderse. Es imposible que vea la foto que sostengo a tal distancia pero parece entender.

—¡HABLA, MAMÁ! —le exijo. Mis lágrimas caen como gasolina en el fuego.

—Lo siento, hija —me responde—, pero nunca te mentí.

—¿Qué?!

—Tú padre no existe. En verdad... Estás muerta.

¿Qué... diablos...?

Sus palabras empiezan a tener sentido cuando me doy la vuelta y me cruzo con Stefano a la derecha y con Theo a la izquierda. Ambos me toman por un hombro cada uno.

—Estás muerta —asegura Theo—, así que deja de preocuparte.

—No —les suplico mientras me forcejan contra el alféizar—. Por favor, no lo hagas. Stefano —me vuelvo a él—, no serías capaz.

—Claro que sí y una vez que estés muerta no tendrás que pensar en nadie que no sea tu maldito fantasma en el purgatorio —repone.

Sus ojos son negros como la boca de un lobo. Como los ojos de Neo cuando me interceptó con la barreta de hierro e intentó matarme.

¿Por qué?

¿Por qué yo?

—Es tarde para que te laments —aseguran ambos a la vez y me empujan.

Antes de encontrarme con el vacío, aparece Evans desde la puerta del cuarto para observar el modo en que *me obligan a suicidarme* y escucho las risas de mamá y de Lottie desde el suelo, cada vez más cerca...

... hasta que una alarma me despierta a centímetros del mortal impacto.

Abro los ojos con el corazón en un puño, sudada, exaltada y muy asustada. Aunque no en mi habitación.

Miro a mi alrededor y caigo en la cuenta de que estoy en la cama de Theo.

43

THEO

—¿Hijo?

—...

—Me sorprende que me llames. La última vez no hablamos bien. Estoy preocupado por ti.

—Papá, no empieces.

—Está bien. Cuéntame, ¿cómo te fue en tu primer día de universidad?

—No es eso de lo que me gustaría hablar.

—Oh.

—Necesito que me digas algo, solo eso y no volveré a molestarte. ¿Puede ser?

—No me molesta que me llames, es bueno saber que un chico se preocupa por su viejo que tanto lo sigue queriendo.

—Basta, papá. ¿Responderás a lo que necesito hablar contigo o vas a interrumpirme toda la noche?

—Ya veo a dónde vas... Pero bien, habla, te oigo.

—Necesito que me digas todo lo que sepas sobre Stefano Guilty.

—¡Vaya! Pensé que me preguntarías de nuevo por Jacob.

—¿Ah, sí?! ¿Vas a decirme sobre él o aún «sigo sin estar preparado» y no sé cuánta mierda más?

—Theo, pensé que sabías sobre lo ocurrido con Stefano Guilty y Kylie Moore.

—Eres excelente para escapar de lo importante e ir donde se te antoje

cuando hablas.

—¿No es eso por lo que me llamaste al comienzo?

—¡Dime lo que quieras pero contesta de una vez a lo que te pregunto...!

—Si me vuelves a gritar...

—...

—Está bien. Pensé que sabías que el chico era un Bad Boy y la chica una Glorious. Ambos dieron la espalda a sus preceptos y decidieron escaparse para vivir un amor de libro. Aunque eso no les funcionó ni le funcionaría a nadie.

—Esa parte la sé pero dime lo que sucedió luego.

—Asesinaron a sus familias. Aparecieron muertos. Todos ellos.

—¿Eso ocurrió antes o después de que los capturaran?

—Después... Theo, cuando te digo que asesinaron a sus familias no me refiero a los Bad Boys. Fueron ellos mismos quienes les dieron muerte. Stefano y Kylie son los homicidas.

—¿QUÉ?

—Dios santo... Ehh... Hijo, esto no se lo digas a nadie. Solo trato de fortalecer nuestro vínculo, aunque me odies por lo que ocurrió con Austin. Te repito que nunca quise que las cosas fuesen así y no merezco tu odio.

—Ya, ya. No te vayas del tema. ¿Cómo es eso de que ambos mataron a los suyos?

—Los fugitivos fueron capturados y solo los jefes saben lo que ocurrió en los túneles una vez que se los atrapó.

—¿Entonces Tachas puede estar ahí?!

—¿Quién?

—Jacob. Él debe estar en los túneles si es que fue capturado por los Bad Boys debido a la incriminación de Audrey Turner, ¿verdad, papá?

—Hijo, ya te dije que ese muchacho está bien. No me hagas las cosas más difíciles, tu amigo no tiene nada que ver con lo sucedido a Stefano y Kylie.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Los últimos dos fueron torturados y la compañía científica de BB experimentó con ellos de un modo que solo ellos conocen. Una vez que se los dejó libres, volvieron a sus casas, asesinaron a sus familias y los Bad Boys intentaron recapturarlos, pero solo lograron eso con el muchacho. Ella continúa desaparecida...

—Ya, ya, la chica no es de mi interés. Lo que quiero saber es cómo es eso de que el hijo de perra de Stefano terminó con los suyos. ¿Eso significa

que...?

—Significa una alerta de peligro a cada persona que permanezca cerca de él. ¿Estudia en la IVU, verdad? El chico no volvió a presentar conductas que pusieran en riesgo a la sociedad de todas formas.

—...

—Hijo, ¿estás ahí? ¿Hola?

Mierda, mierda, ¡mierda!

Me levanto de un salto de la cama y busco unos pantalones viejos que cuelgan en mi armario. Me los pongo a toda prisa, al igual que una sudadera negra que ni siquiera recordaba que tenía. Debería comprarme ropa nueva pero lo cierto es que ahora mismo no es el momento para pensar en eso.

Por la mañana busqué a Tracy para desearle suerte en su primer día de universidad y solo la encontré en la puerta de un salón hablando con el idiota de su *no-novio*: Stefano. El mismo que asesinó a toda su familia y recibió experimentos por parte de un puñado de científicos locos sin noción de la bioética, que lo utilizaron como conejillo de Indias para castigarlo.

Una vez que me coloco el primer par de zapatillas que se cruza en mi camino, salgo hasta el pasillo y busco las escaleras dando grandes zancadas para poder bajarlas.

Mi corazón va a mil, sobre todo porque no soy capaz de quitarme de la cabeza la estúpida idea de que Tracy pueda... estar con ese idiota en su cama.

Juntos.

No puedo, no puedo quitarme la maldita idea de la cabeza.

Ambos en la cama de ella en la residencia, desnudos, él con todo su jodido cuerpo tatuado entrando al casto y puro cuerpo de ella, penetrándola antes que yo, antes que cualquiera pueda ser capaz de hacerlo...

¡NO!

Me llevo una mano a los ojos debido a la sensación de calor y ardor que se impregna en ellos.

Vaya mierda, no puedo estar llorando. Sin embargo es imposible evitarlo; la imagen de que Stefano pueda estar hundiendo su rostro entre los senos de ella me resulta inconcebible. Que la haga suspirar, que la haga gritar de placer...

Encuentro finalmente su edificio y la puerta está trabada; la parte buena es que no me cuesta demasiado hacerme la idea de pasar mi tarjeta por la puerta. *Eureka*, la misma que llevo a todas partes si no quiero dormir en el campus

resulta ser la que abre todos los edificios dentro de la IVU (eso explica que muchos alumnos sean deambulantes nocturnos).

—Vamos, mierda, abre.

La empujo y una vez que estoy dentro la imagen me sigue torturando.

Que los dos se retuerzan uno sobre el otro.

—Demonios, Tracy...

Que ella le rasguñe la espalda y él le muerda el cuello.

—No, no, no, no.

Que lleguen al éxtasis de placer y ambos queden suspendidos en las tentaciones de la carne.

Una vez que llego al pasillo de su habitación y encuentro el número indicado (debería dejar de perseguirla y robar sus datos) en la puerta, caigo en la cuenta de mi postura posesiva, no obstante la encuentro en parte justa: mi mayor miedo no es que él pueda hacerle daño, como hizo con su familia, sino que le arrebate a Tracy algo que *es mío*, que *no* le pertenece *a él*.

Deben ser las dos de la madrugada y el mundo se cae a pedazos en cuanto abro la puerta de la habitación y soy consciente de que el único que podría obtener su virginidad soy yo.

Nadie conoce mejor su cuerpo que el mío y no habrá ningún otro que sea capaz.

—Tracy.

La puerta se abre de par en par y la luz de la luna bañando su piel desde la ventana es la gracia más perfecta que alguna vez las incógnitas del mundo podrían crear.

Verla dormir hace que el misterio de la noche sienta envidia de su belleza.

No puedo creer que la esté dejando ir, no puedo creer que nos hayamos apartado todo este tiempo...

El ángel se funde en su lecho de sueños.

El lobo rodea la cueva.

El ángel suspira.

El lobo ruge.

La tensión aumenta y de pronto... El animal salvaje se mete en su cama como una bestia mostrando los colmillos.

THEO

Me acerco a los pies de la cama. Justo en el instante en que apoyo las manos en su colchón, escucho pasos desde el pasillo.

Me reincorporo de golpe y voy hacia la puerta, acercando mi rostro al umbral y me encuentro con una... ¿Un chico?

No sé si es varón o es mujer pero no es algo que me sorprenda a esta altura. Tiene un nido de ratas que llevaría el nombre de «cabello», cuyo color va del rojo al naranja. Su ropa es holgada, suelta, y no se le ve una expresión de buenos amigos así como está ahora mismo: presionando los puños con fuerza y fulminándome con la mirada.

—¡Hey, tú! ¡Manojo de tinta andante! —me grita.

Cierro la puerta del cuarto de Tracy con prisa y cuidado para no despertarla.

Me coloco un dedo sobre los labios y cuando ya la tengo a menos de un metro de distancia, empiezo a preguntarme cómo es que muchas personas no entienden lo que significa el «espacio personal». Hasta puedo sentirle el olor a cerveza y cigarros baratos que lleva impregnado.

—Shhhh, vas a despertar a todo el mundo —le digo.

—¿Qué demonios hacías en esta habitación?

—Estaba sin llave.

—Mi compañera de cuarto es algo ingenua y se le olvida ponerle seguro cuando se acuesta. ¿Qué quieres?

—A ella.

—No es un perro, adiós.

Intenta pasarme y coloca una mano sobre la perilla para entrar. Me opongo con un brazo afirmado en el umbral.

—¿Tú quién eres? —la enfrento.

—*Hello*, ¿probablemente seremos compañeras de cuarto?

—No sabía que las habitaciones eran mixtas.

—Jaja. Muy gracioso, imbécil. ¿Quieres que te rompa la mandíbula o te irás por tus propios medios?

Es verdad. A primera vista, juraría que esta chica es realmente un varón.

—Soy Theodore. El novio de Tracy Smith, tu amiga de habitación.

—No somos amigas. Yo soy una especie de institutriz en su vida y compañera en lo que hace a la convivencia.

—¿Tu nombre?

Me mira de arriba abajo dudando evidentemente y lo suelta:

—Phoebe.

—Fabia...

—Phoebe, imbécil.

—Como sea. Soy el novio de ella y quiero llevármela. ¿Me dejas entrar?

—Ya entraste y ni pienses que te la llevarás. Ella ya tiene novio y no eres tú.

Stefano.

Mierda, estoy seguro de que es con ese idiota que ella la ha visto.

—¿Una masa de músculos de dos metros con más tinta que cerebro? —
aventuro.

—¿Cómo sabes? ¿Será que se parece mucho a ti?

Zorra.

—Ya no está con él. Ella siempre estuvo conmigo y ahora hemos vuelto —
le miento (a medias).

Suelta una risita improvisada.

—No me digas —se cruza de brazos y puedo notar la ironía en su tono.

—Quiero estar con ella, demonios. Tiene que haber alguna prueba donde constates lo que te estoy diciendo.

—La única prueba es que todas las noches repite siempre las mismas
cuatro palabras...

—... ¿Sí?

—Ajá: Vete. A. La. Mierda.

—Eres muy graciosa.

—Solo dice «Theo». A veces «Te quiero» y me siento halagada, luego
caigo en la cuenta de que en verdad está durmiendo.

—¿Y cuál sería la cuarta palabra?

—Stefano.

Una vez que caigo de mi ensimismamiento, Fabia chasquea dos dedos y
reacciono:

—¿Holaaaa?

—Mi... mi nombre es Theodore. Te lo acabo de decir. En diminutivo,
Theo. Tienes que creerme, dios santo.

—La despertamos y constatamos lo que dices.

—¡No!

—¿Por qué?

Porque se negará, me odia, me odia desde el minuto cero en que nos conocimos, que la encerré en el baño, que Neo la humilló, que la hice escapar de su segunda fiesta en la Bad House y no la besé. Me odia desde el baile en la escuela, cuando le hice probar el placer del sexo oral. Me detesta desde la ocasión en que no le devolví el «te quiero» que soltó desde lo más profundo de su corazón. Me ignora desde que le propuse ser mi amiga. Me odia desde que empezó a ignorarme en la escuela, en la universidad, desde que volvió con Stefano luego de haberme curado tras la pelea. Me detesta ahora mismo que no despierta ni salta a mis brazos por cada vez que me ve, como sí lo hacía antes, en los buenos tiempos...

—Está bien —las palabras hacen un *clic* en mi cabeza—. Puedes llevártela pero si se queja y emite su juicio, ella elige si se irá o no contigo, maldito psicópata perseguidor —accede Fabia o Phoebia o como sea—. ¿De acuerdo?

El lobo ingresa a la cueva.

El ángel duerme y, a la distancia, la bestia puede olfatear el aroma dulce y majestuoso de la criatura celestial.

Parece que va a despertar en cualquier momento, que se asustará y saldrá corriendo, sin embargo el animal toma al ángel en sus fauces hasta incorporarlo en su lomo. El ángel se acomoda con placer, percibe su calidez, se regocija en el enorme cuerpo de su enemigo.

Tracy se acomoda en mis brazos y hunde la nariz en mi pecho. Es maravilloso porque en lugar de despertarse parece finalmente estar descansando como hacía tiempo no lo hacía. O yo no la veía hacerlo. Finalmente la bestia asesina entra a su guarida con la víctima y la deja reposar en su lecho, observándola dormir a su lado, vigilando su sueño como un fiel guardián de su vida, de cada centímetro que hace al rostro adorable de la criatura. Hasta que el cansancio los vence a ambos, la pesadilla de nuestras vidas se termina y enlazo los dedos de mi mano con la suya. Es hora de estar juntos y dejar de escapar...

Miro a mi alrededor y compruebo que realmente estoy donde creo estar. Tomo las suaves sábanas de la cama y, sentada como estoy, me cubro hasta llevarme la tela sedosa a la nariz. El olor a menta y tabaco me confirma que es el mejor paraíso donde podría alguna vez haber llegado. Entonces cierro los ojos e intento entender qué pasó.

En algún momento tuve un sueño en el que era arrebatada de mi cárcel compartida para ser traída a este lugar. Creo que en algún momento me desperté pero estaba tan cómoda que decidí seguir sumida en las profundidades de mi inconsciencia. O bien fue un sueño dentro de otro sueño; esto no es lo que me preocupa sino qué rayos hago aquí... sola.

Miro a todas partes hasta distinguir un poco de luz desde los bordes de una puerta contrapuesta al armario.

¿Un baño propio? O sea que Theo no solo tiene una habitación que no es compartida sino ¿con baño privado?

El corazón me sube a la garganta y me cubro parte del rostro con la sábana (disfrutando del olor, llenándome los pulmones con cada respiración) en el instante en que la perilla de la puerta se gira y la luz se amplía. Entonces, lo que antes temía se aparece frente a mis ojos como un cosquilleo que me sube desde la entrepierna y explota en mi pecho.

Theo aparece en ropa interior, con solo una musculosa blanca adherida al torso. Se ven sus pectorales trabajados a la perfección, el lobo en su tatuaje, el triángulo se marca en las venas de su brazo y así descubro que lleva también un tatuaje nuevo en la pierna derecha: son las ramas de un árbol que hacen un entramado con espinas puntiagudas; se trata de una continuación del rosal que lleva en el abdomen.

¡Santo cielo! Necesito una cubeta de agua fría. El calor que me sube es mortal e impregna de rojo cada centímetro de mi piel.

Apenas Theodore se percata de que estoy despierta, me observa con sus ojos grises y quedo cautivada en ellos. Por momentos intento correr la mirada a las partes donde los tatuajes se transparentan por encima de su ropa interior, pero esto resulta peor ya que... De pronto se empieza a marcar una erección bajo sus calzoncillos blancos, que llegan a cubrirle apenas los muslos.

—Hola —me dice.

No contesto.

Solo lo miro.

Y lo miro.

Y lo miro.

Y, ay mierda, ¡está creciendo!

Suerte que son de esos calzoncillos que no tienen abertura al medio sino sería una enorme preocupación para mi pobre corazón que bombea sangre como el motor de un camión superando los ciento cincuenta kilómetros por hora.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

Acto seguido apaga la luz del baño y la cortina abierta de la ventana deja entrar solo la luz de la luna, que se acopla a su piel tostada, a sus tatuajes, a sus abdominales para remarcarlos perfectamente bajo la injusta tela de la ropa que lleva puesta.

—Ah... Y... yo... —digo sin poder articular una maldita palabra.

Su cabello está muy largo en comparación a las últimas veces que lo vi. Le queda terriblemente sexi. Parece que se lavó la cara y arrojó el flequillo hacia atrás. ¿Cómo demonios puede alguien tener tanta belleza junta aun con un aspecto tan desordenado como el que lleva AHORA mismo?

Ahora y siempre.

Verdad.

Las Tracys de mi interior se abanicán con las manos. Primero por separado y luego una a la otra sin poder dejar de mirar al terrible cuerpo del dios griego que tenemos en frente. En este instante están demasiado ocupadas como para ponerse a pelear nuevamente; esas son cosas de niñas que quedan para instantes en los que no tenemos a un Theo Landon semidesnudo frente a frente.

—Creo que sigues un poco dormida —asevera él y se acerca a la lámpara que está en la mesa de luz a un costado. La enciende y el brillo exalta aún más su erección.

Mieeeeeeeeeerda, sabe lo bien que se ve, es consciente de que me está matando su ENORME sensualidad y juega con eso, con mi inocencia. Bueno... a esa la perdí en el momento en que descubrí que los libros en PDF se podían leer desde el celular, pero este momento es completamente distinto. Parpadeo ante la luz y Theodore me pregunta, acercándose a la cama:

—¿Te molesta si...? —señala mi lado y quiero gritarle «¡SÍ, MALDITO PERVERTIDO, ME MOLESTA QUE ME HAYAS SACADO DE MI CAMA Y AHORA TE ESTÉS METIENDO BAJO LAS SÁBANAS DEL LUGAR AL QUE ME TRAJISTE!».

Es una suerte que lleve el pijama puesto si no, al verlo en ropa interior, ya le estaría gritando un rosario de insultos. Es más, ahora mismo se lo voy a decir:

—N... No... no me molesta. Adelante.

Okay, lo intenté.

El corazón me va a mil. Es como si fuera la primera vez que estoy con él, tan cerca, con tan poca ropa, con tanta intensidad a la vez.

Deja de preocuparte, ¿te olvidas de que es tu amigo?

No lo es.

Para él, tú sí lo eres.

Quizá.

Te lo dijo hace tiempo. Es hora de que revean sus conceptos.

Cuando Theo levanta las sábanas y entra a la cama, a mi lado, se escapa la tela de mi rostro y el olor a menta fundido con tabaco tan propio de él, lejos de irse, se intensifica. Es aún mejor con él cerca.

—¿No vas a preguntarme qué haces aquí? ¿Por qué te traje?

Estoy aquí porque dejé que lo hicieras y me trajiste para violarme, pero creo que sigo intacta, *para mi desgracia.*

No, no puedo responder eso.

Solo frunzo el entrecejo hacia arriba en gesto de timidez y me encojo de hombros.

—Bueno, es que yo... —empieza— tenía algunos problemas para conciliar el sueño.

—¿Pe... pesadillas?

—Algo así. *Pepesadillas.*

Tengo tantas dificultades para articular las palabras que Phoebe me daría mil bofetadas por no seguir a la letra sus lecciones de «perra mala».

—¿Qué clase de... PESADILLAS? —digo esta vez, un poco mejor.

Eso es, lo estoy logrando.

—En realidad es precisamente lo contrario: no podía conciliar el sueño. No dejaba de pensar y de darle vuelta a unos cuantos asuntos. Aún no pude hacer lo que estrictamente se llamaría «amigos» en esta residencia, por lo tanto necesitaba a alguien con quien hablar y, bueno, tú apareciste como la mejor opción en mi cabeza.

—¿Para hablar? —pregunto y me muerdo la lengua.

Claro, tonta, qué otra cosa piensas que pueden hacer.

—No lo sé —responde y esta vez es él quien se hunde de hombros.

Vuelve su mirada a fijarse en la mía. Se muerde el labio inferior y separo los míos de manera instintiva. Es asombroso que mi cuerpo entero empiece a prepararse para recibirlo, pero quizás es la necesidad de tenerlo cerca debido

a que... Bueno, *quiero* tenerlo a poca distancia... Se entiende, ¿no?

—¿De qué... te gustaría hablar? —le pregunto. Y a cada instante se acerca más.

Su mano afirmada en la almohada le hace extender el brazo y los músculos se marcan bajo la luz tenue de la lámpara que lame cada centímetro de su piel tatuada.

—Creo que eso sería innecesario ahora —asevera.

Y antes de vérmelo venir, cierro los ojos.

El aliento se me escapa en el instante en que junta su boca a la mía y me besa. Me besa con la boca abierta, con su lengua saboreando la mía; le rozo los dientes, inhalo profundo de su aroma, mis labios acarician su barba incipiente y el cosquilleo en mi abdomen crece sin piedad.

Me dejo caer en la almohada sin dejar de besarlo. Theo se sube encima de mí y hace la sábana a un lado.

Tironeo de su labio inferior con mis dientes y le rodeo la espalda con mis manos, presionándole los músculos marcados sobre los omóplatos.

Él separa sus labios de los míos y por un momento lo extraño hasta que siento una ligera electricidad en la piel, al darme cuenta de que su mandíbula ha descendido hasta rozarme el cuello. Sus labios me besan tras la oreja y me retuerzo.

Subo mis manos hasta tironearle del cabello, dejándome llevar por la necesidad del placer que crece y crece dentro de mí en la medida en que cada parte de mí pide más de él.

Abro las piernas y le rodeo la cintura. Siento con devoción su entrepierna presionando mi sexo y quedo sumida en el mejor de los placeres con su beso en mi cuello.

Al principio intento contener los jadeos, los gemidos cargados de tensión sexual que se acumulan en mi garganta pero llega un punto en que no lo tolero más y los suelto. Hecho que parece ser música para los oídos de Theo ya que se aparta por un pequeño instante y se quita la musculosa.

Desde abajo, tengo una vista perfecta de su torso, del rosál, de las espinas, del incipiente vello en su pecho que recorre sus pectorales y su abdomen hasta el valle de su ombligo; nada queda a la imaginación al notar el principio de su pene por debajo del elástico del bóxer.

Las letras chinas que rezan «¿DE QUÉ LADO ESTÁS?» se meten en mi cabeza y, cuando Theo intenta volver a mí, me quito la camisa del pijama y hunde sus labios en mi clavícula. Poseída totalmente por su talento, por su

masculinidad, por su olor característico, por los triángulos que se unen al extender nuestros brazos...

«¿De qué lado estás?», me pregunta su cuerpo. Y la respuesta llega como un chispazo que enciende la dinamita en el mío: «Del tuyo. Siempre».

46

THEO

Mi lengua se desliza con suavidad y sin control entre sus senos hasta que la poca sensatez deja lugar al instinto y marco mis dientes para morderle justo en el valle del medio. Ahí donde es mucho más suave, más excitante...

La palidez de su piel se marca bajo el color amarillento cálido de la luz de la lámpara, lo que me enciende al igual que la electricidad, liberando adrenalina en mi interior.

A medida que mi lengua explora, me limito a no soltarle el sostén. Solo sigo besando y mordisqueando hasta llegar a su abdomen: sé que aquí su sensibilidad es todavía mayor, lo que la obliga a arquear la espalda y, antes de seguir, me detengo y vuelvo a su boca. Lo que parece no coincidir con sus expectativas.

—Theo —susurra, pero mis labios la obligan a detenerse hasta el momento en que busca pronunciar lo que más deseo pero también temo—. Hazlo...

La vuelvo a besar aunque me aparta con violencia. No es una actitud de rechazo sino de posesión. Me quiere y yo a ella pero no de la mejor forma.

—Theo —repite e intento apartar mi cintura, mi miembro, que presiona pidiendo clemencia bajo la tela de los calzoncillos. Mierda, esto es tan tortuoso—. Hazlo, Theo —insiste.

—¿Ha... hacer qué?—le pregunto entre jadeos.

—Quiero que lo hagas. Que me... que me lo hagas.

No puede decir que hacemos el amor.

No puede decir que quiere tener sexo.

No sabe si me ama, no sabe si la amo, ninguno de los dos tiene claro qué demonios hay entre nosotros. Después de todo, ya ha roto todas mis normas: dormí con ella, acepté estar con una Glorious, me enamoré aunque no soy

merecedor del cariño de nadie. De pronto se me ocurre disfrazar mis inseguridades con algo de picardía:

—Eso no lo hacen los amigos —digo y acompaño mis palabras con una sonrisa que deja entrever el sarcasmo.

De paso, intento ver si esto la detiene, la hace cambiar de opinión. Pero me equivoco.

—Theodore, por favor —me suplica con impaciencia—. Quiero que estés dentro. Hazlo ahora.

Porque *ahora* quiere. Porque *ahora* no sabe lo que hace. Porque no sabe si mañana seguirá opinando igual. Porque no tiene idea de cuáles serían las consecuencias. La haré sufrir más allá de lo físico.

Mi obsesión por estar con ella, por arrebatarle la virginidad antes que ningún otro hombre en el mundo me plantan una enorme duda: si algún día aprenderé a amarla y cuál es la raíz, el verdadero motivo de mis ganas de estar con ella. Cuál es el motor. De dónde viene lo que siento.

Está ahí, como el primer día, pero no sé qué mantiene este lazo.

Me muero por hacerlo. Lo deseo. La necesito. Pero no así, no de esta manera.

Lo que más temo es que, una vez que estemos juntos, mi pasión por Tracy se apague tal como siempre ha ocurrido con cada una de las chicas con quienes he estado. La diferencia es que a ella intento cuidarla... Una opción que no tuve en cuenta jamás con ninguna otra chica que haya pasado por mí.

Una parte me dice y repite millones de veces que algo siento, que algo se moviliza en mi pecho por estar con ella, juntos más allá de lo carnal pero... nada asegura que una vez que eyacule dentro suyo (con un condón puesto, por supuesto) silencie esa voz que me hace amarla o algo que se le parezca.

—Tracy... —le digo y me froto contra su cintura.

—Por favor —implora. Algo que me calienta terriblemente.

Hasta que libera mi pene y me masturba.

Estoy tan caliente y tan desesperado por escapar de la situación que me dejo llevar por su acto, me embriago de su aliento, la beso, le muerdo el cuello sepultado en el placer que subyace a la terrible opresión en mi miembro.

—Theo —susurra a mi oído.

Pero no lo soporto.

No logro soportarlo más.

Hasta que me dejo ir... empapando mi abdomen y el suyo, pegado a su

hombro desnudo.

—Ahora no —murmuro, pero es inútil. Estoy metido hasta las cejas en el entramado del placer culposo más delicioso de toda mi vida—. Ahora no...

Repito y repito. Una y otra vez. Hasta dejarme caer a su lado y me quedo dormido en cuestión de segundos.

47

TRACY

«Ahora no». Lo odio. «Ahora». Con todo. «No». Mi... En verdad no es así, tampoco lo detesto pero un conjunto de sentimientos me sube a la garganta desde el momento en que esas malditas palabras salen de su boca y las repite como si no pudiera entender que lo deseo con todas mis fuerzas.

Ay, ¡lo detesto! Mi corazón se hincha cargado de valor cuando meto mis manos bajo sus calzoncillos y lo masturbo hasta que me eyacula encima y nos ensucia a ambos. No es que me disguste sino que no es lo que esperaba.

Me quedo con un deseo mortal de algo que siempre he temido; sin embargo, ahora me sentía preparada para hacerlo y él no quiso.

¿Será que no soy lo suficientemente atractiva? ¿Será que lo avergüenzo? ¿Que mi cuerpo no es lo suficiente para sus deseos? Al lado de Rebecca, de Audrey y vaya una a saber de cuántas más.

Se puede tener sexo con amor pero también con odio o incluso con frustración. Haberlo masturbado fue mi manera de retenerlo y de que al menos uno de los dos se descargara. Él no quería o eso decía, pero la verdad es que permaneció ahí como un perro al que se le muestra un trozo de carne asada, y no solo eyaculó sino que ahora está dormido a mi lado como un bebé luego de ser amamantado.

Pasan minutos, pasan horas y no puedo despegar mis ojos de él, del mismo modo que mis pensamientos quedaron pegados a la misma maldita idea: no soy lo suficiente para Theodore. No lo excito como debería. No me desea del mismo modo que yo a él.

Te dijo que ahora no.

Eso equivale a un «contigo no».

El tiempo no hace al espacio ni a sus elementos. ¿No te parece que si no lo excitaras ni siquiera hubiera tenido una erección?

No lo sé... Ojalá pudiera entender los pensamientos que cruzan por esa cabeza suya.

Cuando abro los ojos, soy consciente de estar teniendo mi segunda pesadilla en la misma noche. Luego de tantos inconvenientes debería empezar un análisis con un especialista en esos asuntos...

El frío, la naturaleza, un cielo que en esta ocasión se alza majestuoso junto a la oscuridad mortecina de la noche, a excepción de unas cuantas estrellas.

Ramas secas de árboles se alzan delante de mis ojos, lo que es señal suficiente de que debo levantarme porque este lugar es *peligroso*. Apenas me pongo de pie, identifico el bosque y busco una salida que no tarda en aparecer.

A donde llego es nada menos que la costa del lago en Iconic Valley, justo donde yace El Muelle: hace tiempo vine a una fiesta aquí mismo. Fue donde jugué por primera vez a *Smoke* y salí perdiendo en todos los sentidos.

Mi corazón se acelera al encontrar el punto donde los jóvenes estacionan sus coches para las fiestas y me dirijo hacia allí en busca de alguien conocido. Y lo encuentro.

El auto de los padres de Lottie se recorta entre el montón y me pregunto qué diablos hace ella aquí.

Esto es solo un sueño, recuerda.

¿Cómo hace tu conciencia para estar presente incluso en el mundo inconsciente que aparece al dormir?

Soy parte de ti, no se te debería olvidar.

Otro día me preocuparé por eso.

El punto es que a medida que me acerco al Corolla que conduce la persona que alguna vez fue mi amiga, logro divisar en los asientos de atrás a dos personas. Demasiado cerca... Pero no se están besando ni tocando.

Solo hablando a una proximidad peligrosa.

El punto es que a mis oídos llegan ruidos, música y olor a hachís. En efecto, me encuentro en el día en que sucedió la fiesta de El Muelle.

Y quienes están en el asiento de atrás somos...

—Charlie—murmuro.

Me acerco despacio a una ventanilla y veo desde el otro lado que no solo está mi amigo sino que yo me encuentro con él.

Mi *antigua* yo.

—Los Bad Boys —dice quien era un gran amigo hasta que se enamoró de mí. Empieza a hablar en tono más bajo. Al parecer pone mucho empeño en que nadie pueda escucharnos; mi otra yo le saca en cara que no debería sermonearlo, a lo que él responde—: son peligrosos.

La conversación prosigue hasta que me altera escuchar el bendito nombre en labios de Charlie:

—Theodore Landon no es bueno para ti.

—Vaya que te pones pesado —responde la Tracy que permanece con él dentro del coche. Mi corazón se acelera; son como martilleos que nacen desde el interior de mi pecho queriendo astillarme los huesos.

Si tan solo hubiera sido consciente de la insensatez que portaban mis palabras para ese entonces. ¡Si tan solo hubiera escuchado lo que sus advertencias escondían! O... probablemente tuve suerte.

No es que me arrepienta de Theo pero más de una vez me he preguntado qué tan monótona sería mi vida de no haberme cruzado con estos bandos.

—En verdad, Tracy. Debes saber cosas horribles sobre él —asevera Charlie y, luego de un intenso silencio, añade—: Él... Él ha...

De pronto sé lo que va a ocurrir, por lo tanto, acerco mi rostro al otro lado del automóvil y distingo que Theo se acerca hecho una furia.

Él estaba ahí. Escuchando. Y una parte de mí lo sabía.

Cuando se supone que debería percatarse de mi presencia por estar justo de pie al otro lado, me evade. Al final soy como un fantasma para todos los que están a mi alrededor y no soy capaz de detenerlo.

Completamente *invisible*.

Una vez que caigo en la cuenta de esto, la situación da un giro y llega a su clímax cuando escucho que una puerta del coche se abre y empiezan los gritos. Dejo de esconderme y me altero al ver a Theo encima de Charlie; le está partiendo la cara a golpes.

—¡Déjalo, Theo! —le grito. Pero es en vano, no me escucha.

—¡Basta, Theo! —aporta mi otra yo—. ¡Por favor, lo vas a matar! —Oh, vamos. Al fin haces algo bien.

El mundo de mi fantasía empieza a convertirse en una masa oscura que se funde de a poco, tragándose desde lo más lejano hasta acercarse lentamente.

—¡Eso quiero! —le responde y comienzo a percibir su voz con unos pequeños ecos—. ¡Qué mierda ibas a decir! ¡¿Ah?! ¡¿Por qué mejor no le hablas de ti y de tu jodido grupo de mierdas remilgadas?!

La Tracy del Sueño logra apartarlos y le pregunta a mi amigo si se

encuentra bien.

Él se escapa de sus brazos y hace tropezar a Theodore. Los papeles de un momento a otro se invierten y es Theo quien queda esta vez en el suelo y Charlie lo patea mientras le grita unas cuantas palabras que hallo demasiado familiares:

—¿Por qué mejor no le cuentas las cosas que tú has hecho?! ¡Además, para qué la quieres tener de tu lado! ¡Seguro la quieres para lo mismo que a todas!

«Que a todas».

Audrey. Rebecca. Y las chicas con las que se haya acostado.

¿Qué hizo con ellas? ¿Por qué lo hizo?

La respuesta llega a mi cabeza pero hago mi mayor esfuerzo en ignorarla, algo de lo que no soy capaz ya que las sombras se empiezan a tragar absolutamente todo, excepto la voz de Charlie Walk cuando grita:

—¿Otra vez buscando vírgenes, tú y tu maldito grupo?!

Hasta que desaparece, tragándose el mundo y resonando en un eco lejano.

Despierto empapada en sudor, con el cuero cabelludo pegado en mi piel y la respiración agitada. Esta vez soy consciente de por qué me encuentro en la habitación de Theo pero no me sorprende al ver que no está aquí.

Mierda, ¿qué hora es?!

Mi celular quedó en la habitación; enciendo la TV y busco el canal de noticias donde aparece la hora. Faltan veinte minutos para las ocho. Veinte minutos para mi primera clase.

Corro hasta el armario de Theodore en busca de ropa o algo decente que me haga parecer una chica pero hay un cartel que me llama la atención: «MIRA EN LOS CAJONES BAJO EL COLCHÓN DE LA CAMA».

Eso hago.

Abro todos hasta hallar en uno una muda de ropa femenina que reconozco de inmediato: es mi blusa roja con el estampado de gatitos y unos jeans. También hay un par de Converse; son las mismas que llevaba puestas el día que fui a mi primera fiesta en la Bad House.

Quito mi ropa y la arrojo sobre la cama.

El punto es que al fondo del cajón se esconde una nota escrita en un trozo de papel idéntico al mensaje en el armario, garabateada con su puño y letra:

«Perdona por lo de anoche, sé que debo una explicación.»

P.D.: Tienes pago el desayuno en el Starbucks a dos calles de la IVU. T.»

De pronto los fantasmas que creía haber dejado olvidados me llenan la cabeza mientras me desvisto camino a la ducha y me toco el abdomen justo donde Theo acabó.

El recuerdo de la fiesta en El Muelle se combina con la explicación mencionada en la carta: para hacerlo con él, necesito ser una Bad Girl.

48

TRACY

Viernes

Los días siguientes pasan sin grandes sobresaltos por tres grandes motivos:

1. No volví a tener clases con el profesor Evans y no las tendré hasta el lunes próximo.
2. Tampoco volví a compartir clases con Stefano, quien no se manifestó muy a gusto respecto de mi decisión de asistir a la cita con Evans.
3. Compartí clases con Theo. Finalmente coincidimos en algunas, como Ética Profesional, Introducción a la Investigación y Pedagogía. Con el tiempo nos separaremos en las primeras dos, pero podremos seguir compartiendo la tercera.

Quizá alguien podría pensar «la vida de esta chica va de maravillas», «wow, quisiera ser como ella», «tiene dos Adonis tras de sí» pero no es tan simple.

Mi vínculo con Theo se ha vuelto tan tirante que me siento angustiada y esto se debe a nuestra última noche juntos. Me humillé por pedirle sexo, algo que rechazó y ahora me pregunto si ese era realmente el momento soñado para perder la virginidad. Además, la voz de Charlie ha resonado en mi cabeza últimamente, advirtiéndome que Theo solo me quiere para *eso*.

Theo no es así. Al menos, no conmigo, y el tiempo me ha dado la razón.

A los tres puntos antes mencionados sobre el resumen de mis últimos días podría agregar algo así como un «Bonus», que implica el mayor sobresalto:

Rosas para Jude terminará la semana próxima y eso me pone muy nostálgica. Ha sido un año y medio con esta fabulosa historia; me llena de orgullo porque su autora decidió enviarla a varias editoriales para su valoración.

Conozco el proceso y sé que en muchas ocasiones puede ser muy frustrante para los autores, así que decido enviarle un mensaje.

Escribir...

I-am-Gordita: Hola Annie! Seguramente no me conoces porque no suelo comentar mucho, pero he votado cada uno de tus capítulos en *Rosas para Jude*. En primer lugar quisiera felicitarte por tan linda obra, en verdad, la manera que tienes de meter a tus lectoras en los sentimientos de Jude y Darius es asombrosa. Además ¡me sorprende tu enorme talento al escribir bajo el punto de vista de un varón! Los capítulos que se narran desde el POV de Darius son asombrosos, en serio, tienes un talento que quisiera resaltar y repetírtelo aunque ya tienes a miles de personas que seguramente lo hacen...

En resumen, lo que quiero decirte es que mereces ser publicada y, si una editorial no te recibe, te animo a que pruebes con la autopublicación en Amazon o cualquier plataforma porque, realmente, RPJ merece conocer el mundo.

Solo eso, seguramente no vas a responder pero quería expresarte mis sentimientos.

¡Gracias por escribir tan maravillosa historia!

Posdata: cuando tenga una hija la llamaré Jude. Aunque, si es varón, el nombre también es aplicable. Auuuuunque, temo que rinda honor a «Jude, el oscuro» de Thomas Hardy y lo vinculen a ciertas perversiones... Pensándolo mejor, sería muy interesante.

Posdata 2: espero con ansias a que actualices. ¿Habrá segunda temporada?

¡Abrazos!

Tracy

Luego de revisar el mensaje una cantidad infinita de veces supongo que fui demasiado ingenua al pensar que alguien tan ocupado como Annie podría responderme. En verdad, ¿en qué estaba pensando? ¿Cuántos mensajes iguales a esos recibirá por día, por hora? Vamos, un autor *online* con millones de lecturas debe tener en su bandeja centenares de mails de fans idénticos. Solo soy una más. Como sea, el asunto está hecho.

Una vez que dejo mis pensamientos de autoboicot de lado, guardo el celular en la mochila y salgo de la habitación. Phoebe duerme y son casi las ocho. Me pregunto a qué hora habrá llegado anoche, quisiera poder hablar con ella pero temo que pueda tomarse a mal mi preocupación; tiene una personalidad sumamente explosiva. Sin más, salgo del cuarto y camino hasta el edificio donde tengo mi primera clase del día: Lecto-Producción Creativa.

Me sacaré la duda de por qué no se llama «Lectoescritura», aunque «producción» es aún más amplio.

Juliette también es mi compañera en esta clase y nos sentamos juntas, esta vez, en primera fila.

Dos profesores dictan esta materia: uno se encarga de hacer los seguimientos en las lecturas mientras que otro nos enseña técnicas para escribir, algo que me hace fantasear en clase con subir mi propia historia a la web.

El punto es que el celular vibra en mi bolsillo unos veinte minutos antes de que se termine la hora. Lo arrimo apenas fuera del bolsillo y observo la pantalla. Tengo un mensaje.

4 minutos atrás

@Anniex1D: Buenos días, Tracy...

¡AY...! ¡SANTÍSIMA...! ¡NO LO PUEDO CREER! ¡NO LO PUEDO CREER! ¡¡¡ES ANNIE!!! ¡¡¡MI AUTORA FAVORITA ME HA CONTESTADO!!!

49

TRACY

@Anniex1D: Buenos días, Tracy. Lamento informarte que no habrá segunda temporada de RPJ, al menos hasta tener datos certeros con alguna editorial. En un comienzo haré la propuesta y, si hay acuerdo, intentaré proyectarme a futuro con una continuación. Tengo en mente una sinopsis que hable del romance entre Jude y Darius pero también otra que funcione a modo de precuela (pues aquí tienes la primicia, eres la primera en saberlo).

Un abrazo.

T.

¿T?

Creo que Annie se ha equivocado con su firma.

@I-am-Gordita: ¡MUCHAS MUCHAS MUCHAS GRACIAS POR TU RESPUESTA!
En verdad, me haces tan feliz. Por cierto, pensé que tu nombre real era Annie. ¿Quizá me estás dando la pauta de que tu nombre es Tessa con tu firma? ¿Trixie? ¿Tammy? ¿Theresa?

Luego de que envió la respuesta, caigo en la cuenta de que realmente sueno como una desesperada por el hecho de sostener una conversación coherente con mi autora favorita. Y lo que es peor, cualquiera se puede equivocar. Como sea, soy feliz porque al menos sabe que existo.

El problema es que pasa la siguiente clase de Filología y la siguiente, Dramaturgia, hasta llegar a la última, Filosofía, y no obtengo respuesta alguna.

La he cagado o simplemente no responde dos veces a la misma persona.

THEO

¿«T»? ¿En serio? ¡¡¿T??!! Mierda, si parece que me entrenara en ser un REAL y VERDADERO IDIOTA.

TRACY

Una vez que termino con las clases, salgo a correr sobre el perimetraje de la IVU; algo poco propio de mí pero desde el martes lo hago cada día, ya que me he propuesto con firmeza el hecho de bajar de peso. De pronto, me llega la respuesta de Annie. Solo es un «Ok» de mala gana que me deja en claro algo: ya no tiene intenciones de seguir hablando conmigo.

Medio zorra ella y su actitud, pero lo dejo pasar para seguir escuchando música por mis auriculares en lugar de seguir con otra respuesta.

Una vez que se hace la hora de cenar, estiro los músculos con el fin de evitar calambres o lesiones y vuelvo a la residencia. Allí descubro un chat de Juliette en el que me invita a cenar con mi compañera de habitación en la suya. Creo que ambas no se llevarían bien así que prefiero no decirle nada a Phoebe.

Tr: Iré sola, mi amiga no se siente bien esta noche pero de todas formas agradece a tu invitación :) En una hora estoy allá, debo ducharme, cambiarme e ir a comprar algo light. √√

Ju: ¿También empezaste la dieta tras conocer a Evans? √√

Tr: No precisamente por ese motivo, aunque ¿tú sí? √√

Ju: Claro. Lo único que como sólido es apio y hojas verdes en el almuerzo. De noche cenó licuados nutritivos pero tengo algo para ti si prefieres otra cosa. √√

Tr: Creo que me interesan tus licuados proteicos. ¡Te veo luego! √√

Ju: ¡Oki! √√

Arrojo el celular sobre la cama, tomo una toalla, jabón y toallas higiénicas. Una vez que me meto al baño, hay dos duchas de las que sale vapor y se escucha el repiqueteo del agua al caer con presión. Tomo uno de los cubículos (el más lejano, mi predilecto) y cierro la portezuela de metal con seguro. Antes de soltar el grifo, una de las duchas se apaga y tras unos minutos cesa la otra. Percibo que dos chicas se juntan en los lavabos y hablan de una asignatura llamada «Histología» que, al parecer, estudia los tejidos que hacen al cuerpo, lo que me lleva a deducir de inmediato que deben ser de la escuela de Medicina y, probablemente, compañeras de Theo. Aunque descarto la posibilidad ya que no tengo mucha idea de en qué año se cursa dicha materia.

El punto es que pensar en él mientras abro el agua caliente me conduce a distraerme a tal punto que ni siquiera caigo en la cuenta de que las voces se alejan. Simplemente se han ido.

Abro un poco la portezuela y miro: no hay nadie.

Trago saliva algo nerviosa por los pensamientos que se cruzan en mi cabeza y me dejo llevar por la soledad.

Cierro finalmente la puerta y me meto nuevamente bajo el agua. Me enjabono con efusividad hasta que la imagen de Theo se mete en mi cabeza.

La noche del lunes cuando se apareció con el cabello largo y ondulado hacia un costado, los músculos de sus pectorales bien marcados, el rosal con espinas de sus abdominales, el lobo mirando con ferocidad en su cuello y su torso, el ombligo y el escaso vello púbico marcando el camino a las letras chinas que me preguntan de qué lado estoy, sus calzoncillos adheridos al cuerpo marcando su erección... Noto que mi respiración se acelera mientras mis propios dedos acarician mi entrepierna.

Santo cielo, ¿en verdad voy a hacer esto?

«Ahora no», me dijo. Me lo repitió. Me lo dejó en claro. Desconozco los motivos, no ha sido un tema que haya querido hablar.

Levanto una de mis manos y la llevo al hueco de mi garganta hasta el valle entre mis senos, donde pasó sus labios, donde me mordió, donde su barba incipiente me provocó un estallido de sensaciones placenteras.

«Ahora no».

Sus palabras resuenan en mi cabeza y recuerdo el instante en que se quedó dormido. Lo contraste con la ocasión en que no quiso dormir conmigo el año pasado, en mi casa, lo que provocó una devastadora pelea. Rompí todas sus normas, quebranté sus límites. Y quiero que esta vez él quebrante los míos pero... Dice que no estoy preparada para eso.

—Ahora sí —musito y me muerdo un carrillo al hacer ingresar un dedo entre mis piernas—. Ahora... sí.

Apenas es la punta de mi dedo índice pero me duele un poco. La sensación resulta placentera y mientras lo muevo recuerdo la ocasión en la que *él* lo hizo (movimientos circulares, desde adentro hacia afuera y viceversa). De pronto, siento que no es suficiente, que hay un ligero ardor que me pide más.

Una nueva imagen aparece de manera invasiva en mi cabeza: Stefano. Con el cabello rapado mojado, la toalla rodeándole la cintura, la piel tatuada y bronceada exhibiendo su cuerpo esculpido, sus ojos penetrantes, amenazadores, los labios bien definidos, su mandíbula cuadrada y los hombros anchos. De pronto una fantasía se mete en mi cabeza...

¿Qué habría ocurrido si en lugar de discutir con él aquel día que lo crucé en este mismo salón de duchas hubiera cedido a sus encantos?

De pronto me veo con los brazos trepados a sus hombros, con su boca pegada a la mía, con nuestras lenguas explorándose mutuamente.

El sabor a vainilla y tabaco me invade el paladar pero en mi fantasía... también aparece Theo detrás de mí. Sin nada de ropa.

Y me abraza por la cintura justo debajo donde los brazos de Stefano me rodean.

Ahora es menta y tabaco el sabor de la tentación. Menta, tabaco y vainilla.

Mi mente me conduce a pensar en lo que sería sentir el pene de Stefano sin la toalla de por medio, presionando mi entrepierna desnuda. Del mismo modo y al mismo tiempo el miembro viril de Theo haría lo propio contra mis glúteos.

Cuando caigo en la cuenta, me llevo un puño a la boca para dejar de gemir e ingreso el segundo dedo.

¡Mier... da!

Lo cierto es que duele menos de lo que esperaba y la fantasía se impone nuevamente. En el instante en que mis pensamientos imaginan a ambos desnudos apresándome del mismo modo, se rozan los brazos de ambos y los tatuajes del bando al que pertenecen.

El calor aumenta.

Los besos de Stefano me humedecen el cuello, la garganta. Los de Theo se apoderan de mi espalda, de mi nuca. Y en el momento en que estoy por ser penetrada por ambos, mis dedos tocan un punto demasiado excitante; me retuerzo contra la pared húmeda del baño y suelto un extenso gimoteo de placer.

50

TRACY

La compañera de cuarto de Juliette es la agradable pelirroja que me animó a inscribirme en la clase de Evans cuando llegué a la universidad (junto con las pícaras recepcionistas). Su nombre es Kyara pero insiste en que la llame Ky, ya que su nombre completo la remite al fantasma de una película de terror oriental.

Juliette prepara licuados proteicos para las tres pero su compañera de cuarto se ha encargado de pedir dos pizzas con peperoni y doble queso, quebrantando las normas; el delicioso aroma prácticamente nos obliga a comer de la aceitosa comida chatarra. Con tres licuados de kiwi ricos en vitaminas a modo de postre.

Acto seguido elegimos una película en Netflix. Juliette insiste en una comedia romántica, Ky en una sangrienta y yo opto por un romance paranormal: finalmente seleccionamos la parodia de un sangriento romance que se presenta como la alternativa que responde a la demanda de las tres; como a ninguna la atrapa, terminamos hablando del profesor Evans. Ni siquiera notamos que una segunda película termina en la computadora de Juliette.

Nos percatamos de la hora cuando son más de las cinco y, si bien me invitan a quedarme a dormir, respondo con una negativa y vuelvo a mi cuarto. No puedo quedarme en lo de dos chicas a las que he conocido hace apenas unos días (no es que sea una persona muy desconfiada pero últimamente mis experiencias me han enseñado a adoptar una postura diferente respecto a la gente que me cruzo. Sobre todo si llevan algún tatuaje con figuras

geométricas).

De camino a mi habitación, me detengo justo en la puerta debido a que escucho algunos murmullos y movimientos dentro.

El corazón se me sube a la garganta, y me preparo a encontrarme con gente que quiere hacerme daño.

Tú solita te buscaste que ahora el mundo te persiga.

No me persigue «el mundo» precisamente...

Sabes a qué me refiero. Vamos, entra.

Busco en mis bolsillos la llave de la puerta y la empuño entre los nudillos para que me sirva de defensa en caso de tener que clavarle a alguien los dientes de bronce. El punto es que apenas abro la puerta, lo que oigo me adelanta lo que veré en el instante en que la luz se filtre e ilumine...

... la cama de Phoebe.

Está acostada, con ropa pero con la blusa abierta y, oh, por Dios, ¡un chico está sobre ella besándola!

Apenas se percatan de mi presencia, ella se incorpora y lo tira al muchacho a un costado.

—¡Hey! ¿A ti qué te pasa? ¿No te enseñaron a tocar la puerta? —me pregunta mi compañera de cuarto.

Por un instante pensé que Cochinillo estaba empujando su jaula.

—Dis... disculpa, pero duermo aquí —le recuerdo intentando que mi tono no parezca desagradable.

El muchacho que ella acaba de arrojar al suelo se reincorpora y distingo que está sin remera. Es delgado pero los músculos se le marcan en la piel pálida bajo algunos tatuajes en sus pectorales y los brazos.

Tiene cabello castaño con rulos cortos rapado a los costados y pecas en los hombros, que noto en el instante en que se acerca a mí.

Phoebe enciende la luz. Acto seguido su chico extiende la mano delante de mí en gesto de saludo. Una enorme cicatriz le cruza el rostro y me quedo mirándolo con incredulidad. Por algún motivo encuentro en sus facciones algo familiar; creo haberlo visto en cierta ocasión pero no puedo precisar cuándo, en qué contexto. Aun así, hay algo que no termina de sorprenderme y lo explícito.

—¡Pensé que eras...! —murmuro en dirección a mi compañera de cuarto.

Ella lo capta y responde:

—Puedo explicarlo.

Acto seguido decido tenderle la mano al muchacho y se presenta:

—Soy Rick.

Entonces bajo mi mirada para encontrar un bendito tatuaje de triángulo invertido. Oh, claro. Es un Delta. Debo haberlo visto en la fiesta.

Suerte que tengo puesta una camisa de algodón con mangas largas color lila, de lo contrario, habría visto mi tatuaje y estaría frita.

—Tracy —correspondo.

Phoebe se levanta y me entrega un papel doblado.

—Este idiota es mi mejor amigo —dice ella y me quedo anonadada porque no sé qué hacer primero: si prestar atención a lo que me dicen o al montón de letras mecanografiadas a máquina que hay en la hoja.

—Un placer —corresponde Rick—. Solo estaba intentando que esta criatura pruebe el sabor de un muchacho. Últimamente estaba un poco... curiosa.

—Imbécil. Tú querías intentar con una chica lesbiana. Ahora vete a tu cuarto o...

—¿Qué es esto? —la interrumpo señalando la hoja.

—Y esta es la parte en que me retiro —asevera él. Toma su camisa, que está tirada en el suelo, y sale—. Buenas noches, preciosas.

Ninguna le responde.

Vamos, no es que me sorprenda la orientación sexual de Phoebe, era algo sabido. Pero que haya querido intentarlo con un chico, que se haya dejado convencer me demuestra que aún no está todo dicho sobre la sexualidad humana. En fin, ahora mi verdadero foco de atención está puesto en la... ¿carta?

—Oh, sí. Encontré eso tirado bajo la puerta cuando llegué —asegura y se vuelve al armario para ver a Cochinillo—. Solo me fijé para quién era.

—¿No lo leíste?

—No tengo necesidad. Eres la única Tracy Smith que duerme en esta habitación.

—Ah... Gracias —murmuro.

Y me aparto para leerla desde la orilla de mi cama.

Tracy Smith, confirmación de reserva en Saint Jenny's Restaurant con dirección anexada al reverso de la nota.

Día: Sábado 10 de septiembre.

Cita: 7 p.m.

Menú completo: Disponible.

Mesa: 2 personas. Ubicación preferencial (a optar).

Estado de reserva: Disponible.

Entregado: Sí.

Firma del destinatario: Phoebe SoyTuyaMiAmor.

—¿«Phoebe SoyTuyaMiAmor»? —leo en voz alta.

—Alguien tenía que firmar la entrega y el tipo no me quitaba la mirada de los senos. Debería dejar de recibir gente con la chaqueta abierta.

Al dar vuelta el papel me encuentro con una captura de una imagen de Google Maps con la ubicación indicada, un mail de contacto y dos teléfonos, además de una nota que pide dar aviso en caso de cancelar la reserva. Por un instante se me cruza la idea de llamar a un horario prudente para cancelar pero la deshecho al caer en la cuenta de que solo una persona podría tener este genial detalle con tanta aplicación y responsabilidad.

¡Carl está en la ciudad!

51

TRACY

En el transcurso del día, recibo un mail algo extraño del profesor Evans. En él me cuestiona respecto a algunos asuntos en los que aún no le he facilitado mi respuesta.

¿Si quiero unirme a un grupo que estudia la manipulación de datos «X»? ¿Se refiere a la universidad o será una extensión de Investigación al Lenguaje o del Departamento de Letras propiamente?

El hecho de que porte un triángulo recto en su antebrazo y la reunión que tuvimos posteriormente me da la pauta de que esa información tiene mucho que ver con cierto matema: « $BB \times G = X$ ».

Lo anoto en mi cuaderno mientras desayuno en la cafetería y pienso que ahora mismo podría estar en dichos comités de extensión. Hay otros basados en la Enseñanza de la Lectoescritura, de Escritura Creativa, Composición Musical, Literatura en Redes, entre unos cuantos más, pero este de la manipulación de datos es muy selectivo.

La información «X» que Evans me señaló en su mail es esa variante del

resultado de esa fórmula improvisada. Estoy segura.

Finalmente le pido que me dé tiempo para pensarlo y contesta de inmediato. Tengo hasta el primero de octubre para emitir mi respuesta.

Tr: ¿Sabes algo de un comité de extensión o algo parecido que enseña a los alumnos a manipular datos desde la IVU? √√

Ca: ¡Hola! No, para nada. ¿Debería saberlo? √√

Tr: Quizá. Carl, dirás que estoy loca pero me han citado a formar parte de esto y tengo menos de tres semanas para dar una respuesta. √√

Ca: ¿Te gusta todo eso de la investigación? √√

Tr: Al parecer no es una investigación cualquiera sino sobre una aparente fuente de datos muy grande e importante pero escondida. √√

Ca: ¿Una base de datos, dices? √√

Tr: Eso mismo. √√

Ca: ¿Una fuente de información con todas las fórmulas conocidas sobre el lenguaje y la literatura contemporánea? √√

Tr: No precisamente. Amigo, dirás que estoy loca pero... √√

Tr: Olvídalo. √√

Ca: Confía en mí, Tracy. Yo confío en ti y eso es algo que al día de hoy no se me da muy seguido. √√

Tr: Disculpa, tienes razón. Es que de alguna manera siento que tiene que ver con... Con la desaparición de Tachas. √√

Tr: ¿Hola? √√

Ca: Aquí estoy... ¿Qué te lleva a pensar eso? √√

Tr: Te lo explico esta noche, me está llamando mi madre. Al parecer ya enviaron las fechas para el fin de semana de padres. ¡Te veo luego! √√

Ca: «Hablamos luego», en realidad. √√

Tr: Es lo mismo, ¡hasta esta noche, amigo! √√

Ca: ¿¿¿Esta noche??? √√

Desactivo los datos e Internet en mi celular para dejar la paranoia de Evans. En verdad me siento algo perseguida con esto de los grupos, últimamente. Al parecer, no fue casualidad que Theo viniera aquí. Es una universidad sumamente influenciada por lineamientos *illuminatis*. Lo único que me preocupa es la idea de que Carl me cancele en cualquier momento la salida de esta noche.

Estoy frente al espejo de mi habitación con un vestido de seda y algodón color turquesa que me llega hasta la parte superior de las rodillas, zapatos blancos y un chaleco liviano de algodón para cuando refresque.

Frente al espejo en la puerta de mi armario me cepillo el cabello y considero la idea de aclarármelo. He tenido el mismo color negro azabache

desde pequeña, en algunas ocasiones lo varié al castaño oscuro pero no han sido grandes cambios. Por suerte, tengo unas ondas naturales donde terminan las puntas que me acomodo a un lado del hombro.

Me maquillé muy poco ya que no será una noche para salir a seducir.

Mi vida ha sido un desastre en cada intento de una cita o una fiesta...

Cuando ya estoy lista, tomo una cartera de mano del mismo color que mis zapatos, con el mismo contenido de siempre (toallas higiénicas, dinero, pañuelos descartables, maquillaje, desmaquillante, etc.) y me encamino hacia la puerta, donde me cruzo a Phoebe, que me mira de arriba abajo y señala:

—Aguarda.

—¿Sí?

Va hacia su armario y saca una cajita roja, alargada, que cabe en la palma de una mano. La abre y vuelve adonde estoy.

—Dame tu brazo —indica.

Hago lo que me indica y resulta que todo es para colocarme un brazalete dorado con un pequeño dije, aparentemente de oro, en forma de rosa abierta.

—Oh... —murmuro sorprendida de que ella tenga algo así entre sus pertenencias; diría que es demasiado femenino para su estilo—. No lo podría aceptar —reconozco.

—Ni sueñes con que te lo estoy regalando. Solo es para que te combine. Te sienta bien.

—Bueno, pero...

—No necesito saber con quién tendrás tu cita. Solo te digo que me la regaló mi madre antes de morir y aunque no va mucho con mi estilo, con el tuyo sí. Pero luego me la devuelves, eh.

No vale la pena aclarar que no tendré una cita esta noche. Solo una salida con mi amigo. Es todo. Aun así, de algún modo no quisiera contradecirla... Es que se la ve tan emocionada con ese brillo en los ojos. Por lo visto, la gente no tiende a ser muy agradable con ella. Finalmente me trago las palabras y murmuro:

—Gracias.

Tomo un taxi y me deja en la puerta del restaurante. Al llegar, creo estar más perdida que nunca en toda mi vida.

Me vuelvo al conductor, que está con el vidrio bajo y por arrancar el motor para irse, cuando lo detengo:

—¡Disculpe! ¿Está seguro de que la dirección es...?

—¿Aquí? Por supuesto. Mira el cartel.

Cuando me volteo, el sujeto se marcha y observo directamente un letrero enorme con letras sofisticadas que reza «SAINT JENNI'S».

Entro en pánico. De pronto me siento demasiado informal, demasiado pobre como para venir a un lugar como este. El edificio es de dos pisos, vidriado y tiene enormes inscripciones que reflejan refranes escritos en italiano y francés.

La luz es tenue y la música agradable. En cuanto me encamino hasta la puerta, mi corazón palpita fuerte de solo imaginarme la cara con la que me mirarán las señoras que entran con sus sacos de piel y los hombres de camisa y corbata.

Saco mi celular de la cartera y corroboro la hora: estoy cinco minutos tarde y algo me dice que Carl no es del tipo que llegaría tarde a una cena como esta.

Enciendo Internet para escribirle y ver dónde está, sin embargo, me llama la atención un apuesto muchacho con un grandioso tatuaje que brilla bajo el cuello de su camisa. Se lo ve incómodo, parece luchar consigo mismo a fin de no desatarse un lindo corbatín lila.

Entonces lo miro a los ojos y me sonrío.

Es Theo y viste un esmoquin.

52

THEO

Su sencillez al vestirse, al caminar, al encoger los hombros mientras se acerca a la entrada del restaurante donde la estoy esperando es... mágica. Sí, demonios, lo es. Y esto es algo que nunca antes me permití pensar con ninguna de las chicas con las que he estado. ¿Es ella diferente a las demás? No. Pero no cabe duda de que para mí sí lo es. Y eso me basta.

La manera inocente en que revolea los ojos explorando el lugar es señal de que empieza a incomodarse; la conozco tan bien que me podría arriesgar a pensar que el lujo no es algo a lo que pueda acostumbrarse. Y yo tampoco.

Es cierto que nunca me faltó nada material, por lo menos desde que papá se fue de casa, pero su riqueza injustificada nunca concordó conmigo y, más que un auto, no he aceptado ninguna otra cosa. Excepto si pienso en mi

motocicleta... Fue más bien un capricho para ganar chicas, algo que dejó de ocupar tal objetivo desde esa maldita (o bendita) fiesta.

Tampoco es que antes no la haya observado de manera «accidental» entre clases...

Caer en los sentimientos y en las pasiones humanas es dejarse dominar por algo que no debería ocurrir.

¿Ya vas a empezar?

¿Qué?

Que si otra vez vas a empezar con eso del autoboicot.

Un asesino no merece amor ¡ni nada que se le parezca!

Esta noche sí. Admítelo, Theo, estás enamorado y esta noche, por lo menos esta noche, deberías aceptarlo sin pensarlo dos veces, como el instante en que hiciste la reserva para la cena que estás a punto de vivir. Siempre lo deseaste.

No es cierto.

Sí lo es, ahora disfruta de las consecuencias.

¿Sabes una cosa? Tienes razón, maldita voz de la conciencia. Realizar aquella reserva fue un mero acto impulsivo, una estupidez entre estupideces...

Shhh, calla. Ahí viene la chica.

¡¿Dónde?!

En efecto, Tracy ya se ha percatado de mi presencia y me está observando. Lo único que puedo hacer en respuesta es dedicarle una sonrisa que, creo, se me escapa de modo inconsciente, ya que al instante en que me doy cuenta de lo cursi que resulto trato de contenerme. Finalmente presiono los puños con fuerza y me acerco a ella. Pero retrocede. Da la vuelta y me detengo. Quedo paralizado; al segundo paso también se detiene y se vuelve a mí.

Rayos, por un momento creí pasar a mejor vida.

—Hola —le digo. Se la ve insegura (más de lo usual).

—Hummm, hola —contesta dudando.

—¿Cómo estás?

—Bien, ejem... ¿Por casualidad has visto a Carl?

¡¿QUÉ DEMONIOS?!

—*¡¿QUIÉN?!* —pregunto y la palabra me raspa en la garganta.

—Carl, mi amigo del Club de Lectura del instituto. Vino a la ciudad y...

Oh, espera.

Carlos.

A medida que habla, va abriendo cada vez más sus ojos y acto seguido me

mira con asombro.

—Santo cielo —agrega.

—¿Qué?

Aunque lo pregunto, soy consciente de lo que está pasando: a partir de una ingenuidad asombrosa por su parte, ella pensaba que quien la había invitado hoy a este maldito sitio fue ese noviecito de cuento de hadas con suéter tejido y gomina en el cabello que dejó en Iconic Valley.

—Nada —responde—. ¿Tú... tú... estás esperando a alguien?

—Sí —le digo.

—Oh, vaya —entonces suelta el aire que parece venir conteniendo, aunque se paraliza cuando añado:

—A ti.

53

TRACY

Hablar de Theo es hablar de lo inesperado. Hasta hace unas noches me llevaba a su cama para luego negarse a tener relaciones sexuales conmigo. Ahora, en cambio, me invita a una cena luego de ignorarme durante toda la semana.

—¿Entramos? —me pregunta.

Traga saliva y se lo ve rígido. Sea lo que sea que esté pasando por su cabeza, está claro que nunca hizo algo así con nadie.

—Entonces, ¿fui yo quien hizo la reserva para venir a cenar contigo? —le pregunto sujetándome de su codo y, al parecer, entiende el gesto dándome lugar.

—En teoría no, pero literalmente sí.

Caminamos los primeros escalones hasta que un hombre moreno de traje y espalda enorme nos recibe.

—¿Tienen reserva? —nos pregunta.

—Ella la tiene —menciona Theo.

El mastodonte saca un anotador de bolsillo, un bolígrafo y revisa la lista de nombres.

—Tracy Smith —le digo.

Busca y entre los últimos me encuentra.

—Bienvenida, señora Smith. —Iuuug, se oye tan extraño que me llamen de ese modo. Luego se dirige a Theo e inclina su cabeza—. Señor.

—Gracias —le digo.

Entonces aparece una chica de unos veinticinco años que lleva puesto un vestido de un material caro. Es azul hielo, al igual que las telas que revisten las sillas; pareciera que han uniformado cada centímetro de este lugar.

La recepcionista nos sonrío a ambos mostrando unos dientes extremadamente blancos y nos mira con sus enormes ojos negros a uno y luego al otro.

—Buenas noches. Mi nombre es Celine y seré quien los acompañe a su mesa. ¿Cuál es su reserva?

—Mesa preferencial —responde Theo.

—Oh, por supuesto —mmm, tiene acento francés. Quizá los dueños pertenezcan a alguna franquicia ítalo-francesa instalada en la ciudad, a juzgar por las inscripciones en las paredes—. Acompáñenme.

Ella camina y noto que el vestido le queda demasiado ceñido en su cinturita diminuta y sus caderas voluptuosas. Miro a Theo para corroborar si la mira, aunque me llama la atención que su nuez se mueve todo el tiempo, como si tuviera la boca reseca de tanto tragar saliva. ¿La ansiedad se debe a que no puede dejar de observar a Celine o a que está a punto de tener una cena formal conmigo?

Finalmente la mujer nos conduce por una galería hasta un sector trasero, que permite ver un patio hermoso con piscina, árboles perennes y luces titilantes.

—¿Prefieren adentro o afuera? Ha refrescado pero no es una mala noche —dice la señorita DientesPerfectos-CinturaPerfecta.

Theo abre la boca para hablar, aunque finalmente me mira a mí.

¿Acaso me está dejando opinar?

Vaya, creo que desconozco a este hombre.

—Afuera me parece bien —digo por fin.

—Afuera entonces —conviene la chica.

Empuja una puerta de vidrio que mide un metro más que Theo y salimos. En efecto, el patio es hermoso y hay unas cuantas mesas ocupadas por parejas y grupos de trabajo. No obstante, hay menos de diez en un lugar donde cabrían cien.

Me gusta. Me siento exclusiva. Y es un enorme detalle que Theo haya elegido esto para nosotros...

Acto seguido él escoge un sitio apartado del resto, sobre el césped, ubicado bajo la copa de un grandioso árbol bien podado.

Hay una farola negra con luz tenue y velas bien aseguradas al centro de la mesa.

Durante un momento creo que Theo hará la silla a un lado para que me siente, pero parece ser algo que no registra y va a su lugar. En fin, era demasiado pedir.

Nos colocamos enfrentados y el azul con la calidez de la madera cara con la que está hecha la mesa es algo que me decide de inmediato: no podrá faltar cuando tenga mi propia casa.

—¿Les parece bien? —nos pregunta la chica.

—Sí —responde Theo e inquiere—: ¿La carta?

Celine parece haberse adelantado y la trae en manos. Son dos cuadernos forrados. Antes de irse, acota:

—Pueden ir evaluando las opciones. En un momento vendrá uno de mis compañeros para tomar el pedido. Que tengan una hermosa velada.

Acto seguido, la recepcionista se retira y, cuando cierro mis manos sobre mi falda bajo la mesa, noto que me sudan y me las intento secar con mi propio vestido.

—Linda noche —acota Theodore.

—No está muy fresco.

—No. Aún nos quedan unas semanas para disfrutar este clima, hasta que entremos en el otoño.

—Supongo... ¿A qué se debe que estemos hablando sobre el clima?

—Tú empezaste.

—En realidad me refiero a... —quedo un rato pensando e intento ser lo más sincera que puedo— a esto. ¿Por qué me invitaste?

—Disculpa, pero ya sabemos a nombre de quién está la reserva.

—Theo...

—Okay, okay. Solo me parecía un bonito lugar.

—¿Ya habías venido antes?

—Nop.

—¿Y cómo lo conoces?

—Google. ¿Tienes sed?

—En realidad, no.

—Genial, porque ahí viene la camarera y quiero vino. ¿Cuál es tu varietal preferido?

—Ammm, ¿vino blanco?

Theo suelta una carcajada. Mi conocimiento en bebidas alcohólicas solo implica un poco de saber popular, con suerte.

Una chica de uniforme azul y rojo se aparece con una bandeja que contiene platos, utensilios, dos copas y una apetitosa botella de vino.

—Buenas noches —nos saluda nuestra nueva interrupción—, mi nombre es Liz y estaré a su disposición esta noche. Lo que necesiten solo deben pedírmelo —deja las cosas en la mesa y mi instinto me sugiere ayudarla, como suelo hacer cuando salgo a comer... Pero, claro, la gente que trabaja en un sitio como este debe ser mucho más experimentada que en el comedor del Tío Bob u Omega's de Iconic—. ¿Ya puedo tomar su pedido? —nos pregunta una vez que tiene la bandeja vacía y nuestras copas con bebida.

—No —responde Theodore con muy poca cortesía—. Solo puedes dejarnos el vino. El resto lo pediremos cuando te llamemos.

—Eh... No —intervengo—. Lo que él está queriendo decir es que vuelvas en diez minutos, que ya tendremos nuestras opciones. ¿Sí?

Liz asiente.

—Está bien. En diez minutos vuelvo por esta mesa, con permiso.

Y se va.

Fulmino a Theo con la mirada, él apoya los codos en la mesa y se lleva la copa a los labios.

—No es necesario que seas tan grosero —lo reprendo.

Es una lástima porque venía tan bien...

—¿Disculpa?

—Ella se comporta de modo muy amigable con nosotros, al igual que la chica francesa.

—¿Celine?

—Sí —pese a que tenga los colmillos más afilados que Drácula, nos trata bien.

—Están entrenadas. La gente que trabaja en lugares como este recibe capacitaciones especiales a fin de sostener a la clientela. Además de traer un currículum interesante de estrategias para recibir mejores propinas.

—Oh...

—*Touché.*

—De todas formas, eso no te da derecho a tratarlas mal.

A continuación, tomo la copa y me la llevo a la boca.

—¿Bebes? —me pregunta.

Sí, bebo. Pero antes de terminar el primer trago, peleo conmigo misma para superar la acidez en mi garganta.

—No acostumbro pero... —dejo la copa y toso con el extraño gusto en el paladar— debo admitir que sabe bien.

—En realidad el vino es asqueroso —responde Theo—, aunque los caros como este tienen un dejo especial que te hace tolerar el azúcar natural de la uva seleccionada y quieres bebértelo todo. Y cuando tienes cierto hábito al beber, puedes ir puliéndote en los sabores.

—Mmm, no lo creo. Hay personas a las que realmente les resulta delicioso aun sin el hábito de beber.

—¿Como tú, «vino blanco»?

—No me disgusta. ¿Qué vas a pedir? —cambio de tema antes de que nos demos en las narices con otra discusión.

Él arquea una ceja y mira la carta.

—Nada de lo que se ofrece para comer me convence.

—Apenas estás en la segunda hoja y son más de cincuenta.

—Es que en el menú no figuras tú.

Aquí viene de nuevo...

Me mira a los ojos y se acerca. Se relame y noto que se ha afeitado para la ocasión, además de que lleva el pelo correctamente peinado hacia atrás, con unos cuantos mechones que le caen en la frente y la mirada.

Intento escapar de sus labios sensuales con otro trago de vino.

—Si hubiera una opción que dijera —añade con evidente provocación—: «Fruta con crema en los pechos de Tracy Smith, plato exclusivo para Theo Landon», la elegiría sin pensarlo dos veces.

Y si hubiera un plato que dijera «Frutas con crema chantilly y chocolate bajo el ombligo de Theo Landon...».

—¿Qué opinas?

—¡¿Eh?! Yo... Ehh... Como digas... —lo evado y vuelvo la mirada al menú para que no se note mi rubor en las mejillas— Mira, tienes opciones veganas y vegetarianas. Van marcadas con un sello verde —le señalo pero no se lo ve muy convencido.

—Supongo.

Posiblemente se molestó porque no le seguí el jueguito.

Un pequeño silencio surge, del que me valgo para retomar el tema anterior

que él ignoró y luego Liz nos interrumpió:

—¿Por qué haces esto?

Vuelve sus ojos a los míos.

—¿Qué cosa?

—Pues... confundirme. Un día no quieres nada conmigo y al culminar la semana me invitas a... Bueno, no importa.

—¿Invitarte a qué? ¿Una cita?

—Eso pensé...

—¿Pensaste que esto es una cita?

Las Tracys de mi interior se arrancan puñados de cabello.

Me encojo de hombros y de pronto me siento tan pequeña que hasta un niño podría aplastarme como a una hormiga.

—Pues tienes razón —añade al fin, supongo que al notar lo vulnerable que me siento por cada vez que me rechaza con crueldad—. Esto es algo así como... «una cita».

—No... No te entiendo, Theo —aquí ocurre lo que me veo venir: la Tracy Valiente le da una bofetada a la Tracy Sensible y toma las riendas de mi conducta—. En verdad, no entiendo por qué lo haces. ¿Por qué no quisiste que lo hiciéramos hace un par de noches y ahora me invitas aquí como si nada pasara entre nosotros? O, mejor dicho, como si hubiera todo entre los dos pero en verdad creo que... ¿No hay nada? ¿Podrías ser al menos más claro conmigo? ¿Por qué me odias tanto? ¿Qué te hice?

Se ahoga con un trago de vino.

—¿Que *yo* te odio a *ti*? ¿Qué no hay NADA entre nosotros? —levanta una ceja—. ¿Crees que no hay «nada»?

—Yo... No quise decir eso... Solo...

Acto seguido toma la botella de vino, se llena la copa otra vez y luego se la bebe de un solo trago.

Transcurren unos interminables segundos y finalmente decide soltarme sus palabras:

—Solo estoy intentando hacer las malditas cosas lo mejor que puedo. Ni siquiera puedo decir que lo haga bien, demonios, todo esto es nuevo para mí, entiende.

—¿Nuevo? ¿Nunca tuviste una cita o algo parecido?

—No, formalmente hablando. No compliques las cosas más de lo que mi cabeza lo hace. Solo... solo quiero una oportunidad para hacerlo bien. Déjame intentarlo.

—Ya tuviste oportunidades antes... ¿Qué hace las cosas distintas esta vez? Ya discutimos que no dormirías nunca con nadie y lo hiciste. Al menos conmigo. Aclaraste que no tendrías novia pero sí la tuviste. Ni hablar de lo que un año atrás opinabas de tener una «cita». ¿Me entiendes tú a mí? ¿Qué lo hace diferente ahora?

—Yo... yo... Ah, mierda. Solo tengo miedo, Tracy. No sé, me siento amenazado de manera permanente.

—¿Qué? ¿Quién te ha amenazado, Theo?

—Nadie directamente. Oh, demonios.

—¿Entonces?

Sé que lo estoy presionando y puede que arruine las cosas aunque ahora tiene una predisposición que nunca antes presentó. Tiene la apertura suficiente para hablar sobre lo que siente. Sobre lo que quiere. Finalmente me mira con sus penetrantes ojos grises y lo dice en voz baja, entre dientes, pero con firmeza:

—Miedo de Stefano. Que ese hijo de perra te haya besado me hizo sentir miedo a perderte.

54

TRACY

La comida llega y desde el *légumes plaisir* sorprendentemente bien pronunciado (o eso me ha parecido) que pidió Theo, no lo he escuchado emitir palabra. Y antes que eso hubo una sorprendente confesión, a la que no supe dar una respuesta adecuada.

Su plato termina siendo, al parecer, una deliciosa tarta dorada a base de vegetales y queso, aunque en el instante en que me sirven mi *crevette grillée* su aspecto me asusta un poco. El aroma es exquisito pero la apariencia del langostino impresiona un poco.

También nos traen jugo de naranja natural, agua mineral sin gas, pan y tostadas saborizadas con especias.

—¿Se les ofrece algo más? —pregunta Liz.

—E... Está bien, por mí —le respondo aún asombrada por lo que debo

comer. Siempre quise pedir estos platos exóticos en lugares caros, solo que nunca aprendí cómo comerlos.

—¿Señor? —le pregunta a Theo—. ¿Algo para usted?

—Mmmjj —gruñe y se lleva a la boca una cuarta copa de vino repleta.

—Con permiso —deduce la chica y se retira.

—Creo que deberías dejar de beber —lo reprendo. No me gustaría salir con un borracho de aquí, mucho menos sabiendo cómo es él cuando se embriaga—. En serio, si no me vas a hablar por lo menos no hagas que pasemos un lío...

—Yo ya hablé —me responde de mala gana y le quita la tapa a su tarta con un tenedor que, supongo, no era para ese tipo de comida.

—Oh —murmuro y tomo el mío.

Por un instante se me cruza la idea de que este bicho marino es como una cucaracha gigante con mezcla de salmón, lo que me provoca sentimientos muy contradictorios.

—¿Y bien? —insiste Theo llevándose un poco de comida a la boca.

—¿Me... me convidas un poco de lo tuyo? —le pregunto pero luego me apresuro a retractarme—. No es que no me guste solo que se me ha pasado un poco el apetito y...

—Ten —me ofrece el plato y se lleva el langostino en su lugar.

—Pero no quiero que se desperdicie, es tan caro y una injusticia enorme para tanta gente que no tiene qué comer —le señalo.

—Nadie lo va a tirar —acto seguido Theo le hace un gesto a la camarera, que mantiene una mirada panorámica sobre las mesas a su cargo. Cuando llega, él le dice—: Disculpa, pero quisiera que me envuelvas esto y me traigas otro *légumes plaisir*.

—De inmediato, señor.

Le pasa el langostino y ella se lo lleva.

—¿Qué harás con eso? —le pregunto.

—Dárselo a un vagabundo que duerme en una plaza de camino a la residencia.

—Oh... Yo... Te lo agradezco. En verdad.

—De nada. Ahora come.

Regresó el mandón. Pero soy yo quien está en falta así que decido comer de su tarta. Realmente está deliciosa y aún se mantiene caliente.

—Gracias —murmuro luego de tragar un bocado. Él se termina su cuarta copa—. Pero si quieres puedo esperar a que te traigan lo tuyo.

—Come.

—Bien...

—Hago todo por ti y lo único que obtengo es silencio —me reprocha.

Fíjate qué paradoja, hasta hace unos meses era precisamente lo contrario.

—Así no es como deberías tratar a una chica... —le digo con la cabeza gacha—. En realidad, así no deberías tratar a nadie.

—No te vayas por la maldita tangente, Tracy. Dime qué ocurre contigo y el otro imbécil. Realmente... Realmente no te entiendo. Primero Charlie, luego Carlos y ahora el idiota más peligroso que se te podría cruzar alguna vez.

—No hables así de ellos. Además, no conoces a Stefano.

—¿Sabes que está procesado judicialmente? Es el principal sospechoso por la muerte de su familia.

Su declaración me cae como una cubeta de agua fría.

Nada de lo que diga en su contra, ninguna de sus mentiras va a servir para que me aleje de la primera persona que ha sido sincera desde que entré a esta universidad.

—Su familia murió pero él no tuvo la culpa —me escudo recordando que me lo contó hace tiempo, de camino a la fiesta en la fraternidad de Go Delta.

—¿Qué te hace estar tan segura?

—¿Y a ti?

—Muchas... muchas cosas. Él no es una persona normal.

—Ya conozco su historia. Fue un Bad Boy y lo sucedido con la chica Glorious, el secuestro de ambos, la aparición y todo lo que quieras contarme acerca de él.

—¿Quién te lo ha contado?

—Pues... —Carl— él mismo —miento.

—No confío en lo que ese sujeto te pueda decir. Créeme que, si te hace algo...

—Ya, Theo. Terminemos el asunto aquí. ¿Y si mejor lo discutimos en otro momento?

Se cruza de brazos y da un prolongado suspiro.

—¿Y de qué quieres hablar? —insiste.

Hay varias opciones en mi cabeza, aunque la más resonante es respecto a:

—¿Conoces a un profesor Evans, especialista en Literatura renacentista?

—Pues, su apellido y su especialidad me remiten a alguien. Oh, aguarda un momento. ¿Tanto te cuesta mantenerte alejada de lo que no te conviene?

Me muerdo el labio inferior y me arremango el puño de mi abrigo para dejar expuesto mi tatuaje.

—Una vez que tienes esto en la piel —señalo—, eres imán de personas y situaciones que ponen tu cabeza en juego.

Y tu virginidad.

—Yo creo que el imán lo llevas desde antes de tatuarte ese asqueroso símbolo. Ah, por favor, cúbrelo. No lo tolero. Además, si alguien nos ve juntos sería para problemas.

—No estamos haciendo nada malo —vuelvo a cubrirme.

—¿Y qué tiene que ver Evans con todo eso?

—¿Lo conoces?

—He oído mucho sobre él.

—¿Principalmente...?

—Mmm. Principalmente los rumores de que se acuesta con las alumnas. ¿Ese es tu interés?

—¡Theo!

—Explícate, esa es la fama que se hizo. Y come o se te va a enfriar.

Casi por vencida en el tema, vuelvo a mi plato y me ocupo de seguir. Pese a que está delicioso, la situación se ha puesto entretenida así que, luego de pasar el bocado, me limpio con una servilleta e insisto:

—¿Qué es la «Base de Datos»?

Silencio.

Me mira.

Por un segundo. Dos. Tres. Diez.

—¿Eres parte de eso? —me pregunta por fin.

—Responde a lo...

—No, mierda, mierda, mierda y ¡más mierda! ¿Te has involucrado con ellos?

—Soy Glorious, Theo. Lo quiera o no lo quiera. Del mismo modo que tú eres un Bad Boy.

—No me lo recuerdes, ¿okay? Respóndeme sí o no: ¿estás involucrada con la manipulación de datos resguardados?

—Si te respondo, ¿tú lo harás también?

—Bi... en —*¡Al fin!*

—No soy parte. Pero me lo ofrecieron.

—Ni pienses en aceptar esa locura. Debí habérmelo imaginado. A juzgar por tu rendimiento académico, era obvio que intentarían capturarte.

—Te toca responder.

—Y a ti comer.

Acto seguido me lo explica: es una fuente de información ultraconfidencial, protegida a cal y canto, que Bad Boys se preocupa de preservar y Glorious da batalla por alcanzar.

—Entonces, ¿qué contiene de importante?

Se encoge de hombros.

—Nada bueno, seguro —me contesta—. Pero dicen que lo que quieras, lo que desees saber está ahí. Al menos, eso es lo que dicen algunos rumores.

Es mucho mejor de lo que quería escuchar.

—Theo... Es que yo...

—Ni lo pienses.

—Déjame terminar.

—Ya está dicho: no. No te vas a exponer en medio de otra pelea sin sentido.

—Lo que sucede es que ya estoy dentro.

Se paraliza.

—¿Qué?

—En verdad... aún no —suelta una bocanada de aire y se tranquiliza—. Pero tengo pensado aceptar y es porque tengo una teoría.

No contesta.

Sin embargo, lo que digo a continuación lo pone tenso y cambia rotundamente su expresión:

—Creo que será la clave para encontrar a Jacob.

TRACY

Octubre

—No puedo creer que me hayas metido por la fuerza a tu habitación.

—Recuerda que no duermo sola, Stefano.

—Pero ahora lo estás. Digo... Lo estamos.

—Bien, mira, si estamos aquí trasladando el montón de cuadernos desde la biblioteca es porque tenemos que entregar este trabajo mañana y tú no quisiste hacerlo antes.

En ese instante cambia su gesto a uno de sorpresa.

Si decidí hacer este trabajo con él es porque mi verdadera primera opción fue Juliette pero ella se buscó otra compañera considerando que yo debía estar con mi «novio». No importa cuántas veces lo niegue. Es ley que, si una chica nerd, soltera, evidentemente virgen, se habla con el más rudo, necesariamente se encuentran saliendo en secreto. Es esperable que piensen eso: hemos crecido leyendo novelas y viendo películas de ese estilo.

—Linda cama, nena. No me imagino las cosas que harás aquí... Tú sola, por supuesto.

Mis mejillas arden. Él me guiña un ojo y se recuesta en mi cama. Yo me siento en la silla frente a un pequeño escritorio.

—Si seguimos el listado de preguntas, vamos por la séptima de diez. En teoría, podríamos terminar en menos de dos horas —vuelvo al asunto que nos convoca: el trabajo.

—Tiempo suficiente para...

—¡Ya! Ponte serio, por favor.

Aunque las Tracys de mi interior se sonrojan con cada intento de ligue que lanza él.

Y la exterior también, no eres ninguna santa.

—No entiendo por qué Evans nos manda trabajos tan largos —se queja.

—No lo sé, pero en el punto que sigue a continuación pide un cuadro

comparativo entre las características del Barroco y...

—Tengo hambre. Pidamos pizza.

Okay, no me está escuchando. He hecho hasta aquí prácticamente todo yo sola a excepción de algunas preguntas que él pudo responder con mínimos aportes.

Suspiro.

—Pide pizza pero por favor colabora con esto. En ocho horas debemos entregarlo y en la biblioteca nos tuvieron muchísima paciencia como para quedarnos hasta tan tarde.

—Eso es cierto —se sienta a orillas de la cama—, cuando yo iba a la escuela eso no...

Se queda ahí.

No sigue hablando.

Stefano se queda mirando al horizonte como si estuviera recordando algo de importancia. Hacer este trabajo práctico juntos está acortando las distancias impuestas desde aquella vez en que se negó a ir a la oficina de Evans.

—¿Qué ocurre? —le pregunto.

Pestañea.

Sus ojos vuelven a tener dirección y me mira. Luego se levanta y se sienta en los pies de la cama para estar más cerca.

—Nada. Sigamos con esto así lo podemos terminar pronto —responde, dejándome asombrada.

—¿Pero no ibas a pedir pizza?

—Preferiría... preferiría que terminemos pronto. ¿Un cuadro comparativo, dices?

—Oye —le busco la mirada. Tiene las pupilas inyectadas, sus párpados están decaídos y por primera vez puedo mirarlo a los ojos sin sentir vergüenza. Es una mirada tan triste que solo puede delatar un corazón hecho pedazos—. Eres de Iconic, ¿cierto?

Me observa.

—¿Yo te lo he dicho?

—Eh... ehh... No, pero lo supuse —miento.

—¿Fuimos vecinos?

—Sí —mentira por dos.

—Qué extraño. Hasta el primer día, nunca antes te había cruzado.

—Es que... yo...

—Eres dos años menor. Debería ir un año adelantado en la universidad pero lo perdí por razones personales, eso prueba quizás el hecho de no haber sido compañeros en la preparatoria.

¿Eh?

—Exacto —«No tengo idea de qué estás hablando».

—Pero podría haberte visto en fiestas —señala.

Me sorprende que ahora la que esté dando información sea yo. Información falsa, por cierto.

Lástima que sea tan mala mintiendo:

—Es que yo nunca salí mucho.

Bueno, una verdad que sostiene una mentira es algo piadoso.

—Tiene sentido —cede por fin.

Claro que lo tiene. Si salía tan poco que me cruzaba a vecinos y no los conocía exceptuando a Charlie y su familia.

—¿Y a qué venía tu pregunta? —añade.

Se cruza de brazos y mira la pantalla de mi computadora portátil aunque no haya más que una ventana abierta y los puntos de nuestro trabajo.

—Creo que recordaste algo de tu escuela y... No lo sé, probablemente hayamos asistido a la misma.

—No es sobre la escuela. Recordé algo de mi adolescencia.

—¿No tiendes a pensar muy seguido en eso?

—No.

—¿Y quieres hablarlo ahora?

—No.

—¿Por qué?

Bien, luego no preguntes por qué tienes a medio mundo atrás queriendo matarte.

Shhh, esto es importante.

¿Importante para ti?

Algo así. Podría corroborar mi teoría de que Theo se equivoca respecto a él, de que todo el mundo se equivoca.

—Suerte que no decidiste estudiar para psicóloga —me responde—. Serías muy ansiosa y poco prudente.

—Yo creo... Nunca he ido al psicólogo, pero me gustaría tener a alguien a quien contarle mis problemas. Perdí a mis amigos cuando me vine a vivir a la IVU.

La verdad es que a mi única mejor amiga la perdí en el instante en que su

novio se fijó en mí. Los chicos del Club de Lectura solo eran amistades dentro de la escuela exceptuando a Carl y a Charlie. Ellos siempre han sido verdaderos amigos.

Mejor descartemos a Charlie también.

—Este fin de semana es de padres —inquire Stefano—. ¿Irás a Iconic?

—Eso creo —me hundo de hombros—. Mi mamá está muy atareada con los preparativos; va a casarse en enero y se encuentra un poco sola en ese sentido. Me gustaría ayudarla. Además, tengo un par de caras conocidas en Iconic a quienes extraño la mayoría de los días.

—Me acabas de decir que no conoces a tus propios vecinos.

—A algunos sí.

Me atrapó.

—Está bien... Yo también iré a Iconic y, si quieres, puedo proponerte una cosa.

El tono en que me habla es agradable aunque por algún motivo me causa miedo o ansiedad, o una mezcla de ambas cosas. ¿Qué opinaría Theo si aceptase una propuesta de Stefano?

Tengo que poner mis condiciones:

—Claro, solo dime.

Lo intento. Juro que lo intento.

—Durante el fin de semana para padres visitaré a un tío en las afueras de Iconic. ¿Quieres acompañarme alguno de esos días?

—¿Y me presentarías como tu novia? —bromeo soltando una carcajada. Que se detiene cuando responde:

—Me gustaría hacerlo.

Oh, mierda.

Sus ojos me miran con firmeza. Logran sostenerme la mirada y soy consciente de que mis pupilas están temblando mientras se derriten en las de él, tan negras como la noche misma.

—Yo... Stefano... —murmuro con un hilo de voz.

No quisiera herir sus sentimientos pero desconozco hasta qué punto este hombre me está hablando en serio o me toma el pelo.

—Dime.

—Es que yo, en verdad... estaba...

—¿Bromeando?

Suelta una carcajada. La tensión pasa a ser una sensación que ronda la humillación y la vergüenza o una en consecuencia de la otra.

—Yo también —añade.

De pronto me doy cuenta de que estuve conteniendo el aire y lo dejo escapar, a la vez que pongo en tela de juicio cuánto de verdad tendrá eso...

—¿Crees que presento chicas de un día para el otro? —me pregunta esta vez observando la pantalla de la PC.

—No lo sé —me encojo de hombros y dejo que mi pelo alborotado caiga hacia adelante cubriéndome en parte el rostro.

—Si hoy te presento a ti, no puedo volver a la próxima y decir: «No sé qué ocurrió con la chica de la vez anterior».

Pues, me gustaría que, si me presentan alguna vez como la «novia de», fuese con nombre y apellido en lugar de «la chica».

—¿A cuántas ya has presentado?

Bocona.

Sé que no es un tema en el que deba meterme, pero oportunidades como estas para saber de su vida sin que se lo tome a mal no se presentan dos veces.

Yo creo que en verdad usas excusas para tus intereses personales.

¿En verdad no tienes un interruptor que diga APAGAR?

—¿A quién? —murmura Stefano—. ¿Si he presentado una novia a mis tíos o a mis padres?

Ay, no. Metí la pata y lo último que deseo es incomodarlo con su difunta familia.

No respondo, aunque lo hace por mí:

—Con mis tíos nunca, pero mis padres conocieron a una chica con la que salía. Eso fue hace... dos años. No resultó una presentación formal como la que te imaginas o, como supongo, habrás tenido con ese chico con el que sales.

—¿Quién? ¿Theo?

—El imbécil de los tatuajes. Debí haberle roto la nariz o la mandíbula en la fiesta de los Delta.

Terminó con una ceja abierta.

—Él no es mi novio.

—Lo mismo les dije a mis padres sobre... *ella*. Pero no me creyeron.

—¿No apoyaban tu relación?

—A ellos les daba igual. El problema eran otros.

No sigo preguntando. Sé a dónde va la conversación, a quiénes se refiere.

—Debo estar agradecido porque los tuve cuando los necesité —prosigue—. El asunto es que luego sucedieron hechos horribles y, lo que es peor, me culparon de cosas que jamás hice...

—No tienes que hablar de eso si no quieres —intento no incomodarlo. O bien no deseo que sus verdades me incomoden a mí.

Pero no me hace caso.

—¿Sabes lo que sucedió luego? —pregunta.

—¿Luego de qué?

—De que conocieron a la chica con quien salía en ese entonces.

—Stefano...

—Ellos murieron.

No respondo. Pero me muestro atenta y algo aterrorizada a lo que tiene para decir.

—Me culparon de su muerte. De la muerte de toda mi familia. De mi madre cuando apareció colgada en el jardín. De mi padre cuando lo encontraron con un corte en la garganta en la bañera de casa. De mi hermano pequeño cuando los pedazos de su cuerpo fueron hallados en bolsas de residuo en un bote de basura, como si fuera un poco de mierda. ¿Te haces una idea del infierno que viví?

—¿Tú... tú dónde estabas...?

No sé de dónde saco el valor para preguntarlo, no obstante la pregunta sale de mi boca y tengo la piel de gallina a medida que la historia macabra es develada.

Cuando crees saberlo todo, siempre hay algo que te hace perder el equilibrio y quedar en el abismo del comienzo.

—¿Que dónde estaba cuándo, Tracy?

Se acerca tanto a mí que percibo el olor a tabaco aún más fuerte que al de vainilla, tan característico en él. Habla y sus palabras salen intensas como el ritmo de mi respiración acelerada.

—Yo no quise...

—Habla —insiste. Me sostengo con fuerza a los bordes de la silla para que no se note que estoy temblando—. Dónde estaba yo ¿cuándo?

«Ya lo sabes».

Ya sabe a qué me refiero.

—Que dónde... estabas tú... en el momento en que los encontraron.

Trago saliva pero el nudo en mi garganta, el horror, la angustia siguen ahí.

No se van.

Acto seguido responde:

—Me encontraba tirado junto a la piscina del patio. ¿Y sabes qué tenía en la mano?

—...

—Un cuchillo.

—Ste... Stefano...

Me estás asustando.

—¿Y sabes quién estaba ileso esa noche?

Hazte a un lado. Por favor.

—Yo. Con sangre en todas partes. En mi ropa. En mis manos. En el cuchillo.

Necesito aire. Necesito salir corriendo.

—¿Y sabes qué ocurre con las chicas que preguntan demasiado?

*****Este mensaje tiene carácter de urgencia*****

Para: Tracy Smith

Asunto: Confidencial

De: Dr. E. L. Evans

Enviado: Lunes 2 de octubre 12 a.m.

Buenas noches, señorita Smith.

Recién veo en mi bandeja de mensajes recibidos el suyo y no se hace una idea de cuánto me honra saber que ha realizado la elección correcta.

Será un placer tenerla de nuestro lado, es dar un paso más en la decisión que tomó en el momento en que se unió al Triángulo en punta.

La pongo en copia de los días, horarios y sector de la universidad en los que va a encontrar al comité de manipulación de datos que pertenece al área de extensión universitaria. Si desea saber algo o tiene dudas, tiene total confianza para ponerse en contacto conmigo o con cualquiera de los chicos que forman parte de este fabuloso equipo.

Como requisito, lleve sus papeles de inscripción a la IVU, alguna identificación para añadirla al sistema y su computadora portátil. Si no cuenta con una, podemos tramitarla con Asuntos Estudiantiles o Administrativos.

Sin más que agregar, me despido y espero verla mañana. Si no es en el salón de

clases, será en el comité.

Por cierto, ¡bienvenida!

Juro que no se arrepentirá. No conozco a nadie que se haya ido del grupo.

Un saludo.

E. L. Evans.

Doctor en Letras e Investigador en Lenguaje.

Iconic Valley University.

Este mensaje no debe ser respondido.

57

TRACY

Antes de iniciar la clase de Evans, me cruzo a Stefano, que no me saluda pero me dedica una extraña risita. Es muy propio de él sostener el enigma, el misterio, la seducción pero últimamente desconozco si me provoca más miedo que pasión. Conserva su enorme atractivo pero, luego de las revelaciones de anoche y las frases a medio terminar, quedé helada. Me costó horrores terminar el trabajo una vez que se marchó.

Ahora elijo sentarme tras Juliette, quien se percata de esto y, mientras el profesor acomoda sus cosas en el escritorio, se da la vuelta y me dice:

—¿Qué sucede?

—Solo quiero ver de cerca.

—Te alejaste de él y te ves muy agotada. ¿Qué te hizo?

La verdad es que hace tiempo una amiga no mostraba interés por mi bienestar.

—¿Te conformas si únicamente te pido que seas mi pareja de trabajos de ahora en adelante?

—Yo... Bueno, tendría que hablar con Olivia, pero ella tiene otra amiga que está sola así que no habrá problema, supongo.

—Gracias —le sonrío.

Entonces la voz de Evans se impone por encima del resto y dice:

—Pueden dejar sus carpetas sobre el escritorio.

Juliette se da la vuelta y, cuando me levanto, noto que Stefano también lo

hace. Deja la suya sobre el escritorio y vuelve a su banco. Miro la carátula antes de dejar la mía justo sobre la suya y noto que hizo un trabajo práctico donde él es el único integrante.

Acto seguido regreso a mi lugar, busco un bolígrafo y tacho su nombre con frenesí hasta romper la hoja.

Doy tres golpes a la puerta en el despacho de Evans después de la clase y espero. Se ve luz que sobresale en los bordes, lo que es buen indicio, al igual que su voz al permitirme la entrada.

Giro la perilla e ingreso. Está del otro lado de su escritorio tecleando algo en su portátil, con unos libros abiertos a un costado.

—Señorita Smith, pase. Tome asiento —me ofrece.

—Agradezco que me reciba —murmuro y mi tono va impregnado de más timidez de lo que desearía.

—Supongo que su visita se debe a que recibió mi e-mail.

Asiento.

Llevo un sobre marrón, que dejo a un costado del montón de libros acumulados sobre la mesa.

—Lo que me pidió y algunos certificados —le explico—. Espero que sean de utilidad.

Él me mira, luego a los papeles, vuelve a mí y sonríe. Si antes era Glorious con el cuerpo, ahora lo soy con la ley y todo lo que esto ampara.

Evans saca algunos papeles, los ojea, teclea algunas cosas mientras se toma un momento para leerlo.

—En efecto, su planilla curricular es brillante —me incomoda—. Estoy seguro de que será una enorme pieza de valor en nuestro grupo de investigación.

—¿El comité de manipulación de datos?

—Oh, claro. Pero desde ahora se llamará IIMD.

—¿Qué significa...?

—Investigación Intensiva en Manipulación de Datos. Nuevamente bienvenida. Puede acceder cuando guste, ahora mismo Trevor se encuentra ahí por si quiere pasar y que le muestre las instalaciones. ¿Qué opina?

Falto a la clase siguiente y me tomo ochenta minutos para ir a encontrarme con el tal Trevor en el subsuelo abierto del edificio sur, donde tengo mis clases de Investigación. Al parecer, el área de extensión en la IVU se

encuentra muy ligado.

Justo antes de llegar al alambrado que divide el límite del campus con el exterior, encuentro unos escalones que me permiten ir dos pisos hacia abajo, hasta el punto en que la altura del edificio ya no permite la entrada de luz solar pese a estar al aire libre.

Hay una pequeña fuente de piedra con un ángel al centro que sostiene una vasija de la que debería caer agua; no obstante, está seco, sucio y en parte resquebrajado.

Junto a este hay un chico pelirrojo, delgado y de unos quince centímetros más que yo, con lentes y una chaqueta blanca acompañada por unos jeans azules holgados y un par de zapatos marrones.

A medida que me acerco, mi instinto me indica que debería revisar su brazo para saber si está de mi lado, pero tiene mangas largas, al igual que yo. Me las arremango y él sonrío al verme.

—¿Tracy?! —llama.

Le sonrío y me acerco a él. Tiene una placa pequeña a un costado que dice: «¡HOLA, SOY TREVOR!».

—Sí. Tracy Smith, un gusto.

Le extiendo mi mano, aunque me saluda con un caluroso abrazo, lo que me deja más que sorprendida. ¿Dónde quedaron las formalidades?

No tengo idea de si corresponder o no pero, en mitad de mi dilema, se aparta y sin quitar su risita socarrona de los labios me dice:

—Es de una alegría enorme encontrar a alguien más que se sume al comité. Somos muy afortunados.

—¿Ah, sí?

—Sí, ven por acá.

Nos metemos por una puerta lateral y vamos por unos cuantos pasillos con olor a humedad, mientras se explaya un poco más:

—Evans me ha contado que estás informada sobre las dificultades que hemos tenido para sumar Glorious con alto mérito académico y que inspiren confianza. Este sector no puede ser abierto a cualquiera.

—¿Y qué vieron en mí?

—Eres mujer, tienes buen rendimiento y me han dicho que pareces muy discreta.

—¿Tiene especial interés el hecho de ser mujer?

—Claro. Todos somos varones.

Una vez que atraviesa algunas puertas, caigo en la cuenta de que cada vez

hay menos gente, hasta que todo el mundo desaparece como el día en que Theo me condujo al salón de clase donde luego me hizo... *eso*.

—Disculpa que te haga caminar —se excusa—, pero el acceso no puede estar al alcance de cualquiera, menos teniendo en cuenta algunos antecedentes peligrosos. Ya sabes, vandalismo o estudiantes con características criminales.

—Descuida —respondo—. Estoy acostumbrada a los cuentos de terror.

Me mira y sonrío.

Por último encontramos una puerta un poco más grande que las comunes, con un enorme triángulo en punta, de hierro y con un halcón de garras abiertas al centro.

Es un escudo.

El escudo de los Glorious. Y por algún motivo me siento protegida.

Se parece al escudo que está grabado en el portón de entrada al campus, sin embargo ese presenta un triángulo invertido que me da una idea de lo que puede significar.

Distinto a las puertas anteriores, esta no tiene cerradura común sino una ranura con teclado al costado para pasar una tarjeta, como en las habitaciones de las residencias.

En el instante en que digita unos números, la puerta se destraba y la empuja. Se nota que es pesada.

De pronto veo un montón de pantallas, computadoras, estanterías con libros y una cafetera al costado.

No es muy acogedor pero el aire intelectual le confiere su atractivo.

—Vaya —murmuro anonadada, observando todas las máquinas de última generación y unas enormes pantallas que muestran estadísticas.

—Quizá te impacte si ves muchos números. Tres somos estudiantes de Ingeniería. Evans es especialista en Lenguaje y solo nos faltabas tú.

—¿Y en qué podría aportar, precisamente?

Él se encoge de hombros.

—Desde tu subjetividad —me responde—, lo que sea. ¿Qué te interesa averiguar?

Novelas. Sagas. Romances. Editoriales. Ficción juvenil.

—No creo que mi interés pueda aportar demasiado —murmuro, rendida ante mi enorme incompetencia.

—Lo que necesites aprender será a su debido tiempo, con su debido entrenamiento. Ahora dime, ¿cuál es tu interés? ¿Qué te apasiona? ¿Qué datos te interesaría indagar y manipular?

—Bueno... Promete que no te vas a reír.

Él me señala un cartel colgado en una pared lateral que dice: «REGLAS DEL IIMD. PRIMERA: RESPETO POR LA SINGULARIDAD DE CADA UNO. NO HAY DOS PERSONAS IGUALES, POR LO TANTO, TODOS TENEMOS ALGO QUE APRENDER DEL OTRO Y EL OTRO SIEMPRE TIENE ALGO PARA APRENDER DE UNO».

Ya me caen bien. Y por la segunda ley, me caen mejor: «EL CAFÉ ES NUESTRO GRAN ALIADO».

—Entiendo —vuelvo a Trevor. Ahora que me detengo para observarlo mejor, noto algunas pecas en sus mejillas y vellos rojizos en la quijada—. Me gustaría saber cuáles serán las próximas novelas en publicarse y cuáles las más exitosas según los valores del mercado.

—Me parece excelente. ¿Qué es lo que más te gusta de una novela?

—Hummm, los conflictos. El romance y los buenos finales.

—Conflicto. Genial. ¿Y cómo crees que eso potenciaría nuestra búsqueda de aprender a manipular datos?

—¿Te refieres a encontrar la Base de Datos?

—¿Evans ya te habló de eso? Estás bien informada. Eso nos ahorrará algunos pasos.

—Está bien. Y creo que podría ser de ayuda debido a que la ficción siempre nos ayuda a encontrar soluciones creativas —por un momento, noto que en verdad Charlie y Newt están hablando en mi lugar. Realmente tenían razón cuando el año pasado se metieron al Club de Lectura e iniciaron un debate sobre la utilidad de leer ciencia ficción, fantasía y novelas negras.

—Genial aporte, nunca lo había pensado así. ¿Ves? Yo creo que serás una herramienta muy válida para el proceso.

Su sonrisa le hace los ojos más pequeños, lo que me hace recordar a Carl. Creo que la situación me genera un poco de nostalgia.

—Mira —señala una computadora a su derecha—. Esa será tu máquina mientras estés aquí. ¿Tienes computadora personal para cuando desees llevarte algo de trabajo a casa?

«A casa».

—Sí, sí —la saco de mi mochila.

—Bien. De momento no la necesitarás, a excepción de que quieras llevarte datos que no estén protegidos bajo la exclusividad del IIMD.

Quisiera saber cuáles son esos datos, sin embargo, él se adelanta y me señala sentarme frente a la enorme pantalla. Está todo en azul con un

rectángulo y una lupa.

—Puedes realizar tu primera búsqueda.

—¿Sobre lo que yo desee? —le pregunto.

—Lo que desees.

—¿Hay más información que en Google? —bromeo.

—Podrías localizar a tu perro extraviado hace diez años, pero no lo tenemos todo, obviamente.

Mi risa tonta se detiene y, mientras observo el teclado con mucho interés, mi mente hace un *clic*. Las palabras de Trevor me acaban de sugerir algo.

Así que escribo las primeras cuatro palabras que se me vienen a la mente:

JACOB. TACHAS. BAD. BOYS.

58

TRACY

Lo primero que me aparece es una ficha con la foto de Tachas y mi corazón da un vuelco al caer en la cuenta de lo sencillo que es sin siquiera conocer su apellido. También aparece un mapa que me señala Iconic Valley y un cursor justo encima de una intersección de calles que señala la preparatoria donde cursamos y otro con un domicilio que supongo debe haber sido el lugar donde mi amigo residía.

Necesito esto.

—Eres muy audaz por hacer semejante búsqueda justo aquí —dice Trevor.

El punto es que su tono desafiante no logra sacarme de mi ensimismamiento.

—¿Quién es ese chico? —insiste.

—Un amigo. Tach...

Pero me quedo en silencio en el instante en que leo en la base superior de la pantalla que la búsqueda se ha realizado sobre una sugerencia: «Quizás usted ha querido decir: JACOB LANDON. BAD BOYS».

THEO

Vincular a su amigo con la búsqueda de Tachas no me resulta una buena idea pero me veo obligado a asumir que ya es parte del «equipo».

No sé cuánta información esencial podría aportar: saber que está de visita en la ciudad me pone los pelos de punta. ¿Qué quiere? ¿Qué necesita de ella?

De todas formas, pasar por el bar-licorería un lunes por la noche es el punto positivo.

Llego media hora antes para poder disfrutar de un Gin Tonic a solas. Perfecto para calentar el cuerpo en un día tan frío de otoño. Ya se ve venir un invierno crudo para este año.

De pronto vibra mi celular sobre la mesa y encuentro un mensaje de Tracy, aunque no lo abro ya que alguien se ha puesto de pie delante de mí a la espera de mi atención.

—¿Theodore?

Levanto la cabeza y lo encuentro.

—Carlos —lo saludo.

—Soy Carl.

Toma asiento a mi lado, pegados a la barra, y se quita un saco de paño que deja reposar sobre su regazo. Hace lo propio con un gorro de lana y guantes que guarda en una mochila y la deja reposar a sus pies.

No lo miro directamente pero soy consciente de que ha sacado un cuaderno con anotaciones y busca algo específico.

—Amigo —le habla el cantinero—, ¿qué se te ofrece?

—¿Qué hay? —lo mira con atención a través de sus enormes lentes—. Quisiera ver la carta, por favor.

—Ja... Usted elige lo que quiere beber, señorita. Tiene jugo de cucarachas del excusado, sudor de borrachos en la cantina o el mío luego de que estrujo una toalla —se burla el idiota.

Y evidentemente su sarcasmo es algo que Carlos no comprende.

—Una cerveza está bien —me interpongo—. Yo pago, Bill. Haz lo tuyo.

El cantinero ya es todo un conocido. Desde que entré a la IVU, este bar se ha convertido en un segundo hogar para mí, al igual que para unos cuantos que

vienen cada vez que juegan los Dixxons.

Bill, un tipo gordo, pelado, con un tatuaje de ancla en el brazo izquierdo y un sentido del humor que pocos comprenden, se marcha dejándonos a solas.

—¿Qué tienes ahí? —le pregunto a Carl.

—Anotaciones, información. Algunos datos de interés.

No me digas.

—Ajá —murmuro—. ¿Y?

—Creo que Tracy te ha comentado algo...

—Y viceversa. Jacob es un imbécil, pero me cae bien y no me gustaría que se encuentre con las personas equivocadas.

—¿Lo proteges?

—No —doy un nuevo trago hasta terminarme lo mío. Bill trae la cerveza de «Carl» y la deja sobre la barra.

—Muchas gracias —responde él.

Creo que el cantinero desagradable quiere emitir algún tipo de broma al respecto pero le hago un gesto con la mano en señal de que puede irse. Y lo hace.

—Jacob es muy autosuficiente —añade Carl—. Pero esta vez estoy casi seguro de que necesita ayuda. Es como si lo hubiesen borrado de la faz de la Tierra.

—Cierto. No es una persona que dependa emocionalmente de nadie y eso me agrada.

—No es de hielo... Sí que tiene sus emociones.

Lo miro de reojo.

—¿Y de dónde se conocen? —le pregunto.

—A Tracy la conocí en el Club de Lectura. Los dos teníamos cierta fascinación por las novelas juveniles y la comedia romántica, hasta que un día coincidimos en la asignatura de...

—Me refiero a Tachas. De dónde lo conoces a él.

—Oh.

Se queda en silencio y toma el jarrón con cerveza.

—Wow —murmura mirando el líquido espumoso—. Es demasiado y se la ve...

Al notar que no contesto, toma el recipiente y se lo lleva a la boca, pero un instante después lo aparta con una terrible expresión de asco.

—¿Y qué tal? —le pregunto.

—Aaarrggggg —parece que hubiera succionado un limón—. Es... es...

extraña.

—Pásamela.

Carl se deshace de esto con gusto y le doy un largo trago a su bebida. Siento que me golpea directo en la cabeza, pero luego de un ligero mareo mi mundo se reacomoda y saco mi billetera.

—¡Bill! —lo llamo—. Aquí tienes lo tuyo. Deja el vuelto para la próxima.

Él se acerca y mientras nos ponemos de pie con Carl y tomamos nuestras cosas, el cantinero busca el jarrón y el vaso para añadir:

—Es un placer recibir clientes nuevos.

Suelta una carcajada.

—¿Adónde vamos? —pregunta acomodándose nuevamente el saco de paño.

—A dar una vuelta.

—¿Adónde?

—¿Siempre haces tantas preguntas? —mi idea es ir en busca de la chica que puede sernos útil.

—Yo... Lo siento.

Ahora veo por qué se lleva tan bien con Tracy.

Una vez que estamos dentro de mi auto, enciendo la calefacción y dejo mi chaqueta en el asiento trasero.

—Puedes arrojar tus cosas atrás —le indico poniendo el motor en marcha.

—Está bien, descuida.

Se quita los guantes pero no el gorro de lana. Sostiene su mochila y el saco sin ceder a librarse de ellos.

—Sigues sin responder a mi pregunta —le indico mientras doy marcha atrás.

—Yo... Bueno... ¿Que cómo conocí a Jacob?

—Sí.

—¿Tracy no te lo ha contado?

—No.

—Vaya. Creía que sí, pero no tendré las cosas tan fáciles...

—¿Qué ocurre? ¿Es tu hermano?

—¡No!

—¿Tu primo?

—¡Tampoco!

Lo miro a los ojos cada tanto pero no responde. El pobre contacto visual es

señal de que, en efecto, tiende a la timidez, lo que no me sorprende viniendo de él.

—Digamos que es un viejo amigo.

—Ah.

—¿Se entiende?

—Sí. También es mi viejo amigo.

Tuerce el gesto pero no agrega más nada.

—¿Y qué me ibas a mostrar en ese cuaderno que sacaste hace un rato?

—Oh, es verdad.

Vuelve a su mochila y lo extrae nuevamente. Se acomoda los lentes para a continuación leer:

—Primer dato: llamadas a su celular. Familiares, personas allegadas o amigos.

—¿Familiares? —pregunto—. Jacob no tiene a nadie. Está solo.

—Es verdad.

—¿Lo sabías?

—Sí. Contacté con los amigos con quienes se supone que se veía y un tal Neo me dijo que ya no vive con ellos.

—Claro que no.

—Pero esto no lo sabía hasta hace un par de meses atrás.

—Okay, prosigue.

—Segundo dato: contacto con posibles parientes políticos o personas que puedan ofrecer un dato de procedencia.

—¿Y?

—En mi segunda llamada a la extraña casa llamada Bad House, una tal Audrey me sugirió que contactara al orfanato donde creció Tachas.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y en mi tercer llamado me dijeron que era un loco psicópata y que, si volvía a llamar, iban a matarme.

—Déjame adivinar. ¿Audrey otra vez?

—No. Dominic.

—Ah. Ya.

—Conseguí el contacto del orfanato.

—¿Y?

—Era información confidencial así que acudí en persona y luego de rogarles durante un largo rato me señalaron por lo menos cómo llegó ahí. Un sujeto lo llevó de pequeño, en una fría noche de invierno, envuelto en una

cobija y con un dulce en la mano.

—Vaya, cuánto detalle.

—La mujer que lo recibió en su momento ahora es directora del orfanato.

—Mira —murmuro y bostezo.

Pero el sueño se va de repente cuando él continúa:

—El punto es que pregunté quién lo había llevado y me pasaron el nombre.

El asunto es que... supuse que tú lo conocías.

—A ver, dime.

—El hombre que lo llevó se llama Henry.

De pronto, clavo mi pie en el freno.

Suerte que tenemos puesto el cinturón de seguridad si no nuestras cabezas ya se habrían estampado en el parabrisas.

Parece que lo asusté ya que se ha puesto tan pálido como pasta para hacer papel.

—¿Qué sucede? —pregunta sorprendido.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Cuál es el apellido de ese individuo?
¿Por qué demonios dices que yo puedo conocerlo?

—Ehh... Ya, pero no te alteres.

—Habla, demonios, habla.

Mis ojos están inyectados en sangre y fijos en él, quien agacha la cabeza y se reacomoda los lentes.

—Es... Henry Landon.

—¡¡¡OHHH, MIERDA!!!

Le doy un puñetazo al volante, que queda zumbando al igual que mi cabeza.

—¿Quién es? —insiste el muy rompelotas.

—¡¡¡ESE HIJO DE PERRA ES MI PADRE!!!

60

TRACY

—Por favor, Theo, contesta. Contesta.

Sostengo el celular contra mi oído, sin embargo nada sucede hasta que me «ilumino» y marco el número de Carl.

—Tracy —responde al segundo timbrazo—. Suerte que llamas.
—Carl, ¿va todo bien? ¿Fue Theo a Iconic?
—No, pero tengo que comentarte un asunto...
—¿Cuándo llegaste? ¿Por qué no me dijiste?
—Escucha, ocurre que...
—Podrías haberme explicado. ¡Estaba preocupada! ¿Podemos hablar seriamente?
—Por dios, Tracy, ¡¡¡Theo va a matar a su padre!!!

AUDREY

Me miro al espejo algo sorprendida aún por el impacto que me genera cambiar mi apariencia.

El pelo que antes era verde ahora se encuentra muy cerca del celeste y tan corto que me llega al cuello, cortado como en regla. Obviamente que los estilos serios no son lo mío, así que me recojo el cabello en un rodete rojo y veo los costados rapados en el reflejo que me devuelve el espejo del baño.

Le sonrío a mi yo del espejo, contenta con el cambio, y mis dientes blancos brillan como los colmillos de un felino salvaje. Pero aun así no termino de identificarme con esa persona al otro lado. Volveré algún día al verde, es mi color y, de algún modo, hace a mi personalidad.

Antes de salir, controlo que mi pecho esté lo suficientemente levantado por el sostén y que las dos líneas de encaje rojo se dejen ver.

Después abro la puerta y la presencia de una loca, alta y estúpida mujer se me cruza por delante.

—¿Qué demonios?!

—¡Audrey!

Veo mis ojos en su mirada. Ella, que resulta muy similar a mi viejo yo (solo que con más trasero y altura), me abraza estrujándome las mejillas en sus pechos.

—No sabes cuánto me alegro de volver a verte —me dice.

—¿En serio?

—No.

Me aparta y camina por toda la habitación con sus tacos resonando en el suelo. De pronto la detengo y la interpeleo:

—¿Cómo demonios entraste, Rebecca?

TRACY

—Carl, escúchame.

—S... Sí.

—¿Theo está ahí contigo?

—Sí. Al final acordé con él que vendría y en cuanto nos vimos se puso como loco.

—Descuida, suele ponerse así.

—No es eso. Creo que algo no le gustó en absoluto.

Sé a qué se refiere.

Algo en mi cabeza genera un chispazo y sospecho que, probablemente, lo mismo que descubrí en el IIMD sea lo que él ha estado investigando. Pero tener el mismo punto de partida no siempre significa llegar al mismo destino, ¿verdad?

—Carl... ¿Dónde estás?

—Hemos pasado por su residencia. Subió a buscar algo y solo espero que no sea un arma o algo parecido.

—¿Theo ha bebido?

—Una cerveza, pero antes se pidió algo fuerte y desconozco si ya venía con un par de tragos encima.

Santo cielo.

Theo no es precisamente una «mala persona». No mataría a su padre ni a nadie; lo del video tiene una explicación sensata que me cuesta encontrar, pero lo conozco lo suficiente como para saber que hay algo más.

Distinto es con un arranque de ira.

Distinto es cuando se embriaga.

Distinto es cuando ni él mismo puede ejercer control sobre sí.

AUDREY

—Me crucé con tu amigo Dominic y me dejó entrar. Solo tuve que abrirme el escote para tener acceso premium a tu cuarto.

Me dedica una sonrisa llena de malicia y toma asiento en la orilla de mi cama.

—Hermanita...

Levanto una ceja.

—¿O sea que tienes acceso especial adonde quieras ir con solo mostrar los senos? —la interrumpo.

—Una vez me acosté con un administrativo para conseguir la llave de una habitación. Me parezco mucho a ti, ¿no te parece?

Que se refieran a mí como una zorra no es problema. Sí lo es que lo haga ella, que me supera con creces.

—¿Podrías sentarte un minuto?

La observo. Y la sigo observando, sin siquiera cambiar el gesto.

—Por favor —añade.

—Un minuto.

Convengo a su pedido y tomo asiento a su lado. Me busca las manos, aunque les escapo y simula haberse ofendido:

—No puedo creer que sigas mal porque Theo te haya dejado. No tengo la culpa, lo juro.

—Tú eres quien está cerca de él ahora.

—Después de todo, primero fue mío e incluso formalizamos una relación. Contigo no fueron más que unas noches —contraataca.

—No es cierto. Theo no tiene novia. No formaliza ni formalizará con ninguna chica jamás.

—Oh, creo que te equivocas.

—¿Qué?

—Tiene una amiga demasiado cercana en la universidad y por eso he venido.

TRACY

Casi puedo escuchar los jadeos de Carl al otro lado. Su respiración nerviosa, su ritmo agitado, al igual que el mío mientras bajo las escaleras de la residencia a tropezones.

—Carl —le indico—. Por nada del mundo vayas a cortar la conexión. ¿Estamos? Ahora mismo estoy yendo para allá.

—Tracy, pero...

—Que ya voy. Por favor, mantenlo alerta.

Llego hasta la puerta. Una vez que al fin puedo abrirla y salir, caigo en la cuenta de que no agarré una chaqueta y el frío viento otoñal me impacta en el

rostro. Suerte que al menos llevo una camisa de mangas largas, a las que me aferro con fuerza.

—¿Q... qué le... di... dijiste? —le pregunto a Carl.

—¿Estás temblando?

—R... responde..., Carl.

AUDREY

—¡¡¡NI LOCA!!!

—Vamos, no puede ser tan malo.

Me levanto de la cama de una gran sacudida y me tomo de los pelos como si fuese a arrancármelos del cuero cabelludo.

Rebecca se incorpora y va tras de mí mientras doy vueltas en el cuarto totalmente frenética.

—NO. NO Y NO. ¡DEFINITIVAMENTE, LO QUE TE METES EN LOS SENOS TE LLEGÓ A LA CABEZA!

—¡Es un buen plan! Además, tuve asesoramiento exclusivo de los jefes.

—Ya perdí a Theo por esa mierda de ponerme en contacto con ellos.

—Lo bueno es que esta vez contamos con ayuda de un amigo.

—¿Qué?

Mi hermana se acerca.

¿Quién puede estar involucrado además de nosotras? Sería un placer eliminar a la Santa Smith del mapa, pero no me interesa volver a entrometerme con esa mierda.

—La estúpida tiene protección de ellos —le digo.

—Ese es el punto.

—¿¿Quieres que nos maten?? Son más fuertes que nosotras e incluso que tu amiguito.

—No es cualquier amigo...

—¿Lo conozco?

—Tal vez...

De pronto suelto el aire que vengo conteniendo y mi cabeza queda hecha un lío mientras ato cabos.

—No. Puedes. Estar. Hablando. En. Serio...

TRACY

Corro a toda velocidad por el sendero de piedra que me conduce a la residencia de Theo. Ya puedo ver su coche estacionado afuera.

Mi pecho sube y baja a gran ritmo, como si no hubiera una cantidad de aire suficiente que fuera capaz de llenarme los pulmones.

—Carl..., ¿qué... demonios... crees...?

Necesito saber lo que le haya dicho y ya no encuentro el modo.

Antes de soltarlo me arrepiento por hablarle de ese modo, por lo que contesta con una carga de culpa enorme:

—Es que... Tracy, lo siento. Lo siento muchísimo, no sabes cuánto. Es que yo... Creo que... Jacob es hermano de Theo.

AUDREY

Rebecca me toma del brazo y puedo sentirla disfrutar del sentimiento de triunfo mientras bajamos las escaleras.

—¿Adónde van? —pregunta Dominic, quien está fumando hierba tirado en el sillón de la sala—. Hay bebida en el refri y unas tangas preciosas en mi cuarto. Si gustan...

—Cállate, idiota —le suelto.

Pero Rebecca interviene mientras cruzamos la puerta para salir de la Bad House:

—¡¡¡Es hora de que empiece la fiesta!!!

TRACY

Corremos por los solitarios pasillos de la residencia en busca de la habitación de Theo. Suerte que ya he estado antes por aquí, lo que me ayuda a ubicarme y encontrar el punto indicado.

—¿Crees que no haya encontrado el revólver? —me pregunta Carl mientras miro con atención los números de las puertas.

—No sé si haya subido precisamente a eso pero... —tomo aire—, ¿a qué viene tu pregunta?

—Subió hace un rato. ¿Habrá saltado por la ventana? ¿Se habrá hecho algo él mismo?

Estoy a punto de mandarlo a callar, sin embargo lo que dice tiene tanta coherencia como la realidad que se impone delante de mí. A medida que nos acercamos a la puerta correcta, mi corazón se acelera cada vez más, del mismo modo que el miedo se acrecienta atorándose en mi pecho y en mi garganta.

—¡Por allá! —le señalo.

Busco en el bolsillo trasero de mi pantalón la tarjeta para destrabar las puertas de la IVU. Lo bueno llega cuando Carl empuja la puerta y se abre. Está sin seguro.

La oscuridad que hay dentro impacta en ambos y nos sorprende el silencio. Solo la luz de la luna que entra por la ventana nos ayuda a distinguir que la lámpara que debería ir junto a la cama está destrozada en el suelo y mientras buscamos con la mirada dónde demonios puede haberse metido Theo, un sonido desgarrador nos llega.

—El baño —indico, ya casi sin aire.

La puerta está entreabierta.

Nos acercamos y la empujo. Después entro, con Carl tras de mí. Busco el interruptor de la luz. Antes de poder verlo, el sollozo de Theo me llega como una cubeta de agua fría.

Está sentado contra la pared de la ducha, arrinconado. Esconde el rostro en las rodillas y se clava las uñas en el cuero cabelludo.

—Theo... —murmuro.

Carl se sorprende casi tanto como yo al encontrarlo.

Ya vi su alma desgarrarse en dos ocasiones: primero, durante la discusión en mi casa que terminó en uno de los mayores desastres de mi vida y, segundo, en la clínica de rehabilitación cuando se quiso matar haciendo añicos los vidrios... con sus propios puños.

Corro en dirección a Theodore y mi amigo me toma del brazo pero lo rechazo y, sin pensarlo dos veces, me arrojo a abrazar al chico rudo que llora como un niño sin consuelo.

—¡¡¡Suéltame!!! —grita.

Puedo notar el modo en que su garganta se hiere al emplear ese tono tan áspero.

—Tracy... —me llama Carl—. Creo que deberías hacerte a un...

—Theo, mírame —le pido—. Mírame, por favor.

—¡¡¡NO!!! ¡¡¡VETE!!! ¡¡¡VÁYANSE LOS DOS!!! ¡Déjenme... solo!

Su voz se va apagando en la medida en que el llanto se le atora en la garganta y mis manos le buscan las mejillas. Mi tacto se empapa de inmediato y opto por acunar su rostro contra mi hombro.

—Theo —insisto en el tono más dulce que puedo articular.

Y no digo más nada.

Realmente no sé qué decirle.

Se está deshaciendo contra mi cuerpo y no quiere mostrarme su mirada, su rostro. Cuando caigo en la cuenta de que en verdad la situación lo avergüenza demasiado como para exhibirse así frente a mi amigo.

—Carl —lo miro.

Acto seguido, señalo la puerta en señal de que nos deje a solas un momento.

—N... no... Y si te... —se interpone. Intenta protegerme pero no conoce a Theo como yo. Él no me haría daño a mí aun en el estado de ira en que se encuentra.

Es que detrás de esas máscaras, de toda la agresividad que lleva acumulada, hay un niño herido pidiendo clemencia a su existencia desgraciada.

Carl me sigue mirando, pero cuando distingue que Theo sigue escondido e indefenso con el rostro contra sus rodillas y cobijado entre mis brazos, cede por fin, marchándose y dejándome en claro que estará aguardando por lo que vaya a necesitar.

Le sonrío.

Una vez que cierra la puerta, intento nuevamente buscar el rostro de Theo.

—Hey —murmuro—. Puedes llorar todo lo que quieras. No es bueno guardarse eso.

—No-no lo entiendes —murmura.

Y hace silencio. Solo noto que se sorbe la nariz contra un puño y su dolor se sigue manifestando en sollozos que van disminuyendo su intensidad poco a poco.

—Confía en mí —le pido—. Puedes hacerlo. Confía en mí, Theo.

La última vez que nuestra confianza estuvo en juego, terminé siendo su

amiga. Es un riesgo que ahora mismo estoy dispuesta a correr, considerando que es eso o perderlo para siempre. Hasta que una luz se enciende en mi mente:

—Yo no te voy a traicionar.

La honestidad de mis palabras es tal que yo misma me siento impactada. Cualquiera pensaría que estoy loca por confiar en él, sin embargo, eso lo diría cualquier persona que conozca a Theo superficialmente.

Es como un dulce ácido con goma de mascar dentro. Cuando lo pruebas, en una primera impresión te disgusta, incluso sientes que te hará daño y te quedan solo dos opciones: lo tomas o lo dejas. Sin embargo, si decides darle una segunda oportunidad, lo ácido cede lugar a lo dulce. Aunque las capas duras son difíciles de superar. Incluso podrías herirte si las fuerzas, antes de que cedan por sí mismas.

Eso fue precisamente mi mayor error con Theo cuando lo obligué, prácticamente, a sentir lo mismo que yo. A expresar algo que nunca antes sintió. Cuando lo quise como nunca y se lo manifesté demasiado pronto.

El golpe que recibí con su rechazo me dejó destrozada tal como sucede cuando intentas romper uno de estos caramelos: quizá logres destruir una de sus capas pero también te romperás los dientes. Finalmente encuentras la parte blanda. Esa goma de mascar deliciosa y maleable que te demuestra que aquello que antes era duro e inflexible es en realidad algo que parece haber perdido su forma, su color, su rigidez pero conserva su esencia. Eso, precisamente, es lo que sale a la luz ahora mismo: Theo descubre su rostro y noto en sus ojos rojizos el ardor de tanto llanto.

Hecho que me da la pauta de que necesita a alguien que reacomode todos sus pedazos, sus partes quebradizas, que se deshicieron con duros golpes desde su niñez.

—Oh, Theo... —murmuro.

Ya no llora.

Pero sus ojos grises se encuentran con los míos y son dos cristales con una belleza que... duele.

Mi corazón se encoge y lo abrazo.

—Lo siento tanto —murmuro.

No, no llora. Ya no hay tonicidad suficiente en su cuerpo.

Solo me mira cuando lo aparto y descubro que está en *shock* o algo parecido.

—Yo... yo creo que es una oportunidad —le digo e intento que hable. Que

corresponda de algún modo, pero no lo hace—. Creo que es incluso una señal de que... necesitas *encontrarlo*.

El nombre de Jacob queda latente entre ambos. Él corre la mirada y se muerde el labio inferior.

—¿No lo crees? —lo intento otra vez.

Y para la mayor de mis suertes, corresponde:

—Tracy... ¿lo sabías?

—No, Theo. No. Me enteré junto contigo, a la vez que Carl lo investigaba por su parte, y la verdad ya no se podía seguir postergando. En algún momento se iba a saber.

Vuelven sus pupilas a mí.

—Entonces... ¿entiendes ahora que mi padre es el mayor montón de mierda que pudo existir alguna vez?

Me muerdo la lengua para no soltarle un sermón de que debería entender más a su padre. De que la conducta de las personas tiene sus motivos. De que debe hablar con él.

Pero no lo hago.

—Quizás —contesto—. Pero no creo que sea útil juzgar a los demás por lo que hicieron sino buscar una solución, mirar hacia adelante.

—¿Y qué debería hacer, entonces? Por su culpa mataron a mi hermano... Austin —aclara.

—Hummm, probablemente sea hora de compensar aquella pérdida, quién sabe.

—No, Tracy, no. Lo mataron. Lo fusilaron delante de mis ojos. Lo sepultamos nosotros mismos. Mi madre abrazó su cuerpo bañado en sangre. Y yo era poco más que un niño... No... no estaba preparado para eso, no lo estaba...

La voz se le quiebra y las lágrimas reaparecen en su mirada.

Dejo que su frente caiga sobre mi clavícula y con mis manos le acaricio la espalda en gesto de calidez.

—Una pérdida así no se sustituye con nada —le confieso pensando en que Richard, el futuro marido de mamá, nunca compensará el lugar del padre que no tuve—. Pero a veces ganamos otras cosas, ganamos amigos, momentos felices, situaciones placenteras, ganamos un amor o incluso... —lo pienso dos veces y lo suelto finalmente— una familia.

—Pero no... ¡No está! Solo mi padre sabe qué fue de *él* y el muy hijo de perra no me dirá dónde demonios lo ha escondido.

Ya no habla de Austin sino de Jacob. Tachas. Y es sin tapujos.

Vuelve a apartarse y lo miro a los ojos. A continuación, las palabras fluyen de mi boca por sí solas:

—Eso significa que tu hermano te necesita...

62

TRACY

Acaricio su pelo y lo percibo tan devastado que puedo sentir en carne propia su dolor. Con ayuda de Carl, logramos incorporarlo en la cama. Tengo a Theo envuelto en mis brazos, con mis rodillas juntas y los pies al borde del edredón. Carl se encuentra a los pies, sentado hacia un costado y tomándose los tobillos.

Los tres nos encontramos en silencio, a la espera de que las palabras no entorpezcan el momento.

La ira y sus estallidos de mal humor amenazan con hacerse presentes en cualquier momento, sin embargo, puedo colocar mi mano sobre su pecho, y siento los latidos de su corazón tan acompasados que, de ir más lentos, podría parecer que está a punto de morir.

Tiene los bordes del rostro sudados, los ojos enrojecidos y las lágrimas ya se han secado pero dejan el calor propio de un dolor desbordado.

Los tres estamos bañados por la luz mortecina de la luna y las estrellas que nos llega desde el exterior. Theo en mis brazos. Carl «custodiando». Parecería que, por primera vez, formásemos parte del mismo... equipo.

Pareciera que al fin el ángel y el lobo en la carta que hace tiempo recibí de Theo se hubieran encontrado en la temida caverna para terminar formando una alianza.

—Tiene mi edad.

La voz de Theo nos alarma.

—Él tiene mi edad —repite—. Tachas. Solo soy unos meses mayor que él.

Rebusco en mi cabeza mil cosas para poder contestarle, para preguntarle, quisiera calmarlo, pero tampoco debería detenerlo ni contradecirlo, así que las palabras se chocan en mi garganta sin poder salir.

Si no tienes nada para decir, mejor no digas nada.

Llevas un tiempo en silencio, tú. Aunque hoy debo darte la razón, creo que por fin coincidimos en algo.

Oh, mi cielo. Siempre estoy aquí, solo que tú eres tan idiota que cada vez me escuchas menos.

¿Cómo era eso de que calladita te ves más bonita?

—Eso significa que el muy saco de mierda embarazó a mi madre al tiempo que se acostaba con otra zorra por ahí.

—E... esa mujer a la que llamas «zorra» es la madre de Jacob —interviene Carl.

Me muerdo el labio inferior esperando que Theo reaccione mal, no obstante, se queda en silencio y dice sin un matiz descifrado:

—Tienes razón. Entonces, más zorra fue mi madre.

—Theo, no la conde... —intervengo, pero él me detiene.

—¿Que no la condene? ¿Estás loca? Yo... yo creo... que ella siempre lo supo.

—¿Qué? —suelta Carl.

—Sí, demonios —el enojo se abre paso en su voz—. Esto es un real y verdadero fiasco; yo creo que sí lo sabía. Que siempre supo que se acostaba con otra. Mamá siempre se comportó como si papá fuera todo en su vida y, de alguna u otra forma, el poco dinero que teníamos cuando era pequeño desaparecía. Hubo veces en que se iba de casa el viernes y no regresaba hasta el lunes. Mamá me decía que no sabía dónde estaba, otras veces que se iba por cuestiones de trabajo pero... ¿Y si se iba con *ella*? ¿Con *ellos*? Su otra «familia».

—Pero Jacob creció en un orfanato —intervengo. Esto lo sé porque en algún momento Tachas se lo dijo a Carl y él me lo dijo a mí—. Si es que tenía madre, nunca estuvo para él.

—Sí que tenía —dice Carl—. Cuando investigué, Jacob llegó con cuatro años al orfanato.

—¿Por qué? —pregunto.

Él se encoge de hombros. Y un silencio sepulcral invade todo hasta metérsenos en los huesos a cada uno.

Una idea se abre paso en la cabeza de Theo y la suelta:

—Porque la madre de Tachas desapareció.

Lo observo planteándome la idea de que en Iconic Valley haya gente que desaparece sin más. No mucha, por supuesto, pero es algo que cobró sentido

desde que me enteré de que los bandos enemigos Bad Boys y Glorious son más peligrosos de lo que pensaba.

El poder va acompañado de armas.

Y de cabezas rodando.

—No lo sé... Hay algo más —murmura Carl—, hay variables que se nos están escapando y necesitamos averiguar para terminar de atar cabos.

—No sirve indagar en el pasado —digo en un intento de acompasar los tantos. Sin embargo, ninguno de los dos se toma a bien mi intervención.

—Es mi historia. Eso hace a mi maldita identidad —masculla Theo entre dientes.

—Además, si encontramos las variantes que faltan, podremos saber cuál es el paradero de Jacob.

—Papá lo escondió.

De pronto, tanto Carl como yo nos incorporamos de golpe.

—Enfrenté a mi padre hace tiempo. Dirán que estoy loco pero desde que Jacob llegó a la Bad House... fue mi único amigo. Nunca me entendí tan bien con alguien como con ese idiota. Le tomé cierto afecto y, cuando desapareció, jamás me sentí tan fuera de lugar como en esa casa. Mi padre mantiene contacto fluido con...

Y se queda en silencio.

Sea lo que sea que esté por decir, es para entrar en detalles de los Bad Boys; la presencia de Carl lo detiene. Y esta vez no le puedo pedir que se vaya. Es parte del «equipo» y nos falta una pieza clave para poder terminar de conformarlo: Jacob.

Al parecer, somos nosotros cuatro contra el mundo.

Siempre estuve buscando mi lugar, el momento y el grupo de amigos con quienes me sintiera cómoda, sin embargo nunca me sentí tan a gusto como ahora, con ellos dos, con el chico que amo, devastado en mis brazos; con mi mejor amigo, tan vulnerable antes y fuerte hoy; y con la presencia implícita de Jacob, la única persona que me defendió a cal y canto cuando lo necesité y que me sacó risas entre clases con su forma tan particular de ser.

Le presiono la mano a Theo y murmuro en su oído:

—Ya lo sabe. Dilo.

Suspira.

—Papá mantiene contacto con los jefes. Él me salvó de su condena por liberar a uno de los Glorious secuestrados.

De pronto se me pone la piel de gallina y los ojos se me expanden tanto

como el frío que me cruza las entrañas.

«Los Glorious secuestrados» me remiten solo a una cosa: el video donde la serpiente liberada asesina al sujeto.

Theo prosigue y mi tacto se aparta un poco de su cuerpo.

—El asunto es que nunca supe qué sucedió con él. No me lo quiere decir. No me lo va a contar tampoco.

—Yo creo que lo está protegiendo —murmuro.

—¡Lo está escondiendo!

Estas últimas palabras son una reacción que espero más de Theo que de Carl, quien verdaderamente lo ha dicho.

Miro sus ojos inyectados en sangre y cubiertos por una densa capa de lágrimas, que brilla bajo la luz mortecina de la noche.

—Carl... —murmuro.

«Esconderlo». La palabra ha resonado en él con el mismo dolor que atraviesa su voz.

—¡Tu padre está escondiendo a Jacob! ¡Lo escondió en el orfanato por ser un hijo bastardo! ¡Luego, por haber liberado a ese sujeto! ¿Y ahora por qué lo hace? ¿Por qué lo esconde?

—Porque van a matarlo —opino.

Theo se mantiene en silencio, atento y mirando esta vez a Carl.

Quien añade:

—Lo esconde del mismo modo que mi padre esconde mi condición sexual.

La diferencia es que a Tachas lo esconde para protegerlo. A Carl su padre lo esconde para protegerse a sí mismo.

—Carl, es que... —empiezo. Creo que todos estamos demasiado conmovidos, sin embargo no creo que sea hora de...

Pero él se pone de pie y sale de la habitación.

Theo se sienta en la cama y el ver tan vulnerable a Carl parece haberlo recompuesto. A veces me asusta su instinto protector.

—¡WOOOOOW! —suelta—. Y yo pensaba que era tu novio.

Sacudo la cabeza en una negativa.

Theo busca las llaves de su motocicleta y sale de la habitación. No sé cuál de los tres está más hecho pedazos pero intentamos rearmarnos mutuamente.

De pronto, me quedo sola en el cuarto, mirando el techo y buscando calma...

—Vaya equipo —murmuro y tomo la almohada para hundir mi rostro en ella.

Domingo 9 de octubre

Sangre. El hedor metálico es lo primero que percibo. Incluso antes que el sabor a óxido y a tierra en mi boca. En la medida en que voy tomando conciencia de mí mismo, del entorno y de las sensaciones que me cruzan por el cuerpo, también lo hago de mis recuerdos.

Aunque estos son algo tan confuso que el terrible dolor de cabeza no me permite demasiado.

Muevo las articulaciones de los dedos e intento reincorporarme, aunque no puedo.

La presión en mis muñecas duele casi tanto como el dolor que me cruza por las costillas, las piernas y el rostro.

El pómulo que tiempo atrás recibió el puñetazo de Stefano, vuelve a doler como mil demonios y puedo sentir un corte en la comisura del labio, cuya sangre seca termina en el interior de mi boca.

De a poco intento despegar los párpados y me encuentro con madera. Es cierto. El olor a roble se funde del mismo modo que la sangre y la tierra.

Vuelvo a intentar incorporar los brazos; el dolor en mis músculos se intensifica y se acopla con otro similar en mis tobillos. Intento deshacerme de esto pero es inútil. Estoy atado. No puedo moverme, no como quisiera.

¿Qué ocurrió? ¿Dónde diablos estoy? ¿Es un sueño? ¿Una pesadilla? ¿Por qué no he despertado ya? ¿Por qué el dolor es *tan real*?

Una ráfaga de recuerdos impacta en mi memoria de repente, como una cortina de humo que desaparece en milésimas de segundos.

Árboles. Agua. Noche. Nubes. El grito de una chica. Mis pasos sobre la hierba silvestre. Un disparo al cielo. Y corro.

Corro hasta que mis pulmones están a punto de explotar. Y no hay más nada... ¡Demonios!

Emito un gimoteo e intento divisar mejor lo que tengo delante: el suelo de madera conduce a un sofá pegado a una puerta y paredes del mismo material. Está bloqueando la entrada. De pronto, un crujido me llega a los oídos y siento la vibración en todo el cuerpo. No estoy solo.

Los crujidos en el suelo se intensifican cada vez más y los pies descalzos de una chica aparecen en mi campo visual. También la terminación de un vestido blanco, roto, manchado de tierra y sangre seca, al igual que su piel descubierta.

Ella se acerca. Un pie. Luego otro. Trae algo.

Las punzadas en mi cabeza empeoran más y más, haciendo que mi visión se enturbie como una masa viscosa que cae en el interior de mi sesera.

Mi conciencia va dejando lugar a la nada absoluta.

Una oscuridad infinita que amenaza con tragarme.

No sin antes distinguir que esa muchacha de vestido blanco y pies descalzos trae consigo una enorme hacha y camina en mi dirección. Antes de cerrar los ojos, un grito llega a mis oídos como un eco. Como una voz lejana. Como un pensamiento.

Ya no sé si vino desde adentro o desde afuera de mi cabeza. Lo cierto es que reconozco lo que dice...

«Kylie».

64

TRACY

Martes 4 de octubre

Luego de la noche estresante, despierto agotada en la cama de Theo. Para entonces descubro que Carl duerme en la cama contigua y agradezco al cielo que Theo lo encontrara antes de que pudiera ir demasiado lejos. Miro a mi lado y distingo que el Bad Boy ya no está.

Aunque el ruido del agua de la ducha me espabila y me observo por debajo de la sábana que me cubre. Estoy vestida. Una verdadera suerte. No quisiera haber hecho una escena con Carl a nuestro lado.

Mi amigo yace de costado, con la cara en mi dirección y los labios abiertos, dejando entrever sus dientes a medio separar que en cierto modo me recuerdan a los de Jacob (aunque este último los tiene mucho más separados).

Acto seguido me llama la atención escuchar que Theo cierra el grifo de la

ducha y el agua se detiene. Tomo la almohada y se la arrojo a mi amigo.

—Psssst —lo llamo.

Esta cae al suelo y sirve para despertarlo un poco.

Theo está a punto de salir de la ducha y no es alguien que precisamente conozca el pudor; le gusta exhibirse y mostrar sus músculos, algo que no estoy segura de que sea agradable para Carl teniendo en cuenta la incómoda confesión, pero liberadora, de anoche.

—Carl —lo vuelvo a llamar—, despierta.

Me levanto de la cama y me acomodo a su lado. Envuelta en la frazada, lo toco y este va abriendo de a poco los ojos.

—¿Ah? ¿Qué? ¿Qué sucede?

—Carl. Deberíamos irnos.

—¿P... por qué?

—Solo vamos a mi habitación. ¿Sí? ¿Tienes clases esta semana?

—No, es semana para padres y no retomo sino hasta el lunes próximo.

—Qué suerte. Yo tengo solo un fin de semana libre.

Aunque no veo la necesidad de tener que dedicarle más que dos o tres días a mamá. De pronto en mi mente aparecen los recuerdos de nuestros últimos meses de convivencia, algo que no le recomiendo a nadie.

Él se levanta, busca sus cosas y le ofrezco un espacio dentro de la frazada en la que estoy envuelta mientras caminamos hasta la puerta. Carl la abre y, justo cuando sale, Theo aparece en el cuarto tal como pensaba que lo haría.

Esta vez ni siquiera se ha molestado con envolverse en la toalla. Puedo ver cada centímetro de su piel al descubierto, excepto por sus nalgas; lo que sería bastante agradable si se diera la vuelta.

—¿Qué sucede? —pregunta Carl desde el pasillo.

Ignoro de momento su pregunta y, antes de cerrar la puerta de la habitación de Theo, le digo señalando la frazada:

—La tomo como préstamo. ¡Te veo luego!

Frunce el ceño y, mientras se seca el pelo con una toalla, cierro la puerta.

—Hay duchas —le digo—. Puedes quedarte en mi cuarto. Como verás, Phoebe, mi compañera, solo aparece para dormir. Le caerás bien al despertar.

—A juzgar por cómo duerme —dice Carl mirándola—, diría que no me gustaría conocer su carácter apenas despierte y se encuentre a un extraño en su cuarto.

En cierto modo tiene razón.

—Tengo el depósito de la beca por mérito académico. Puedo costear un hotel por estas noches hasta que vayas a Iconic el fin de semana y nos marchamos juntos. ¿Te parece?

Sonrío.

—Me parece.

Tomo mis cosas para la ducha y lo acompaño hasta el final del pasillo para despedirlo.

—Me avisas dónde te quedas, cómo te ha ido y cada detalle, ¿eh?

—Descuida —murmura—. Y gracias. Has sido muy generosa. Realmente, contigo y con Theo... no lo sé. Me siento en casa. Son mi lugar. Pero aun así siento que me falta algo...

Sí.

Alguien, mejor dicho.

—Los tres nos sentimos igual —convengo.

El agua caliente me cae en el rostro mientras el olor a jabón y a champú de frutilla me impregna el olfato de un aroma dulzón.

Mis manos se deslizan por mi cabello mientras me permito un momento para mí. Para reflexionar sobre tantos sucesos que han puesto mi vida en jaque y me colocan siempre contra una encrucijada distinta.

Dicen que los años universitarios son decisivos, sin embargo, en mi caso esto se triplica teniendo en cuenta que estoy entre dos bandos enemigos a los que ya no puedo darles la espalda. De pronto, el cuerpo de Theo se aparece en mi mente tal como lo vi esta mañana en su habitación y una sonrisa se escapa de mis labios.

Ese suceso íntimo es interrumpido en el instante en que una loca desequilibrada me golpea la puerta de la ducha.

¿Pero qué...?

—¡Ya...! ¡Ya salgo! —digo.

Acto seguido presto atención a las demás duchas a la espera de que me llegue el ruido de que todas las otras están ocupadas; sería extraño, ya que justamente elijo esta hora para tener un poco de intimidad.

El problema es que quien se encuentra al otro lado vuelve a golpear la puerta; esta vez más fuerte.

—¡Las otras duchas están desocupadas! —insisto.

Entonces, un estruendo me llega a los oídos y es la propia puerta, a la que le han dado un puñetazo; esta vez, mi enojo da lugar al miedo.

Otro golpe.

Y otro.

—¡Yaaaa! ¡Ya! —le grito y cierro el grifo—. ¡Ahora salgo!

Tras cortar el agua, me envuelvo en la toalla. Es terrible cuando esta se moja o se me cae, ya que termino helada hasta que me visto.

El asunto es que estas duchas no tienen cambiadores y, desde que encontré el momento en que no suelo cruzarme con nadie, puedo volver a mi habitación para ponerme la ropa tranquila.

Miro a todas partes dentro del metro y medio que tengo para higienizarme pero no encuentro nada con lo que pueda defenderme en caso de que la loca fanática al otro lado me quiera hacer algo.

Sin más opciones, trago saliva y giro el picaporte. Luego tendré que volver para terminar de enjuagarme el cabello; si no la caspa será insoportable.

El punto es que abro la puerta y el enorme cuerpo macizo que se aparece frente a mi mirada no es precisamente algo que esperaba.

—Hola, belleza. ¿Hay un lugar para mí ahí adentro?

Debí habérmelo imaginado.

65

TRACY

Es Stefano. Y tiene un gesto terrible.

Parece no haber dormido en toda la noche. Se le marcan en los párpados dos medialunas moradas enormes, que delatan su falta de sueño.

Su cabello desprolijo es algo de todos los días pero hoy le confiere un gesto de loco desquiciado que prueba su fuerza contra la puerta del cubículo donde me acabo de duchar.

—No hay lugar para dos aquí —lo corto en seco.

Esta vez se apareció vestido.

Algo dentro de mi pecho me advierte que no sería bueno seguirle el juego.

No ahora.

Porque no quiero decepcionar a Carl. Porque no quiero echar a perder todo con Theo justo cuando más vulnerable se encuentra. Porque la volatilidad de

Stefano no es algo que me dé confianza. Mucho menos teniendo en cuenta que el muy idiota decidió entregar por sí solo el trabajo para el señor Evans.

Me voy hacia el espejo y tomo el estuche de limpieza bucal. Saco el cepillo de dientes y la pasta dental. Coloco de la segunda al primero y me cepillo mientras el espejo me devuelve el reflejo de Stefano a mis espaldas, con sus ojos que dan miedo y la tinta de los tatuajes marcándose con intensidad en sus bíceps, los puños, el cuello y cada parte de su cuerpo que no está recubierta por la remera de mangas cortas y los pantalones deportivos; ambos de color negro.

—Tú... tú tienes un... bonito tatuaje —dice.

Me detengo en el cepillado y lo hago más despacio. Instintivamente giro mi mano con la cara inferior escondida hacia abajo. Luego de escupir y enjuagarme la boca, le digo:

—Gracias.

Me doy la vuelta y le miro a los ojos cuando sé que debería irme... En eso, la voz de mi conciencia aparece dando con firmeza su presente.

¡Ya no tienes nada que hacer aquí!

Quisiera hablar con él.

¡No! Está drogado o algo. ¿No lo ves?

Soy de las personas que creen que los demás merecen segundas oportunidades.

Uffffff. Yo diría que más bien eres de las que machacan su dignidad hasta que no les queda nada.

Si algo sale mal, yo solo...

¿Qué? ¿Irás en busca de tu mami para que te brinde consuelo? ¿De Charlie? ¿De Carl? Déjame recordarte que ya no vives con los dos primeros y que el tercero necesita más apoyo emocional y profesional que tú.

Yo no necesito un psiquiatra si es lo que insinúas.

Tú y yo somos la misma, por si se te olvida, cariño.

—¿Has descansado bien? —le pregunto a Stefano más para callar las voces de mi interior que por una honesta preocupación.

Él se encoge de hombros y da un paso hacia mí.

—Lo que se puede —contesta.

Otro paso.

—Conociéndote, eso es un no.

—¿Y cuál es el problema? Los muertos no descansan cuando tienen que salir a atormentar por la noche...

Una sonrisa lúgubre se marca en su cara y se le ensombrece la mirada.

¿Qué?

Otro paso.

Ojalá pudiera retroceder más pero tengo el lavabo y el espejo justo detrás.

—Solo bromeo —dice.

—Tienes un humor particular —le digo.

Mi abdomen tiembla, al igual que mis rodillas, pero pongo todas mis fuerzas para que esto no se exprese en mi voz.

Lo conozco, es una persona a la que le gusta infundir temor en los demás. Esto es algo que lo alimenta, que le da adrenalina incluso para seducir. Aunque en esta ocasión sus aparentes intentos de seducción están fallando.

—Ves. Luego dices que me entiendes...

Me muerdo el labio interior.

Menos de medio metro nos separa y durante una milésima de segundo mis ojos pasan por sus puños y recuerdo la noche en la fiesta de los Delta cuando casi le abre una ceja a Theo. ¡A Theo!

—¿Qué quieres? —lo enfrento.

—La última vez no terminamos en buenas condiciones.

—Tú decidiste entregar solo ese maldito trabajo.

—No lo digo por eso.

¿No?

Se acerca todavía más hasta que no queda distancia entre nosotros.

El olor a tabaco y vainilla se me mete en la nariz de un modo casi invasivo.

Stefano se sujeta del lavabo a mi espalda y puedo sentir su entrepierna apoyándose en la zona alta del abdomen. Algo que me genera sentimientos muy contradictorios. Por un lado, la Tracy Malvada quiere encajarle un rodillazo en los testículos y la Tracy Buena necesita pedirle por favor algo de espacio, aunque a las tres se nos cae un hilo de baba.

—Necesito... lugar —me quejo por fin.

—Por favor, Tracy. Dime que me acompañarás.

—¿Qué te sucede?

—Dime que me acompañarás el fin de semana a ver a mi tío.

De pronto, recuerdo su propuesta. Pero no puedo hacer eso. Quedaré como una zorra cualquiera que llega a ver a la familia de un chico que ni siquiera es su novio; va en contra de mis ideas, de mis valores.

¿Y si ese tío suyo conoce a mi madre? ¿Y si luego me lo cruzo haciendo las compras para después ir corriendo a los brazos de Theo? ¿Qué pensará de mí?

¿Que es todo un *acting* con una finalidad que desconozco?

—¿Por qué, Stefano? —le pregunto sin levantar la mirada.

La sostengo en un punto fijo hacia el costado. Sé que si lo miro a los ojos va a poder hacer y deshacer a gusto conmigo.

—Porque estoy demasiado solo, Tracy...

—Oh...

Después de todo parece ser más vulnerable de lo que pensaba.

—Mi tío también vive solo —continúa—, y le dará gusto recibirte. Eres muy simpática y agradable.

¿Me está halagando? Aun así, una parte de mí insiste en que no debería ceder.

—¿Y si decido no ir?

—Habrá consecuencias.

—¿Qué consecuencias? —contraataco.

—Las sabrás una vez que hayas emitido tu decisión. ¿Qué dices? ¿Vienes conmigo o no?

THEO

Una vez que termino de tomar el desayuno en la cafetería, me dispongo a entrar a clases, sin embargo caigo en la cuenta de que no he cambiado los cuadernos de hoy. Maldición.

Me quedan algunos minutos, así que vuelvo a la residencia en busca de lo que me falta. Juraría que algo en mi pecho despierta en el camino, ya que una vez que llego y paso la tarjeta, la entrada se destraba sin que haga falta pasarle llave. Qué extraño. Juraría que la cerré con el seguro.

Cuando entro, me encuentro con todo revuelto: los cajones de mi armario en el suelo, la ropa en la cama; mis pertenencias, tales como perfume, desodorante y maquinillas de afeitar, están tiradas en el suelo y la ventana cerrada. Quienquiera que haya entrado, salió también por la puerta.

Mi instinto sugiere revisar antes que nada los elementos de valor. Si alguien ha entrado, supongo que eso es lo que buscaba.

La sorpresa llega cuando me doy cuenta de que no me falta dinero, ni tarjetas de crédito ni identificaciones. Está todo.

Creo que algo así ya sucedió antes. Haré el reclamo en Recepción o bien pediré que me cambien de cuarto.

¿Qué demonios ocurre aquí?

Acto seguido, percibo que la puerta de mi baño está abierta.

Echo mano en mi mochila y saco el cortaplumas. Dejo el filo de la cuchilla expuesto y me acerco. De pronto, una luz se enciende en mi cabeza y recuerdo que guardo el arma en el botiquín. Hasta hace dos semanas estaba.

Entro en el baño y enciendo la luz empuñando con fuerza el cortaplumas. Mi corazón golpea con fuerza en mi pecho.

Hasta que todo se ilumina y...

... nada.

Abro la cortina de la ducha: tampoco encuentro a nadie.

Pero me vuelvo con desesperación al botiquín, casi convencido de lo que sucede... Y encuentro que mi viejo revólver ya no está.

66

TRACY

Miércoles 5 de octubre

Luego de una agotadora jornada, empiezo a bostezar mientras indago impacientemente en mi computadora del IIMD.

No importa cuánto calibre el brillo, mis ojos cada vez ven más amarilla la pantalla. En ocasiones es tan borrosa que me encuentro obligada a ir en busca de una nueva taza de café en la improvisada cocina de mala muerte que tienen en esta «guarida superespecial».

Ahora mismo me encuentro con Howard. Un chico afroamericano de cabello rapado y ojos azules, tres años mayor, que cursa su último año de Ingeniería Electrónica.

Es agradable, aunque diría que lo encuentro un poco falso en su modo de ser. Imita tanto a Evans, lo idolatra a tal punto que ya no sé si estoy hablando con una verdadera versión suya o con un clon mal diseñado.

Se pasó toda la tarde taladrándome los oídos respecto a sus tan increíbles modelos de investigación, siempre eficientes desde una perspectiva del lenguaje.

Cuando por fin parece que me dará unos minutos de respiro (o bien se dio cuenta de que hace un par de horas que la conversación se volvió unilateral), interrumpe mi tercera taza de café:

—Yo me largo. Volveré mañana, de momento siento que mis neuronas apenas hacen sinapsis.

—Ajá.

—¿Te mencioné que estoy trabajando en una red de conexiones inalámbricas que nos permitirán llegar siempre antes a los centros de cómputos más importantes que vayan surgiendo? Y todo gracias al método de Evans.

«Sí, por supuesto que lo mencionaste. No has hecho más que hablar sobre eso toda la bendita tarde».

—Ajá —digo y sorbo un poco más del líquido amargo.

—Lo que no te he dicho es que haré un mapeo donde pueda localizar las áreas exactas de donde surgen. Al menos, de todos los sistemas operativos que respondan a mi *modus operandi*.

—Vaya. Genial.

—¡Sí, es asombroso!

Acto seguido me dice algunas cosas que no tienen demasiada relevancia hasta que por fin toma sus cosas y se despide con un enérgico:

—¡Te veo mañana!

Y se va.

Los chicos de su estilo, por lo general, son ratas de biblioteca que poco tienden a hacer sociales con los demás. Exceptuando aquellos que probablemente muestran intereses similares... Lo que me hace pensar un poco en mí, pero lo ignoro.

Exhausta, sin muchas herramientas que de momento me resulten conocidas, vuelvo a mis apuntes en una mesa que yace a mis espaldas. Tengo la idea de que tiene que haber un método más efectivo para llegar a Jacob que no sea un simple buscador que me arroje coordenadas de los lugares conocidos donde ha vivido hasta llegar a un punto ciego donde nadie más lo ha podido localizar. Y porque... las coordenadas siempre están conectadas.

Es que si la Base de Datos posee info precisa sobre el paradero de Tachas, también la tiene del hombre que se supone es, fue o sería mi padre.

Yo creo que sería mucho más sencillo si enfrentas a tu madre y le preguntas.

Lo he pensado.

¿Cuándo?

Ahora mismo. Pienso que este fin de semana sería una buena ocasión.

Miro la hora en mi celular y caigo en la cuenta de que pronto será momento de cenar y una idea se me cruza por la cabeza: escribirle a Carl para invitarlo a comer. Como me contesta que está aprovechando su noche libre para estudiar, no lo molesto más.

Entonces tomo mi celular y le escribo a Theo.

Tr: Hola :) √√

Th: Hey. √√

¿Ya mencioné que es de pocas palabras? Incluso en el chat.

Tr: ¿Cómo has estado? √√

Th: Meh. √√

Tr: ??? √√

Th: Normal. ¿Tú? √√

Tr: Bien, supongo. Disculpa pero... Quisiera proponerte algo. √√

Th: ¿Para hoy? √√

Tr: Sí... Aunque si ya tienes planes, descuida. No quería molestar, en serio. √√

Th: ¿Qué quieres para cenar? √√

Sus palabras me toman por sorpresa y me muerdo el labio inferior mientras un intenso cosquilleo en mi estómago acompaña el tecleo en el celular.

Tr: ¿Cómo sabías que te lo propondría? √√

Th: No vayas a pensar que eres algo predecible. ¿Quieres que pidamos sushi y comamos en mi habitación? √√

Tr: Ammm :D √√

Th: ¿Te sientes bien? √√

Tr: Sí. Aunque ya siento que estoy abusando de tu amabilidad. Si quieres, puedes venir a la mía. Phoebe, mi compañera de cuarto, nunca está de noche y reaparece por las mañanas. √√

Th: ¿Acaso es parte de alguna fraternidad? √√

Tr: Yo creo que tiene una pareja por ahí. √√

Th: Ah, ya. ¿Sushi entonces? √√

Tr: ¿Sushi vegano? √√

Th: Aunque no lo creas, existe en todas sus formas. ¿Te veo en quince minutos? √√

Estoy riendo como una niña de doce años frente al celular; pero estos sucesos no tienen edad. Theo me fascina y cualquier indicio que me brinde

apertura a él, a poder ayudarlo, es algo que me llena el corazón.

Lo siguiente que le escribo es una estúpida sugerencia de que podemos ver alguna peli en Netflix, sin embargo me arrepiento de inmediato cuando empiezo a contar cada segundo que demora en responder.

Otra vez hablando de más. Debería habérselo propuesto una vez que estuviéramos juntos.

Acabas de fallar a sus expectativas.

¿Qué expectativas?

Vamos, piensa un poco. Ese loco quiere comerte otra cosa.

Lo dudo. La última vez fui cruelmente rechazada.

Como siempre.

Mando a callar esa estúpida vocecita y, mientras controlo cada quince segundos aproximadamente la pantalla de mi celular, reviso los títulos de la enorme biblioteca que recubre las paredes de la habitación, que queda diminuta al lado de tantas máquinas y estanterías con material bibliográfico.

Hay títulos que desconozco pero admito que una buena parte de ellos alguna vez los he oído mencionar. Desde tomos viejísimos de Marx hasta manuales completísimos de Física. Asimismo hay otros tomos antiquísimos de Dickens y versiones modernas con la obra de Shakespeare.

En eso, distingo un libro que me llama la atención justo en la primera estantería de arriba hacia abajo. Busco la escalera que tienen para llegar a ese punto que linda con el techo y, tanteando mi pésimo equilibrio, estiro el brazo y quito el grueso ejemplar de su lugar.

Está lleno de tierra y algunas partículas de polvo me caen en los ojos.

Lagrimo y con el dorso de la mano trato de despejarme la mirada.

Cuando ya me siento lo suficientemente recompuesta, le quito un poco de tierra y encuentro las palabras que esperaba:

Hombres que se convierten en halcones.



(Día)

Anónimo

Es idéntico al que Theo guardaba en su habitación; recuerdo cuánto se disgustó por que husmeara en sus cosas. Digamos que en su momento eso tenía

sentido, ya que no adhería a ningún bando. Ahora soy del contrincante, pero soy de uno al fin y al cabo.

Al día de hoy, en cambio, me pregunto si será algo malo llevarme este ejemplar. Como sea, nadie me advirtió nada al respecto y, a juzgar por el triángulo en punta, no estoy metiéndome con algo que no me implique.

Lo que me apena es que no veo por ninguna parte el tomo que pertenece al triángulo invertido: *Hombres que se convierten en pumas*, según recuerdo.

Paso el ejemplar por el fichero y dejo registrado que me lo llevo. Tengo quince días para devolverlo; se me hace agua la boca por indagarlo.

El punto es que justo ahora no tengo tiempo, ya que Theo me espera. Y será mejor no decirle nada hasta saber *de qué va todo esto*.

67

TRACY

Abro la puerta con una enorme sonrisa que no logro contener. Theo está al otro lado con su gesto inmutable y el cabello mojado, desordenado y tirado hacia atrás. Al parecer, no soy la única que recién sale de ducharse.

Sus ojos grises se clavan en los míos, verdes y radiantes. Cierta chispa de emoción se enciende dentro de mí cuando él entra sin que yo antes lo invitara a pasar. Aunque esto no sea una fiesta, la Bad House nunca fue un lugar que se caracterizara por sus «modales».

Trae puesta una chaqueta deportiva de algodón con capucha. Todo es color negro excepto la calavera blanca que se realza en su estampa. También lleva unos pantalones deportivos adheridos a las piernas; algo que varía un poco su estilo típico de chaqueta de cuero y jeans.

—Puedes dejar la comida en el escritorio.

Le señalo donde suelo dejar mi computadora portátil y el montón de papeles que suelo llevar. En esta ocasión, dejé todo limpio para recibirlo (y sacando provecho de que Phoebe tiene a Cochinillo con todos los recados necesarios, el único problema sería el molesto chirrido que emite la rueda cuando parece que ha consumido éxtasis y empieza a rodar sin parar).

—No hacen falta cubiertos —menciona.

—¿Viene con los palitos? —así era cuando en mi vieja casa pedía *delivery*.

—No. Cambié el menú.

Me llama la atención su atrevimiento y vuelvo mi mirada a la bolsa que trae. Dice «Cold Cold Ice Cream».

—¿Por qué...?

—Recuéstate.

Me acerco a él y no termino de atar cabos.

Theo deja las cosas sobre la mesita de luz al costado de la cama e insiste:

—Recuéstate boca arriba. Tengo algo pendiente contigo, ni creas que lo he olvidado.

No es necesario pedirle que lo aclare para comprender a qué se refiere con eso... Hace tiempo me dejó plantada cuando prácticamente le supliqué que me hiciera el amor.

Llevo encima una blusa de mangas largas y una falda informal con lunares estampados. De pronto me pregunto qué ropa interior me puse, sin embargo, no importa cuántas vueltas le dé al asunto. No soy una chica que guarde precisamente lencería erótica en su armario para «ocasiones especiales».

Theo saca un recipiente térmico de medio kilo con la misma inscripción que antes vi en la bolsa. Le quita la tapa e ignora las cucharitas descartables en el instante en que le pasa un dedo a la crema americana y se la lleva a los labios probando con egoísmo.

Admito que verlo hacer eso provoca que mis entrañas se retuerzan con una confusión de apetitos.

Entonces me acomodo como él me lo ha pedido, aunque con el pequeño detalle de rebeldía de hacerlo al revés: con la cabeza donde van los pies. Pero es él quien termina por sorprenderme en el instante en que apaga la luz.

¡DEMONIOS!

Deja el recipiente con helado a un costado y abre la cortina conservando las ventanas cerradas para que no entre frío.

Creo que pronto lo voy a necesitar.

Theo vuelve y toma el recipiente. Esta vez con la cucharita en la otra mano y coloca las rodillas alrededor de mis caderas dejándome completamente acorralada.

¿Se supone que debo aceptar lo que está a punto de hacer? ¿Está permitido? Que yo sepa, lo último en lo que quedamos era en que seríamos amigos. Pero después terminé masturbándolo y unas cuantas cosas más, así que la etiqueta

ya no se nos aplica.

—Me fascina cuando te ves así.

—¿«Así»? —pregunto.

—Dócil.

Me muerdo el labio inferior para contener las sacudidas en mi pecho a medida que sube y baja sin poder esconder mi ansiedad.

—¿De... de qué sabor es? —pregunto.

Él me sonrío.

Sus ojos brillan a media luz como las pupilas de un lobo a punto de devorar a su presa.

—¿Y si lo adivinas?

—Ammm... Creo que es...

—Shhh —así no.

Coloca su dedo índice con la mano que sostiene la cuchara diminuta sobre mis labios y luego la quita.

—¿Entonces cómo? —insisto.

Theo se lleva otro poco del helado blanco a la boca y luego clava la cuchara en el interior. Con su mano libre me levanta la blusa y el frío me llega al abdomen...

—Cierra las manos contra los pies de la cama —ordena.

Sin objetar nada más, llevo mis manos a donde me ha señalado y me sostengo.

Sube más la blusa hasta pasarla por detrás de mi cuello dejando expuesto mi torso. Mi ansiedad se incrementa mientras distingo la taza de mi sostén blanco subir al ritmo de mi respiración agitada.

—No te sueltes por nada del mundo —me ordena.

—Bue... bueno.

Dejo que su lado dominante salga a la luz y escarba en el helado con la cuchara. Luego lo lleva hasta la zona alta de mi abdomen y encuentro deliciosos los segundos que demora la crema en caer.

El frío me llega como una corriente eléctrica y me muerdo la lengua para no emitir sonido. Un terrible error de mi parte ya que libero un ligero gemido.

—¿Puedes decirme de qué sabor es?—me pregunta.

—N... no... —jadeo.

Su risa llega a mis oídos y caigo en la cuenta de que lo está disfrutando tanto que una parte de mí, pese a que lo estoy padeciendo, se siente extasiada. A continuación vuelvo mi mirada a él, donde distingo que agacha su cabeza y

su lengua se posa justo donde la crema se deshace en mi abdomen.

Su calidez contrarresta el frío y una sensación alucinante me hace arquear la espalda hacia arriba. Theo sube con sus labios rozando su camino y llega hasta los míos, donde siento los suyos húmedos y dulces.

—Prueba —murmura.

Se aparta y me relamo.

—¿De qué sabor es? —insiste.

—Yo... yo... —lo pienso bien antes de soltar la primera hipótesis—. ¿Chantilly?

—Esa estuvo fácil.

Entonces, Theo deja el helado a un costado de la cama y se quita la chaqueta. Esta cae al suelo y veo que lleva una remera blanca rasgada en las mangas dejando expuestos sus bíceps. Mis ojos se dirigen a la tinta de sus tatuajes y desembocan en el triángulo de su antebrazo.

—Te explicaré las reglas de este juego —me dice—. Por cada acierto, tú ganas y me quito una prenda.

Me gusta la idea.

Aunque me hace temer lo que sería la inversa.

—Por cada error, te quito lo que yo quiera.

—No es justo —me quejo y remuevo las caderas bajo sus piernas, descubriendo que no deja que me mueva.

—No estás en condiciones de decirlo justo ahora.

Gruño. Pero tampoco es que me disguste este juego.

Theo saca ahora un poco de helado cuyo color no alcanzo a distinguir antes de que el frío me azote justo en la zona baja de mi abdomen.

—Aaahhh... —me quejo.

—¿Qué ocurre, nena?

—Está... frío —mascullo.

—Descuida.

Theo vuelve su lengua a la zona inferior, a mi ombligo, para lamer la crema que anteriormente dejó caer.

De haber sabido que estos eran sus planes, hubiera venido preparada con alguna idea para hacer las cosas más justas.

Una vez que termina, se levanta y me quedo esperando sus labios. Entonces mete el dedo en el helado y lo lleva a mis labios:

—Chupa —ordena.

—Pero...

—Hazlo.

Sin demasiadas opciones coherentes para objetar mi crítica, decido dejar de hablar y separo los labios. Theo mete su dedo en mi boca y lo lamo disfrutando de la crema que sabe aún más fabulosa si me la da él.

Café. Puede que sea con algo de chocolate.

Una vez que quita el dedo, tengo mi segunda hipótesis en mente así que la suelto ansiosa de verlo sin la remera:

—Tiramisú —digo con certeza.

Theo ríe.

—Te equivocaste, nena.

Mi decepción se refleja en mi cara y él deja el recipiente a un costado.

—No es justo —señalo—. Era tiramisú, reconozco el sabor.

—Admite que te has equivocado. En el ticket tengo los sabores.

Miro a un costado en busca de la bolsa.

Entonces me sorprende su tacto, cuando noto que está pasando una mano por la zona alta de mi espalda en busca del sostén.

¡¿Qué?! ¡¿Acaso no piensa quitarme la blusa primero?!

Tú aceptaste sus reglas.

¡Santo cielo!

El pudor no es algo que me caracterice mientras estoy con él. Excepto que en esta ocasión me genera cierta intriga o temor lo que esté pensando hacer.

—Segundo intento, nena.

Bien, aquí vamos.

Theo arroja el sostén al suelo y cierro los ojos.

El frío de la crema cae en mi pezón izquierdo y mil chispazos se sueltan en mi interior; estos suben como una corriente eléctrica y bajan hasta apoderarse de cada una de mis terminaciones nerviosas.

El helado se desliza a un costado sin derramarse.

Con la punta de su lengua recorre mi pezón y termina por chupar el helado. Primero con suavidad y luego succiona con fuerza, mientras suelto unos gemidos incontenibles. Es tortuosamente gratificante, aunque no sé cuánto más podré seguir conteniendo mis ganas de que siga. Que avance. Un paso más. Vamos, *un poco más*.

Suelto un gritito que no soy capaz de contener apenas percibo los dientes de Theodore mordéndome el pezón. ¡Ohhhhhhhhhhhhhhh, es asombroso! Y doloroso. Y placentero. Pero, ¡¡¡ay, dios!!!

Cuando se aparta, estoy tan agitada y mi respiración va tan rápido que abro

los ojos como una chica que ha sido torturada cruelmente.

—¿Y bien? —pregunta.

—No... no lo sé.

Pues, no ha llegado el helado a mi boca. No hay forma de que pueda saberlo.

Theo saca un poco más de helado con el dedo y lo dirige a mis labios. Vuelvo a probar el sabor a café y a chocolate. Hay algo más, quizá más de una variedad de chocolate concentrada a la vez.

—¿Selva negra? —pregunto con timidez.

Él ríe nuevamente.

—Punto para Tracy.

Sonrío mordéndome el labio y espero con impaciencia mientras Theo se quita la remera y la arroja a un lado.

Esta vez sus tatuajes aparecen majestuosos esculpidos en sus músculos de dios griego tan alucinantes como siempre. No importa cuántas veces lo vea, nunca me cansaré de esto. Es fascinante.

—Tercer sabor —murmura.

—¿Cuántos son?

—Tres.

—¿Y qué gano si acierto esta vez?

—Adivina.

Sin poder decir más nada, me sorprende lo que hace ahora: saca helado con la cuchara y se lo pasa por la zona baja del abdomen.

Noto algunos vellos que aparecen y dan lugar a su pubis cubierto por el elástico del pantalón.

Acto seguido Theo se levanta y, sosteniéndose con fuerza del borde del que estoy sujeta, clava sus rodillas a los costados de mis costillas y se inclina dejando su entrepierna a la altura de mi mandíbula.

—Lame —insiste—. Tienes que probar.

Miro extasiada las letras chinas cubiertas por el helado que se desliza hacia abajo. Si no sigo, se va a ensuciar. Mejor si soy yo quien se encarga de eso, ¿no? Finalmente saco la lengua y la deslizo por su ombligo.

Aunque ahora los roles se han invertido y soy yo quien tiene el control. Aflojo mis extremidades y, mientras mi boca prueba el sabor a vainilla en la crema, suelto una mano y la llevo a su elástico.

—Eso no era parte de las reglas, nena —murmura.

Pero tampoco va en contra.

Le bajo el elástico y termino de encontrarme con la bendita pregunta en su tatuaje: «¿De qué lado estás?». Lamo cada centímetro de su pubis hasta que libero su miembro viril y me lo meto en la boca.

68

THEO

Mis manos se cierran en la madera, envolviendo con fuerza el borde a los pies de la cama. Tengo ganas de hacerlo pedazos mientras el tacto de Tracy se posa en mi abdomen, recorriendo con sus labios mis tatuajes y me empieza a molestar la presión de mi pene bajo el pantalón. Hoy no me puse ropa interior, esos malditos bóxers apretados me hacen sufrir cuando tengo una erección y me siento atrapado ahí abajo.

Disfruto del momento hasta que caigo en la cuenta de que ella se suelta también de los bordes del camastro y me baja el elástico.

—Eso no era parte de las reglas, nena —le digo a la espera de que responda a mi orden.

Pero no lo hace.

Ya no.

Quita mi pene de su lugar y casi puedo sentir el modo en que mis pupilas se dilatan aún más en tan dichosa oscuridad.

Esto no es lo que tenía planeado. El objetivo era ella. Darle placer a ella. Pero la muy terca se ha negado a seguir la orden y ahora... ¡Demonios! Me está matando. Me encanta. La sensación es exquisita.

Muevo las caderas haciendo que mi miembro entre y salga de sus carnosos labios mientras lo disfruta casi tanto como yo. Aún más intenso es que Tracy me masturbe cuando estoy fuera.

En un instante en que su mano la lleva a un costado, aprovecho y me tomo el atrevimiento de cogerle la boca hasta el fondo. Con cuidado de no ahogarla, aunque ya puedo sentirla toda dentro de ella. O casi toda. Al menos mi glande está apenas rozándole la garganta y cuando la quito, el sonido es música para mis oídos y me aparto.

Vuelvo las rodillas a los costados de su abdomen. Ahora reincorporado

distingo que se está limpiando la boca con el dorso del brazo.

—Es normal que babeas mientras la chupas —le cuento.

Antes ya se ha sentido avergonzada por esto, aunque no he conocido a ninguna chica que sea tan «pulcra» de no dejar caer una sola gota de saliva mientras mi pene le entra en la boca hasta el fondo.

—También es tu líquido preseminal —me cuenta.

—Gracias por la noticia.

—¿No lo sabías?

—Claro que sí. Ven.

Me hago a un lado incorporándome de pie y le tiendo una mano para que haga lo mismo. Siguiendo esta vez la orden, me coloco como corresponde en la cama (con la cabeza donde va la cabeza y los pies donde van los pies) y le señalo que se acomode de rodillas tal como yo estaba hace un momento encima de ella.

—Colócate aquí —le señalo bajo mis axilas—, y recuéstate hacia adelante.

—Me daré contra la pared.

—No si te sujetas del cabezal.

Alcanzo a distinguir que frunce el ceño pero sigue mi orden.

Tomo los bordes de su falda y se la levanto mientras inhala profundo. El punto es que ni se espera cuando empiezo a rozar sus muslos con la barba incipiente de mi quijada. Paso el mentón por ellos e inhalo la dulzura del olor a jabón en su delicada piel.

—Eres asombrosa... —murmuro mientras mis dientes llegan al borde de su ropa interior—. Sostén esto —le señalo su propia falda.

Ella sigue el juego. Llevo mis manos hasta sus nalgas y se las presiono. Tan suaves y esponjosas que se la quisiera meter.

Muerdo la parte anterior de sus bragas y la corro a un lado.

—Ahhh —gimotea—. Ahhh...

—Shhh —digo sobre su preciosa entrepierna.

Ella cierra la boca y yo abro la mía. Mi lengua dibuja círculos alrededor de su delicioso sexo, que ya me lo imagino listo para acabar para mí.

—Theo... —suplica.

—Espero haber sido el último en haber estado aquí —le digo apartándome un poco para mirarla a los ojos por encima de sus senos.

—Y el único —confiesa.

—No sabes cuánto me alegra oír eso —y con brusquedad pego mis labios a los suyos. Los inferiores. Donde separo la piel y mordisqueo mientras ella se

retuerce y gimotea y golpea el cabezal de la cama mientras la penetro con mi lengua.

—The... Theo... ¡Ay!

«¿Qué ocurre nena? Sé que lo estás amando. Puedo sentirlo. Amo que te retuerzas por mí. Para mí». Quisiera decirlo pero no puedo.

Esto es tan delicioso que ni por un instante deseo apartarme.

—Ahh... Arrrgggg...

Hace todo lo posible por no subir el tono de voz. Teme que alguien pase y la escuche gemir pero el sexo en una residencia estudiantil es casi tan frecuente como en un motel.

«No te avergüences si te gusta», pienso.

Y lo suelto de a poco:

—Te fascina esto... —mi lengua explora su clítoris y juega con él. Ya está húmedo. Lo saboreo y me aparto para completar—. No lo reprimas. Te fascina tanto como a mí.

—S... sí... —dice.

Cuando siento que no lo puedo contener más, llevo mi mano a mi miembro y lo empiezo a masturbar.

Mi otra mano está presionándole con fuerza su glúteo y le doy una nalgada conteniendo mi fuerza. Mis ganas de hacerlo más fuerte son tortuosas aunque no voy a hacerle daño.

No ahora.

—Ahhh... —murmura cerrando los ojos.

Eso tampoco se lo esperaba.

Acto seguido llevo mi mano a su parte delantera y con el dedo índice y el dedo corazón aparto sus labios menores, penetrándola más profundo, hasta donde mi lengua es capaz de llegar.

Ella se retuerce un poco más y cierra sus manos en mi cabello, jalando un poco, tironeando para contener sus ganas.

«NO lo contengas, nena. NO».

Es que no sé cuánto más seré capaz de soportar.

Me sigo masturbando. Entro con mi boca en ella y salgo. Una vez. Y otra. Y otra más. Mientras gimotea mi nombre y pido clemencia.

—¡Acaba ya! —le suplico mordisqueando su clítoris y ella suelta un alarido.

Entonces se retuerce otra vez como si una corriente eléctrica la estuviese azotando.

Tracy se deja ir en mi boca retorciéndose hacia adelante y deja reposar la cabeza contra la pared en el mismo instante en que un chorro de semen me humedece el abdomen y suspiro sobre su piel mojada.

69

THEO

Toc toc.

¿Estás ahí?

Sí...

Toc.

—¿Mami?

Toc.

—¿Theo?

La veo por el borde de la puerta abierta.

Está sentada en la cama leyendo un libro con una luz tenue encendida al costado.

—¿Cariño?

El picaporte me llega a los ojos. Colgado de este, hago la puerta a un lado e ingreso. Llevo el oso de peluche que Austin me regaló cuando cumplí cinco. Suerte que él está vivo. Aquí. Ahora. Durmiendo en la cama contigua a la mía en nuestra habitación.

—¿No puedes dormir? —me pregunta mamá al tiempo que subo a la cama.

Sacudo la cabeza.

—Ven, mi cielo.

Ella acomoda la almohada para que me acueste a su lado.

Acuno la cabeza en su pecho y cierra el libro que estaba leyendo. Abrazo mi osito y la miro.

—Cuando sea grande quiero leer libros grandes como los que lees tú —le confieso.

Ella sonrío y me acomoda un mechón de cabello a un costado.

—Seguramente —susurra—, pero estoy aún más convencida de que tendrás la capacidad suficiente para escribirlos por ti mismo.

Sonrío.

—En la escuela te enseñarán a leer y podrás tener tus propios libros —me cuenta.

—No falta mucho para eso, mami.

—No, cariño.

—¿Puedo pedirte una cosa?

Ella frunce el entrecejo y deja el libro a un costado.

—¿Dime?

Quisiera preguntarle por qué no se ha dormido aún, aunque no es necesario. Está esperando a papá. Otra vez. Pero no llega.

¿Por qué? ¿Dónde está? ¿Trabaja a esta hora? ¿Todos los fines de semana? Y el dinero es algo que apenas alcanza. Un niño de casi seis años no puede vivir las crisis económicas de esta forma. No puede estar preocupado en saber si mañana habrá comida para todos.

—¿Puedes... —empiezo— contarme qué sucedió luego de que el lobo y el ángel se encontraron?

De pronto su gesto de preocupación desaparece y suelta un largo suspiro.

—Claro, mi cielo. Ven.

Entonces reposo mi cabeza en su regazo y cierro los ojos mientras me acaricia el pelo.

«Cariño, cúbrete los oídos... ¿Recuerdas el cuento del lobo y el ángel?... Haz silencio. Haz lo que te he pedido, por favor».

«Tienes cinco segundos para decirme dónde mierda se ha ido... ¡¡¡Habla ahora, maldita sea!!!».

«Theo... Vete... Te lo ruego».

«Okay... Me voy de tu maldita casa».

«Cuando cruces esa puerta, no quiero volver a verte. No quiero volver a ti».

«Siéntate. Vine a advertirte algo».

«¿Qué?».

«Van a herirte en lugares como estos... Te he observado entre clases y percibo que no eres igual a todos. No encajas, ¿comprendes?».

«No me busques. Yo puedo herirte más que nadie».

Y me buscó. Y la hice pedazos. Como todo en mi vida.

Es imposible recuperar aquello que ya no tiene arreglo.

Cuando el ángel y el lobo se encontraron, aprendieron a vivir juntos. El lobo entendió que no podía comer a su presa. No a *esta* presa. El ángel, por su parte, le enseñó al lobo a confiar en sí mismo.

En muchas ocasiones el animal hizo que la criatura indefensa sufriera. Abandonó a su ángel en la penumbra, expuesta al frío y los peligros de la oscuridad. En algunas ocasiones otras bestias se cruzaron en su camino y el lobo no estuvo para protegerla, sin embargo el animal, pese a ser fuerte, también tenía sus momentos de vulnerabilidad. También fue atacado por los demonios de la noche. Aunque esta vez el ángel, con toda su majestuosidad, era la única criatura capaz de espantar los fantasmas que tanto le atormentaban.

Entonces se colocaba de rodillas junto a él y le curaba el espanto. Los dolores de su alma. Estaba con él hasta que se recuperaba.

A cambio, el lobo le ofrecía protección. Cuando se dio cuenta de que hasta el más fuerte puede quebrarse, cayó en la cuenta de que tenía que proteger a aquellos que parecían ser débiles pero solo son más flexibles.

Por algo, lo que es duro, se quiebra.

Lo que es fuerte puede adaptarse a las circunstancias cuando es necesario.

Entonces el lobo y el ángel intentaron acompañarse en el camino para batir la adversidad. Al menos, mientras las fuerzas de ambos alcanzaron para luchar. No sin antes haberse herido a sí mismos.

En el camino encontraron amigos y, con ellos, descubrieron que, a veces, es necesario el cuidado mutuo... Porque la soledad te derrumba. Estar solo para siempre te destruye. No hay peor enemigo que uno mismo cuando tu cabeza es el asesino.

—¿Theo?

Tu cabeza es un asesino.

Es el... asesino.

—¿Theo? Despierta, santo cielo. Despierta.

Dentro de ti está el peor enemigo.

—Theo, estás llorando. Despierta. Es solo una pesadilla.

Hay que vencerlo ahí.

En la mente de uno se encuentra esa voz mortecina y amenazadora que ríe en la noche. Que te acerca al peligro. Que te enfrenta a tu destino cuando sabes que mataste a alguien y no lo puedes *decir*.

—Theo, ¡habla!

—Trac...
—¡Mírame! Estoy aquí. Contigo.
—Trac... cy...
—Sí, amor mío. No estás solo.
—Tracy... Yo maté a tu padre.

70

TRACY

Jueves 6 de octubre

Cuando abro los ojos, me cuesta distinguir que estoy en la habitación, con Theo.

Puedo ver a un lado de la cama, en el suelo, la cubeta de helado con el recipiente aguado. Ya no sirve pero fue bueno mientras duró.

Estiro mi mano en busca de mi acompañante nocturno y encuentro el motivo que me despertó. Se está removiendo tanto que parece incómodo.

Abro los ojos como platos y me asusta distinguir sus sacudidas en sueños. Está teniendo una pesadilla.

—Hey —murmuro dándole unas palmaditas en su hombro.

Pero no responde.

Sigue metido en sus sueños profundos.

—Theo —insisto—. Des... despierta.

Mi voz se quiebra cuando distingo algo brillante y cristalino como un diamante deslizándose por la comisura de sus ojos.

Son lágrimas.

¿Está llorando mientras duerme?

—Despierta, santo cielo. Despierta —le insisto.

Mis señales de alarma internas se encienden y empiezo a sacudirlo, esta vez con mayor entusiasmo que antes.

¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando por esa enigmática cabeza? A veces él no es más que un montón de jeroglíficos que me cuesta descifrar.

—Theo, estás llorando. Despierta. Es solo una pesadilla —le insisto y sus

sacudidas me empiezan a asustar. ¿Acaso está... convulsionando?—. ¡Que alguien me ayude, por fav...!

Me detengo de inmediato. Él abre la boca y emite sonidos guturales.

—Theo, ¡habla! —le pido.

O le ordeno. O le ordena mi desesperación.

—¡Mírame! —le insisto tomando sus mejillas en mis manos—. Estoy aquí. Contigo.

—Tracy... —distingo entre el montón de quejidos que salen de su boca. Sus párpados empiezan a temblar. Está despertando, sí. Lo está haciendo—. Trac... cy...

Entonces el dolor arranca palabras desde mi pecho que no debería decir pero verlo en esa situación me deja tan expuesta que no puedo hacerme una idea de cuánto sufrimiento está azotando su interior.

—Sí, amor mío —murmuro y me muerdo el labio para contener las lágrimas que ya amenazan con aparecer.

Mis mejillas arden. Mis ojos arden.

Mis manos. Las suyas.

—No estás solo —le aseguro.

—Tracy...

Y abre los ojos mientras sus labios logran articular palabras. Que me atraviesan como cuchillas afiladas:

—Yo maté a tu padre.

Viernes 7 de octubre

—¿Tracy?

Cuando Juliette abre la puerta, estoy deshecha al otro lado.

—Perdona —le pido.

—Oh, no. Santo cielo, ven. Pasa.

Estoy cubierta con la manta de mi cama.

Necesito una amiga. Alguien con quien hablar. Pero no puedo contarle todo lo que se me cruza por la cabeza. Todo lo que me está ocurriendo.

Llamaría a la policía, empeoraría todo y nadie más puede quedar involucrado en esto.

Es más de medianoche y despertar a tu amiga para que te reciba luego de haberte desarmado en lágrimas todo el día no es lo más sensato del mundo, pero sí lo que tengo a mano para ayudarme a mí misma.

La primera persona que se me cruzó por la cabeza fue Carl, aunque él ya está demasiado ocupado con sus cosas como para sumarle otro problema. Además, no puedo apartarlo de él. No ahora.

Un equipo.

Pensé que éramos un maldito equipo.

—¿Tracy Smith?

Esta vez es la compañera de cuarto de Juliette, Ky (o Kyara), quien se alarma desde su cama y se encuentra con esta piltrafa.

—¿Qué te ha...? —empieza la rubia.

Aunque no lo tolero más y mi llanto se desata como un bebé en desamparo. Las dos vienen para sostenerme de un salto y admito que esto no es algo que Phoebe hubiese hecho de haber estado en el cuarto mientras me devanaba los sesos para no pensar en hacer una locura mientras me pasaba todo el día a moco tendido en mi cama.

—Toma. Bebe esto.

Tengo la mirada perdida pero logro enfocarla cuando Juliette coloca una taza con un líquido humeante frente a mis ojos.

Estoy sentada en su cama, envuelta en mi propia frazada mientras los recuerdos de la madrugada de hoy, cuando Theo se iba de la habitación, asaltan mi mente como intrusos indeseables.

Que no me quiten la frazada, por favor, que no me la quiten. Ella y la almohada son las únicas compañeras que he tenido mientras mi cabeza era atormentada por esas palabras horribles.

—¿Qué es? —pregunto.

—Té de manzanilla. Va a relajarte un poco.

Cuando bebo el primer sorbo, siento el líquido dulce y cálido en mi interior como un paraíso caliente al que llevo tiempo sin acceder.

Quizás... quizás esto necesitaba.

Un par de amigas. Algo rico y caliente en medio de un día, de una vida tan fría. Y hacer de cuenta que mi vida no es el infierno que en verdad... es, y del

que no puedo huir.

—¿Quieres hablar? —me pregunta Juliette sentándose al otro lado de la cama.

Sus ojos son dos gemas de compasión tras sus enormes lentes de secretaria al estilo Barbie Girl.

—No lo sé —me encojo de hombros—. No... no sabría por dónde empezar.

No sabría cuánto puedo contar.

—Por el principio —me sugiere la otra chica.

—Bien —suspiro—. Pero tampoco deseo atormentarlas.

—Las historias de terror me fascinan —declara Juliette.

Admito que no conocía esa parte suya.

Finalmente, doy un sorbo a su té y la sonrisa reconfortante de ambas me insta a empezar...

72

TRACY

A una amiga le ocurrió que nunca pudo conocer a su papá. Creció pensando que nunca le importó. Que desapareció de su vida sin más, abandonando a su madre al desamparo de su condición cuando, en verdad, las cosas tenían un giro completamente distinto...

La madre le escondió de dónde venía. Su propia identidad.

Creció pensando que el hombre que la había engendrado la rechazó y escapó para acostarse con cuanta zorra se le cruzara por delante. Hasta que un día esta amiga tan, tan cercana conoció a un chico. En un principio, pensó que sería el muchacho perfecto: encantador, dulce, simpático, fiel, estudioso y ordenado. Pero resultó ser gay. Y no es que haya dejado de ser perfecto, solo que no era perfecto para ella. Con la confesión expuesta, ellos emprendieron un camino como mejores amigos.

Esta amiga mía, de quien les cuento, ha tenido muchos mejores amigos. Pero todos resultaron ser unos mujeriegos que lo único que querían era acostarse con ella. Y, bueno, la única mejor amiga que tuvo, además de mí,

resultó ser una zorra mala.

Entonces mi amiga empezó la universidad y se quedó sola.

—¿Incluso cuando llegó a *esta* universidad? Vaya amistades.

—Shhh, Jul. No la interrumpas.

Sí.

Sola.

La chica empezó a deambular por todas partes como si no encontrase su lugar en el mundo. Hasta darse cuenta de que ese lugar nunca existió. Solo una versión alterna de esto, donde hay bandos enemigos y peleas ancestrales.

Ella se enamoró cuando estaba en la escuela de un chico perteneciente a uno de esos bandos... La sedujo. La atrajo a él para luego usarla como a un condón que lo dejan tirado en la habitación luego de un poco de sexo.

—Un imbécil.

—Sin duda.

Entonces ella tuvo que atravesar por mil infiernos hasta afrontar su nuevo yo, pelear contra algunos idiotas que se cruzaron en su camino y empezar una nueva vida lejos de este primer imbécil que la usó. Pero no fue tan fácil. Para hacer su mejor esfuerzo en alejarse de él, se unió precisamente al bando opuesto.

—Yo no hubiera hecho eso. Vengarte es la mejor forma de amar a tus enemigos.

—Shhh, Jul.

—Lo siento.

Okay, pero ella lo hizo.

Fue un arranque de ira. O de dolor. Es que no encontraba una forma más efectiva de lidiar con eso. Con todo lo que le estaba sucediendo.

Se sentía abrumada. Desprotegida. Y bueno, cada quien se las arregla como puede, ¿no? Entonces ella se unió a un montón de chicos que no la conocían pero aparentaban ser sus amigos. Al principio se sintió resguardada, aunque nunca fue parte de eso, estrictamente hablando.

Se alejó con el tiempo. Se deshizo de los grupos en el chat, cortó lazos con los más cercanos del bando y, cuando ya se sentía lo suficientemente rearmada, tomó sus cosas y empezó la universidad lejos de todo ese mundo que guarda tantos demonios.

El punto es que los problemas no la abandonaron. La siguieron hasta la universidad, tal como les expliqué al comienzo.

Cuando creas que vivir lejos cambiará las cosas, te equivocas. Y es que...

el imbécil que jugó con ella también empezó las clases en *esa* universidad. Ella estaba al tanto e hizo todo lo posible por ignorarlo.

—No te lo creo...

—Ni yo.

Ella tampoco.

Le dije mil veces que estaba haciendo una locura, pero no escuchó. Le advertí que saldría lastimada, que el mundo le daría bofetadas con su guante más áspero si seguía por ese camino. Y aun así corrió el riesgo de volver a él.

—¿Lo hicieron?

—¡Jul!

—¿Qué?

Sí.

Lo hicieron.

Pero no de la manera que creen. Él solo tiene sexo con zorras que lo hacen mejor que esta chica inexperta. Al parecer, una chica tan *inocentonta* jamás saciaría del todo su apetito infernal.

La chica volvió a sus redes. Volvió a caer en él. Confió con su corazón, armó su vida en relación a él y a su mejor amigo. El problema es que demasiada confianza puede herir la susceptibilidad de las personas cuando empiezan las declaraciones.

—¿Le declaró su amor?

—Admito que pensé lo mismo.

¿Su amor?

¡JA!

Ni siquiera eso. Le declaró... Le declaró algo mucho peor. Todas las incógnitas con las que mi amiga creció, *él* justamente era la persona que las podía responder, sin embargo jamás se dignó a hacerlo.

—¿Pero ella le preguntó algo?

—Jul, te juro que te sacaré de la habitación si la vuelves a...

—¿Qué? Es sensato pensar en que, si él sabía cosas que ella no, lo lógico es haberlo preguntado antes, Ky.

Puede ser. Pero ella no preguntó. No a él. Y es que el imbécil conoció al padre de mi amiga. No solo eso sino que... Hay toda una historia en relación a esto. Eran amigos. Pero el padre de mi amiga pertenecía al bando enemigo. Y cuando emitió su juicio con tinta y marcas en la piel, el vínculo llegó al límite.

—¿Y qué sucedió?

—¿Qué le hizo al padre?

—¿Le contó a tu amiga?

No.

¿Qué le hizo? Lo mató. Lo... escondió. Dice que se vio obligado a hacerlo pero, santo cielo, no puedo creer cómo pudo hacer semejante cosa. ¡Era su amigo! Dice que la culpa lo persiguió toda la vida y se encargó de que a su familia *nunca le faltara nada*.

El problema es que mi amiga y su madre jamás vivieron con ese señor, pero de todas formas el idiota de la historia las tenía vigiladas como el patán que es. Sin atreverse a contarles la verdad de sus vidas. Hasta que mi amiga... se enteró por sus propios medios.

—¿Dónde está?

—Jul...

—¿Dónde escondió ese asesino al padre de ella?

No... no lo sé. Nadie que viva puede decirlo. Lo único que puedo responder con certeza es que el hombre está escondido para siempre. Y ella nunca lo podrá abrazar ni decirle: «Papá, te extrañé».

73

THEO

Cuando vomito, el asqueroso alcohol sale. Aunque no es ni una cuarta parte de toda la mierda que he consumido. Luego de que siento que ya no puedo más, me limpio la boca con el dorso del brazo y me arrojo al suelo, en el cubículo del baño dentro de esta alejada taberna, para abrazarme las rodillas e intentar calmar los repugnantes mareos que me están mortificando.

Cierro los ojos y la muerte se aparece para torturarme como siempre. Como suele hacer cada maldita vez que el infierno alza sus llamas para consumirme dentro de sí.

Un disparo. Lo escucho. Una. Y. Mil. Malditas. Veces.

Me cubro los oídos, sin embargo lo sigo escuchando. Está ahí. Junto con todos los gritos de mi cabeza.

Ni todo el alcohol del mundo podrá callar esas voces. Hasta que cierta sensación de sofoco me nace desde el pecho y se apodera de mi cabeza,

atenuando mis sentidos completamente, y cierro los ojos mientras un recuerdo se hace presente.

—Juro que este será el último.

—Es lo mismo que dijiste hace una hora.

—Aguafiestas.

Rick a un lado. Ethan al otro. Los dos me instan a seguir bebiendo aun cuando se supone que era el «conductor designado» y, por el bien de mi coche, no debería seguir haciéndolo.

—Ustedes pueden beberse la última —les dije y busqué la caja de cigarros en el bolsillo trasero de mi jean—. Cuando terminen, pueden buscarme afuera.

Salí del bar y me incorporé en la puerta pensando cuán nefasto sería llegar ebrio a mi primer día de clases. Al día siguiente comenzaría un nuevo semestre escolar. Sería «interesante» volver a la misma rutina aburrida de siempre. Qué va, estaba a punto de cumplir dieciocho y en la Bad House no existe límite para beber. Consideraba la idea de embriagar a Audrey, acostarme con ella y hacer de cuenta que todo iba de maravillas.

En ese momento, deseaba sacar mi vida de su piloto automático para hacer las cosas de acuerdo a como yo mismo las desease.

—Oye.

No hizo falta darme la vuelta para percibir a Ethan, quien se acercó para quedar a mi lado.

—¿Tienes uno que me convides? —me preguntó.

—Creí que aguardarías por otra cerveza.

Luego de encender el mío, le pasé otro a él.

—Mi hija no estaría muy orgullosa de mí si bebiera otra.

—Digamos que tampoco se ha esforzado mucho por saber de ti.

—Al diablo. Supongo que la madre se ha encargado de hablarle de mí y no es difícil saber que no han sido precisamente maravillas.

—¿Y tú por qué no intentas acercarte a ella?

Entra el humo.

Me llena los pulmones. Me quema. Sale. Y se lleva un poco de mi vida.

—Lo intenté —me contestó—, pero su madre ya me dejó en claro que no soy lo suficientemente bueno para mi propia familia.

—¿Ella sabe de qué lado estás?

—Por supuesto. Por eso mismo no me desea cerca.

Vaya.

Entra el humo. Me vuelve a quemar. Vuelve a salir.

—¿Cómo le va en la escuela? —pregunta rascándose la sien.

—Mmm, yo qué sé. Aunque te puedo asegurar que no la he visto repetir ningún curso y se la pasa encerrada en la biblioteca.

—Wow. Me parece bien que se mantenga alejada de esto.

Silencio.

Pronto vendría Rick. A veces no entendía cuánta bebida era capaz de contener ese preuniversitario.

—¿Sabes? —retomó—. Eres un buen chico.

—Ya estás diciendo tonterías.

—Lo eres. Cuidas de tu madre y tu hermana.

«Es que son lo más valioso que tengo en la vida».

Continuó:

—... Y eso me causa admiración. Pones todo lo que sea delante de ti con tal de protegerlas y me llena de asombro.

—Creo que has bebido demasiado, Ethan.

—No, Theo. O sí, qué puedo saber yo. Lo cierto es que deberías aprovechar este arranque de sinceridad porque no es algo que se presente todos los días.

—¿A dónde vas con esto?

—No... no tengo mucha idea, Theodore. Lo cierto es que no puedo tolerarlo más. A veces quisiera que toda esta guerra entre bandos se termine y poder... acercarme a ellas.

—Ya te dije, Ethan. Tú naciste destinado a ser cualquier cosa menos un glorioso.

—Y terminé siendo uno de los líderes...

—Por ser algo así como un «cerebrito» —y estaba siendo completamente sincero. Su línea de gloriosos lo elevó hasta adoptar su posición.

Lástima que luego de morir todos dieron un paso atrás por temor a otras bajas importantes, en lugar de tomar justicia por mano propia como yo hubiera hecho, maldita sea.

Como hubiera hecho en contra de mí mismo.

—Antes era un fanático de los bandos —insistió haciendo oídos sordos a mi acotación—. Me resultaba divertido: emborracharme, asustar gente, hacer disturbios y siempre teníamos una entidad sobre nuestras cabezas regulando que cada paso en falso fuera respaldado. Ahora, en cambio,

quisiera tener una maldita vida normal.

—¿Y cuándo fue el momento en que empezaste a creerte un genio?

—¿Yo? —soltó una carcajada cargada de ironía—. De haber sido un genio, me hubiera alejado de ambas legiones en el momento en que me enteré que Roxan estaba esperando un bebé. Pero... Crecí con esta ideología. Pensaba que estar entre los líderes nos salvaría de todas las penurias económicas y no fue así. Al menos hasta que conocí a Elijah en los primeros años de universidad y el estudio se plantó como única alternativa. Pero esto me alejó del todo de mi hija.

—¿Elijah? ¿El Elijah que yo conozco ahora? Bah. Escuché que ya presentó su doctorado y en Bad Boys planean quedarse con algunas de sus teorías.

—Sí. Ese mismo. Elijah Evans. Empezamos a estudiar juntos sobre el secuestro organizado de información y eso fue lo que nos sacó adelante a los dos. Pero el saber te vuelve peligroso y la ignorancia, un mediocre.

Y entre ser peligroso y ser mediocre, prefiero lo primero. Elección que, evidentemente, él también hizo.

—¿Quieres decir que no debería seguir estudiando? —intenté bromear.

—Solo digo que tengas cuidado. Si te enteras de algo que no debes, tu cabeza y la de toda tu familia estarán en juego.

Podría haberle preguntado de qué se enteró, pero temía poner mi propia cabeza sobre la mesa de los jefes. Mi vida ya peligraba en ese entonces aunque era a costa de proteger la de Paris y la de mamá.

Un golpe en la puerta me despierta de mi ensimismamiento y ya no soy capaz de distinguir del todo cuánto es realidad y cuánto no lo es.

—Oye, viejo —pregunta alguien al otro lado—, ¿estás vivo?

Emito una risita asesina y me dejo fundir nuevamente en mi inconsciencia.

—Estar cerca de ti es lo que me hace pensar diferente —admito.

—¿Puedes hacerme un favor?

—Dime.

—Yo... Dirás que estoy loco, pero en verdad son dos.

—¿Dos favores? No abuses, eh.

—Solo quisiera que, en primer lugar, mantengas a mi hija alejada de la Bad House. Esa pocilga es una tentación en la que caería cualquier adolescente.

—*Considerando que las Crazy son abiertas...*

—*Eso sobre todo.*

—*¿Y tu segundo pedido? Vamos, hazlo. Hoy soy algo parecido a Santa Claus.*

—*Si te pido que me ayudes a planear mi secuestro, ¿lo harías?*

No... No lo haría... Te volviste loco, Ethan. Jamás haría algo así ni por un millón de dólares, fuera por el motivo que fuera. ¿Por tu familia, dices? ¿Que mientras estés vivo ellas correrán peligro? Pero ni siquiera te consideran parte. En su concepción de «familia feliz» tú no entras.

—Bien, amigo. Se terminó el jueguito.

¿Y si algo sale mal?

Sabes que esto no tiene límites. Hacerte desaparecer puede implicar cualquier cosa en asuntos como este.

—Colabora, maldita sea. Vamos.

El agrio olor a orines me espabila de a poco hasta que el agua fría me impacta y me ubico de a poco en el lugar.

—¿Rick? —pregunto.

—Sí, imbécil. Levántate. Casi te mueres con tu propio vómito en este baño de mala muerte. Vamos.

Intento ponerme de pie pero resbalo y él junto con otro mastodonte me sujetan.

Cuando pasamos entre la gente y el frío del exterior me impacta, escucho la voz de un tipo a nuestras espaldas:

—No pueden volver a este sitio.

Le muestro el dedo medio mientras nos dirigimos hasta mi auto.

—Dame las llaves. Luego tendrás que pagar el taxi que me tomé para venir —advierte Rick.

—¿Cómo... cómo... sabías que...?

—¿Que estabas aquí? Entraron, te quitaron el celular y me llamaron. Ruega que antes no hayan marcado el número de tu padre.

Palpo el aparato en mi bolsillo y lo encuentro. Si me lo habían robado, juro que volvería para quemarles ese inmundo y jodido bar.

—¿Adónde... vamos? —pregunto con aspereza en la voz.

—Al único maldito lugar del que nunca deberías haber salido.

Dejo de preguntar. Primero porque mi voz pastosa hace tan difícil articular palabra que apenas es necesaria una respuesta.

No estoy tan mal como para saber que este idiota me devolverá a Iconic.
Donde todo empezó.

74

TRACY

Cuando despierto, me siento tan agotada que ni siquiera soy capaz de distinguir si pude dormir. El despertador de algún celular se ha pronunciado pero al instante alguien lo apaga. Cierro nuevamente los ojos mientras Juliette enciende la luz y Ky se despereza en la cama contigua.

—Oh, disculpa. No quería despertarte.

Le sonrío.

—Descuida. Ya ni sé si estoy despierta o dormida.

Es que no logro distinguir las pesadillas de mi vida misma.

Kyara está a punto de irse, mientras se coloca crema de peinar en el cabello rojizo. Ha tirado unos zapatos sobre un escritorio por accidente, hecho que me hizo abrir los ojos de sopetón.

—¿Irás a clases hoy? —me pregunta.

Sacudo la cabeza en una negativa.

—Está bien —me señala ella—. Si quieres, puedes quedarte aquí y descansar. Debes reponer muchas energías para llegar con buen aspecto a ver a tu madre este fin de semana.

—Puede ser —murmuro.

Me siento en la cama y Ky se acerca.

—Todo estará bien —me dice, me besa en la frente y se despide—. Nos veremos luego.

Cavilo en qué posibilidades encontraría ante la idea de quedarme a dormir para siempre en el cuarto de estas chicas. No sé si son mis «amigas» estrictamente hablando, pero sí lo más parecido a personas de confianza que encontré desde mi llegada a la IVU.

Miro detenidamente el cuarto y está todo patas arriba: ropa en el suelo, cuencos de comida por todas partes, zapatos donde deberían ir los libros, y libros, apuntes, fotocopias donde deberían ir los zapatos. Peor que ser mujer

es ser también universitaria. Las dos cosas equivalen a «PELIGRO: DESORDEN-CAOS ASEGURADO».

No es que los chicos no sean desordenados sino que nosotras tenemos la extraña e imperiosa necesidad de expandirnos por todo el espacio.

Finalmente, decido cuál será mi plan para hoy aunque mis sentidos se ponen en alerta cuando escucho el sonido y la vibración de un celular.

Levanto las sábanas y la almohada pero no lo encuentro. Seguramente Juliette ya se fue a desayunar antes de entrar a clases y se olvidó el celular. El aparato sigue insistiendo hasta que lo encuentro bajo la cama.

Lo tomo y miro la pantalla. Una tal «Fanny Tys» está llamando y la pobre seguirá intentando hasta que alguien le responda.

Ese alguien decido ser yo.

—¿Buenos días? Jul se ha ido a clases, intenta comunicarte luego... ¿Hola? ¿Disculpa? ¿Holaaaaaa?

Miro la pantalla.

Ha colgado.

Menuda paciencia.

Entonces la puerta de la habitación se abre y Jul aparece metida en una bata rosa, con el cabello mojado recogido en una toalla.

Tiene sus enormes lentes rosados puestos y, cuando me mira, frunce el entrecejo con extrañeza.

—¿Qué haces con mi celular? —pregunta.

Acto seguido, prácticamente me lo arranca de las manos.

—Es que te estaban llamando.

—¿Quién? —pregunta.

Revisa con prisa las llamadas.

—Una tal Fanny —le digo.

Ella me mira.

—Disculpa, no pensé que fueras a molestarte. Realmente estaba insistiendo y pensé que ya te habías ido a clase.

Se muerde el labio y deja el aparato sobre la mesita de luz. A continuación me dice con una risita llena de picardía:

—Es que nunca se sabe cuándo tu profesor de Lenguaje va a conseguir tu número y está preparado para pedirte una cita.

—¡Hey! —le suelto con una carcajada.

—¿Qué? Soy una chica que nunca pierde las esperanzas.

Se queda mirando al techo con una luminosa chispa de entusiasmo en la

mirada.

«Carl, amigo, ¿te parece si saco los pasajes por Internet y nos vamos esta misma noche a Iconic?»

Le doy «Enviar» al audio y espero su respuesta.

Volver a mi habitación parece ser el retorno al infierno. Cuando cruzo el umbral, Phoebe duerme como un tronco en su cama y la mía está desordenada. Aunque aún puedo percibir la presencia de Theo en el cuarto...

Anoche todo parecía ir perfecto hasta que de un momento a otro el orden de las cosas se desestabilizó al punto de sentir que el mundo entero se deshacía entre los dos.

Busco la valija y la dispongo sobre la cama. Voy hasta el armario y, mientras saco toda mi ropa, hago un repaso mental de lo que sucedió hasta el momento.

Pues... El día que vi el video en la computadora de Carl titulado «El mal» fue nada menos que el día en que conocí la verdadera naturaleza de Theo. La causa de ese aspecto martirizante en su cabeza, que le recuerda quién es y qué está destinado a ser.

¿Así que liberó a esas serpientes en la jaula porque no tenía más opciones? ¿Así que mató a ese hombre porque se sentía acorralado? Qué excusas más patéticas. Mi nivel de indignación me hace querer vomitar.

Anoche, al principio, pensé que me estaba haciendo una broma, pero cuando los cabos empezaron a concordar en mi cabeza, no hice más que soltar los peores gritos de mi vida hasta espantarlo de mi cuarto, mientras las palabras se atropellaban en su boca.

Ahora, lo único que siento es un odio terrible que me perfora el pecho. Y choca con una leve vocecita que aún no se apaga. Lo dice muy bajo pero sigue ahí, insistiendo... «Debes confiar en él. Son ustedes contra el mundo». De pronto, me despabilo cuando la luz de mi celular sobre la cama se enciende y encuentro un mensaje de Carl:

Ca: Me parece bien. ¿A qué hora salimos? √√

Y una pequeña luz se enciende en mi cabeza al responder:

Tr: Oh... Aguarda. Acabo de recordar que un amigo también irá a Iconic y posiblemente decida hacernos compañía. √√

Espero que a Stefano le agrade la idea de llevarnos. A cambio, solo tendría que conocer a su solitario tío, que vive en el bosque.

Pero... ¿querrá saber de mí luego de cómo me comporté con él en nuestros últimos encuentros?

9.53 p.m.

St: Tracy, disculpa que no te avisé antes pero ya estoy en Iconic. Te veo aquí, avísame cuando llegues del viaje. √√

TRACY

11.01 p.m.

Suspiro ya sentada en la butaca del autobús. Carl está a mi lado metido hasta las cejas en la música de sus auriculares. Miro a un costado, por la ventanilla, y el vidrio empañado transpira a causa de la diferencia entre las temperaturas del interior y el exterior.

Me acomodo dentro de mi grueso abrigo y cierro los ojos con el pesado libro en mis manos, recordando el día en que llegué a esta universidad. Parece que fue hace una eternidad; han sucedido tantas cosas que recordarme a mí misma que apenas han sido más de dos meses resulta algo difícil de creer.

Incluso a mí. Y debo admitir, creía que esto sería mucho más sencillo.

Quisiera tragarme mis propias palabras pero... extraño a mi madre. Es difícil, realmente difícil la vida sin ella. Después de todo, de nuestras discusiones, choques, peleas, risas, anécdotas, me cuesta vivir sin mi madre y no me quiero imaginar cómo podría reaccionar en caso de enfrentarla y hacerle el planteo de mi vida.

«Mamá... ¿cuándo pensabas decirme que papá está vivo? O *estaba* o, bueno, *eso*, tú me entiendes».

No, no, no.

«Ma, entiende que esto es muy difícil para mí, aunque siento la imperiosa necesidad de saber qué mierda pasó por tu cabeza en el instante en que decidiste apartarme de papá, mentirme, hacer de mi vida un caos y...».

Bueno, tampoco eso.

Abro finalmente los ojos y hago una nota mental de cuáles son los puntos de

los que debo hablarle:

- ¿Por qué me mintió?
- ¿Dónde estuvo papá todo este tiempo?
- ¿Quién *es* él? O quién *fue*.
- ¿Por qué nos mantuvo apartadas?
- ¿De qué lado estuvo ella?

Y para cerrar limando asperezas:

- Esta vez, ¿para cuándo postergaste tu matrimonio?

Es que las últimas veces que hablamos todo redundó sobre lo mismo: su miedo a casarse con Richard. Tampoco es que le daré a este señor el trato que se le daría a un padre, pero no considero justo que lo siga haciendo sufrir. Aunque me produzcan arcadas, creo que él la ama sinceramente y ella va y viene como una colegiala.

Una sacudida del bus me devuelve a la realidad y distingo que ya ha tomado por una autopista que da salida directa de la ciudad.

Vuelvo mi mirada al grueso libro que cargué para empezar en el camino y me tengo que llenar de valor antes de abrirlo, pese a que la ansiedad me está matando.

Me ocurrió lo mismo hacia el final de *Rosas para Jude*. Si bien moría de ganas por leer ese último capítulo, la autora nos hizo sufrir subiéndolo en cinco partes, que valieron la pena... Hasta que Darius se quedó con la hermana de Jude y todo valió una mierda. De todas formas, sigo amando la novela y muero por saber si Annie decidirá subir la segunda parte o no.

El punto es que al comienzo quería leer el último capítulo, me mataba la ansiedad por conocer el final, sin embargo, si lo hacía, temía con qué podía encontrarme. Exactamente lo mismo me sucede ahora con estos *Hombres que se convierten en halcones* de un autor anónimo. Bueno, aquí vamos...

Abro la primera página.

—¿ESTO ES UNA PUTA BROMA?!

—¿Ah?

Me llevo una mano a la boca y miro a mi alrededor por el grito que solté. Echo un vistazo a todas partes y están las miradas de los pasajeros clavadas en mí, indignados por lo que acabo de decir.

—¿Me hablaste? —pregunta Carl sacándose los auriculares de los oídos.

—Eh... no... —murmuro y miro a las personas de alrededor—. Disculpen, disculpen, todo fue un horrible malentendido.

Una mujer lleva en brazos a una niña algunos asientos más adelante de nuestro costado. El problema es que la pequeña curiosa no quita sus ojos de mí, lo que me angustia todavía más, así que hago la estupidez de mi vida levantando el libro y mostrándole su contenido:

—¿Ves? No hay nada. Yo... yo me compré este libro y solo son un montón de hojas en blanco. ¡Un terrible malentendido!

—Tracy...

—Pediré que me devuelvan el dinero —intento ser graciosa pero la risa tonta incomoda tanto a la niña que la madre la obliga a dejar de mirarme.

Me vuelvo a Carl, que murmura por lo bajo:

—Estás dándole explicaciones a una niña de cuatro años.

—¿Cuatro? Oh, vamos, los niños lo entienden todo.

Pero qué demonios estoy diciendo.

—Ya... —me calmo—. Es que... este libro... no tiene nada.

Suelto el grueso tomo en sus manos y él abre los ojos como platos al ver lo que acabo de dejarle.

—¡SANTA MIE...!

—¡Chissssst! —le llevo mi mano a la boca.

Cuando me aseguro de que tiene un poco de autocontrol, me vuelvo para mirarlo.

—¿De dónde diablos sacaste esta... PRECIOSURA? —exclama lo más bajo que puede.

Acto seguido mete mano en las cosas de su mochila y saca un lápiz negro.

—No es la *Death Note* —le cuento.

—Por supuesto que no lo es. Oh, Dios santo. ¿De dónde lo sacaste?

—Lo encontré en una biblioteca antiquísima de la IVU —miento a medias—. Pero ¿qué tiene de fabuloso si no puedes leer lo que sea que tenga?

Él me mira y dice, como si fuera obvio:

—¿Es que no sabes cómo se lee esto?

—¿Acaso es una broma?

—No, Tracy. Mira.

No tengo idea de dónde lo ha aprendido, pero Carl toma un lápiz y lo pasa de costado por la página. Entonces noto que hay puntos marcados en toda la primera hoja que, a medida que se van tiñendo de grafito, van develando una figura...

—No... puedo creer... —empiezo.

Tengo la quijada por el piso, prácticamente.

—Créelo —afirma él—. Tachas me enseñó a leer su cuaderno.

Lo que aparece en la hoja es un enorme triángulo en punta con un ojo en el centro y una inscripción debajo: ETHAN.

76

TRACY

Sábado 8 de octubre

Durante el viaje, nos la pasamos descifrando los códigos para aprender a leer el grueso tomo de escritos. Al parecer, pertenecen a un tal «Ethan», tal como lo señalaba la primera hoja.

Jacob le enseñó a Carl a leer su diario; el libro parece ser una especie de bitácora donde los miembros de ambos bandos escriben sus memorias para las generaciones futuras.

Mientras pintamos las hojas de grafito, vamos encontrando algunos códigos tales como árboles que se van sumando de hoja en hoja con palabras tales como «BOSQUE», «PELIGRO», «MUELLE», «TIERRA», «TUMBA», «CEMENTERIO» y unos cuantos dibujos como lápidas, palas y demás, hasta una inscripción que dice «JEFES».

—¿Qué demonios le ocurre a este tipo? —pregunta Carl.

—Tiene su lógica.

—Jacob me mostró su cuaderno y resultaba mucho más fácil de leer.

—No digo que esto sea lógico según lo que todos conocemos por «coherente», sino que esto verdaderamente tiene SU lógica.

—¿Y cuál sería?

—Verás... —conecto las palabras hasta llegar al punto donde encontré info en el buscador de la IIMD que delataba que Tachas había pasado precisamente por El Muelle—. Creo que el escrito se refiere a Iconic.

—¿Este tal Ethan viene de Iconic?

—No lo sé, pero indica que hay algo ahí.

—Los jefes —tercia él.

Y escucharlo de su boca trae a mi cabeza un recuerdo espantoso.

Todavía soy capaz de escuchar la repugnante voz de Neo cuando intentó matarme por «órdenes de Los Jefes». Santo cielo...

—Son SUS jefes —murmuro.

—¿«Sus»? Oh... oh... No creo que...

Miro a Carl, quien tiene los ojos desorbitados, e imagino que tengo la misma expresión.

—¿Es posible que los Bad Boys tengan sus propios jefes? ¿Entonces Ethan... no era un Glorious?

Vuelvo a la portada de la bitácora.

—A veces creo que eres un poco ingenua —me dice Carl—. ¡Precisamente por eso los está delatando!

5.06 a.m.

El sueño venció a mi amigo; yo pasé toda la noche rayoneando con el lápiz como un niño que raspa la etiqueta de sus dulces para encontrar el que tiene premio. Lo extraño es que, llegando al final, encontré el dibujo de una niña con dos colitas, vestido largo y una sonrisa en la línea que lleva por labios.

A medida que van llegando las últimas hojas, la sonrisa de la niña va cayendo hasta convertirse en una persona triste, con una inscripción final que me golpea el pecho: «PAPI SE FUE».

Cierro el libro de golpe, como si este me hubiera atacado, y lo dejo reposar a un costado, mientras anuncian por el parlante del bus que hemos llegado a destino.

Carl despierta y se despereza.

—¿Qué hora es? —me pregunta.

—La... las... cinco... —murmuro medio tartamudeando.

Tengo la garganta seca.

—El camino es más rápido cuando vienes en coche.

—Lo sé —reconozco—. ¿Qué sucedió con el tuyo?

—Papá me lo quitó.

—Oh...

—Descuida. No tiene que ver con lo que estás pensando. Todavía no lo saben.

—Comprendo —reconozco. ¿O no comprendo?—. ¿Y qué sucedió?

—No me creyeron cuando les dije por qué iba a salir de la ciudad.

—¿Les dijiste que vendrías a visitarme?

Después de todo, ellos piensan que soy algo así como su «novia».

—Sí —murmura—. Por eso mismo.

—¿Entonces?

—Bah... Piensan que si te fuiste a estudiar afuera de la ciudad es porque nunca hubo nada entre nosotros. Papá se ha obstinado en conseguirme una novia. De todas formas me fui.

—Sin su consentimiento.

—Soy mayor de edad, ¿no?

Asiento.

Nos desabrochamos los cinturones y la gente ya se empieza a levantar de sus lugares. Hacemos lo propio y ver por las ventanillas la estación terminal de Iconic me llena de nostalgia y recuerdos. Sé que no ha pasado demasiado tiempo, después de todo me fui en agosto y estamos en octubre, pero las cosas que han sucedido fueron demasiadas y muy variadas. Volver a este lugar es una caída a la realidad tan dura que solo deseo disfrutar al máximo cada hora que pase aquí. Sobre todo, considerando que Theo se quedó en la IVU. Un fin de semana lejos de él me hará bien.

Después de todo, me pasé las últimas horas esperando una llamada, un mensaje, cualquier señal que me demostrara que le importo, sin embargo, nada de eso sucedió. Pese a que la voz de mi conciencia me haga mantener los pies sobre la tierra, me niego a perder las esperanzas.

Aun cuando es el asesino de mi padre, es la única persona que puede responder a todas mis incógnitas. Aun cuando... no puedo dejar de pensar en él. De esperar su llamado. De tener que atarme de manos para no escribirle. De seguir enamorada mientras mi alma pide clemencia y sea consciente de que alejarme no cambiará las cosas. Porque lo amo y porque lo odio.

—Puedo hacer esto —murmuro y caigo en la cuenta de que las palabras salieron como un pensamiento en voz alta.

—¿Perdona? —dice Carl mientras salimos del bus.

—Que estoy muy contenta de haber regresado —miento.

Una vez fuera del ambiente viciado del ómnibus, respiro hondo el oxígeno de la madrugada y dejo que la noche de Iconic Valley llene mis pulmones.

—Buscaré las valijas. ¿Tienes el ticket? —me pregunta Carl.

—Voy contigo —le anuncio.

Mientras aguardamos por nuestras cosas, intento que ninguna de las

personas ansiosas que aguardan con nosotros se meta delante de la fila.

Cuando finalmente Carl entrega el ticket y le pasan sus pertenencias, me toca a mí. El sujeto rompe el papelito que le entrego y busca mi valija. Me la alcanza pero, al darme la vuelta, me encuentro con el pecho macizo de un sujeto que choca conmigo.

—Disculpa... —murmuro e intento pasarlo por el costado para llegar a Carl.

Pero el extraño se vuelve a interponer.

—¿Te ayudo con la valija? —insiste.

—No es neces...

De pronto, levanto la mirada y me encuentro con unos enormes ojos verdes. Delatan cansancio y un brillo enorme que me conmueve, liberando una explosión de sensaciones en mi interior.

El tiempo se detiene y todo a mi alrededor desaparece en el preciso momento en que dejo escapar su nombre de mis labios con apenas un hilo de voz:

—¿Charlie...?

77

THEO

Mi llegada a Iconic es triunfal.

Despierto en el coche de Rick e intento arrojarme del auto en marcha, sin embargo, el muy imbécil que conduce suelta una carcajada y me comunica:

—Sabía que harías eso.

—Quita el maldito seguro.

—No. Queda poco para que lleguemos a la Bad House.

—Que quites el seguro de mierda —le exijo conteniéndome por no arrojarme contra su cuello y clavarle los dedos en su jodida garganta.

—No, no. Veo que la universidad te deprime y lo mejor que podía hacer era traerte con tus viejos amigos para que te reanimen. ¿Sigues con la chica de pelo verde?

—Voy a matarte.

—Hey, lo digo en serio. Creo que te hará bien volver a tus raíces.

—Yo también lo digo en serio: voy a matarte, idiota.

—No lo harás —me desafía.

Suelto un puñetazo contra la puerta y se oye como un estallido dentro del coche.

—¡¡¡IMBÉCIL!!! —reacciona Rick.

—¡Que abras la jodida puerta!

—¡¡¡AGUARDA UNOS PUTOS MINUTOS!!!

No lo hará.

Miro a mi alrededor y reconozco este maldito vecindario.

Ya estamos demasiado cerca de la casa donde se encuentra el montón de traidores que ni me desean cerca de ellos ni yo los deseo cerca de mí.

—¿Por qué me devuelves aquí? —le pregunto tratando de contener la calma.

—Era eso o te mandaba a la costa con tu padre y la ricura de tu madrastra.

—No la llames así.

—Disculpa pero realmente está buena.

—No, imbécil. Me refiero a que no te refieras a ella como mi maldita madrastra.

—Okay, okay.

Suelta otra de sus risitas burlonas pero mis ojos inyectados en sangre hacen que detenga el gesto y me dejo caer nuevamente en el asiento.

—¿Qué día es hoy? —pregunto.

—Estamos entrando al sábado.

—¿Y qué fue lo último que sucedió?

La imagen del bar me impacta en la cabeza, pero el recuerdo se mezcla con los de Ethan y el agrio olor a orines de un baño.

—Casi te ahogas con tu propio vómito en el lavatorio de una pocilga. Al parecer, soy uno de tus pocos contactos legibles en el celular.

—Ah, ya.

Cuando me fui de Iconic, me tomé el trabajo de borrar los contactos de todos estos idiotas que viven en la casa que se perfila a nuestras narices. También el de mi madre. También el de Ian. Y el de mi padre. Y el de todos los idiotas que fueron mis compañeros de preparatoria. Aunque conservo... el de Tracy. Lo que es en vano porque ya me lo sé de memoria, lamentablemente.

Rick estaciona el coche a orillas de la casa.

Dominic y Audrey salen dando grandes tropezones para recibirme.

—Mi cabeza me está matando —confieso.

Pero no sé si el dolor ya estaba de antes o me vino junto con la imagen de este maldito lugar.

—Seguirás borracho al menos por doce horas más —me comunica y abre la puerta.

Escucho desde el interior del coche que se saludan y cierro los ojos mientras me masajeo las sienes con los dedos a la espera de que los golpes interiores se detengan.

—Ya estamos —suelta Cedric.

Caigo en la que antes era mi cama y el viejo olor a menta se mantiene intacto. Al menos fueron capaces de respetar mi cuarto este montón de...

—Me encargué de que nadie eyacule en tu cuarto —me confiesa Audrey—. Sabía que tarde o temprano ibas a volver.

—Sedá sodo un fin de semada —digo con las voz pastosa y la boca metida en la almohada esponjosa.

—Sí. Lo sabemos. Pero volviste al fin —retoma.

—¿Dick? —pregunto.

—¿Tu amigo de la cicatriz en la cara? —reconozco la voz de Cedric.

—Aun así era apuesto —ahora es Amanda.

—Se fue —interviene Neo—. Dice que con nosotros estás a salvo.

Y suelta una carcajada que no me viene en gracia, pero me siento tan cansado que otro día podré romperle la nariz.

—Ya, mejor que descanse.

Audrey los echa de la habitación y me doy la vuelta para asegurarme de que no haya quedado nadie una vez que escucho la puerta cerrarse.

La llave está puesta, así que hago un esfuerzo descomunal para poder levantarme. Acto seguido reviso la biblioteca y encuentro todos mis libros intactos. Incluso mi diario de Bad Boys ubicado en el mismo lugar donde lo dejé en un comienzo...

Golpeé la puerta y esperé al otro lado deseando que ya hubiera despertado. Necesitaba corroborar si se había hecho daño. El golpe en el ático fue duro y aún peor la culpa que me carcomía, sin poder quitarme de la cabeza el mismo maldito pensamiento: «Ella no debe estar aquí. Tienes que sacarla. Te pedí que la mantuvieras alejada. Me has decepcionado, Theo».

Sé que nunca uso precisamente esas palabras pero todavía lo escucho gritarme y criticar cada una de mis decisiones desde el mismo momento en que cruzó la puerta en compañía de su amiga la primera vez. Y obligué a Neo a arrojarle encima el vaso de licor por el susto que me di al verlas. Y aun así... se quedaron.

—¿Q... quién? —preguntó, presa del pánico.

—¿Puedo pasar?

Demoró unos momentos y dejé caer el peso de mi cuerpo con la palma de la mano apoyada en el marco de la puerta.

¿Qué demonios estaba haciendo? En ese entonces mi cabeza consideraba la posibilidad de que encontraría algo que clavarme en la frente en cuanto abriera la puerta de par en par. A continuación, la manija giró y empezó a hacerse la luz poco a poco, mientras la música y los gritos de fondo no nos hacían precisamente la mejor compañía.

—Claro —me contestó ella cargada de ironía o indignación—. Es tu habitación.

Se apartó dejándome la entrada, pero cerró con seguro, como si quisiera evitar que viniera con otro montón de locos para violarla.

El punto más demente fue cuando se dio cuenta de que le había cambiado la ropa y llevaba puesto mi pijama. Reaccionó muy mal, a la defensiva y se intentó defender con una lámpara.

—¡No te acerques! —me gritó con el pánico a flor de piel.

Y convengamos que he tenido que enfrentar cosas mucho peores a una chica asustada con una lámpara.

Avanzo impasible hacia ella.

—No des un paso más —añade. Y me muerdo un carrillo para contener una risotada.

Aun así no deseo que esto se siga desquiciando, necesito al menos ganarme su confianza y convencerla de que lo mejor será que tanto ella como su amiga salgan ahora de esta maldita fiesta, o al menos que me deje devolverla a su casa y no vuelva a este jodido lugar.

—Cálmate, Trais. No es lo que piensas... —es lo primero que se me ocurre.

«¡¿TRAIIS?!».

La palabra resuena en mi cabeza y me tortura, al tiempo que me pregunto si ¿puedo ser más imbécil aún?!

Claro que no es lo que piensa si ahora mismo la empiezo a llamar del

mismo modo en que Ethan la mencionaba a ella.

«Aleja a mi hija de esto, Theo. Por favor...».

—Nos vamos —le anuncié luego sin demasiadas opciones cuando la policía llegó y los Bad Boys empezaron a cobrarse el festín de la noche.

—Pero mi amiga...

—No hay tiempo —la corté en seco—. Está con Charlie Walk.

La vi regodeándose y fumando marihuana con esos chicos desde el momento en que llegaron, se separaron y la tal Charleston se fue con él.

Intento que Tracy confíe en mí pero no encuentro un modo.

Sigue tensa.

Se sigue oponiendo.

Tracy se queda paralizada cuando me acerco a su oído y le hago el pedido más sincero que jamás hice en toda mi vida:

—No me tengas miedo...

Porque en algún momento el ángel debió confiar en el lobo.

—... No ahora.

Pero en su momento el lobo realmente hizo daño a su ángel.

—Vienes conmigo.

Así, esa decisión los salvó a los dos. Y los condenó para siempre.

78

THEO

Cuando despierto aún no ha amanecido. Ahora el cuarto es demasiado frío, mucho más que en mi sueño. Demasiado solitario para mi gusto. Ojalá estuviera *ella* aquí...

TRACY

El tiempo se ha detenido a mi alrededor. Por un instante no hay nada. Nada en absoluto. Solo una señal que mi cerebro envía a mi cuerpo entero y suelto

la valija para arrojarme a sus hombros.

Cruzo los brazos y hundo mi nariz en su pecho para inspirar el fresco perfume amaderado que hacía tanto tiempo no percibía. Por un instante se cruzan en mis recuerdos nuestros últimos encuentros y todo se vuelve aún más incómodo, pero lo trato de evitar por el bien de todos.

Una vez que me aparto, distingo que las lágrimas han empezado a brotar de sus ojos y de inmediato sucede con los míos también. No hay nada más doloroso que ver esas gemas verdes empañarse como dos cristales a punto de romperse.

—Oh... Charlie... —murmuro y evito el moqueo—. ¿Cómo... cómo lo supiste?

—Yo le dije que vendríamos —interviene Carl.

Charlie se aparta y me encuentro con mi amigo:

—No te veía muy bien en la universidad y creo que tienes un buen recuerdo de este chico.

—Solo soy un viejo amigo —acota Charlie.

Claro... «Amigo».

—Supongo —Carl se encoge de hombros.

Ya me ayudó anteriormente a mentirle a mamá para salir con él. Y con Theo. Pero con *él* es lo que me importa ahora.

—Gracias —le digo pese a que una parte de mí siente rencor o decepción de que no me haya avisado que le diría. O que lo encontraríamos aquí.

Yo... creo que nos hará bien a ambos esta visita.

Lo malo es que no sé si a Carl le hará taaanto bien el hecho de volver a la misma casa que comparte con el idiota monumental de su padre.

—¿Quieren ir a desayunar? —propone Charlie—. Hay un café nuevo muy bueno por aquí cerca. Aunque los que están abiertos las veinticuatro horas se especializan más en licores.

—Café está bien —le señalo—. Pero podría ser esto en mi ca... En casa de mi madre.

No lo digo.

De momento, sería bueno mantener las distancias. Por ahora mi único hogar es aquel donde estén las personas que me hacen sentir lo suficientemente cómoda como para ser yo misma.

—¿Pero a Charlie no lo...? —empieza Carl y lo detengo.

—Sí, se caen bien —murmuro—. O quizá no. Cualquier chico con tatuajes que se me acerque es una mala influencia para mí.

—Gracias —dice él.

—Según mi madre —completo—. Tiende a juzgar mal a las personas.

—Descuida —coloca una mano en mi hombro y recoge la valija que hace un rato dejé caer—. Últimamente mi madre y ella se han hecho amigas y le caigo mejor. Excepto Neo. Ese no le cae bien a nadie.

El nuevo auto de Charlie es una prueba de fuego para mi coraje.

La experiencia que me puso al borde de la muerte cuando le fallaron los frenos y Theo nos persiguió hasta que nos estampamos contra un muro persiste en mi conciencia como una alerta a la que no puedo hacer oídos sordos.

—Esta vez tengo los controles al día —reconoce sonrojado mientras pone el motor en marcha.

—Confío en eso —añado en tono de broma, pero ambos sabemos a qué viene—. Ya no parece *tan* terrible.

Carl se incorpora entre ambos y, mientras mi amigo conduce por la avenida Central, les cuento a mis acompañantes cómo ha resultado mi experiencia universitaria.

Les hablo de Phoebe, Cochinillo y la extraña compañía que ambos se hacen, de Juliette y Ky, las únicas «amigas» que hice desde mi llegada y de la tal Rebecca, que tan mal me cae y le pongo por nombre «Fanny», como la chica que llamó ayer a Jul. Si es una ex de Theo, posiblemente haya sido una Bad Girl y el mundo es demasiado pequeño.

—Ya estamos cerca —anuncia Charlie—. Si quieres, puedes avisarle a tu madre que tendrá visitas.

¡Es cierto!

He estado con la cabeza tan ocupada que apenas ahora me doy cuenta de que nunca le confirmé a mamá que vendría. Lo que me hace sentir una culpa terrible.

Acto seguido marco su número y aguardo mientras la llamada entra en espera.

—¿Fumaste?

—No...

—¿Te emborrachaste?

—¡No!

—¿Usaste condón?

—¡Mamá!

Sus preguntas durante el café nos hacen ahogar a todos mientras trato de

reparar en mi cabeza que en verdad sí bebí de más la noche que besé a Stefano en la fiesta de Go Delta y tampoco es que vaya a quedar embarazada por meterme el miembro de Theo en la boca.

—Necesitaba estar segura —dice ella.

Antes de que la charla se vuelva más incómoda, los chicos anuncian que se retiran para dejarnos hablar a solas y mi corazón se desboca; llegó la hora de la verdad.

—Me caen bien —dice mamá mientras se sirve su tercer pocillo de café luego de que despido a mis amigos.

Vuelvo a la silla frente a ella y me sirvo un segundo pocillo para mí pero le agregó leche.

—Son mis amigos —le anuncio—. Me alegra que por fin los aceptes.

—¿Son pareja?

—¿Qué?

—Que si son pareja.

—¿Quiénes?

—Ellos dos.

—¡NO!

Mi corazón da un vuelco al escucharla.

—La madre de Charlie me contó que su hijo no presenta ninguna novia y ya es la segunda vez que los veo juntos.

—¡Está mal hablar de la gente a sus espaldas! —le digo como si fuera yo quien la está educando.

Aunque el dato que me brinda es suficiente para suponer que la primera vez debe haber sido cuando Carl investigaba por el paradero de Tachas y, bueno, la persona más cercana a mí era Charlie. Quien tampoco sabe mucho de la situación pero sirvió para volver a encontrarnos.

—Entonces... ¿cuál de ellos es tu novio? —me pregunta mamá y las Tracys de mi interior se dan una palmada en la frente.

—Ninguno de ellos y eso no significa que estén juntos... Entre sí —le comunico.

—Me gustaría que el chico de suéter y gomina en el cabello fuera tu prometido.

—Acá la prometida eres tú.

Abre los ojos como platos.

La atrapé.

—Dime —continúo haciendo girar por fin el tema de conversación—, ¿por

qué sigues postergando la fecha para casarte?

Le tiembla la mandíbula pero me siento victoriosa.

—¿Richard vendrá a vivir a casa? —le pregunto.

—No... La idea es... Oh, cariño, esto es algo de lo que quería hablar contigo.

—¿Quieres irte a vivir conmigo? —le pregunto horrorizada—. ¿O cerca de la IVU?

—No descarto esa idea pero no es lo que precisamente necesitaba decirte. Es que... tenemos planeado vender la casa y comenzar desde cero en otra ciudad. Quizá sea en Perks Village o Saint Bari, cerca de la casa de los abuelos.

—Yo... Bueno... —entonces no me quedaría más nada en Iconic—. Es algo que no me esperaba.

—Tú vivirás en la IVU hasta que decidas dónde y de qué modo vivir. Yo te ayudaré en todo lo que pueda.

—Mamá, no es eso sino... Bueno... Este pueblo tiene toda mi historia.

—Lo sé, cariño. Por eso quería conocer tu opinión.

—Aunqueeee... Por otro lado, tienes razón. Debo hacer mi vida y tú empezarás una nueva etapa con Richard. Y si quieres conocer qué opino, la decisión es de ustedes y... Bueno, si se mudan, preferiría que sea cerca de los abuelos.

—Sabía que dirías eso. Es que él ha conseguido trabajo en Perks y si consigue que el traslado sea a Saint Bari, las cosas mejorarían considerablemente.

Ella toma mi mano y una luz se enciende en mi interior para iniciar el tema que no deja de darme vueltas:

—¿Por qué se fueron ahí cuando empezaste la universidad?

Mamá frunce el entrecejo:

—Mi carrera universitaria era en la Saint Bari University.

—Entonces, ¿por qué volviste a Iconic luego de recibirte?

—Yo... Luego quise hacer mi especialización.

—Esa parte la sé, mamá, pero ¿por qué elegiste *esta* ciudad para vivir?

—Yo...

—¿Volviste en busca de papá?

Ella suelta mis manos y le sostengo la mirada.

—Hija, no entiendo por qué sacas este tema.

—Habla, mamá. Te lo ruego. Habla. Dime de él. Dime su nombre al menos.

Pero no me mientas más.

—Yo...

—¿... tú?

—Regresé por él. Sí. Rayos... Esto es difícil.

—No voy a criticarte. Solo necesito saber.

Suspira. Y mi corazón martillea con fuerza.

—Tracy, deja de buscar a tu padre. Él nos abandonó.

—¡MIENTES! —le grito y me aparto con un nudo horroroso en la garganta. Parece ser que el aire viciado de hace un momento hubiese mutado a cuchillas que intentan mantenerse en una calma imposible.

—No, cariño. Entiende que nos abandonó.

Me acerco a ella y le tomo el puño de su pijama. Lo subo hasta encontrar la cicatriz donde antes llevaba el tatuaje.

—¿Por qué te lo quitaste? —la enfrento—. Eras una de ellos. ¿Por qué te quitaste el maldito tatuaje?

Mamá me observa.

Ahora sus ojos toman firmeza y quita su brazo con brusquedad para volver a cubrirse la cicatriz. Acto seguido se pone de pie y quedamos frente a frente.

—Tu padre está muerto.

—Eso ya lo sé.

—¿Qué? Dios santo...

—¿Tienes algo que me sorprenda? Él quería conocerme, ¿verdad? Por eso regresaste.

—Tracy... Yo solo...

—¡No mientas más! ¡Ya lo sé todo! —miento.

Me aparto sujetándome la cabeza como si me fuera a explotar.

Entonces ocurren unos segundos de silencio mientras los gritos resuenan en nuestras cabezas y mamá quita un manojito de llaves del colgante que hay al costado de la alacena.

—Ven —me ordena—. Yo sabía que este momento llegaría.

—¿Qué...?

—Será él mismo quien te dirá la verdad.

¿¿Cómo??

—Cielo... Es hora de que hablen los muertos.

TRACY

Subimos al ático. Me tiemblan las piernas mientras los tablones crujen bajo nuestros pies, aunque mamá no se inmuta.

«Es hora de que hablen los muertos». No... no lo entiendo. Las brujas no existen pero sí las historias de terror. Mi corazón golpea dentro de mi pecho cuando la oscuridad nos funde y desaparece de inmediato cuando mamá enciende la lamparita.

—Por aquí —señala.

Llevaba años sin subir a esta parte de la casa.

Hay muebles viejos, juguetes, cofres con elementos sin valor y un montón de cosas que deberíamos haber tirado hace tiempo.

Entonces mamá abre un viejo armario al final del pasillo y saca de la parte superior una pequeña cajita que reconozco de haber visto hace muchos años.

Ella la deja reposar sobre una mesita y ambas nos arrodillamos a su alrededor.

—Sabes qué hacer —dice ella.

En efecto, lo sé.

Levanto la tapita y aparece una pequeña bailarina dando vueltas al ritmo de «Para Elisa», la composición de Beethoven. Este pequeño juguete es del tiempo en que vivíamos con los abuelos. En la tapita superior hay un pequeño espejo mugriento que refleja mi imagen y veo que estoy demasiado agotada. Es mucho para un solo día, pero digamos que tampoco tengo demasiado tiempo para despejar las dudas que asaltan mi mente.

—Quítalo —me señala mamá.

—¿Qué?

—Mira bien el espejo.

Es cierta esa frase de que «lo esencial es invisible a los ojos» ya que debo poner demasiada atención para darme cuenta de que algo sobresale entre el espejo y la tapa de madera.

Clavo las uñas alrededor del vidrio y lo fuerzo hasta que empieza a quitarse desde los costados. Finalmente lo arranco y una hoja de papel doblada cae.

«Es hora de que hablen los muertos».

—Ahí... —se le quiebra la voz—. Ahí... están tus respuestas. Yo aguardaré en mi cuarto... Por si... me necesitas.

Y se va con las lágrimas asomando en su rostro.

A continuación, me siento con las piernas cruzadas sobre la mesa mientras la bailarina baila al compás del instrumento de cuerda y abro la carta vieja llena de polvo con la tinta azul conservada.

Inspiro hondo y cierro los ojos. Busco la paz que hace tanto necesito y, cuando los abro nuevamente, me encuentro con una verdad que no sé si estoy dispuesta a conocer... Pero que he necesitado toda mi vida.

Trais,

No tengo mucho tiempo. Tampoco sé si esta nota llegará a tus manos algún día o en el momento indicado. Pero necesito que tu madre te haga saber cuanto antes lo que está sucediendo...

Eres tan joven que ni lo comprenderías. O sí. Pero no puedo dejar de verte como esa criatura pequeña de rizos negros y mejillas rosadas.

Mi existencia estuvo condenada desde que nací. Y arrastré a tu madre en esto. El asunto es que al principio lo veíamos como algo divertido...

Pertenezco a un bando. Ella al otro.

Luego tendrás la oportunidad de saber de qué van esos grupos pero hubo un tiempo en que ambos se dividieron. Y las cosas empezaron a ser diferentes.

Cree que son mucho más peligrosos de lo que piensas. Y una vez que estás dentro, salir no es demasiado fácil.

Ella lo hizo y fue lo más sensato, ya que su decisión te salvó. Yo, por el contrario, pensé que encontraría una salida más eficiente y con los años lo único que hice fue distanciarme más y más.

A ti me acerqué por todos los medios posibles pero... No fue viable. Si te vinculaban a mí, ya estarías metida en este asunto y no era mi intención ni la de Roxan.

El día de hoy vas a descubrir que, si no estoy en tu vida, es para mantenerte fuera del peligro y quizá lo entiendas en su momento. Quizá no.

Un buen muchacho ha accedido a ayudarme a planear mi «secuestro», y si esto falla, le he pedido por favor que sea quien me mate antes de que me sometan a otros horribles modos de tortura.

Me volví loco. Lo sé. Pero loco de amor por ti y por tu madre, aunque ella no quiera verme.

Prefiero estar bajo tierra antes que exponerlas a ustedes.

Entiende que, si desaparezco para siempre, será por mi voluntad. Para cuidarte. Para dejar atrás un pasado que ha sido atravesado por la injusticia. Por algo que empezó como un juego de poder estúpido y ahora

nadie está a salvo.

No me queda tiempo y he dicho lo que tenía para decir. No culpes al muchacho por esto. Yo se lo he pedido.

Te amo, cielo.

Sé que eres inteligente, fuerte y llegarás muy, muy lejos.

Eres todo en mi vida... Y más allá también.

Hasta siempre.

Ethan (papá).

La nota cae de mis manos y cierro la tapa de la bailarina para silenciar su música. Al igual que los gritos en mi cabeza.

Es necesario dejar de pensar cuando se te hiela la sangre.

80

TRACY

Conocí a Theo y mi vida dio un giro que nunca imaginé que pudiera adoptar. Pero que de una forma u otra iba a suceder.

El interrogante de mi padre fue algo que mamá jamás me quiso responder pero con una pizca de ingenuidad busqué hasta el cansancio y, atrapada en el mayor dolor del mundo, encontré la verdad.

Papá no se fue. Mamá lo alejó.

Papá no me buscó de retorno. Mamá sí regresó. Pero ya era tarde.

El caos inundó nuestra «familia» y dos enemigos legítimos se enfrentaron. Lo persiguieron. Y él de todas formas eligió protegernos.

Porque a mamá nunca la dejó de amar. Porque a mí siempre me resguardó. Porque fingió su secuestro y luego murió. O no. No murió. Se mató... Fue todo por su propia voluntad.

Un suicidio asistido en el que Theo apretó el gatillo: liberó las serpientes que se lo comieron en carne viva... Y fue grabado. Vi eso.

Como si el amor de un Bad Boy y una Glorious estuviera prohibido sin remedio. Y en la única ocasión en que la historia se repitió, nadie salió ileso: Stefano y Kylie.

Nunca me imaginé que ahora, que sucede otra vez, terminaría siendo yo

quien lo protagonice.

¿Es que nunca se va a terminar? ¿Es que puedo amar al asesino de mi padre? Porque me quitó lo más valioso. Y es que, si decido seguir con él, será bajo las sanguinarias consecuencias de quienes imponen la ley máxima... Los jefes.

11.27 a.m.

Crack.

Crack.

Crack.

Cruje la madera y es lo único que oigo en las últimas horas.

—¿Hi... hija? ¿Vas a bajar? —me pregunta mamá.

Pero no respondo.

Ella se dirige hasta donde me encuentro y me abraza.

No respondo. No hay llanto. Solo lágrimas que le empapan un hombro y pienso un millón de veces en qué demonios le he hecho a Theodore.

Soy quien lo hiere cuando el mayor torturador está en su cabeza.

12.58 p.m.

St: Hey. ¿Llegaste? √

St: ¿Estás bien? √

St: Okay, si no vas a responder... √

2.43 p.m.

Tr: Hola (:√√

St: Buenas... ¿Largo el viaje? √√

Tr: Algo así. Creo que dormiré todo el día. √√

St: Me imagino si hubieras salido del país... √√

Tr: No es eso. Solo que tengo mucho en qué pensar... √√

St: Vaya. Entonces tengo la propuesta perfecta para que cambies la dirección de eso en lo que piensas. √√

Tr: ¿Una fiesta? Hummm. √√

St: No, nada de eso. ¿Recuerdas que me acompañarías a ver a mi tío? Ya le comenté que esta noche iré con una chica pero si no puedes... √√

Tr: Oh... sí. Descuida. √√

St: ¿Entonces? √√

Tr: Solo dime a qué hora me pasas a buscar y estaré lista. Te mandaré una captura de pantalla con la dirección en Google Maps. √√

St: ¡Genial! ;) √√

Las horas que pasan se convierten en una tortura y me devano los sesos para no escribirle a Theo y pedirle una disculpa.

No puedo dejar de pensar en él ni en las cosas que alguna vez le dije. Por un lado, pienso que he sido demasiado cruel, pero, por el otro, es cierto que nunca me contó ¡nada! Me lo advirtió desde el comienzo, es cierto. Pero nunca fue lo suficientemente valiente para enfrentarme.

¿Puedo seguir con esto después de todo? ¿Qué salió mal en el plan de papá? Mi cabeza no puede dejar de atar cabos y vuelvo al cuaderno. A sus anotaciones.

Los malos. El bosque. La tumba. Los jefes. La niña triste. Mi padre. Ethan. Su escrito. Su advertencia. Yo...

La niña triste soy... yo...

«Reglas del jefe», declaró Neo antes de que intentase matarme. «Y reglas son reglas».

Quizás saco una conclusión precipitada pero la verdad es que demasiadas coincidencias solo me advierten una cosa: la niña está triste porque ha entrado al bosque. Y esa niña soy yo.

«PELIGRO».

«MUERTE».

«TIERRA».

Y seré una hija mala. Porque desobedeceré a mi padre.

Aunque los padres a veces se equivocan, no responderé a él de todas formas... Esta vez quien pondrá las reglas seré yo.

Cuando el coche de Stefano estaciona en el frente de casa, lo espero con una sonrisa de oreja a oreja.

Es una suerte que mamá siga con su rutina de volver tarde ya que, de lo contrario, tendría que haberme escapado.

Abro la puerta del Volvo y me siento en el lugar del acompañante.

—¿Quién lo diría? —murmuro y lo saludo con un beso en la mejilla—. Llegaste puntual.

Él me sonrío. Lleva puesta una sudadera y pantalones deportivos. Sus colmillos relucen demasiado blancos y brillantes en una media sonrisa atractiva y peligrosa. Como él.

—Suelo serlo —asimila.

—¿En verdad tu tío le teme a la gente?

—Ehh... Sí. No es una persona que salga mucho.

—Vaya —el ronroneo suave del motor se acopla con mi tono de voz mientras la conversación prosigue e intento profundizar en que me brinde detalles de ese extraño familiar al que visitaremos.

Sube por la avenida Central y sigue unos cuantos kilómetros hasta descender por el lateral.

—Entonces... —retomo—, ¿cena tan tarde?

—Sí. Él es así.

—¿No es muy extraño?

—Te acostumbras.

—¿Ha visto a un psicólogo o un psiquiatra? No parece ser un estilo de vida demasiado... sano —apunto con un sarcástico tono de voz. Y no me refiero solo a los horarios en que este sujeto cena o hace lo que quiera hacer...

—Me apena que preguntes tanto —señala él—. Es caaaaasi como si desconfiaras de mí.

Muerde y los músculos de su mandíbula se tensan mientras mantiene los ojos negros clavados en el camino.

—No es eso —asimilo. O sí—. Solo que, ya sabes... Ese hombre no parece ser demasiado normal.

—Nadie que viva en una cabaña apartado de la sociedad puede ser considerado sensato. La normalidad es aburrida.

—Entonces, ¿vive cerca de El Muelle?

—No. Más alejado.

—¿Dentro del bosque?

—Exacto.

—¿Y no es peligroso?

—¿Por qué iba a serlo?

—Digo... No es que resulte precisamente el sitio más seguro del mundo. Menos en Iconic Valley, donde suceden cosas terribles todo el tiempo.

El auto ingresa a la calle pedregosa que sale de las avenidas de concreto y va en dirección contraria al muelle, tal como lo esperaba.

—Cosas terribles —repite—. Sí. Estamos llenos de historias de terror.

—Que a ti te encantan.

—Estás muy impetuosa hoy. Eres toda una chica mala.

—Gracias.

Me muerdo el labio y el corazón me late más y más fuerte.

El auto ingresa al sendero pero no me quedo callada. Lleva casi una hora conduciendo y estamos justo donde tenemos que estar.

Descubre quiénes son los malos, Tracy.

Bendita advertencia.

Hasta yo estoy temblando.

Deberías.

Ten cuidado con lo que vayas a hacer...

Ya no sirve ir con cuidado cuando lo has arriesgado todo.

—Por ejemplo, la historia de tu familia —mascullo.

—¿Qué?

—Una historia de terror.

—Más que eso, por supuesto. Pero a oídos de cualquiera, eso sería un terrible cuento de horror.

—Sobre todo por cómo murieron.

—Asesinados. Fueron asesinados.

—¿Sabes? Hace tiempo intentaron atacarme a mí también. Por órdenes de un «Jefe». ¿Te resulta familiar?

Stefano me mira y vuelve al camino.

Con una mano conduce y lleva la otra lentamente a la parte inferior del asiento.

—No sabes de lo que estás hablando —empieza.

—Sí que lo sé.

—No. No entiendes nada.

—Sí que entiendo —*mierda, mierda y más mierda*. Debo conmigo misma si soltar la acusación o no, pero el tiempo se termina y cada vez tengo menos opciones mientras su mano empuña el revólver bajo el asiento—. Créeme

que... estoy más segura que nunca de eso. De que ya lo entiendo todo, «Fanny Tys».

—¿Qué diablos?

—Es un bonito nombre con el que te tiene agendado tu amiga Kylie. ¿O prefieres que la llame Juliette?

82

TRACY

Stefano se queda paralizado pero algo me dice que en verdad... se veía venir mi reacción. O no.

Este es el momento que estaba esperando. Que los dos esperábamos. Es hora de que el silencio sepulcral del mundo inunde cada centímetro que nos distancia.

A cada segundo que pasa, la muerte amplía su sonrisa de gato de Cheshire. Como la de Stefano...

—Eres una perra mala —murmura.

Y antes de que meta la mano bajo el asiento, me arrojo sobre él para detenerlo.

El auto vira a todas partes en medio del forcejeo hasta que él pone el pie sobre el freno y el coche se clava.

Haciendo que la inercia nos empuje a un lado, el auto sale disparado de costado, girando sobre su propio eje; los segundos pasan interminables mientras el cinturón se me clava y pierdo el control sobre Stefano.

Que logra sacar el maldito revólver.

Mientras el auto va directo a estamparse contra un árbol, el cielo truena y el ruido se funde con el de un disparo... Que resuena en mi interior, al tiempo que mis ojos solo son capaces de ver sangre.

83

TRACY

Stefano es sexi. Tiene ojos negros como el azabache y el corazón tan hecho polvo como su conciencia. Aunque en su mirada hay oscuridad, cualquier chica cae rendida a sus pies. Es como un imán que tienta a morder del fruto prohibido.

Romper las reglas es buscar un castigo. Y si una se deja llevar por los encantos devoradores de este hombre destructivo, es muy probable salir lastimada de su maligno juego.

Su quijada cuadrada le sienta excelente en unos hombros demasiado anchos. Y esos labios bien marcados, demasiado llenos, son el sabor de mis faltas. De que hice aquello que nunca debí haber hecho, pero no me arrepiento. Los probé alguna vez pero ahora pruebo la sangre en mi paladar, ya que el aroma metálico inunda mis fosas nasales...

Desde el principio supe que este chico no estaba bien. Incluso desde que conocí su historia. Es un experimento de los Bad Boys, de una legión sanguinaria de la que nadie puede salir ileso.

La primera vez que lo vi, me mostró el dedo medio (en mi día uno en la universidad); fue algo tan detestable que lo formulé en mis pensamientos como un inmaduro idiota, montón de músculos y tatuajes que intenta parecer el *playboy* inalcanzable que cualquier chica de mi talla podrá querer y jamás alcanzar. No obstante, lo conocí verdaderamente cuando nos cruzamos en la ducha, y supe que su existencia y la mía nunca se encontraron por casualidad.

Llegué a la IVU por Theo. La universidad exclusiva de ambos clanes donde la pelea ancestral por el poder se despliega sin discreción, donde... obviamente, me terminaría encontrando a importantes referentes tanto del triángulo invertido como del triángulo recto.

Bad Boys: hombres que se convierten en puma. Este grupo se vale de disciplinas y alumnos que utilizan la fuerza y movimientos sigilosos a la hora de capturar lo que buscan. Como el animal perfecto que los representa.

Por su parte, las aves salvajes prefieren atacar una vez que han vigilado el panorama en lugar de engullir a la presa acechando por tierra... Así es Glorious: hombres que se convierten en halcones. Hombres y mujeres que no son precisamente el bien, ya que su causa es la misma que la de los primeros aunque los medios resulten diferentes.

El diario de la persona que resultó ser mi... padre tenía más información

de la que alguna vez hubiera sido capaz de procesar.

El cabo maestro que me permitiría unir los demás. Y de algún modo, tanto esa bitácora con apuntes invisibles como su carta resultaron todo lo que necesité en mi vida para resolver las incógnitas: quién es el malo y quién es el bueno (si es que realmente existe).

Theo intentó expulsarme de los Bad Boys desde el primer momento. No era casualidad que esa noche en el baño de la Bad House supiera mi nombre antes de que me presentara siquiera. No era casualidad que pusiese todo su empeño en alejarme, en protegerme. Pero tampoco fue casualidad que dicha protección fuese acompañada de culpa y un consecuente... amor. Por eso él *no se permite* sentir nada. Por eso *no quiere* acostarse conmigo.

Es el único que no me ha juzgado por ser una «enana» de metro sesenta. Por tener algunos talles más que las otras chicas. Porque mis vestidos me hicieran parecer un maldito globo de chicle, tal como me insultaron las zorras de Amanda y Audrey hace un año.

Theo no me alejaba por mis defectos. Los apreciaba al igual que yo me sentía hipnotizada con los suyos.

Él, simplemente, no podía estar con la hija del hombre que había asesinado. De su amigo... Al que le dio muerte.

Un «suicidio asistido».

Theo me dejó sin papá, aunque él se encargó de asumir el rol protector y todo terminó en lo inevitable: enamorándome perdidamente de su persona. Nos alejábamos y nos acercábamos, como dos imanes que no pueden permanecer lejos por mucho tiempo.

Donde quiera que fuese, Theo siempre fue ese lobo guardián que protegió a su ángel.

Él estuvo cada día de mi vida para velar por sus errores. Por sus actos. Por su pasado, que lo condena cada noche que cierra los ojos e intenta dormir. Por cada ocasión en que la muerte dice «Aquí estabas, bastardo» y lo captura en sus pesadillas. Porque presencié el asesinato de su hermano y porque fue obligado a asesinar a mi padre. Él... Él no es una mala persona, precisamente. Nada en su actitud es algo librado al azar; su ser siempre implicó lo más puro y lo más oscuro. No puedo condenarlo, santo cielo, ¡no puedo juzgarlo! ¡No soy quién para hacer tal cosa! Y tampoco puedo dejar de amarlo.

Ethan, mi padre, lo conoció. ¿En qué contexto? No lo sé.

Lo cierto es que se acompañaron en sus desgraciadas existencias y terminó de la peor manera posible. Por un gesto noble, nos protegió a mamá y a mí.

Ambos nos protegieron.

Aunque estuve destinada al peligro desde siempre. De una forma u otra, terminé siendo parte de estos grupos. Del de papá. Del grupo de Evans, de Charlie...

... Y enemiga natural de Theo.

Por otra parte, Neo fue precisamente la persona que logró hacerme entender qué estaba mal con Stefano.

Siempre supe de la existencia desdichada de este sujeto, quien nunca dejó de amar a Kylie.

¡Por supuesto que, por órdenes de los malditos «Jefes», la hija de un difunto Glorious no podía distraer a los Bad Boys! Así que lo mejor sería matarla a *fierrazos* por la nuca, ¿no? Los barrotes de hierro siguen amenazantes en mi memoria, pero ya no les tengo miedo.

Esa noche forma parte de mi pasado y logré salir ilesa. Esta vez no tiene por qué ser la excepción... Esta vez, el GRAN experimento de los Bad Boys, Stefano Guilty, quien es a su vez uno de esos jefes, se cruzó en mi vida para cortarme el cuello y dejar que mi cabeza rueda en el bosque.

Lástima que no contó con un pequeño detalle: mi padre fue una persona inteligente y supo advertirme. Llegué un poco tarde a sus notas, no obstante, era lo que necesitaba para saber que este imbécil que ahora está cara a cara conmigo en su auto es el mismo que planeó lo peor para mí hace tiempo. Y no es casualidad que haya elegido este momento... Justo ahora que podía confirmar mi posición de Glorious y amante de Theodore Landon, un Bad Boy.

¿Cómo lo supo? Digamos que lo sospeché siempre y lo confirmé yo misma luego de soltarle el sermón a «Juliette» y Ky sobre mis desastres amorosos. Por eso la segunda desapareció temprano a la mañana siguiente y la primera se encargó de irse tarde para vigilarme el mayor tiempo posible.

Lo dudé mucho. Estaba casi segura de que Kylie era Kyara, la compañera de habitación de Juliette. Después de las horas que pasé en casa de mi madre pensando cada detalle llegué a tres conclusiones:

1. El parecido en los nombres solo era para distraer.
2. Kyara es solo un chivo expiatorio en esta mierda. Si no ha muerto ya, la matarán pronto.
3. FANny = SteFANo. TYs = GuilTY.
4. El número agendado de Juliette coincidía con el mío de Stefano.

Un importante juego de palabras que no les resultó del todo eficiente.

Diablos, recién esta medianoche de octubre ¡LO PUDE VER! Y no estaba equivocada al enfrentar a Stefano. No me equivocaba al sacar la perra maldita, la «perra mala» de mi interior al acusarlo y descubrir que, en efecto, su intención no era llevarme a ninguna maldita cabaña. Porque ese «tío» no existe y nunca existió.

Él solo buscaba alejarme y vengarse por el romance que nunca pudo vivir en libertad y nunca podrá hacerlo. Porque no es más que un experimento...

... Y porque ahora mismo tiene una bala enterrada en el abdomen.

En el instante en que bajo la mirada, encuentro mis manos llenas de sangre... Así que solo hago lo primero que mi mente es capaz de emitir en señal de supervivencia. Grito.

El alarido sale desde mi garganta y queda atorado en mi interior justo cuando oigo otro desde las profundidades del bosque. Y sería capaz de reconocer ese llamado desde cualquier parte. Sería capaz de darlo todo por él.

Theo.

Está en problemas, cerca de aquí, pero... ¿Dónde? ¿La cabaña existió? ¿Con qué me enfrentaré si voy?

¿Hacia dónde debes ir cuando la vida del hombre al que amas pende de un hilo y cada segundo lo acerca a su muerte segura?

«Aguarda, Theo. Aguada, por favor».

84

THEO

Sábado 8 de octubre

Cuando abro los ojos, miro el reloj y caigo en la cuenta de que son más de las cinco de la tarde. ¿Cómo demonios dormí tanto?

Aun así la cabeza se me parte en mil pedazos y decido volver a cerrar los ojos, guardando la lúgubre imagen de mi asquerosa habitación en la Bad House.

Necesito un trago. Tengo el cuerpo demasiado pesado, incluso los párpados. No siento en qué momento se impregna mi mundo de negro y caigo dormido otra vez.

Me está acariciando el rostro y se percibe fantástica. Casi puedo ver su rostro iluminado por un rayo de sol que se filtra por la ventana de mi cuarto en la IVU.

Tracy es preciosa. Sus ojos son dos maravillosas gemas verdes que resplandecen, al igual que sus dientes perfectos, blancos, en esa sonrisa demasiado angelical. Además, ese pelo negro deja pequeña a cualquier rubia con la que haya podido acostarme antes.

Qué mierda, Tracy está más buena que cualquier zorra con la que haya compartido la cama o algo que se le parezca. Ella se juzga a sí misma como alguien rellenita, demasiado baja, hecho que me hace pensar en las primeras ocasiones que compartimos algo. Cuando empezamos a conocernos se sentía tan insegura de sí misma que le costaba creer que yo fuera a fijarme en ella.

Pero qué demonios, si es preciosa. ¿Acaso el imbécil de Neo la llamaba «gordita»? Pues, sus tetas son aún más grandes y eso me fascina; también son más deliciosas cuando se las quiero morder y yaaaa, tampoco es que me haya enamorado de su busto prominente ni de su trasero exquisito, sino de ese ser dentro de ella que la hace tan... tan... tan ella. Tan Tracy.

Tiene ese toque de sensualidad e ingenuidad que me vuelve loco. Que en realidad pone caliente a cualquiera que sea capaz de asumir que ella es realmente una persona increíble tanto por dentro como por fuera.

—Eres... Eres... —murmuro.

Y soy capaz de escuchar mi propia voz. Tanto que hasta me arranca en parte de mis sueños cuando escucho que me contesta:

—¿Soy...? Oh, Theo.

Mi corazón se desacelera al escucharla hablar. Ahora soy consciente de que estoy soñando ya que vuelve a separar los labios y corroboro que no es ella quien habla:

—Theo, dime. ¿Cómo soy?

—Qué mierda —me quejo y cierro los ojos con fuerza.

Al abrirlos, me encuentro con la cara de Pelos Verdes frente a mí y me agito hacia un costado hasta caerme de la cama.

—¡Theo, cuidado!

Audrey se incorpora a mi lado e intenta darme su ayuda para que me reincorpore.

—Yo puedo —le digo evitando su contacto.

Quiero volver a mi sueño, maldita sea, quiero que me devuelvan mi jodido sueño. Quiero volver a estar con ella, quiero que ninguna de las mierdas que nos han distanciado últimamente se interponga entre nosotros.

¡La necesito, demonios!

—¿Te golpeaste? —me pregunta.

Me siento en la cama y sujeto mi cabeza con ambas manos. Entonces descubro que tengo puestos mis pantalones de pijama, estoy sin remera y no es necesario saber quién me ha «arropado» como si fuera un maldito niño.

—Noooo —me quejo.

Demonios, mi cabeza.

Ahora duele menos que la vez anterior que desperté, sin embargo sigue siendo insoportable la realidad que me rodea.

—Me estabas hablando en sueños —dice Audrey.

Y emito una carcajada corta.

¿A ti? Nadie te estaba hablando a ti.

—No tengo idea —miento—. No sé qué estupidez estaba soñando.

—Oh, por favor. Dime lo que sea que recuerdes —me suplica.

Y por supuesto que lo recuerdo. Aún tengo la imagen visual de Tracy acostada a mi lado y no esta... esta... Ah, rayos, no puedo, no debería tratarla mal.

—Quiero estar solo —me quejo.

—No te ves bien, Theo. Déjame ayudarte —sigue en su rol de víctima, tal como la última vez que nos acostamos.

Ese día terminó culpándome de que Tracy me volvía una persona incoherente o algo así y que se iba a vengar y no sé qué otra mierda. Verle la cara de desesperación a Audrey por un poco de cariño la hace más detestable que nunca.

—Tu aro —murmuro y señalo el labio.

No me había dado cuenta de que se lo había quitado. Ahora lo vuelve a llevar y brilla cuando la luz de la habitación se refleja en el metal.

Ella sonrío.

—Me lo volví a poner —explica—. Pensé que te gustaría.

—Yo... —*Trátala bien, idiota. No merece que le sigas haciendo daño.*

Intento callar la maldita voz de mi conciencia, aunque ella vuelve a hablar y hace lo que yo no logro.

—¿Te gusta?

—Está... normal —murmuro.

Demonios.

Suelta un poco de aire que parecía contener y caigo en la cuenta de que la volví a cagar.

Bien hecho, Shakespeare.

Yaaaaaaaaaaa, no quería ofender. Que le diga eso es demasiado viniendo de mí, ¿no?

—¿Hay whisky? —pregunto y hago ademán de levantarme de la cama, sin embargo ella me detiene cerrando su mano en mi codo.

—Por favor, Theo —retorna su tono de cachorro herido—. Deja que te ayude. Si quieres... Si quieres no me digas qué te sucede, qué te tiene así. No es necesario que lo hablemos, ¿sabes? Solo deja que... —su otra mano baja hasta mi muslo y no avanza al notar que le arrojé una mirada asesina—. Solo permite que te haga sentir mejor.

—¿Cómo crees que podrías colaborar?

—No sé, quizá si me das una pista —ronronea.

—¿Tienes vino?

—¿Eh?

—¿Whisky? ¿Vodka? ¿Un trago? ¿Alcohol etílico? Lo que sea, demonios. Pero dame algo que me calme. Tengo la garganta seca.

—No deberías seguir bebiendo.

Me aparto.

—Entonces no me estás ayudando —me levanto de golpe, soltándome de las garras de bruja malvada que intentan apresarme.

—Está bien —accede—. Esta noche organicé una fiesta para darte la bienvenida y creo que lo mejor es que por ahora no sigas bebiendo. Podría hacerte mal. Pero si dices que te hará sentir mejor, me alcanza.

«Oh, gracias, eres la mejor del mundo. Si entregasen un premio a la víctima del puto año, serías la primera en ganarlo».

Que la trates bien.

Yaaaaa, rayos, ¡quiero pensar tranquilo!

Entonces compórtate como se debe.

Me caes mejor cuando tengo unas copas encima y te callas de una vez.

—Biennnn —refunfuño entre dientes.

—¿Cómo dices? —pregunta con un ligero tono esperanzado.

—Que sí, demon... Sí.

—¿Estarás en la fiesta?

—Solo tienes que darme un poco de alcohol.

—Agua y café. Eso te pondrá mejor —responde y se pone de pie para quedar a mi altura.

Estoy a punto de mandarla al diablo cuando la vocecita socarrona de mi conciencia me recuerda que está intentando cuidarme.

Y no quiero que sea ella quien me cuide.

No *ella*...

—Café —le digo entre dientes y Audrey da un saltito, esperanzada.

—Por supuesto —sonríe con una voz más chillona que lo normal—. Te prepararé un café muy, muy rico —sale como una niña de cinco años que accede al árbol de Navidad luego de haber recibido una visita de Santa Claus.

—Demonios... —suspiro y me dejo caer de espaldas en la cama con ambas manos cubriéndome los ojos—. Tracy...

Debo arrancarme ese nombre de la boca. De la cabeza. De mi existencia misma.

Yo la cuidé, demonios, la cuidé. Maté a su jodido padre para cuidarla y me lo paga echándome de su vida como si fuera lo peor que le ocurrió alguna vez. No quiere verme. No quiere saber de mí. ¿Vale la pena seguir perdiendo el tiempo en una relación que ya no tiene sentido? ¿Vale la pena seguir siendo el mismo masoquista perverso que la persigue sin más, hasta lograr un poco de placer sexual que nos calme a ambos?

No, diablos. ¡No! ¡No! ¡No!

De pronto, la puerta se abre lentamente y entra Audrey con una bandeja con un desayuno mucho más succulento que un simple café.

—¿Dónde quieres que te lo deje? —me pregunta.

Y no digo nada.

Solo la observo.

Y la observo.

Tratando de encontrar en ella algo que me guste.

Sin embargo no tiene esos ojos verdes, la piel pálida y el pelo negro que realmente deseo. No tiene esa voz dulce que amo ni el jodido tatuaje del triángulo recto en el brazo, sino uno invertido que me decepciona porque no es lo que anhelo ver.

—Bueno —se acerca por fin y lo deja a un costado de la cama—, aquí

tienes. La verdad es que un desayuno a las seis de la tarde no le viene mal a nadie, ¿verdad?

Sonríe.

Intenta hacerme reír. Pero no lo hago. No me inmuto ni emito ninguna palabra. No está aquí. Ella no está aquí, asimilo por fin. O intento asimilar, mejor dicho.

Es un maldito primer paso para poder sacarla de mi vida para siempre.

85

THEO

Cuando decido salir por fin de la habitación, siento que el mundo se me viene encima. Es como si llevara todo el peso de la gravedad en los hombros y mi cabeza hiciese un esfuerzo sobrenatural por sostenerse.

Camino por el pasillo de la Bad House y el ruido estridentemente de la música hace vibrar paredes y ventanas. Una vez que me acerco a las escaleras, me llega el olor a licor que empieza a circular. Son las siete de la tarde, apenas me he duchado, cepillado los dientes y la fiesta aún no comienza.

Mis pies se acercan a las escaleras, bajando peldaño a peldaño con cierto cuidado, como si algo fuese a empujarme en cualquier momento.

¿Estoy ebrio? No, demonios, juraría que no. Simplemente siento que ya no hay energía en mi cuerpo, es como si estuviera totalmente vacío y nada pudiera sacarme de este pozo sin fondo.

Exceptuando el clima de la casa, que me incita a embriagarme nuevamente y acostarme con cuanta chica se me cruce por delante, porque soy un maldito hombre soltero; siempre lo he sido y tengo todo el derecho del mundo a disfrutar de eso.

Una vez que termino el descenso, descubro que en el juego de sillones se encuentran Cedric y Dominic bebiendo licor y preparando un enorme barril de cerveza. ¿Y... esta es mi «fiesta de bienvenida»?

Una vez que ambos advierten mi llegada, emiten aullidos y vitoreos. Por algún motivo siento que siempre he pertenecido a esta casa por mucho que la odie, que deteste a cada uno de los que aquí viven; en ningún otro sitio me

siento tan cómodo como ahora, con este montón de puercos que se me acercan, cruzan los brazos por mis hombros y me llevan hasta el licor en la mesa ratona del centro.

—¡Acércate, hermano! —me anima Dominic arrimándome en verdad por la fuerza.

Al escuchar su «hermano», le arrojó una mirada asesina, a la que no presta atención sino que me enchufa en la mano un vaso rojo de medio litro, a lo que Cedric reacciona porque lo llevo vacío:

—Presta eso —me lo quita y lo acerca al grifo conectado a la parte inferior del barril. Llena el recipiente de cerveza y me lo devuelve—. ¡¡¡Ahora sí, Theodddore!!!

—Como digas... Ceddddric —murmuro arrastrando la «d» con sarcasmo; algo en lo que no reparan.

¿Pero qué demonios les sucede a todos aquí? Ah, claro. Este club de idiotas comprende mis matices y mi gesto de «me importa todo una mierda», a diferencia de los remilgaditos que estudian en la IVU.

Acto seguido, escucho una sirena de bomberos que me altera y emito un montón de insultos que son amortiguados por el ruido mayor.

—¿Pero... qué...? —es lo único que se oye de mi parte una vez que la sirena cesa.

—¡ESE, HERMANO, ESE —exclama Dominic con sus dos vasos en alto, uno en cada mano— ES EL MISMÍSIMO RUIDO DE LA GLORIAAAAA!

—Como digas.

—¿¡LLEGARON?! —exclama Neo apareciéndose desde la cocina.

—¡¡¡SON ELLAS, SON ELLAS, HERRRRRRMANO!!! —aúlla Cedric.

¿Quién demonios llama a la puerta de una casa con una sirena?

De pronto el picaporte de la entrada gira y antes de preocuparme recuerdo que en este sitio no existen los modales. Neo de todas formas abre y...

... Oh... Santa... ¡¡¡MIERDA!!!

—¿Qué es tanto...? No pueden estar hablando en serio... —distingo la voz de Amanda a mis espaldas.

A las espaldas de todos los varones presentes.

Y es que entra un grupo de conejitas de *Playboy* (en verdad deben ser un montón de prostitutas disfrazadas) que llevan puesto un juego de lencería erótica con encaje y unas orejitas jodidamente sensuales y calientes, en unas diademas pequeñas sobre sus hermosas cabezas.

La música suena con fuerza en mis oídos y no me deja pensar con claridad.

Las chicas avanzan. Una conejita. Dos conejitas. Tres. Podría contarlas como ovejas hasta dormirme mientras mi verga se agita dentro del bóxer.

No puede ser. No puede ser cierto.

Sigo contando mientras las chicas se pasean y regodean por toda la casa.

Seis. Siete. Diez. Doce. Quince. ¿Dónde diablos vamos a meter a todas estas... preciosuras?

—¡¡¡ESTE ES EL PUTO CIELO, HERMANOOOO!!! —aúlla Cedric.

—¡ES EL INFIERNO, ESTÚPIDO! —distingo a Amanda.

Hasta que la última conejita, la número dieciséis, atraviesa la puerta. Y es la única que viene vestida con lencería y orejas de color rojo.

Se detiene en la puerta, mira el panorama con mucho interés y cierra la puerta a su espalda. Cuando distingue su objetivo, trago saliva para deshacer el nudo en mi garganta y se queda mirándome con ojos de gato depredador.

—San... to... cie...

No. No es el cielo. Este es el Infierno mismo. ES EL PUTO Y MALDITO INFIERNO. El infierno más caliente de todos, por cierto.

—¿Cómo estás, Theo? —me pregunta y se lleva un dedo a la boca.

—Yo... Ehh... Un gusto volver a... verte, Rebecca.

86

THEO

Desde el primer instante en que Audrey se aparece, es evidente que no le gusta en absoluto encontrarme hablando con mi ex. Mucho menos en el instante en que me siento en el sillón y Rebecca se me sube a las rodillas.

Al fondo de la sala puedo notar su presencia mientras la hermana intenta seducirme para recobrar algo que hace tiempo quedó perdido entre ambos; ahora parece estar echando chispas en busca de fuego.

Audrey sabe que tuve un pasado «romántico» con su hermana y esta, a su vez, conoce el vínculo cercano que aún sostengo con mi colega de pelo verde (me pregunto cuándo fue la última vez que se lo tiñó, hasta no hace mucho lo conservaba de color morado).

—Así que... ¿cuándo llegaste? —me pregunta la conejita, entre tanto grito

y música.

—Hoy. Supongo.

—Es decir que aún no tuviste tiempo de hacer unas cuantas cosas. ¿Crees que podamos almorzar juntos un día de estos?

—Yo...

—Perfecto. ¿Mañana te parece?

—Mañana tengo que...

—Podemos almorzar en Omega's. Tengo vales para dos.

«¿Vales?». ¡Ja!

—Rebecca —empiezo a incomodarme un poco y me reubico en el sillón con la intención de que me brinde espacio; sin embargo, aferra sus manos a mi cuello y me resulta imposible quitármela de encima—, no creo que eso sea posible...

Se la ve preciosa y me calienta como los mil demonios, pero algo dentro de mí me empuja a querer apartarla.

Es un sentimiento que me hace sentir ansioso, con asco, con ganas de clavarme un embudo en el pecho y sacar esa maldita sensación que llaman «angustia». Y todo por culpa de *ella*.

Si estamos juntos me siento mal, pero si nos separamos la paso peor.

Estoy soltero, diablos, siempre lo he estado, no soy una persona de compromisos, no debo rendirle cuentas a nadie. ¿Por qué diablos, entonces, no puedo hacer lo que me dé la gana? Puedo tener en las rodillas a la conejita más sexi de todo el mundo y aun así es imposible quitarme la sensación de angustia, de dolor, que me agujerea el pecho.

—¿Cómo dijiste? —me pregunta horrorizada y parpadeando del asombro.

—Que mañana no podemos...

—¡Fantástico! Entonces lo haremos hoy.

—¿Lo haremos?

—El almuerzo —me guiña un ojo—. Podemos comer algo.

—Son más de las siete, casi las ocho de la noche, qué demonios, ¿esta no es hora para almorzar!

—¿Y cenar?

—Por favor —la empujo, aunque sigue aferrada a cal y canto a mis hombros. No quiero tener que forzarla pero, si me sigue asfixiando de este modo, no creo poder ser muy paciente.

—Hey, estúpida.

La vocecita me llega desde atrás del sillón.

Cuando me giro, encuentro a Audrey echando fuego por los ojos clavados en los de su hermana.

Los dos nos quedamos paralizados al escucharla, espacio del cual se vale para añadir:

—Él no quiere que estés encima suyo, ¿no te das cuenta?

—Oh, lucecita de los ojos de papá —responde Rebecca—, yo también me siento muy feliz de volver a verte.

—Theo quiere que te apartes —insiste haciéndole caso omiso.

—No, hermanita, Theo es un niño grande y si él necesita que me haga a un lado me lo pedirá por sus propios medios.

—¡Que te muevas ahora! —insiste.

Y la discusión se vuelve tan incómoda y repugnante que la bilis me sube a la boca y baja, de un momento a otro.

Decido acudir a la fuerza para apartar a Rebecca de una maldita vez, quien se tambalea, pero queda finalmente de pie a un costado, mientras me levanto. Las escucho discutir al tiempo que me hago a un lado buscando salir de ese maldito lugar. En eso escucho a Dominic intervenir.

—Tranquilas, bellezas. Hay Dominic para todas las hermanas y conejitas que lo deseen...

Vuelven los gritos entre ellas pero la música concluye por hacer lo suyo y, cuando finalmente llego al patio de la casa, no percibo más que frío, nubes espesas cubriendo la luna y la piscina sucia alzándose con un verde amenazante en mi campo visual.

Me siento terriblemente mal.

La bilis me sigue increpando hasta que me siento lo suficientemente apartado y me escondo entre un montón de arbustos donde no lo puedo tolerar más y termino soltando la vomitona del año.

Me sentía vacío, sin nada y aun ahora, expulsando el alcohol y la mierda de mi interior, sigo con el dolor en mi jodido pecho.

Cuando creo que no puedo vomitar más, me limpio la boca con el puño de mi camisa y busco meterme más entre los arbustos del patio, hasta que son tan espesos que apenas distingo la casa. Me dejo caer en el césped y apoyo la cabeza contra el alambrado que divide el patio trasero de esta casa con el de atrás.

Una vez que me siento lo suficientemente calmo, percibo que las lágrimas me mojan las mejillas; me las enjugo con las manos, irritándome los ojos y odiando la asquerosa sensación de llorar, demonios, no entiendo qué pasa

conmigo.

¿En qué diablos me he convertido?

No sé cuánto tiempo ha pasado desde que llegué aquí, pero puedo respirar tranquilo. Puedo estar lo suficientemente solo, apartado. Por un momento creí que una fiesta loca podría hacerme sentir mejor, que el alcohol y la música serían capaces de callar todos los gritos de mi cabeza.

Incluso fui tan iluso que, en cierta ocasión, pensé que un montón de chicas en ropa interior podrían quitarme de una vez por todas la imagen de ella de mi cabeza; sin embargo, solo lograron acentuarla más y más. A veces la culpa es una fuerza de gravedad que te empuja, que te entierra en un autocastigo profundo del que es imposible salir.

Habría querido que la ocasión en que me corté en la clínica de rehabilitación hubiera hecho efecto en mí, que la sangre derramada hubiese vuelto inevitable la muerte.

En realidad, lo perfecto habría sido no haber soltado las serpientes y que todos los jefes me cortaran el cuello. O bien que aquel disparo no le hubiera dado a Austin sino a mí.

Las experiencias con la muerte han sido tan cercanas que haberle huido siempre es mi mayor logro. O, mejor dicho, mi mayor fracaso. Porque en ocasiones como la de ahora siento en carne propia el modo en que el otro lado reafirma su existencia y me llama para quitarme de una maldita vez la sensación de que todo vale una mierda y sería mucho más oportuno tirarme de un puente o a las vías del tren.

Una brisa fresca que llega de modo repentino me obliga a abrir los ojos de golpe y mil punzadas se me clavan en el pecho.

Cualquiera pensaría que soy algo así como un «médium» por esta clase de presentimientos, o bien que soy un jodido depresivo que se siente sin nada en el mundo, pero esas punzadas últimas en mi interior fueron diferentes. Como si *nuestra vida* estuviera conectada indefectiblemente y significara *algo*.

Algo... malo...

—¿Theo?

La voz de Audrey me despierta pero vuelvo a decaer. ¡No, no, no, no, no, no, no, no! Lo último que necesito es volver a escuchar su rol de víctima, su súplica, su humillación, su obsesiva manera de relacionarse conmigo.

—Vete, por favor —le digo sin animarme a mirarla de frente.

—Santo cielo, no te encontraba por ninguna parte. Me... me habías

asustado...

—¡NO PUEDES SIMPLEMENTE DEJARME EN PAZ! —le suelto y escondo el rostro entre mis manos sin levantarme del suelo.

El silencio inunda todo, hasta que ella se incorpora de cuclillas frente a mí y con suavidad me aparta las manos del rostro.

—Oh... mierda —farfulla—. Estás... ¿llorando?

No, mierda, no. ¡No estoy llorando, solo necesito que me dejen en paz! ¡Que todo el mundo se vaya A-LA-MIERDA y me dejen tranquilo!

Necesito que venga *ella* para calmarme porque los gritos en mi cabeza no me dejan siquiera pensar.

Audrey me limpia el rostro con las manos y la mirada se me esclarece al tiempo que las lágrimas se hacen a un lado.

La miro y sus ojos también se ensombrecen por una capa de lágrimas.

—No... ¿quisieras hablarme sobre eso?

La negativa al comienzo de la oración me hace dudar sobre su propuesta.

—¿Realmente quieres saberlo? —le pregunto.

—Yo... n... no lo creo —me responde con una sonrisa sarcástica—. Pero no soy la zorra que todos creen ver, y eso lo sabes. Nadie en el mundo me entiende mejor que tú.

Y eso es cierto.

—Nos juzgan sin siquiera conocernos —convengo.

—Exacto. Ni siquiera saben por lo que hemos pasado, no saben nada de nosotros y nos marginan. Nos obligan a vivir como escoria, a pensar que nunca nos podremos recuperar cuando no hay nada para «rehacer» en nuestras malditas vidas. Somos así, vivimos del modo que queremos vivir. La gente espera mierda de nosotros y les damos lo que piden.

—Mmm... Si la gente te trata como una zorra, les respondes del mismo modo, ¿no?

Me mira.

—Así es —asimila en voz baja—, si tan solo nos dieran la oportunidad de saber por lo que hemos pasado, si creyeran en cada persona marginada, me pregunto cuán distinto sería todo.

Quizá por eso es que no me puedo quitar a Tracy de la cabeza.

Ella fue la primera en creer en mí, incluso cuando la observaba, velaba por ella y ni me conocía ya era capaz de ver su bondad, su capacidad de creer en aquellos a los que el mundo les da la espalda.

Hasta que interferí en su vida, rompí sus esquemas y no he hecho más que

darle disgustos y momentos horribles. Quizá piensa que jugué con su confianza; puedo imaginarme la decepción que lleva dentro, pero es que las cosas se salieron de mi control.

—Tú sabes mi pasado —prosigue Audrey—, sabes que mis padres fueron unos hijos de perra que nos criaron como si el mundo fuere un infierno en el que se debe estar preparado para dar siempre el golpe primero. Algo que en parte les agradezco, ya que nunca nos pasaron por alto con facilidad, ni a Rebecca ni a mí, aunque... No sé... A veces me pregunto cómo habría sido si las cosas hubiesen sido un poco, solo un poco distintas. Rebecca resultó siempre mi único apoyo, fue la primera en salir al exterior, lo que me hizo admirarla demasiado. Me contaba cómo era el mundo más allá de la rendija de luz en el sótano de nuestra casa, llegaba cada día para explicarme cosas asombrosas, pero también horribles. No distinguía lo bueno de lo malo, no sabía quiénes eran los modelos indicados a seguir, más que endiosar a mi madre y mi padre por «protegernos» de tal manera. Cuando en verdad... solo éramos parte de sus planes para formar nuestras cabezas a su gusto. Y lo lograron. Formaron nuestra manera de ser, nuestra forma de pensar y hasta el gusto por la noche, por la oscuridad. Pensarás que parezco un monstruo pero soy como las ratas que viven en las alcantarillas: no les agrada la luz del sol y viven encerradas en pura basura. Cuando Rebecca te conoció, la admiraba. Los admiraba, diablos, a ti y a ella por ser como eran. Dos prototipos, dos modelos a seguir que se entendían tan bien... Me llevó solo dos segundos enamorarme de ti... Es la verdad —sus ojos se impregnan nuevamente de lágrimas y, aunque se las enjугue, vuelven a humedecerse una y otra vez—. Por eso, buscaba siempre seducirte y, cuando terminaste con Rebecca, yo recién empezaba a deambular como zombi por la Bad House y la escuela bajo permisos falsos. Su ruptura fue la oportunidad perfecta para estar contigo. Me costó mucho y me dolía saber que te metías con cuanta chica te viniera en gana. Eras como un plato difícil de acceder porque siempre está rodeado de gente queriendo comer de él. Hasta que un día lo logré. Sabía que me romperías el corazón pero aun así corrí el riesgo de amarte, de intentarlo. Cuando en verdad estaba cavando mi propia tumba... El tiempo le dio la razón a mi sentido común y, pese a que mucho intenté que solo estuvieras conmigo, que dejaras de hacerme sufrir y le dieras una oportunidad a sostener lo nuestro con compromiso, me rechazaste, seguías acostándote con otras chicas y te deseé el peor de los males: que te enamores. Deseé que te enamores perdidamente de alguien que te tratara como una mierda, como un condón

usado, que te escupiera en la cara si era necesario y que tú ni siquiera fueras capaz de inmutarte. Deseé que estuvieras con alguien que implicara una relación imposible o que jugara contigo de la peor manera. Y no puedo estar más arrepentida por eso. Aprendí que se debe tener cuidado con lo que se desea porque ni siquiera imaginamos las consecuencias. Como una profecía maligna, conociste a la remilgada de Santa Smith y... la indignación me consumió. ¿De ella? ¿En serio DE ELLA? ¡Es justamente el prototipo de chica en el que nunca antes te habías fijado! ¿Cómo diablos iba a imaginarme que esa... tonta iba a terminar volviéndote un desquiciado enfermo? ¡Pero si hasta te rebelaste en contra de nosotros! ¡De tus amigos, de tu familia, de tus raíces!

—Ella no es ninguna...

—Déjame terminar, por favor —me interrumpe y cierro el pico—. Te enamoraste finalmente y sabía que ese romance terminaría jodido desde el inicio. Porque ustedes dos son personas incompatibles, completamente diferentes y aun así siempre, SIEMPRE vuelven. No es muy difícil inferir que, por mucho daño que se hagan, siempre van a terminar regresando. Quizá se maten el uno al otro pero morirán felices, mierda. ¿Y te haces una idea de lo difícil que es para mí tener que asumir esto?

—Yo no...

—¡Que me dejes terminar! Pero al menos puedo hacerlo. Puedo asumirlo. Aunque me mate por dentro, puedo asumir que... que la amas, rayos, y nada puedo hacer al respecto. Vas a rechazar siempre a otras chicas de ahora en más porque estás lleno de tristeza por estar lejos de ella. ¿Crees que vas a poder superarla algún día? Pues, te tengo una noticia: ¡¡¡NO!!! Porque el amor es así. Es estúpido, masoquista y terriblemente enfermo. Aunque nos haga daño, no podemos dejarlo. Yo solo... solo necesito saber una cosa: si lo que sientes por ella es realmente verdadero, si es tan fuerte como lo que yo siento por ti, seré capaz de renunciar de una maldita vez y ayudarte, porque ahora mismo lo necesitas. Así que habla conmigo, por favor...

—Audrey, es que yo...

—Ya casi termino, demonios, respóndeme a esta pregunta: ¿la amas tanto que arriesgarías TU vida con tal de salvar LA DE ELLA?

Silencio.

—Dime. Ahora sí te toca hablar.

—A... —las palabras apenas aparecen como recuerdos borrosos en mi interior. Es que su discurso me ha dejado helado. Si bien entendía a esta chica, nunca lo hice tan en profundidad como ahora mismo— Audrey... —me armo

finalmente de valor y lo suelto— Sí... Mi vida vale una mierda al lado de la de ella. La amo. Amo a Tracy Smith y... necesito como nunca poder estar cerca de ella.

Cuando soy capaz de ponerlo en palabras y soltarlo, parece ser que el mundo deshace sus murallas y, aunque ambos nos quememos en ráfagas de dolor, nos sentimos liberados.

La verdad te libera.

Audrey se dobla hacia adelante y rompe en un llanto desesperado, que me sorprende y no me gusta en absoluto.

Jamás la había visto así.

—Cal... calma, no es que yo... Mierda, soy un imbécil.

Además, soy pésimo para consolar a una chica. Mucho más si se trata de una con el corazón roto.

Aunque mi teoría de que soy un imbécil se acentúa al comprender que no está llorando por mi confesión sino por lo que ella tiene para decir:

—¡Soy una persona detestable, Theo! —suelta con la voz impregnada de horror y desesperación.

—N... no, Audrey. Creo que... deberías calmarte...

—No, Theo, no lo entiendes. ¡Se trata de *ella*!

La sangre desaparece de mi rostro al comprender a *quién* se está refiriendo.

No digo nada.

Solo espero a que suelte la bomba:

—¡¡¡STEFANO VA A MATAR A TRACY!!!

87

THEO

Cuando Audrey me suelta todo, nace en mí la necesidad de matar a Rebecca, a Stefano, a Tracy misma por creer en él, a todo el mundo por ser tan hijos de perra; urge en mí la necesidad de destruir a los Bad Boys y que cada uno de sus integrantes arda en una hoguera mortífera.

El punto es que no hay demasiado tiempo para actuar; cada segundo vale

oro y debo llegar a Tracy antes que nadie.

Cuando salgo de la casa, Audrey se queda a mis espaldas llorando a moco tendido y suplicando algo de piedad, que la perdone por haber conocido los planes de Rebecca y nunca haber dicho nada.

Incluso... yo. ¿Cómo demonios iba a imaginar que Stefano y mi puta ex ahora eran amantes? ¿Cuándo iba a inferir que uno de los perseguidos más grandes de la historia por haber concretado un romance prohibido iba a ser quien buscara venganza con otro romance similar?

Tracy y yo siempre andamos al borde de las reglas. Sabemos lo que se puede y lo que no. Y aun así, como dijo Audrey, siempre volvemos. Siempre. Pese a que me aterre la idea de que no podamos volver a esos juegos. Ahora esto va en serio y hay mucho para perder.

Hasta hace unos momentos no tenía energía ni vitalidad para hacer nada. Por el contrario, ahora, enterarme de que la vida de Tracy corre peligro hace que el mundo dé un giro enorme.

El maldito punto es que, cuando salgo de la casa, me encuentro con que no tengo movilidad propia, ya que me trajo el idiota de Rick y tanto mi coche como mi motocicleta están en la IVU.

Hasta que Audrey llega a mis espaldas y me toma de un brazo.

—¡¡¡P... por favor —tartamudea entre su llanto desgarrado—, per... perdóname, en verdad...!!!

La miro a los ojos y mi cabeza se ilumina solo por un instante.

—Consígueme un coche —le exijo.

—¿Qué...? Pe... pero... ¿Así vas a...?

—¡Que me consigas un auto o la mierda que sea, demonios!

La camioneta rosa de las conejitas tiene una calavera pintada a los costados con dos colitas. Me veo terriblemente estúpido pero no me importa. La parte buena es que logré quitarme de encima a Audrey.

Lo que hizo no tiene perdón. Por mucho que intente repararlo de algún modo, juro por mi vida que, si a Tracy llega a ocurrirle algo, demonios, me encargaré de terminar con todos los imbéciles que participaron en esto.

Le romperé todos los huesos a cada uno y juro, demonios, lo juro, que nadie podrá salir ileso.

Cuando entro por la avenida Central, siento que el motor no puede trabajar más; la jodida camioneta ya va al máximo de velocidad pero aun así no es suficiente.

¿Una cabaña en el bosque? ¿Cercana al muelle?

Nunca vi algo así.

Las casas están demasiado alejadas, nunca me he metido más allá del cementerio en la espesura del bosque. ¿Cómo iba a imaginar que allí escondían a una loca desquiciada?

Stefano y Kylie son una leyenda viva. Lo que aún no termina de cerrar en mi cabeza es cómo pasaron de ser considerados fugitivos a vivir tan cerca de los jefes. Es como si... ellos mismos formaran parte de los líderes.

Cuando entro a la zona costera, puedo contemplar a lo lejos el esperado muelle. Detengo la camioneta y bajo. La brisa fresca me llena los pulmones, despertando en mi interior un escalofrío horroroso. Según Audrey, Stefano convenció a su hermana de traer a Tracy hasta aquí. Quedaron en juntarse a las diez de la noche, lo que me genera la incógnita de saber si voy con ventaja o con desventaja, ya que me palpo los bolsillos y descubro que olvidé el maldito celular.

Una vez que desisto de culparme por todo lo que podría haber hecho y no hice, me decido a entrar en la profundidad del bosque. Hay tantos arbustos y pinos como pelos en mi cabeza. Esto es un maldito laberinto, ¿cómo demonios voy a saber dónde podrían estar? Lo peor es que no logro escuchar nada exceptuando el ruido de algunas aves nocturnas y mi respiración agitada.

Miro al cielo y descubro que solo las estrellas guían mi camino pese a que una densa capa de nubes las cubre y las desnuda, al igual que la luna que brilla en lo alto.

Desde el horizonte se ve que llegará una tormenta.

No veo nada, tropiezo cada tres pasos y no cuento con nada con lo que pueda defenderme. Porque, a quienes me encontraré hoy, estoy seguro de que no son del estilo de personas que se defienden con su propio cuerpo.

Vuelvo corriendo a la camioneta en busca de algo que me pueda ayudar, que me guíe de algún modo y termino por encontrar un bidón de cerveza vacío con una manguera con la que deben haber estado bebiendo las conejitas antes de llegar a la casa.

A simple vista parecen algo inofensivo pero, cuando me llevo la mano al bolsillo del pantalón, encuentro una caja de fósforos y cigarros.

Perfecto.

Me dirijo hasta la tapa del tanque de gasolina y meto la manguera con el bidón al otro lado. La fuerzo un poco hasta que logro mi objetivo: el

combustible empieza a caer en el interior.

Bien, bien, bien.

El único problema es que tarda y, cuando ya he llenado más de la mitad del bidón, espero a sacar lo poco que le quede, al tiempo que maldigo en voz baja mientras el cielo se ilumina por relámpagos lejanos. Finalmente desisto y me hago a un lado con lo cargado. Al tanque de gasolina le queda bastante, pero no tengo tiempo para llenarlo.

Entro corriendo al bosque teniendo un poco más claro cómo es el camino, con la diferencia de que esta vez no me voy a detener a pensar dónde estarán escondidos. Ya han colmado mi paciencia y no pienso seguir dejando un solo minuto de ventaja:

—¡¡¡HEY, IDIOTAS!!! —grito sin un objetivo fijo—. ¡¿NO PIENSAN RECIBIRME?! ¡AQUÍ TIENEN LA VISITA QUE ESPERABAN!

Continúo provocando y, justo cuando siento que solo estoy haciendo el ridículo, percibo a cierta distancia el ruido de un automóvil que se acerca al bosque a toda velocidad y, como un presagio, imagino lo que sucede a continuación.

Llega a mis oídos el estruendo de un choque, de vidrios haciéndose añicos y el grito de una chica.

Un alarido de dolor que distingo de inmediato.

Tracy.

—Hey, chico malo.

Esta nueva voz me llega por sorpresa desde atrás y me doy vuelta para encontrarme el dulce rostro de una chica rubia y un bate de béisbol que me da en el rostro.

Domingo 9 de octubre

Mis manos están sucias. Mis manos y mi conciencia también. Cuando salgo del Volvo, no puedo evitar quitar la mirada de los ojos suplicantes de Stefano,

que mira atónito la sangre que brota de su abdomen.

El mismo abdomen que tiempo atrás vi cubierto de tatuajes, musculoso y sensual a más no poder. El mismo que ahora va atravesado por una bala que podría matarlo, convirtiéndome así en una asesina. Y no es lo que deseo. No es eso lo que quiero para mí.

No sé si existe el cielo, tampoco si existe el infierno, pero ahora mismo me lo planteo millones de veces, mientras me siento una persona condenada y horrible, cruel, que no merece nada bueno. Es cierto que lo hice en defensa propia, pero las excusas no cubren los actos; es incluso posible que haya sido Stefano quien disparó el arma.

—Tra... Tracy... —murmura.

Segundos atrás busqué su arma debajo del asiento. Ahora solo intento mantenerla alejada de él.

—Per... perdón, Stefano —murmuro conmovida y la voz se me quiebra.

Las lágrimas brotan de mis ojos y me empapan las mejillas; hacerme a la idea de que Theo corre peligro me llena de una valentía que no conocía hasta el momento.

—No... me... dejes... aquí —apenas tiene aire y me siento tan estúpida pidiéndole disculpas.

—Bus... buscaré un médico —le prometo—. Trata de... de aguantar, ¿sí? Traeré a alguien que pueda ayudarte y saldrás de aquí. Tú... tú solo...

Cierro la boca.

Hasta hace unos momentos intentaba sacarle la información que necesitaba para saber que quería matarme; ahora que los roles se invirtieron, me siento realmente exasperada e inútil para lo que la situación requiere.

Su voz pidiéndome que no lo deje resuena en mi cabeza al igual que la sangre y sus ojos desorbitados. Y lo siento tanto, me hace mucho daño saber que está a punto de morir y lo voy a dejar. Me percibo únicamente como una condenada al peor de los infiernos por haberle hecho esto a él: una persona cargada de odio y resentimiento por haber pertenecido toda su vida a un grupo tan poderoso como sádico. Por haberse enamorado de una chica del grupo enemigo. Por ser la primera pareja que se animó a contradecir las reglas e intentaron escapar, pero no lo lograron y fueron capturados para someterlos a quién sabe qué experimentos.

Si Stefano intentó hacerme esto fue porque, pese a que tenemos mucho en común, él así como Kylie solo responden a lo que su cerebro torturado les obliga a hacer.

Si tan solo hubiera un modo de hacer que regrese parte de lo que eran. Si hubiera una manera de que regresen esos chicos que se animaron a jugarse por su amor, podríamos cambiar mucho en nosotros.

Si existe esa alternativa o no es algo que no puedo darme el lujo de pensar justo ahora.

Apenas hemos pasado la medianoche del sábado y entramos a un domingo turbulento. Quizás el más desastroso que vaya a tener en mi vida.

No, cariño, estoy segura de que vas a tener domingos peores.

Oh, te lo agradezco, conciencia pesimista.

Solo te presento la realidad como es.

Me detengo al tiempo que mis pies se topan con un bidón de cerveza en el suelo con una manguera conectada. ¿Acaso alguien viene a beber a este sitio? No creo que sea de ellos...

Considero ignorarlo y continuar mi camino, sin embargo, unos pasos más allá me encuentro un par de fósforos con una caja de cigarrillos de la misma marca que... le he visto fumar a Theo.

Los recojo y, sin pensarlo dos veces, me dirijo hasta el bidón; lo huelo y compruebo que tiene gasolina.

Decido cargarlos conmigo y avanzo con dos ideas en mente.

La primera: cuánto pesa un revólver; es asombroso. En las películas lo manipulan con tanta facilidad que parece ser algo mucho más sencillo. Además, ¿de qué me va a servir? Apenas sé que a estas cosas solo se les debe quitar el seguro antes de emitir el disparo correspondiente.

Y la segunda: no puedo dar aviso a una ambulancia del estado en que se encuentra Stefano. Me denunciarían a la policía e iría presa aun si intento declarar que fue en defensa propia. Debería probarlo y ni hablar de las influencias que podrían mover los jefes. Ahí se iría al diablo mi carrera universitaria, mis planes, el proyecto de vida que intento forjar y, para variar, mamá se enfurecería. Ya la puedo oír: «Te advertí que no te metieras con esa gente, ahora te arreglas tú sola».

Mientras deambulo, finalmente logro divisar unas luces tenues que provienen de una lúgubre casa entre el montón de árboles de un claro repleto de maleza.

Trago saliva para deshacer el nudo incómodo de mi garganta y, antes de seguir adentrándome en el lugar, dibujo un círculo de gasolina justo en la entrada de la casa, siendo consciente de que hay alguien ahí dentro pese a que las ventanas se encuentran cerradas y no puedo ver nada... Excepto por una

lateral. Se ve rota a medias y podría entrar a la casa desde ahí sin mayores problemas.

Una vez que termino de dibujar el círculo de gasolina, me adentro en el claro con una palabra decidida, antes de que sea demasiado tarde:

—¡Kylie!

Retrocedo y quedo a unos cuantos metros del círculo, pero dejé una línea que va directo adonde yo estoy.

Arrojo el bidón lejos y sostengo con firmeza el fósforo, a la espera de que mi plan tenga efecto.

Cruzo los dedos y un ruido de maderas crujiendo me llega a los oídos mientras la puerta empieza a abrirse.

89

TRACY

—¿Trac... Tracy?

Es ella.

Santísima mierda, ¡es ELLA!

Al principio me cuesta reconocerla con el vestido blanco raído; está descalza y el largo cabello rubio le cae a los costados.

Si bien no soy una persona alta, ella es mucho más bajita que yo, pero un millón de veces más peligrosa. Debo ir con cuidado porque esta chica está loca; lo veo en sus ojos, en cada gesto cuidadosamente articulado.

Sus brazos y rodillas están sucios, bajo sus ojos se extienden dos medialunas amoratadas; se la ve tan distinta a lo que estaba acostumbrada que me cuesta distinguir si no es otra persona, alguien diferente. Ahora no lleva sus característicos lentes enormes ni los detalles que le otorgaban un aspecto más decente.

—Hola, Kylie —le digo haciendo un esfuerzo monumental para que la voz no me tiemble.

Ella tuerce el gesto y me mira con aparente incredulidad.

—¿Kylie? —repite y avanza unos pasos hasta que entra al círculo de gasolina—. Tracy, ¿qué ocurre contigo? ¿Por qué me llamas de ese modo? Soy

Juliette, ¿me reconoces? ¿Te sientes bien?

—¡Cállate! —le digo a mitad de sus intentos de persuadirme.

—Tracy, ¿por qué me tratas así?

—¡No des un solo paso más!

—Pero... ¿por qué me tratas de ese modo? —habla y sigue caminando—. Pensé que éramos amigas... Después de que te escuché, de que te integré, de que establecimos un vínculo, vienes a tratarme de esa manera.

—¡No! —le digo—. ¡No digas esas cosas... incoherentes! ¡Tú nunca fuiste mi amiga! Siempre estuviste de su lado, los dos me engañaban a la vez, los dos respondían y responden a Bad Boys. Es que... no llego a entender qué les hicieron. ¿Por qué ya no piensan por sí mismos? Estoy segura de que la chica y el chico que decidieron transgredir las normas para vivir su amor no querrían matar a otras personas que intentan lo mismo.

—¿Me estás hablando de ti y del chico que intentó violarte? Oh, claro, «tu amiga».

Recuerdo cuando les narré la historia a ella y a Kyara (si es que así se llama realmente); necesitaba contarle a alguien mis sentimientos, todo lo que me pasaba adentro. Les conté todo como si le hubiera sucedido a una amiga, aunque las tres sabíamos que no era así.

—¡Theo no intentó violarme! —le digo—. ¡¿Por qué mientes?! ¿Por qué tergiversas las cosas de ese modo? ¡No me vas a convencer de que piense lo contrario!

Ella suelta una carcajada.

—¿Por qué? ¡Porque eres una estúpida! ¿No eres capaz de verlo? ¿No entiendes lo que ese maldito te hace en verdad?

—¿Lo que él me hace? Lo que no entiendo es por qué TÚ me haces esto.

Kylie da un paso más y la detengo con un grito y un fósforo en las manos a punto de encender.

—¡Basta! ¡Deja de caminar! —grito y aminora el paso—. Estás de pie sobre un círculo de gasolina y no dudaré en prenderle fuego.

No puedo seguir retrocediendo porque la línea para encender la llama está dibujada justo donde yo me he quedado. El punto es que Juliette, o Kylie, o la zorra que está delante de mí, se está acercando demasiado. Si digo que la distancia que hay entre nosotras es de dos metros estaría siendo demasiado optimista.

—Vaya... Así que ¿vas a prenderme fuego? Soy tu amiga, idiota. ¿Qué piensas? ¿Que podrías matarme y quemar toda esta maldita casa con media

cubeta de gasolina y unos fósforos que el imbécil de tu novio usa para encender sus cigarrillos de mierda?

Escucharla hablar de ese modo me impacta pero, a la vez, me hace sentir cierta calma porque de a poco demuestra quién realmente es; ahora soy yo quien tiene el control de la situación.

Si lo del fuego no funciona, llevo guardado el frío revólver contra la cintura de mis pantalones, aunque el peso me hace sentir que en cualquier momento se me podría caer.

—¿Mi «novio»? —pregunto con ironía—. ¿Theo? Él... está adentro —murmuro.

—Exacto, estúpida. ¿Acaso piensas prenderle fuego a la casa con ese montón de huesos rotos adentro? Mátame si quieres pero no será sin él.

«Huesos rotos».

No, no, no, no.

Da media vuelta y, cuando estoy decidida a sacar el arma, un grito escapa de mi garganta:

—¡¡¡Maté a Stefano!!!

Kylie se queda helada.

Se detiene justo en la puerta, al borde del círculo y gira su cabeza, mirándome por encima de su hombro derecho.

—¿Qué... di... jis... te?

¿Qué dije? No... no lo sé. No recuerdo qué dije. Ay, no, mierda.

—¿Por qué haces esto, Kylie? —intento desviar el tema—. ¿Por qué te comportas de este modo? Me llamas estúpida cuando la que responde a la voz de un hombre eres tú.

Ella avanza a paso decidido hasta el punto donde estoy de pie y queda exactamente en el lugar donde estaba anteriormente. Esta vez parece que calculara sus pasos para quedar dentro del círculo, en lugar de tiráseme encima y arrancarme los ojos con las uñas, tal como veo que son sus intenciones.

—Repite lo que dijiste de Stefano.

—Él... Yo... Demonios, no puedo creer que me hayan engañado de esa forma. ¿No pueden simplemente olvidarlo?

—¿Y tú no puedes dejar de ser la mosquita muerta que piensa lo mejor de todos, que confía ciegamente y no se permite dudar de un montón de matones? ¿Qué crees? ¿Que vas a recuperar a todos los Bad Boys y los Glorious de sus miserias? ¡Estás loca!

—No los voy a recuperar. Pero confío en ti. En que podrás hacer a un lado lo que sucedió y pensar por ti misma. Velo de este modo: podríamos ayudarte si tú nos ayudas a nosotros.

—¡No puedes! ¡Ya nadie puede! ¡No tienes idea de todo lo que hemos pasado! No te atrevas a juzgarme sin saber mi historia.

—Te escucharía pero no hay tiempo que...

—No es que te vaya a contar nada, imbécil.

—Yo... yo... —titubeo— no es que te lo haya pedido. O sea, entiendo que pasaste por mucho dolor, pero algo bueno podrías recuperar si vuelves a escuchar la voz de tu interior.

Estás loca, dice mi conciencia.

Al menos lo intento.

La rubia me mira con atención y añade inexpresiva:

—Hay vidas que son imposibles de recuperar. La mía ya está perdida.

Acto seguido, Kylie sale del círculo.

Antes de que pueda llegar al arma en mi cintura, la rubia se me arroja encima, tal como lo preví antes y me tira dentro del círculo con ella sobre mí, cruzando sus rodillas alrededor de mi cintura.

Considero en varias ocasiones la idea de sacar el revólver pero no puedo; tiene mis manos aferradas y en momentos como este desearía alguna vez haber ido a clases de defensa personal.

—¡¡¡Dime qué mierda le ha pasado a Stefano!!! —me grita con los ojos inyectados en sangre.

—¡Quítate de encima!

—¡Dime qué ocurrió!

Opto por mentirle, aunque temo las consecuencias de la reacción que vaya a tener.

Noto que los fósforos se me caen y, para mi mala suerte, Kylie los toma.

El punto a favor es que, para alcanzarlos, tiene que soltarme una mano. Hecho del que me valgo para sacar finalmente el arma y, cuando ella vuelve a mí, coloco el cañón en su frente.

Tic tac.

Cuento los segundos en latidos que me golpean el pecho y resuenan en mis oídos.

—No... te... muevas —le ordeno.

De a poco cede la fuerza de sus rodillas y me libera.

Lo malo es que lentamente desliza el fósforo en la caja y este se enciende.

¿Disparo? ¿Qué hago? Si Stefano sigue vivo, no quisiera tener que cargar efectivamente con un muerto en mi conciencia.

—Apaga eso —le ordeno—. Maté a Stefano y no voy a dudar en dispararte a ti también —esto es una mentira a medias, ya que no estoy del todo segura, pero pongo todo mi esfuerzo en que se oiga como una certeza—. Así que apaga esa mierda ahora mismo.

—Con gusto.

Y lo arroja a un lado.

En cuestión de segundos, la noche se enciende por el fuego y el calor abrasador me hace caer en la cuenta de que estamos rodeadas de intensas llamaradas con el rostro de la muerte.

TRACY

De pronto, la carga de adrenalina es tremenda y todo sucede muy rápido.

El fuego es abrasador pero no alcanza a tocarnos. Parece que antes moriremos de calor, o Kylie me empujará a las llamas de un instante a otro. Su voz fría y monótona me amenaza:

—El fuego te matará antes de que llueva.

—¡N... no!

Y justo en el instante en que creo que me va a empujar, me pongo firme para intentar una oposición de fuerzas. Algo que no es necesario, ya que su cuerpo cae sobre el mío como un peso muerto y luego la dejo sobre la hiedra, boca abajo, y distingo en su cuello sudado un dardo clavado con una gota de sangre alrededor.

¿Qué demonios...?

Levanto la mirada y mi cabeza elabora una teoría: Stefano aún no ha muerto y en verdad ese dardo iba dirigido a mí. Sin embargo, la luz de las llamas iluminan cierto rostro conocido y una mata de cabello verde.

Audrey da unos pasos hacia adelante y mi mundo pierde su estabilidad.

—Me debes la vida, Santa Smith.

—Pero... pero... ¿Qué haces aquí? ¿También vas a...?

—No, idiot... No. Entiende que no soy la perra que crees ver. Solo vine para intentar devolverle un favor a Theodore; no creas que lo hago por ti.

Intento emitir una risita pero el calor de las llamas y el humo empiezan a hacerme arder los ojos.

Entonces doy la vuelta y encuentro que las llamas se han extendido hasta la puerta.

—¡Dime dónde está él! —me dice Audrey.

¿Cómo llegó hasta aquí? ¿Cómo sabía que yo estaba en este sitio?

—¡En la casa! —le indico—. ¡Se supone que está ahí! ¡Hay una ventana rota al costado por la que podrás entrar! —le señalo.

Audrey me mira con suspicacia y avanza hasta el punto que le indiqué.

Acto seguido la detengo para preguntarle:

—¡Aguarda...! ¡¿Vol... volverás por mí?!

Me mira de arriba abajo y suelta:

—La próxima vez que intentes matar a alguien con fuego, procura que no esté por llover. Iré a buscarlo y regreso. La tormenta no va a demorar. Únicamente procura tener vigilada a la perra rubia; el dardo solo llevaba un somnífero casero en su interior.

—Descuida —farfullo. Le muestro el revólver y ella asiente.

Me quedo encima de Kylie con el cañón en su cabeza, rogando que no se despierte. Rogando que Theo esté dentro de la casa. Rogando que Audrey cumpla con su palabra y no me abandone. Rogando que Stefano no haya muerto; necesito que esté bien, de lo contrario no podría vivir con ese peso en mi conciencia.

Los minutos se me pasan como horas; o bien son horas que se me pasan como minutos. El punto es que el calor ya empieza a hacerme sentir que ardo... hasta que unas gotas frescas me mojan la frente.

Miro al cielo y las luces de relámpagos me llegan al compás de los truenos.

Quizá parezca demasiado conformista pero esta es la segunda gran alegría que he tenido en este día tan... particular. La primera, aunque ni yo misma lo crea, fue cuando vi llegar a Audrey y saber que no iba a matarme. La segunda es esta lluvia, que podría liberarme de mi propia trampa.

Al comienzo es solo una leve llovizna, que sin duda no detendrá el fuego. Menos aún al considerar que las llamas se propagan a toda la casa y Audrey no aparece, demonios. Me siento tan incompetente ante la situación que no sé qué hacer en caso de que las pocas gotas que están cayendo no apaguen el fuego o bien que lo apaguen cuando ya sea demasiado tarde.

Mientras el agua se multiplica, ya no distingo cuánto es sudor y cuánto es lluvia lo que me hace sentir empapada.

«Vamos, por favor», pido en silencio. «Audrey, vuelve pronto».

¿Y si no lo encontré? ¿Y si Theo no está allí y Kylie mintió? ¿Y si le molió los huesos? Posiblemente a eso se refería cuando mencionó lo del montón de huesos.

¿O si la Pelos Verdes halló a Theo y me abandonaron ambos?

Diviso a mis pies que la cara de Kylie se está empapando de lodo, así que decido mover su cabeza para evitar que se ahogue. Entonces caigo en la cuenta de que la hiedra está demasiado verde, por eso el círculo de fuego no se propagó al interior, sino a la madera seca de la cabaña.

Acto seguido me reincorporo y me encuentro con que las llamas han disminuido. Además, a un lado de la casa puedo ver a Audrey que trae arrastrando a Theo, con un brazo de este rodeando su cuello.

Mi corazón palpita con fuerza al verlo intentar caminar.

Está *vivo*. Pero con una herida terrible en un pómulo y un ojo amoratado. Lleva un lado del rostro ensangrentado y no puede caminar bien; al parecer no está del todo lúcido.

—¡Intenta saltar! —me dice Audrey.

Las llamas están más bajas que mis rodillas, pero tampoco es que me vaya a volver loca.

—¿Tracy?

La voz de Theo me llega como un coro de ángeles. «Está bien, está bien, no le ha hecho nada. Gracias a Dios, Theo está bien».

Su voz es el motor que necesito para dar el salto y atravesar ese anillo de fuego, mientras la tormenta nos empapa a ambos.

Las llamas alcanzan mis zapatillas, que encienden alguna que otra chispa; estas se apagan cuando las arrastro por el lodo.

Theo se suelta de Audrey y se tambalea mientras corre en mi dirección y me rodea la cintura.

Sus firmes brazos me levantan del suelo, se tambalea un poco hasta que logra firmeza. El revólver que llevaba en mi cintura se cae con el impacto, y él lo observa pero no dice nada.

La lluvia nos moja a ambos aunque no nos importa. Todo a nuestro alrededor se anula en el instante en que siento el olor a menta y tabaco tan característicos de él. También me llega el olor a sudor, a sangre, a tierra mojada, a la hiedra, pero esto es secundario. Solo disfruto de su beso y de la fabulosa oportunidad que nos da el destino de poder estar juntos nuevamente. Una vez más. Mientras tres potenciales enemigos yacen en distintos puntos del bosque.

—Theo —murmuro sobre sus labios.

—Tr... Tracy —tartamudea entre los espacios libres entre nuestros besos —. No... no vuelvas a... alejarte.

—No —murmuro pegada a su boca y una corriente de aire frío nos envuelve. Ya no soy capaz de controlar lo que digo ni lo que hago—. Te amo, Theo.

Pasa un segundo. Pasan dos. Sus ojos miran mis labios, pero no digo nada. Sus labios tiemblan, pero yo tampoco digo nada.

Mi corazón va cayendo lentamente y las Tracys de mi interior se arrancan los pelos por mi confesión estúpida, por cada segundo, por el silencio tortuoso que vuelve a alzarse desde el infierno.

Hasta que los ojos grises de Theo se clavan en los míos, verdes e impregnados de lágrimas. Separa los labios y confiesa:

—Qué demonios... Te amo, Tracy. Eres todo en mi vida.

Y nos fundimos en un beso cargado con el sabor salado de las lágrimas, de la sangre, de la lluvia, del dolor.

Un beso que a ambos nos sabe a amor.

91

THEO

Cuando abro los ojos, escucho la voz de Audrey como si fuera un eco lejano. Todo está impregnado de un tinte amarillo, de calor intenso, de gotas de agua que caen desde las esquinas del techo en la cabaña.

—¡Muévete de una vez!

Parece ser una pesadilla o algo muy parecido. Quizá terminé de volverme loco y esto no es más que una alucinación, como la de la chica de vestido blanco con el hacha.

—¡Deja de mirarme así! —dicen a la vez las tres Audreys que me gritan como si fueran reales. ¿Acaso esperan que les obedezca y les crea? ¡Ja! Ni modo. No voy a confiar en ellas, son irreales como toda esta locura. En verdad debería estar borracho como una cuba en la fiesta de la Bad House.

¿Posiblemente metieron algo en la bebida?

Las Audreys se acercan más, hasta que parecen renunciar a la obligación de ponerme de pie y me mueven un poco hasta que mis extremidades se liberan de a poco.

¿Quién me ató? ¿Fueron ellas? No tendría sentido que ahora me desaten... Como sea, las Audreys me toman por los hombros y terminan arrastrándome por el suelo de la cabaña, al tiempo que me siento molido, como si hubiera sido cruelmente torturado.

¿Por qué me duele tanto? Una sensación horrible en el pómulo resalta entre

las demás. ¿Los sueños son tan horribles? A esta altura debería estar despierto. Entonces estoy alucinando.

Maldito Dominic, que debe haber metido alguna pastilla de mierda en el trago; voy a romperle la nariz en cuanto me haya recompuesto.

—Pesas como un cerdo —me dicen las Audreys. Cada vez que hablan, me duele más la cabeza.

«No se esfuercen, lindas», les digo.

Aunque me sorprende escuchar mi propia voz:

—*Nnnossseesssfuerrrcennnlindassss.*

—¿Qué demonios te ocurre? Realmente te ha dejado estúpido a golpes esa chica de metro y medio.

¿La chica? ¿La rubia pequeña que tiene la cara de una criatura indefensa? ¿La misma que me dio con el bate de béisbol y luego me amenazó con descuartizarme hasta que la voz del ángel la llamó por su nombre?

«Kylie», creo que era.

—*Kaiiiiiliiiiii* —digo a Audrey, quien ahora se recompone y no son tres sino una sola. Y se vuelve más y más real.

—No entiendo una mierda de lo que dices, pero trata de mover el culo y salgamos de aquí.

Volver a escucharle decir palabrotas me borra la imagen sensible que tenía de ella cuando en mis recuerdos se aparece haciéndome las confesiones más sinceras de su vida. La chica vulnerable ya no está. Ahora ha vuelto la verdadera Audrey o, al menos, esa a la que todos estamos acostumbrados.

—Levanta la maldita pierna —dice y me empuja hasta la ventana. ¿Acaso esta alucinación de Audrey quiere ayudarme a escapar de esta luminosa y cálida cabaña?

Cálida literalmente, porque el calor nos está matando y me alarmo al distinguir que el tinte amarillento es nada menos que fuego vivo.

—Así, haz un esfuerzo —me señala.

Intento sostenerme hasta que la lluvia torrencial que cae en el exterior me atrapa empapándome entero. ¿Adentro fuego y afuera agua? Esto es realmente una locura.

—Vamos, Theo, o ambos nos asaremos como dos pollos rostizados.

Cuando logro quitar mi otra pierna, me dejo caer en el afuera impactando de costado contra el lodo.

¡¡¡*Mierrrrrrrrrrrrda!!!*

Ha sido justo del lado en que tengo el pómulo hecho un desastre. Debo

habérmelo fracturado o algo parecido.

Lo tendré amoratado un buen tiempo. Aunque es una suerte (y lo he vivido en carne propia) que el color negro de los hematomas en los ojos tienda a irse con cierta agilidad.

—¿Estás bien? —me pregunta Audrey al otro lado—. ¡Ay!

—¿Qué... qué... pasó? —artículo por fin, entregado a que esto es mucho más que una ficción de mi cabeza desvaída.

—La madera está muy caliente.

—El... fue... fuego se está... apaganndo —digo viendo que en algunas partes las llamas empiezan a cesar.

Una vez que ambos estamos afuera, Audrey me ayuda a incorporarme, cruzando un brazo mío por sus hombros y hago un esfuerzo enorme con tal de sostenerme. Esto es una verdadera locura.

De a poco los recuerdos siguen armándose en mi cabeza hasta que encuentran su lógica. Estoy aquí por la confesión de Audrey. Porque Tracy se encuentra en peligro. Porque posiblemente Stefano ya la ha matado.

Mientras caminamos hacia el frente de la cabaña, nace en mí la imperiosa necesidad de dejar atrás a Audrey y no me importa lo que le ocurra aun considerando que me pudo «haber salvado la vida». Si esta realidad que nos rodea es cierta, no pienso ayudarla.

Cuando intento preguntarle por Tracy o por Stefano, o qué fue lo que sucedió en el bosque, llega a mi cabeza la respuesta.

Miro a todas partes en busca del bidón de cerveza con gasolina y los fósforos.

—Quédate quieto —me dice.

Esta vez la escucho hablar y en mi interior lo único que aparece es odio. De pronto, veo un anillo de fuego que de a poco va mermando y dentro hay una chica...

... que se voltea para verme: es Tracy. Está mojada por la lluvia y sus enormes ojos verdes se encienden al divisarme.

Mi corazón da un vuelco al encontrarla. Me suelto de la ayuda de Audrey y salgo corriendo en dirección a mi chica, que salta las llamas. Sus zapatillas son alcanzadas por unas cuantas chispas que desaparecen al momento en que las restriega en el barro.

Nuestro encuentro es como un imán imposible de frenar.

En el camino me tambaleo pero no dejo que un simple mareo ni que el dolor monumental de mi rostro interfieran.

En cierto punto se le cae un revólver que identifico de inmediato: es el mío. El que me robaron de la habitación. ¿Cómo diablos llegó hasta aquí? Dejo la duda de lado por ahora.

Al instante en que la rodeo con mis brazos y ella me recibe en los suyos, caigo en la cuenta de lo perdido que me he sentido en los últimos días.

Es a ella a quien necesito. Es mi hogar. Es el ángel que salvó al lobo.

—Theo —sus carnosos labios sueltan mi nombre.

—Tr... Tracy... no... no vuelvas a alejarte.

Ella niega con la cabeza.

—No —lo acompaña de gestos que tomo como una firme promesa. Pero luego añade—. Te amo, Theo.

Y antes de que piense que es la confesión más estúpida que puede haber hecho en el mundo entero, se cruza una respuesta por mi cabeza que le da la razón, que busca las palabras para decir lo que siento pero no lo logro.

Entonces lo pienso.

Lo pienso infinidad de veces hasta intentar dar con eso que me ayude a hacerle saber lo que siento por ella, pero soy un cabeza dura que no quiere ceder, que no merece el maldito amor de nadie y...

—Qué demonios —digo mandando todo al diablo—. Te amo, Tracy. Eres todo en mi vida.

Me sorprende la fluidez que toman mis palabras.

Es como si... Arrrrrgggg, estas cursilerías no son lo mío en absoluto, pero realmente esas palabras tienen tanto sentido para mí que salieron por sí solas. Al principio, mientras ella esperaba una respuesta, parecía que iba a desarmarse. Ahora, en cambio, se reanima y todo cobra una nueva y mejor dirección.

Sus labios se pegan a los míos y la recibo con toda mi persona. Por primera vez siento que mi ser completo se involucra en un beso y no es solo algo mecánico, donde participa mi boca para hacerme llegar a una erección que valga la pena. Es... Mierda, este realmente es mi primer beso.

Nunca había vivido algo así. Ni siquiera en mis besos anteriores con ella misma.

Recibo a Tracy y mi lengua explora la suya, sus dientes, el sabor a óxido de mi sangre, incluso de un poco de lodo que la lluvia no ha alcanzado a limpiar del todo. Pero aun así, este es el mejor beso en el que alguna vez me pude involucrar. Hasta que una voz llega a mis espaldas y distingo que se trata de Audrey:

—Lamento entrometerme en esta linda y emocionante escena —¿Seguías tú aquí?—. Pero, en primer lugar, la lluvia nos está matando y, segundo, la loca del suelo se está por despertar.

La miro a los ojos y caigo en la cuenta del dolor que le produce estar viendo esta situación.

La cagó primero, pero esta vez está intentando ayudar. Prefiero considerar esta acción como algo valioso y no romper el delgado hilo del que pende la atmósfera que nos envuelve.

Cuando miro a la rubia loca en el suelo, me pregunto mil veces qué está pasando, pero las palabras escapan de mi boca y Tracy responde:

—Luego te explico todo.

—Aguarda —le digo y me agacho para buscar mi revólver—. ¿Cómo llegó esto a ti?

Tracy se encoge de hombros.

—Stefano la tenía.

—¿Y cómo demonios llegó a Stefano?

Ahora es Audrey quien me responde:

—Rebecca se lo pasó.

Ah... Claro... ¿Ella tenía llave de mi habitación? ¿Entonces era quien me revisaba las cosas cuando yo no estaba?

Niego con la cabeza y los tres salimos corriendo en busca de El Muelle.

—Espero que no les moleste la camioneta color rosa para escapar de la muerte.

Parecen no entender, pero estoy seguro de que conservo las llaves en mi ropa interior. En efecto, las encuentro. Pero a mitad de camino, Tracy nos detiene.

—Aguarden un momento, por favor.

Su mano sujeta la mía y me conduce con pasos titubeantes hasta un montón de árboles. Creo que estuve cerca de este sitio con anterioridad; cuando entramos a un claro lleno de maleza, percibo que Tracy se pone tensa.

—Vamos, no podemos perder tiempo aquí —señala Audrey.

Y quizá no han sido muchas veces, pero ahora estoy de acuerdo con ella.

—Yo... creo que no es una buena idea permanecer en este sitio, Tracy —le digo suavizando las palabras.

Además de que necesito un médico de inmediato. El dolor en el pómulo me está volviendo loco.

—Ahí está.

Y señala a un punto ciego, entre la lluvia y la oscuridad mortecina de la noche.

—¿Quién? —le pregunto.

—Mierda... —murmuro.

Entiendo a qué se refiere antes incluso de que lo confirme con su voz cargada de horror:

—Stefano.

92

THEO

Un refucilo ilumina por un instante el montón de chatarra. Hay un auto estampado contra un árbol. Parece un acordeón de tanto que se ha comprimido y entonces entiendo por qué Tracy llegó a este sitio y por qué sabía a quién encontrar y dónde.

«Stefano va a matar a Tracy».

Mientras caminamos en dirección a lo que antes podría haber sido un bonito Volvo, le pregunto a mi chica:

—¿Tú... venías ahí?

—Ajá —señala sin inmutarse.

Trago saliva.

—¿Y estás bien? —inquiero sin aliento.

—No he muerto —se encoge de hombros.

Ya sé quién necesitará ver a un médico una vez que salgamos de todo esto. Lo sorprendente es que, a diferencia de mí, ella ni se queja.

Una vez que estamos lo suficientemente cerca, retrocede y me suelta la mano.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

Tracy me mira.

Está muerta de miedo.

—Por... por favor, Theo. ¿Podrías fijarte qué hay dentro?

Intento entender lo que hay más allá de sus palabras. Hasta que logro descubrirlo.

¿Es él? ¿Está muerto? Entonces, ¿cómo salió ella ilesa si...?

Trato de no sacar conclusiones apresuradas mientras elaboro planes en mi cabeza: diré que yo maté a este imbécil, que era yo quien venía en el auto, conduciendo o como fuera, pero el único culpable será solamente yo. Después de todo, ya estoy sucio. Aunque luego pienso en las formas con las que podría torturarse esa cabecita de Tracy... No. No podrá vivir con eso.

Con el corazón en un puño, acerco la mirada a los vidrios del Volvo. Al lugar del conductor, al del acompañante, a los asientos traseros, bajo el auto. Y nada.

—Ehh... —me vuelvo a las chicas, que se quedaron atrás—. ¿Se supone que Stefano debería estar ahí dentro aplastado como una lombriz, verdad?

Tracy frunce el entrecejo y la lluvia empieza a ceder.

Ella avanza y el barro se acumula alrededor de sus pies a cada paso que da; le cuesta caminar correctamente.

Revisa lo mismo que yo y luego me mira.

—No está. Él... ¿él se fue? —me pregunta.

Me acerco hacia ella y le rodeo los hombros.

—No lo sé, cariño. Pero lo más probable es que lo hayan ayudado a escapar y, en caso de ser así, no nos conviene estar cerca.

—Es verdad —añade Audrey—. Traten de separarse un poco porque me repugnan.

Le dedico una sonrisa y cruzo mi brazo libre por los hombros de ella también. Al principio se opone, pero luego lo acepta.

—Larguémonos de aquí —sentencio.

Lunes 10 de octubre

HALLAZGO MACABRO EN EL MUELLE

Iconic Valley es una ciudad que se caracteriza por historias de terror y sucesos extraños que hasta el momento no encuentran explicación. Tan es así que una pequeña cabaña de la que nadie tenía conocimiento apareció incendiada en la madrugada de hoy cuando los tripulantes de un barco pesquero dieron aviso a las

autoridades de haber visto una columna de humo alzándose luego de la tormenta. El cuerpo de Policía y el Departamento de Bomberos recibieron aviso de lo ocurrido y, luego de allanar la zona, se bloquearon los accesos correspondientes en busca de cuerpos, heridos o datos que puedan revelar la identidad de los desconocidos. Por el contrario, se llevaron otro tipo de sorpresa al explorar entre las cenizas: extraños objetos de tortura yacían dentro de la casa.

Muchos elementos se consumieron pero barretas de hierro, pinzas, bisturíes, tijeras y otros materiales quirúrgicos fueron rescatados.

Dos kilómetros más allá, se encontró un Volvo Modelo 2015 en las mismas condiciones: carbonizado.

Aunque aseguran que el fuego se lo llevó todo, se intentará hacer estudios de ADN que puedan revelar algunas pistas.

Lo cierto es que desde el Departamento de Policía Científica e Investigaciones no han dado muchas esperanzas a la prensa. «No es el primer crimen que queda sin descubrirse... Bueno, ni siquiera podemos decir que esto sea un “crimen” porque no hay muertos ni damnificados», declaró el comisario, y respecto a una posible conexión con otros asuntos que han quedado inconclusos en la historia de nuestra ciudad, añadió: «En lo personal, siempre puede haber una posibilidad de que un crimen esté conectado con otro, inclusive de que todos tengan algún elemento común, pero eso queda a suposiciones vulgares. Este hallazgo es completamente distinto a los demás: no hay muertos, no hay sangre, ni siquiera un pronóstico favorable sobre estudios de ADN que nos puedan dar la pauta de que una persona u otra haya resultado afectada».

Estaríamos en condiciones de aventurar que otro hecho se guardará en los archivos de la Policía de Iconic. ¿Será este un episodio más que veremos en *Crímenes sin resolver*?

En retrospectiva, ya hubo sucesos de esta clase en el pasado de los que destacamos dos homicidios múltiples que sucedieron a dos familias de la ciudad un par de años atrás y que dejaron un saldo de siete muertos. Y lo que es peor: aún la Justicia no ha dado con los culpables.

El crimen de los Guilty y los Moore se prestó a programas de TV que dieron a conocer lo acontecido y llegaron a calificar este hecho como un «ajuste de cuentas» que podría vincular a los únicos sobrevivientes de ambas familias: Stefano Guilty y Kylie Moore. El primero, quien atravesó un brote de psicosis y actualmente estudia en la Iconic Valley University, fue desvinculado entre los posibles culpables por su enfermedad y falta de pruebas contundentes. Por el otro lado, la señorita Moore continúa desaparecida y prófuga de la Justicia.

Sin pruebas que culpen a Stefano Guilty, las investigaciones continuarán en su curso debido... o bien, archivadas en un cajón.

O en dos. Uno que guarda el expediente y el otro que guarda a los muertos.



Marca encontrada en la frente de los Moore tras ser asesinados.

Informa:
Iconic Noticias.

94

CARL

Lunes 10 de octubre

Luego de ver la noticia en el periódico, dejo el café sobre la mesa familiar y mis padres se quedan mirándome con suspicacia.

Este día es similar a los de antes: en mis años de secundaria y preparatoria simulábamos ser una familia feliz, bebiendo café, comiendo tostadas y leyendo las noticias cada uno con su periódico.

El punto es que esta vez no me detengo a pedirles su aprobación cuando decido salir corriendo de la casa, dejando atrás el grito de mi padre.

—¡Qué clase de forma de levantarse de la mesa es esa!

Y el llamado de mi madre:

—¡Carl!

Que Dios me proteja luego de su monumental castigo cuando regrese. De momento aprovecho que me han devuelto el auto y tengo las llaves conmigo.

Una vez que estoy dentro, pongo el motor en marcha y salgo, observando que mamá se acerca a la puerta y se queda mirándome mientras me despido de ella en pensamientos. Espero que me pueda entender algún día. Y espero aún más que la fuerte corazonada que tengo en el pecho no sea señal de algo malo.

Al momento que inicio el descenso desde la avenida Central hasta la calle que me conducirá al muelle, ya elaboré tantas teorías en mi cabeza que seguir pensando es algo masoquista.

En mi búsqueda, Tracy me contó que la última localización de Tachas que halló fue en el bosque. Anteriormente, sus amigos en la «Bad House» me preguntaron si ya me había fijado en este sitio (¿¿¿qué clase de amigos no se preocupan cuando uno de los suyos desaparece???), palabras que seguí y me condujeron al muelle en varias ocasiones. Mi único hallazgo fue un cementerio abandonado que ronda la podredumbre.

El bosque y su conexión con el muelle es algo de lo que en alguna ocasión escuché hablar; fue el mismo Tachas quien me trajo en determinada ocasión a este lugar.

Mis ojos se empañan de lágrimas en el instante en que un recuerdo aparece en mi cabeza.

—¿Así que eres demasiado comelibros y por eso quieres ganarte una beca? —me preguntó con las manos en los bolsillos y los ojos mirando al cielo.

Caminábamos entre los árboles. Él con las manos en los bolsillos de los pantalones y yo con la misma postura pero con mis ojos mirando al suelo, gesto que delataba tanto mi timidez como mi inexperiencia en estos lugares... Mi miedo a caerme era monumental.

—Solo quiero encontrar un modo de independizarme lo antes posible —le expliqué— e irme de mi casa. Empezar la universidad en otra ciudad y no depender de ellos ni siquiera en lo económico.

—Ahhhh —murmuró y se llevó un cigarrillo a los dientes—. ¿Fumas? —me preguntó estirando la caja en mi dirección.

—Eh... yo... —titubeé. No quería parecer una persona aburrida si me negaba, pero aceptar iría en contra de mis principios. Y lo que sería aún

peor, mucha gente se ahoga la primera vez que fuma, por lo que me delataría de inmediato—. Está bien —accedí.

Cuando intenté sacar uno de los cigarrillos, él los quitó de mi vista y los guardó.

—No pensé que aceptarías —murmuró con algo de decepción en la voz mientras encendía el suyo—. No dejaría que te cagues la vida con un arma de efecto paulatino como la nicotina o cualquier mierda que entre en la amplia categoría de drogas.

Expulsó el humo entre la separación de los dientes y las fosas nasales.

—¿Y tú por qué lo haces? —le pregunté esperando que no se tomara a mal mi inquietud—. Disculpa, si crees que estoy siendo...

—Descuida —sonrió—. No me molesta. Es más, esperaba que lo preguntaras.

—Ah...

—Empecé a fumar desde pequeño. Como a los doce. Me crié en un orfanato y rápidamente pasé al reformatorio. Mis amigos me molestaban porque no era una persona a la que le gustase competir en sus juegos, excepto en los que imitábamos a los mastodontes de lucha libre que aparecían en televisión.

—¿Prácticas lucha libre?

—¡Ja! No. Solo me gustaba darles su merecido. Nunca fui un experto, aunque mi padre me pagaba clases de defensa personal.

—¿Tu... padre? —pero si acaba de decirme que creció en un orfanato—. ¿Luego de ser adoptado?

—Mmm, no. Nunca nadie me adoptó. Digamos que siempre he sido exactamente el niño que nunca fue deseado.

—¿Por qué?

—Mi madre era una prostituta y mi padre se acostaba con ella. Madre y padres biológicos, por cierto. De padres adoptivos, nunca tuve nada.

—¿Entonces...?

—Entonces, mamá se fue con otro tipo y me dejó a cargo del que dice ser el que puso el esperma para darme la vida. Pero este tampoco tenía las pelotas bien puestas y... —suspiró—. ¿Por qué mejor no me cuentas de ti?

—Di... disculpa. No sabía que te estaba incomodando.

—En realidad no lo haces, fui yo quien empezó el asunto. Y todo para tratar de explicarte por qué mierda empecé a fumar —de a poco fui acostumbrándome a las palabrotas en su vocabulario—. Solo lo hice porque

tenía malas compañías, mal comportamiento y un destino desgraciado.

—No... no creo que deberías pensar así. La vida es un regalo.

—Es fácil para ti decirlo.

Me quedé en silencio; empezaba a arrepentirme de las palabras que había usado.

—Disculpa —es todo lo que fui capaz de articular.

Al menos yo tuve una familia y no debí crecer bajo el desamparo de una madre que nunca me deseó y de una familia que jamás me adoptó.

—¿Cuántas veces ya te has disculpado desde que empezamos a hablar? —me preguntó, sorprendiéndome.

Era una palabra que decía cientos de veces al día pero hasta ese momento no había sido capaz de notarlo.

—No... no lo sé —me encogí de hombros.

—Y quizás ahí esté el problema. Eres un tipo demasiado inseguro y yo demasiado áspero.

No, por favor, que no diga que somos incompatibles o alguna estupidez de esas.

—¿Quieres decir que no podemos ser amigos? —le pregunté.

Él me miró sorprendido y soltó una carcajada. Una vez que se detuvo, separó los labios para hablar.

—Dame tu mano.

Así fue como una bomba de mariposas explotó en mi estómago.

—¿Bro... bromeas? —le pregunté.

—No, bobo. Solo dame tu mano. Voy a mostrarte algo y, si te tengo bien sujeto, evitaré que salgas corriendo.

Me muerdo el labio inferior.

¿Acaso se iba a bajar los...?

No, no, no.

—Está... bien —titubeé y extendí mi mano, que no dejaba de temblar. Mientras más intentaba contenerme, peor era.

—Tu sudor es frío —aseguró.

—Lo... lo sient... —cerré la boca.

Él volvió a descansar la mirada sobre mí y sonrió de lado.

Era de día. Apenas habíamos pasado la hora del almuerzo y no deberíamos haber escapado de clases... Los rayos de sol se filtraban cada vez menos mientras nos metíamos en la densidad de los árboles, hasta llegar a un escenario tétrico que me hacía sentir escalofríos; mi primera idea

realmente fue salir corriendo. Llegamos a un pequeño cementerio con viejas lápidas de piedra y estatuas de mármol con formas como ángeles, cruces y bustos.

—No tengas miedo —me aseguró. Y se sentó sobre una enorme lápida de piedra—. En ningún lado estarás más seguro que aquí. En este preciso instante, por lo menos.

—¿P... por qué lo dices? —pregunté con la voz atravesada por el horroroso tembleque.

—Porque tú y yo no somos amigos.

El horror atravesó mi pecho. Y, por algún motivo, las mariposas en mi estómago no dejaban de aletear. Mi cuerpo no recibía ninguna señal de querer salir corriendo pese a todas las señales de alarma que se encendían en mi cabeza.

—¿No lo somos? —le pregunté.

Él negó con un movimiento de cabeza. Luego clavó sus ojos en los míos y un rayo de luz se filtró entre las ramas iluminando su maligna sonrisa.

—Carl... tú y yo no podríamos ser amigos.

Acto seguido, con un movimiento cargado de firmeza y seguridad, me atrajo hacia él. Y quedamos cerca. Demasiado cerca. Yo de pie y él sentado sobre la lápida de piedra, presionando mi cuerpo contra el suyo, que había quedado algunos centímetros más bajo. Me sentía paralizado por la mezcla de sensaciones que se cruzaban en mi interior.

Nunca había estado tan cerca de un chico. Mucho menos de uno que me gustara tanto.

—Podríamos intentarlo —murmuré con un hilo de voz.

—Quiero intentarlo contigo... Pero de otra manera —sentenció.

Y pegó sus labios a los míos.

Me quito las lágrimas que me humedecen las mejillas mientras conduzco hasta divisar muy cerca el bendito muelle.

Intento contenerme porque se ven algunos autos y móviles de periodistas que aún no se van. Además de un par de policías que se encuentran quitando las cintas de seguridad a la zona.

Sería muy arriesgado que me vieran caminando por la zona del peligro justo el día que se encuentran buscando a algún culpable o sospechoso.

Luego de estacionar el coche, busco mezclarme entre las personas que quedan tratando de husmear en el lugar.

—¡A un lado, a un lado! ¡Todavía la policía se encuentra haciendo su trabajo! —nos aparta un uniformado.

No me resisto pero busco meterme en algún punto del bosque que ya se encuentre abierto al ingreso público.

¿Estarán cerca del cementerio?

Me meto en la espesura de la naturaleza buscando el lugar de mis sueños, mientras el recuerdo anterior persiste en mi cabeza.

Una sensación similar a la electricidad me nació desde la columna hacia todo mi interior y se apoderó de todo mi cuerpo.

Las cosquillas apresaron hasta el último centímetro de mi cuerpo y me sentí terriblemente inútil por no saber qué hacer. Lo extraño es que, cuando Jacob abrió la boca, yo separé los labios y el movimiento fluyó por sí solo.

Nadie te enseña a besar pero, una vez que lo haces, es imposible parar.

Nunca había vivido algo así antes, nunca en mi vida había conocido la verdadera felicidad hasta ese día.

Jacob abrió la boca y exploró la mía del mismo modo que intenté hacer con la suya. El sabor a tabaco llenó mi interior, pero lejos de darme asco resultó similar a un combustible que me fascinó.

Cerré los ojos y le rodeé las mejillas con mis manos para sentir la aspereza de su barba.

Siempre me afeito cuidadosamente porque los vellos en el rostro nunca me resultaron algo atractivo. Ahora, sin embargo, sentirlos en él me hicieron cambiar de parecer; luego, me entristeció la distancia en el momento en que se apartó.

Acto seguido abrí los ojos y me encontré nuevamente con su sonrisa radiante, con los delgados labios que me resultaba imposible resistir.

—Oh... —murmuré.

—«Oh...» —se mofó y soltó otra de sus carcajadas—. Precisamente así me siento: «Oh...».

—No te burles —le pedí y un calor atolondrado me subió a las mejillas, a tal punto que me obligó a soltarlo y darme la vuelta para que no me viera enrojecer.

Cuando me siento avergonzado, me pongo de todos los colores.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Na... nada.

—¿Te sientes bien?

—S... sí... —dije y me llevé las manos a las mejillas en busca de que bajaran la temperatura. Estaba ardiendo de la emoción y mientras más lo intentaba controlar, peor era.

—¿Te has sonrojado? —me preguntó riendo.

Lo miré por encima de un hombro y fruncí el entrecejo.

—No...

—¡Claro que sí! —aulló y se levantó de su peculiar asiento para encontrarme el rostro.

—No, no, basta —le indiqué.

Intentó quitarme las manos del rostro hasta lograrlo.

—Confía en mí —me pidió—. Vamos, no tengas miedo. Ya te he dicho que nunca estarás más seguro que en este lugar.

—Qué apropiado para un cementerio —me mofé.

—No lo digo por el lugar sino porque estás conmigo.

Cuando encuentro el cementerio, caigo en la cuenta de que ni los policías ni los periodistas siguen aquí. Si bien antes se hicieron escenas para documentales en este lugar, visitarlo es algo que siempre me parecerá nuevo. Sobre todo porque mi idea de este sitio siempre fue distinta a lo que resulta ahora.

Aunque parezca una paradoja, el cementerio ahora es sede del más dulce de mis recuerdos. Al menos desde que me enteré de su existencia.

Me adentro de tumba en tumba. Le miro el rostro a una de las estatuas y se la ve triste. Es como si los ángeles lloraran mi tristeza.

—Lo sé —le murmuro al pequeño regordete de mármol—, yo también lo extraño mucho.

Y tras decir esto último localizo la lápida de piedra en la que sucedió mi primer beso.

Se la ve tan fría, tan solitaria, que mi única reacción es correr a ella para echarme a llorar como nunca.

Me siento sobre ella y apoyo los codos en las rodillas, escondiendo el rostro y permitiéndome soltar el desconsuelo más grande de mi vida.

Su rostro llega a mi memoria para quedarse. Es imposible librarme de los recuerdos, de todo lo que hay en mi interior. Quizás es hora de que vaya haciéndome a la idea de que no debo seguir buscándolo.

Él no volverá porque él nunca se fue... *Se lo llevaron*. Y estoy seguro de eso. No podemos seguir buscándolo porque esta gente es peligrosa, tiene

poder y poco corazón.

Cuando solo soy capaz de elaborar teorías que me rompen el alma en pedazos, me entrego a que las lágrimas sigan humedeciéndome las manos y las mejillas. Hasta que algo me toca un hombro y el corazón me da un vuelco.

—Hey.

El característico olor a tabaco me llega mucho antes que su voz cargada de ternura.

95

12.03 p.m.

Tr: Hey, ¿estás? √√

Th: Hola. √√

Tr: Buen día, supongo. Mira este link, por favor. √√

Th: ¿A ver? √√

Tr: <https://:47...877/74/HALLAZGO%+MACABRO%+EN%+EL%+MUELLE%+8795+Iconic%+Noticias%+879> √√

12.43 p.m.

Tr: ¿Lo viste? √√

Th: Ehh... Sí. √√

Tr: ¿Y qué te pareció? √√

Th: Interesante. √√

Tr: ¿Solo INTERESANTE? √√

Th: o.O √√

12.45 p.m.

Tr: No lo has leído, ¿verdad? √√

12.53 p.m.

Th: Ahora sí. √√
Tr: No te creo. √√
Th: Lo juro. √√
Tr: ¿Y qué te pareció? √√
Th: Jaja. √√
Tr: ? √√
Th: Me hizo reír. √√
Tr: ¿QUÉ? Estás loco. √√
Th: ¿Por qué? La gente está como loca tratando de dar respuestas con fantasmas y marcianos a algo que ni se imaginan. √√
Tr: Theo... ¿Y si lo descubren? √√
Th: ¿Qué? √√
Tr: No lo sé. El hecho de que estuvimos metidos en eso. √√
Th: Imposible. √√
Tr: ¿Por qué lo dices? √√
Th: Los Bad Boys y los Glorious se guardan muy bien las espaldas. Saben cómo proceder cuando cualquier fenómeno de esta magnitud se difunde. Por cierto, el arma que tiraste al suelo es mía y la recogí. De nada. √√
Tr: ¿¿¿QUÉ??? Bueno, yo estoy muerta de miedo igual. √√
Th: Nena, tú estás muerta de miedo desde el día que te conocí. √√
Tr: Siempre tan dulce... √√
Th: Okay, mi deliciosa goma de mascar envuelta en caramelo. √√
Tr: ¿Continúas buscando piropos en Internet? √√
Th: Algo así. √√
Th: Sigue intentando porque no es muy seductor que te comparen con un globo de chicle. Te recuerdo que lo mismo hacía tu ex novia Audrey. √√

12.55 p.m.

Th: Hey. Yo no tengo ex novias. √√

13.21 p.m.

Tr: Perdón, estaba almorzando. √√
Th: Mentira, vi que lo leíste. √√
Tr: Y tú me dijiste que habías abierto el link de la noticia. √√
Th: Solo una mentira piadosa. √√
Tr: No hay mentiras que sean más piadosas ni menos piadosas. Son mentiras y ya. √√
Th: Vaya. Nuestra primera discusión como... «novios». √√
Tr: No somos «novios». √√

13.38 p.m.

Tr: ¿Estás bien? √√

Th: Sí. √√

Tr: ¿Qué pasa? √√

Th: Nada. √√

Tr: Theo... te conozco. √√

Th: Yo a ti no. √√

Tr: ¿Y por qué dices eso? √√

1.41 p.m.

Th: Vamos, soy nuevo en toda esta mierda de las relaciones y tú me dices que no somos novios. Me enredas más que a una trenza. Esto ya me está dando demasiados dolores de cabeza, sumado a mi pómulo herido y a mi abdomen, que no se queda lejos. Gracias, Tracy. En verdad, gracias. Me haces las cosas muy fáciles... No tengo idea de cómo comportarme en estas situaciones. √√

Tr: √√

Tr: JAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJAJA √√

Tr: Ay, Theoooooooo, ¿lo dices en serio? √√

Th: No me gusta que te rías de mí. √√

Tr: Tengo la sensación de que la golpiza en la cabaña te puso más sensible. ¿Qué hizo la rubia contigo? √√

Th: Solo estuve pensando mucho luego de lo de ayer. Te recuerdo que estuvimos todos a punto de morir. √√

Tr: Es verdad. Le debemos una a Audrey aunque me cueste admitirlo. Se portó muy bien con nosotros. √√

Th: Bah. Me lo debía. √√

Tr: Algo así mencionó. ¿Qué te debe? √√

Th: Luego te explico. Ahora, dime, cómo es eso de que no somos novios. ¿Acaso no es eso lo que siempre quisiste? √√

Tr: Pero las cosas no funcionan así. √√

Th: ¡YA TE DIJE QUE TE AMO! √√

Tr: ♥u♥ √√

Th: ¿¿¿Dos corazones y una «u»??? √√

Tr: Es una carita enamorada. √√

Th: Ah... √√

Tr: Me encanta que me lo digas. ♥ √√

Th: Ya. Sigues sin contestar mi pregunta. √√

Tr: Theo, para que seamos novios me lo tienes que proponer. √√

Th: Mmm. √√

Tr: ¿Y bien? √√

Th: ¿Por chat? √√

Tr: Si quieres >.< Sería mucho más lindo en persona pero, bueno, como quieras. √√

2.35 p.m.

Tr: ¿Y bien? √

2.48 p.m.

Tr: Dijiste que me lo propondrías. √

6.01 p.m.

Tr: ¿Por qué me bloqueas???? ¡¡¡ESTÁS LOCO!!! √

7.25 p.m.

Tr: ☹ √

Tr: </3 √

96

TRACY

Lunes 17 de octubre

¿A qué está jugando? ¿Qué diablos le ocurre? Theo sigue huyendo cada vez que surge algo a lo que no está acostumbrado; se escapa, me evade, desaparece del mapa y hasta me bloquea de todos los chats que compartimos.

Que me abandone cuando parece que estamos juntos por fin, cuando más peligro corremos me hace sentir muy mal. Pero se terminó. Basta. No tolero más el juego de las escondidas.

Esta vez no saldré a buscarlo si es lo que espera. Estoy cansada de que me use de esta forma, de que un día diga que me ama o que siente algo por mí y a la media hora se borre de mi vida. De una manera muy estúpida, por cierto.

Se terminó. Ya no seguiré esas peleas que me hacen tanto mal.

Quizá ya me esté acostumbrando a su modo de ser y es lo que más temo. Nunca va a cambiar. Se comporta como el primer día.

Kylie es una peligrosa criminal a quien tuve que enfrentar cara a cara. Stefano es su novio, que anda por ahí tratando de recuperarse de una bala que le metí en el abdomen. Ambos estarán escondidos dondequiera que sea y seguramente no planean recibirme con flores y besos en mi primera clase tras el fin de semana libre.

Al tiempo que camino por los pasillos de la IVU, mi celular vibra en el bolsillo y lo saco con prisa haciéndome la estúpida ilusión de que pueda ser él. Sin embargo, no es así y quisiera castigarme a mí misma por haber tenido ese pensamiento.

La parte buena es que se trata de una notificación en la que me informan que *Rosas para Jude* ha sido actualizada. Abro la aplicación con la enorme esperanza de que Annie anuncie la segunda parte de la novela, algo que no sucede. Se trata de otro aviso (con su parte alegre y su parte triste): resulta que ha presentado el libro a las editoriales y se están peleando por publicarlo. Finalmente una parece querer lanzarlo al mercado cuanto antes y eso tiene muy feliz a la autora y me alegro por ella. No puedo esperar a tener mi novela favorita en la biblioteca de mi casa, la misma que está llena de libros que...

... me regaló el idiota de Theodore Landon.

Es inútil. Todo me devuelve a él.

Sigo leyendo la nota y la parte triste es que, al haber hecho un contrato, ya no puede seguir publicando la novela en la red.

¡Sí! ¡Habría segunda parte! Aunque solo se podrá leer en papel y... Mierda, tendré que ponerme a ahorrar. La vida de una estudiante universitaria implica gastos que, a veces, duele mucho costear. Pero haré mi esfuerzo de todas formas.

Luego de darle mi voto al anuncio, levanto la mirada y choco contra el cuerpo de un hombre que aparentemente también viene caminando con los ojos pegados a la pantalla de su celular.

—Oh, discul... ¿Tracy?

Me encuentro cara a cara con Evans, lo que me hace sentir bien pero, a la

vez, con un poco de resquemor hacia él.

Este tipo me conoce, conoció a mi padre y ahora sé cuál es la verdadera razón por la que quiso que formara parte de su equipo de investigación.

—Buen día, profesor Evans.

Intento pasarlo por un costado y atropello sus bíceps anchos cubiertos por la tela de la camisa blanca a rayas azules.

—Aguarde —me pide.

Este sujeto es atractivo pero se equivoca si piensa que va a intentar seducirme. De todas formas, solo por cortesía, me detengo.

—¿Sí? —le pregunto de lado.

—Tracy, me ha dicho Trevor que hace tiempo que no pasa por el IIMD. ¿Ocurre algo?

«I. I. Eme. De».

—Nada —le respondo—, solo planeaba darme una vuelta en estos días.

—Fabuloso. Porque, según me han informado, tiene un libro valioso que debería devolver.

¿Devolver? Ese libro es de mi padre, idiota. ¿Con qué derecho...?

—Además —añade—, creo que ese libro es precisamente el motivo por el que no ha regresado.

—...

—¿Me equivoco?

—No —le respondo por fin—, no se equivoca.

—¿Aprendió a leer el diario de un Glorious? Esa no es información que vaya a encontrar en su celular.

—Ya sabía cómo hacerlo —miento.

—¿Y qué encontró?

—¿Para qué pregunta si ya lo sabe? —le digo a la defensiva; este sujeto es demasiado entrometido y exasperante.

—No. No lo sé. Como se habrá dado cuenta, ese libro estaba sin leer.

Exacto. De lo contrario, alguien ya habría pasado carbonilla por las páginas punteadas y estas estarían marcadas.

Fui la primera en leer su contenido.

—¿Tiene un momento para un café? —me propone y lo miro con una ceja arqueada—. Oh, descuide, solo quiero conversar un poco del contenido. Podría servirle al club.

—No —le digo.

Por un instante me arrepiento de ser tan descortés, pero me está sacando de

mis casillas.

—¿Por qué no? —insiste.

Por lo general soy una persona paciente pero mi límite está demasiado cerca esta vez.

—Porque usted sabía demasiadas cosas de mí desde el primer momento y se las guardó —le suelto y el enojo que hierve dentro de mí me hace acudir al tuteo—. Tú lo sabías, Stefano lo sabía, Juliette también, ¡incluso Theo! ¡Me tienen harta! ¡¿Se hacen una idea de lo humillante que es que te oculten de ese modo tu identidad y a nadie le importe?! ¿Crees que me hace alguna gracia que jueguen conmigo de ese modo? Y, claro, ahora me dejan ese diario en las narices para que lo lea y termine con un dolor de cabeza monumental, al igual que con un mar de lágrimas.

A medida que hablo me voy quedando sin aire, pero finalmente he soltado todo lo que tenía para decir. El rostro de mi interlocutor se torna borroso debido a la densa capa de lágrimas que me cubre las pupilas ahora mismo.

Él solo me observa en un gesto compasivo y apoya una mano en mi espalda, entre los omóplatos.

—En verdad —anuncia y pasa él también a tutearme—, deberíamos ir a dar una vuelta. Te invito un café en mi despacho. Necesitas hablar, ambos necesitamos hablar, y este no creo que sea el lugar.

Suspiro y caigo en la cuenta de que aún me queda alguna que otra excusa:

—Tengo que ir a clases.

Evans mira su reloj.

—Será dentro de veinte minutos. Vamos.

—No puedes obligarme —asimilo por fin.

Él me mira y noto que no saca la mano de mi espalda; no creo que esto colabore en su reputación ya que tiene un currículum plagado de rumores acerca de que se acuesta con las estudiantes; lo que, debo admitir, pongo en tela de juicio. Pese a que actualmente no sea una de mis personas predilectas, admito que este sujeto actúa con mucho profesionalismo y no parece ser de esos sujetos babosos que se arrastran tras una falda.

—Por supuesto que no te voy a obligar —responde y da un paso atrás—, pero recuerda que siempre vas a estar protegida por nuestro equipo. Has hecho una buena elección —asegura mirando mi brazo y tengo la sensación de que el tatuaje del triángulo recto me quema la piel.

No emito palabra y se da la vuelta.

Antes de que esté demasiado lejos, lo detengo:

—¡Aguarda!

Evans no sigue caminando y voy hacia él.

—¿Qué opinas? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

Busco mi mochila y saco el diario para entregárselo.

—Este libro me salvó —contesto—. Tengo la sensación de que ahora podría servirle a alguien más... Es hora de que puedan hacer de él lo que crean conveniente.

Ya tengo la carta de papá, aunque me gustaría luego ser yo la que heredara ese diario. Sobre todo porque no he tenido hasta el momento una charla con mamá y esa bitácora oscura sería un buen medio para iniciar la charla que nos aguarda.

—¿Estás... segura de esto? —me pregunta.

—Sí.

Evans lo recibe y me agradece. Lo pone bajo su brazo, con cuidado, y pienso si no sería mejor que lo guardase dentro del maletín.

—¿Puedo hacerte una última pregunta?

—Solo si vuelves al club.

Mi gesto de sorpresa queda en evidencia ya que luego emite una risita y añade:

—Era broma. Dime.

Respiro hondo y mi celular empieza a vibrar en mi bolsillo de la chaqueta. Mal momento.

—¿Cómo llegó ese diario ahí? ¿Acaso el club ya existía antes de que mi padre...?

—No —responde evitando que me quede sin las palabras adecuadas—. El IIMD es relativamente nuevo. Tu padre no le dio el diario a ninguno de nosotros.

—¿Ah, no?

Sacude la cabeza.

—Para nada, Tracy.

—¿Y cómo fue que...?

—Un amigo de él nos lo dio luego de que falleciera Ethan. Un amigo al que también tú conoces porque te he visto hablar con él.

—¿Stefano?

—Para nada —ríe—. Lo mencionaste antes.

Pienso, hasta que el nombre de Theodore aparece en mis recuerdos.

—Por cierto —añade Evans—, luego quisiera que hablemos sobre Guilty. Solo te sugiero esto: no digas su nombre en voz alta. Estás llamando a los muertos.

Y se va.

97

TRACY

El celular no ha dejado de vibrar en mi bolsillo. Cinco minutos antes de que empiece la clase, me siento en mi pupitre y lo saco de su lugar para encontrarme con una larga lista de mensajes en el chat, llamadas perdidas y SMS repetidos. Solo leo el último que dice: «POR FAVOR, RESPONDE».

Es él. Y lo detesto.

Claro, ahora yo debo contestarle cuando no ha tenido mejor idea que desaparecer todos estos días.

Siete malditos días en los que no dio señales de vida.

Es un no rotundo. Me lo juré a mí misma... Y ya aprendí que, si no empiezo por respetarme yo, nadie no lo hará. No volveré a caer en su juego.

«PÚDRETE». No doy lugar a las dudas antes de presionar el botón de ENVIAR.

98

KYLIE

Mis pies están sucios. También mis rodillas y mis manos; mis pantalones deportivos y mi sudadera están rotos. No recuerdo la última vez que usé algo limpio ni arreglado. Estoy harta de ver esta pocilga, las paredes húmedas, el mismo camastro de mierda y al mismo tipo vestido de militar y con el arma en

las manos que cada maldito día trae la misma basura de comida.

Todo sería completamente distinto de haber logrado el puto objetivo que fijamos todos en el comienzo. Pero nunca nos advirtieron qué sucedería si *algo* salía mal.

Jugaron con nosotros, con nuestra voluntad, con nuestras cabezas. ¿No sería mejor que nos matasen y listo?

—Come —me ordena el sujeto.

Silencio.

—Vamos. No has probado la comida en días —insiste—, y a los jefes no les sirves desnutrida.

—¿Qué van a hacer? ¿Meterme una máquina de mierda en la cabeza como le hicieron a Stefano? ¿Quemarlo? ¿Torturarlo para indagar hasta qué punto es capaz de tolerar el dolor?

—Ese no es asunto tuyo —se opone.

Intento forzar el tobillo que llevo sujeto a una gruesa cadena; nunca va a ceder, no importa cuánto lo intente.

—¿Qué van a hacer conmigo? —le pregunto finalmente.

—No tengo idea.

—Por favor —imploro tratando de suavizar la voz.

Por un instante creo haber encontrado a la encantadora Juliette que creía perdida.

—Estoy destrozada —le digo cambiando el tono. Él parece seguirme el juego—. No puedo seguir con esto; mátame o lo haré yo misma.

—N... no —se pone a titubear y a continuación se corrige—. No es asunto mío si quieres morir. Simplemente no es algo que yo pueda permitir y punto.

—Yo antes era una persona feliz.

Me quedo en silencio y las lágrimas asoman en mi rostro.

—¿Cómo te llamas? —le pregunto.

—No... no te interesa.

Se da la vuelta y retrocede.

—Eres la única persona que he visto en los últimos días —le declaro—. Por favor, al menos dime tu nombre.

El sujeto lo duda unos instantes hasta que finalmente lo dice en voz muy baja:

—Stan.

—Stan... ¿Sabes? Así se llamaba mi padre.

—Hasta que lo mataste.

—Yo no lo hice. Nadie me cree ni va a creerme.

—Si no lo hiciste tú, fue tu novio.

—Stefano no es mi novio.

Me arrastro a gatas hacia él, hasta que la cadena me tira lo suficiente del hueso en el tobillo. Lo hago con la firme intención de que mis extremidades crujan dentro de la cerradura de hierro forjado.

—¡Aaay! —gimoteo.

Escucho unos movimientos afuera y otros mastodontes como Stan se acercan al portón de entrada al calabozo.

—Hey —le habla uno de ellos desde el otro lado—, ¿está todo bien ahí dentro?

Stan se gira y le responde:

—Sí. Pueden irse, enseguida estaré con ustedes.

—¿Seguro? —le pregunta otro.

—Seguro.

Finalmente se van y me llevo las manos al tobillo herido. Puede que duela como mil demonios pero ningún padecer físico se compara con cómo me siento por dentro.

—Esta cadena me está matando —digo masajeándome el lugar que más amoratado se ve.

—Está hinchado —corrobora Stan acercándose.

—Me duele mucho.

—Lo siento... —responde el imbécil—, pero no puedo hacer nada.

Y grito otra vez:

—¡Aaaaay!

—¿Por qué haces eso?

—Me está matando. ¿Eres médico, verdad?

Su compasión me hace pensar en dos opciones: o tiene una enorme vocación de servicio o solo me quiere coger.

O ambas.

Los Bad Boys se caracterizan por tener entre sus integrantes a personas que resultan un intento de combinar fuerza más cerebro.

—No —responde al fin. Se incorpora de cuclillas a metro y medio de distancia aproximadamente—. Pero soy enfermero. Me recibí en la Armada.

—Vaya —murmuro y tuerzo los labios en un intento de sonrisa que va atravesada por una mueca de dolor—. Eso es realmente admirable. Nunca había conocido a alguien así.

—Mmm —gruñe.

—No, no. Solo... no te lo tomes a mal. Es que, ya sabes. Tienes el nombre de mi padre, a quien extraño mucho, eres la única persona a la que he visto en estos días y, aunque en el pasado no hayamos hecho buenas migas, has logrado caerme bien.

Me mira sosteniendo con fuerza la ametralladora gigante contra su pecho.

Solo un poco más, necesito que se acerque un poco más.

—¿Podrías revisarlo? —le pregunto—. Creo que me lo he roto.

Y lo duda. Mierda.

—No hay nada que pueda hacer —insisto—. Mírame: solo soy una chica que mide casi la mitad de tu altura o la de cualquiera de los que están afuera. No tengo armas ni experiencia para pelear. ¿Crees que realmente podría hacer algo indebido? Si me matas, estarías haciéndome un favor.

—¿Qué...? No digas eso...

—Sí —vuelvo a forzar las lágrimas—. Mi vida vale una mierda, sabes que tengo razón.

Estiro la mano hasta el cañón de la ametralladora y Stan rápidamente se apresura a colocar un dedo sobre el gatillo.

—No te muevas —dice.

Llevo el cañón a mi garganta y lo miro con la cara empapada en lágrimas:

—Mátame. Por favor, mátame.

—Basta, suelta el arma —dice en voz baja.

Sería humillante que sus amigos entraran y lo vieran en esa situación, exhibiendo su lado más vulnerable e intentando asesinar a una chica tan dulce y pequeña como yo.

—Dispárame —insisto y tironeo del cañón un poco más, hasta que su rostro está bien cerca del mío.

—No... ¡Que dejes la maldita arma!

—Con gusto, Stan —respondo y con fuerza empujo el cañón hasta su rostro y lo noqueo.

Stan se tambalea hacia atrás y me valgo de su mareo para colocar mi otra mano sobre la suya.

—¡¡¡Perra hija de...!!! —exclama.

Mientras percibo movimientos de alerta en el exterior de la celda, ya tengo el poder de la ametralladora. Coloco el cañón bajo su mandíbula y, en medio del tironeo, con absoluta decisión, presiono mi mano sobre la suya.

—Nnnnooo —gimotea.

Pero es demasiado tarde.

—Seré una perra —le digo—, pero no insultes jamás a mi madre, imbécil.

Sus sesos vuelan en cuestión de segundos y ya puedo distinguir las llaves de la cerradura de mi tobillo, antes de que entren los otros matones.

La adrenalina es fascinante. ¡Ya empiezo a divertirme!

99

TRACY

Regreso agotada a mi habitación. Como de costumbre, Phoebe no debe estar aquí y lo corroboro en cuanto abro la puerta y estiro la mano para encender la luz. Solo Cochinillo parece estar presente. Aunque en el preciso instante en que me doy la vuelta y quedo al borde del umbral, unas manos fuertes me apresan y empujan contra la pared en el interior de la habitación, metiéndose conmigo y cerrando la puerta de un golpe seco.

—Shhhh, no grites —me exige.

Encontrar los ojos grises de Theo es algo que no me sorprende. Casi resulta... como si lo hubiera estado esperando todos estos días. La diferencia es que hoy, justo hoy, no quiero saber nada de él, mucho menos ahora que se mete por la fuerza en mi habitación.

Al apartarse distingo que está bien peinado, con el cabello largo hacia atrás y una elegante raya al costado. También está perfumado con su característico olor a menta, más intenso que nunca.

Una vez que el idiota se asegura de que dejaré de gritar, cede la presión de su mano y se la muerdo con fuerza.

—¡¡¡Mieeeeeerrrrdaaaaa!!! —se queja y la sacude—. ¡¡¡Eso dolió!!!

Lo fulmino con la mirada.

Si piensa que por venir peinado, con una remera blanca limpia que deja entrever los tatuajes y unos vaqueros negros planchados va a lograr algún efecto bueno en mí, se equivoca rotundamente.

Mi no definitivo sigue tan firme como me lo planteé por la mañana, cuando decidí que ya estaba harta de estos jueguitos suyos.

—Está mejor el pómulo —le digo—. Te ha bajado mucho el color. Al

menos, de negro pasó a rosa con algunas partes pequeñas amoratadas.

—¿Te... parece? —dice tratando de evadir el dolor.

—Sí. Ahora mira para el otro lado —le indico.

—¿Para allá? —pregunta dirigiéndose a la otra pared.

—Perfecto —murmuro.

Y le sacudo la cara de una bofetada.

Se tambalea hacia el costado. Ajá, ahora resulta que el chico malo no puede con el corazón roto de una chica despechada. Que se lo aguante por cabronazo.

—¿Y eso por qué?! —se queja. Parece que le van a saltar lágrimas, pero las contiene.

Si hasta lo he despeinado.

Intenta reacomodarse un poco el cabello y le expongo mis argumentos. Mis *por qué*:

—¡Eso va por haberme tenido con el corazón en un puño todos estos días!

—¡Lo... lo siento!

Me acerco a él a paso decidido y retrocede con miedo.

Lo intento abofetear nuevamente pero esta vez reacciona más rápido y me detiene la mano.

—¡Basta! —me suplica—. ¡¿Por qué me golpeas?!

—¡¡¡Por cabrón!!!

—¡¿Eh?!

—¡Me dijiste que me amabas y luego no me respondiste los mensajes!

—¡Lo siento! ¡¿Ya?! ¡Perdón! ¡Es que...!

—¡Es que nada, Theo! ¡Se terminó tu juego de mierda! ¡¿Qué pasó?! ¿Otra vez con miedo al compromiso? ¿Acaso te dio miedo la idea de no poder volver a acostarte con alguna de esas putas que debes tener en tu larga lista de espera?

—¡Por favor, Tracy, deja que te explique!

Le intento dar otra bofetada con mi brazo libre pero vuelve a detenerme. Demonios.

No justifico la violencia en absoluto, pero es que este estúpido me ha hecho tanto daño y se piensa que con presentarse por la fuerza en mi habitación hará hacerme cambiar de opinión.

—¡No tienes nada que explicarme! —le suelto.

—¡¿Y recién ahora vienes a reaccionar de este modo?! Si fuera tú, me habría golpeado a mí mismo desde el primer día.

—¡¡¡Exacto!!! ¡Los golpes van porque me hiciste sentir como basura cuando nos conocimos en la fiesta! ¡Van porque no le rompiste la nariz a Neo luego de que me arrojase la bebida delante de ti! ¡Van porque no me besaste cuando te lo pedí! ¡Van porque te alejaste siempre que más lo necesité! ¡Y van porque desde que te conozco estuve cerca de la muerte más de una vez! ¡Eres un hijo de perra, Theodore!

Las palabras quedan suspendidas en el aire y la calma acontece de la manera más inesperada. Nos quedamos en silencio y él me conduce hasta el borde de la cama, donde quedamos paralizados los dos, sentados y disfrutando del silencio.

Wow. Realmente necesitaba decir eso.

Necesitaba soltarle todo lo que siento.

—¿Mejor? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—¿Ya ves lo que se siente vivir cargado de ira? —insiste.

Vuelvo a encogerme de hombros.

—Tracy... yo... Lo único que quería era... Ay, mierda.

Lo miro a los ojos.

¿Qué ocurre? ¿Por qué no encuentra las palabras? ¿Va a terminar conmigo? Digamos que es algo que no me sorprendería.

Hasta que finalmente lo puede decir:

—¿Quieres salir a cenar?

«¡¿QUÉ?!».

Ha tenido siete malditos días para invitarme a cenar.

—Y... y... —tartamudeo—, ¿por qué no me lo preguntaste antes? — articulo olvidándome de respirar.

—Tracy, yo...

—Oh, espera.

De pronto lo entiendo mejor.

—¿No vas a terminar conmigo? —le pregunto.

—¿Qué? ¡No! —parece sorprendido.

Entonces me largo a llorar.

Las lágrimas caen y se derraman con fuerza, como si tuviese una bomba dentro de mí. Los ojos y la piel me arden; debo estar roja y parecer una completa desquiciada.

—Pero... ¿por qué lloras? —me pregunta, exasperado.

Entre lágrimas, lo miro a su cara de sinvergüenza y le respondo con el

corazón hecho pedazos:

—Porque quieres desvirgarme, ¿verdad? Desapareciste todos estos días y... y... ahora apareces para que salgamos a cenar... Entonces, luego me llevarás a tu habitación y...

—¿Estás loca? ¡No!

—¡¿Cómo que no?! Si desapareciste estos días porque te pedí que...

—No, Tracy. O sí. O sea... Sí desaparecí, pero no por lo que me dijiste sino para morderme la lengua.

—¿De qué estás hablando, Theo?

Entonces me mira a los ojos y acerca tanto su rostro al mío que, en el instante en que habla, percibo su fresco aliento a menta y tabaco en el rostro:

—Antes de poseer tu cuerpo quisiera poseer tu alma, Tracy. Quiero que te cases conmigo.

AGRADECIMIENTOS

¿Qué sería de una novela de Wattpad sin sus primeros lectores? Algunas historias se permiten sobrevivir sin ellos, pero este no fue el caso.

Bad Boys se hizo desde el comienzo gracias a pocas personas que lo sostuvieron con vida y corrieron la voz de la novela, a tal punto que los *readers* fueron sumándose día a día a puñados sorprendentes. Tanto fue así que actualmente contamos con millones de lecturas que tienen un lugar especial en mi vida y, por tal motivo, los tengo presente desde el primer momento en que este mundo nació.

También esos primeros lectores fueron (son y serán) mis primeros correctores de texto: bueno... todavía no puedo creer que Lottie pasó de tener un auto a una camioneta o que por un descuido mío el padre de Theo tuvo diferentes nombres hasta que me conformé con Henry Landon. Por suerte, ahí estuvieron ellos, mi BAD BOYS TEAM para ponerme un ¡alto! y señalarme esos detalles de menor magnitud aunque no menos importantes. Y no puedo dejar de lado a esos pequeños humoristas que me hicieron el día en repetidas ocasiones con sus GIFT, «baia baia» y «vamo a calmarno» de todos los días. Quizá quienes lean en red entenderán de qué hablo.

Quiero agradecer también al equipo técnico de Wattpad e Instagram por hacer labores fascinantes. Respecto a este último, quisiera mencionar algunos grupos que dieron el empuje necesario a la novela y un hogar para aquellos lectores esparcidos por el mundo (¡y unos creadores de contenido asombrosos!):

@badboys_glorious.colombia
@badboys_glorious_internacional
@badboys_glorius (Argentina)
@badboys.glorious.mexico
@badboys_bb_
@cd.bb (Club de Fans de Bad Boys)
@fansdeluisavila_
... etc. ...

Mi cuenta para quienes quieran sumarse y vivir en primera persona dicha experiencia es @holaluisavila.

Gracias al Grupo Planeta por creer en mí y en este libro.

A mi familia, por entrar esporádicamente a Wattpad sin que lo supiera. ¡Después de dos libros me vengo a enterar! (Adivinen quién va a morir cuando descubran las escenas *hot*...)

A mi pareja, por tolerar todos mis rollos con esta novela.

A la música que me inspira.

Al dolor.

En fin, todavía queda una tercera parte, donde nos encontraremos, y ya muero de ansiedad por que así sea.

¡¡¡Nos leemos pronto!!! 😊

L.